

Antonio Beltrán Hernández

El valle de lágrimas



Tragedia geopolítica con final feliz



COLECCIÓN FICCIONES REALITARIAS N° 1

Una novela no se cuenta, no se resume y mucho menos, querido lector, ésta que tienes en las manos. Esta novela o bien se lee y dejará entonces una marca indeleble en la mente de su lector, o bien se ignora y entonces se volverá un misterio total para su no lector. Contentémonos con decir que al autor le choca conocer por anticipado la historia de las películas que va a ver —a condición de que esté seguro de que la película sea buena.

Postulemos entonces que este libro es bueno y no revelemos su intriga. Además toda la trama va implícita en su título y su subtítulo. El primero, no sólo alude al Salve Regina, sino también al episodio del mismo nombre (Tåredalen) de la película de Bergman « Escenas de un matrimonio (Scener ur ett äktenskap) ». El subtítulo corresponde a una firme convicción del autor: los grandes trágicos, de Sofocles a Shakespeare, son los precursores de las buenas historias de suspense. Y este thriller lingüístico lo llevará, caro lector, a las últimas consecuencias del ruido y del furor, de la guerra y de la paz, del sufrimiento más extremo y, finalmente, de la justicia.



photo : Marcello Mazzarella

Antonio Beltrán Hernández nunca fue un militante político. Su primera pasión fue la ciencia ficción, se la vivía en la Luna y más allá, colecciónaba todos los recortes de periódico sobre la conquista del espacio, aprendió el alfabeto cirílico descifrando los nombres de los cosmonautas en un libro en edición

cuatrilingüe, « Космонавт и его родина - El cosmonauta y su patria », durante su primera adolescencia estaba convencido de que el mundo terminaría en una conflagración nuclear, y su vocación definitiva, el cine, le fue inoculada por « 2001, odisea del espacio ».

Sin embargo, algo cambió en él cuando leyó el prefacio de Sartre a « Los Condenados de la Tierra » de Frantz Fanon (...en los primeros momentos de la rebelión, hay que matar: matar a un europeo es matar dos pajaros de un tiro, suprimir a la vez a un opresor y a un oprimido: quedan un hombre muerto y un hombre libre). Luego « Cien años de soledad » le hizo redescubrir, por su magia, el universo de su América. Y Borges lo condujo más allá del infinito. Hoy no es ni científico ni historiador ni estratega ni lingüista, y su carrera de fotógrafo de cine lo lleva de pequeñas cimas a grandes abismos. Pero hoy nos hará viajar, en estas desgarradoras y exaltantes páginas, a través de los arcanos de nuestro insondable valle de lágrimas.

Ebook 10,08 €

Papel 33,60 €

<https://glocalworkshop.com>

ISBN 978-9938-862-49-2



9 789938 862492

Antonio Beltrán Hernández

El valle de lágrimas

Tragedia geopolítica con final feliz

The Glocal Workshop/El Taller Glocal

COLECCIÓN FICCIONES REALITARIAS N°1

Antonio Beltrán Hernández

El valle de lágrimas

Tragedia geopolítica con final feliz

©The Glocal Workshop/El Taller Glocal, 2022

ISBN Impreso 978-9938-862-29-4 Ebook 978-9938-862-49-2

La versión original francesa de este libro ha sido publicada por las ediciones workshop19 en Túnez en febrero de 2013 bajo el título

La vallée de larmes, Tragédie géopolitique à fin heureuse

ISBN Papier 978-9938-862-04-1 Ebook 978-9938-862-52-2

Palabras clave : Chile, Pinochet, CIA, Unidad Popular, Allende, Cobre, USA, Kissinger, Nixon, Kennedy, Premios Nobel, Japón, Hiroshima y Nagasaki, Siglo XX, Suecia, Golpes de Estado, Tortura, Corte Penal Internacional, Japón, Alemania, Austria, Derecho de injerencia, Hitler, Brasil, México.

Imagen de carátula: La Anunciación, de Fra Angelico, 1422-1433, Museo Diocesano, Cortona

Obras del mismo autor

L'Empire de la Liberté, éditions Syllèphe, 2002

ISBN 978-2847970081

Talimambo Number Five (con Juan Kalvellido), novela gráfica en español, inglés, francés y árabe, ediciones workshop19, Túnez 2013

ISBN Papel 978-9938-862-06-5 Ebook 978-9938-862-53-9

Érase un vez...el Imperio de la Igualdad, El Taller Glocal 2022

ISBN 978-9938-862-26-3 Ebook 978-9938-862-57-7

Il était une fois...l'Empire de l'Égalité, L'Atelier Glocal 2022

ISBN 978-9938-862-13-3 Ebook 978-9938-862-36-2

De próxima publicación en El Taller Glocal

La fin de l'Histoire, A game with shifting mirrors

ISBN 978-9938-862-09-6

The Glocal Workshop/El Taller Glocal

<https://glocalworkshop.com>

contact@glocalworkshop.com

A Emilio Pacull Latorre por haberme regalado su Chile.

A Daniel Chavarría por habernos revelado el secreto de la tapajina.

Y a Felipe Bracho, matemático, por haber hecho el mejor cálculo de su vida.

(Y también a Guillermo Salas por haberme salvado la vida)

¿En aquel tiempo fuera del tiempo, en aquel desorden perplejo de sensaciones inconexas y atroces, pensó Emma Zunz una sola vez en el muerto que motivaba el sacrificio? Yo tengo para mí que pensó una vez y que en ese momento peligró su desesperado propósito. Pensó (no pudo no pensar) que su padre le había hecho a su madre la cosa horrible que a ella ahora le hacían. Lo pensó con débil asombro y se refugió, en seguida, en el vértigo. El hombre, sueco o finlandés, no hablaba español; fue una herramienta para Emma como ésta lo fue para él, pero ella sirvió para el goce y él para la justicia.

Jorge Luis Borges, Emma Zunz

Dallas, Texas, 22 de noviembre de 1963. 12: 30

Nunca nadie se cansará de ver aquella película. Al contrario: es tan breve que hay que pasársela infinitas veces, disminuir su velocidad, analizar cada imagen.

John Fitzgerald Kennedy, presidente de los Estados Unidos de América, recorre las calles de Dallas. Desde su coche saluda a los seres invisibles que lo rodean y les regala, además, su magnífica sonrisa. Unos fotogramas más tarde, algo lo empuja hacia adelante y toda su actitud cambia. Luego, su cabeza es rechazada hacia la izquierda, y ahí es cuando se ve la masa roja desparramándose de su cráneo, y a Jacqueline, su esposa, que trepa sobre el coche huyendo, o esperando encontrar algún imposible auxilio.

Santiago de Chile, 22 de noviembre de 1963. 15: 30

En el Internado Nacional Barros Arana los alumnos de último año miran una película de guerra. Precisamente, una película sobre la Guerra de Corea. Más precisamente, la película *Men in war*, dirigida en 1956 por Anthony Mann.

Uno de los alumnos ve la película con el mismo interés que sus compañeros, pero siente menos placer que ellos cuando el lanzallamas convierte en antorcha viva a un soldado coreano.

Al salir de la proyección cunde por el patio un ambiente extraño. Está muerto, dicen los alumnos de afuera. *Lo mataron. Era católico.* Los que estaban en el cine no entienden al principio. Pero pronto se dan cuenta que esa agitación la causa una noticia apenas creíble: *acaban de matar al presidente de Estados Unidos.* Y no pasa mucho tiempo antes de que algunos logren comprender quién mató al presidente católico: los comunistas. *Fueron los comunistas.*

El alumno que miraba la película de Anthony Mann y otros dos muchachos son poco a poco acorralados por los demás. Alguien había dicho (quizás) que esos tres eran comunistas, y de repente el objetivo de esa pequeña comunidad se vuelve nítido y

claro, tan claro como el cielo de La Habana en un día claro: *hay que librar de una vez por todas el colegio* —y quizás Chile y, por qué no, todo el mundo— *de ese cáncer que puede acabar destruyéndonos.*

Los tres logran romper el cerco. Logran correr, y huyen. Hasta que se topan con una puerta que no pueden abrir. En ese preciso lugar los representantes del mundo libre emprenden la desagradable pero necesaria labor de salvaguardar, a golpes, nuestra felicidad.

I. Los hijos de Eva

Eva Runelberg de Valenzuela

1. Nuestra dama

Annus Domini MM

Gloria in excelsis Deo

Et in terra pax hominibus bonæ voluntatis.

Laudamus te, benedicimus te, adoramus te

*Glorificamus te, gratias agimus tibi propter magnam gloriam
tuam, Domine Deus, Rex cælestis...*

Más de una lágrima se vertió al cantar el *Gloria* durante el tedeum celebrado en agradecimiento por el regreso sano y salvo del capitán general Augusto Pinochet Ugarte al suelo chileno después de su largo cautiverio en Londres. Nadie fingió el entusiasmo, y la mayoría sintió un verdadero fervor. Los más sobresalientes representantes del ejército en activo o jubilados estuvieron presentes, y se pudo llegar a pensar, por las largas capas y los espléndidos sables de aquellos avasalladores guerreros, que el tiempo de las cruzadas aún no había terminado.

A la derecha del General se colocaron sus compañeros de armas de siempre, aquellos que otrora respondieron sin dudar a su llamado para defender a la patria y que compartieron con él la dicha de decirle al mundo que todavía era posible preservar la libertad en América.

A su izquierda, quiso el mismo General rodearse de aquellos que permanecieron la mayor parte del tiempo en el anonimato luchando aquella guerra secreta, ingrata y sin gloria que contribuyó eficazmente a la salvación del país —y quizás del mundo. Por fin se reconocieron, después de haber dejado pasar más de veinticinco años, los méritos del erudito almirante Julio César Murat y del no menos sabio general Nils Runeberg.

Las fuerzas vivas del país también estuvieron presentes. Habían sido ellas la sal de la tierra. Fueron ellas las que se alzaron como un solo hombre contra el tirano cuando la patria se encontró en peligro en aquellos sombríos tiempos de la *Desunión Popular*. Y fue el patriarca Vespasiano Valenzuela quien encabezó a la Confederación

de la Producción y el Comercio durante la ceremonia, ya que nadie hubiera sido capaz de olvidar el papel desempeñado por él en la planeación de la estrategia que había librado a la nación del despojo.

Todo esto ya ha sido relatado a su tiempo por los órganos de la prensa. Sin embargo, todos pasaron por alto, curiosamente, la presencia de una persona de la nueva generación que resumía la quintaesencia de todos aquellos hombres que parecían gigantes: Eva Runeberg de Valenzuela. Ni un comentario, ni una foto en las páginas de sociales de los periódicos del día siguiente dieron fe de su presencia. Quizás los hombres fueron cegados por su irresistible aura. Y la película velada y violada por su deslumbrante resplandor.

Eva Runeberg de Valenzuela tenía casi la edad de la revolución del 11 de septiembre puesto que había nacido en mayo del 74. Sabía que por sus venas corría la brillante y austera sangre sueca de los Runeberg, mezclada a la alta alcurnia de su madre Altigracia, una Sotomayor Michelsson. Su esposo, Enrique Valenzuela, bastante mayor que ella, era hijo del viejo Vespasiano y de nada menos que de doña Marianne O'Leary Menéndez. Había sido él quien había insistido para que su esposa asistiese a la ceremonia, ya que a ella — a pesar de la satisfacción que sentía por el regreso del General— ese tipo de eventos la fastidiaba particularmente, atacándole sutil, pero directamente el sistema nervioso. Enrique Valenzuela le tenía todavía más aversión a ese *tinglado ridículo y grotesco organizado para Pinochet* —según sus propias palabras. Sin embargo, su viejo padre no hubiera tolerado su ausencia; así que le suplicó a su mujer que lo acompañara. De esta manera podría solazarse contemplando su cuello, perdiéndose en el laberinto de su oreja derecha, emponzoñándose con su olor de animal aristocrata.

No sería nada superfluo anotar, además, que hubo alguien tan interesado por aquel evento que asistió aun sin haber sido invitado: en una de las últimas bancas de la iglesia logró instalarse (por medio de convincentes remuneraciones) el señor Kenichi Morisui, uno de los principales miembros de la firma jurídica *Pancrazi, Morisui y Asociados*, bufete en donde Eva Runeberg solía, desde hacía algunos años, trabajar.

Sí, Eva Runeberg trabajó. Por modestia o por esnobismo los miembros de su universo habían decidido llamar *trabajo* a sus actividades, como si se tratara de la misma labor efectuada por el resto de los mortales. La hija del general Runeberg había así pues partido a los dieciocho años a estudiar leyes en Estados Unidos, y a su regreso había ingresado casi automáticamente en la firma *Pancrazi, Morisui y Asociados*, filial de la prestigiosa *Marley & Marley* de Londres y Nueva York. Durante mucho tiempo casi todos ignoraron que el señor Morisui había insistido expresamente para que la joven Runeberg formara parte de su equipo.

El día después del tedeum no fue un día como los demás en el sexto piso del edificio *Pancrazi-Morisui*. Sólo se discutió brevemente por la mañana sobre la posibilidad de hacerse cargo de un pleito que la Barbera Mining Co. quería ponerle a la compañía Chileminas. Contrariamente a lo que acostumbraba, Morisui estuvo presente durante la discusión —él, que casi nunca se aparecía por las oficinas— y se dedicó a perturbarla y a tratar sistemáticamente de abreviarla. Visiblemente quería que se llegara pronto a una conclusión para tratar otro asunto.

Tal actitud no era en sí nada sorprendente: jamás nadie lo había visto interesarse en un asunto tan técnico como prometía ser el caso Barbera-Chileminas. Ese tipo de expedientes siempre le tocaba a Pancrazi, y no era difícil suponer que Morisui había asistido ese día a las oficinas únicamente para comentar la ceremonia del día anterior con sus colaboradores; especialmente con su consentida, la señora Eva Runeberg. Se pensaba que estaba secretamente enamorado de ella, como todos los seres de sexo masculino que desarrollaban sus actividades entre los pisos sexto y séptimo de la firma. A nadie se le ocurrió sospechar que las intenciones de Morisui fueran un poco más profundas que los quince o veinte centímetros reglamentarios. Es comprensible: aun hoy es difícil entender plenamente las motivaciones profundas de aquel hombre tan agradable pero tan inevitablemente marcado por el folclórico sello del *misterio del Lejano Oriente*.

El señor Morisui era (y todavía es, porque parece que aún anda rondando por ahí) japonés. Ahora bien, según el mismo Morisui, ser

japonés era ya en sí un hecho sobresaliente. Fueron los japoneses los únicos *chinitos*, los únicos *amarillos*, las únicas *personas de color* que lograron entrar (y por la puerta grande) al mundo cerrado e impermeable (y químicamente puro y blanco) del G-7. Ni siquiera a la hoy poderosa China se le ha otorgado tal privilegio. Pero —solía también decir Morisui—, al no ver en los rostros de los otros miembros del G-7 un reflejo simétrico de ellos mismos, los japoneses no habían podido olvidar por completo las cualidades (ni los defectos) de la mente irracional del arrabal del mundo, aquel mundo que generalmente se clasificaba en la tercera categoría. Así justificó Morisui su presencia en la ceremonia del día anterior: una fuerza irracional lo había obligado a asistir al tedeum. Además, dijo (no se supo si para hacer un gracioso juego de palabras o por desconocimiento de las sutilezas de la lengua castellana), *las pompas católicas siempre me han fascinado*. Después explicó, sonriendo maliciosamente (nadie en la oficina comprendió el verdadero sentido de aquella sonrisa y algunos hasta llegaron a pensar que su español era perfecto y que proseguía su juego de palabras): *Es quizás porque nací en un convento de monjas*.

Pero ese día Morisui no quería hablar ni de pompas, ni de monjas ni de religión —ni católica ni mucho menos sintoísta. Quería en realidad saber qué pensaban sus colaboradores chilenos de la detención del general Pinochet en Inglaterra, y de su regreso a Chile.

La mayoría evocó la dignidad mancillada (sí, alguien dijo *mancillada*) del país. Solamente un hombre pequeño con grandes anteojos que todos llamaban el Bolche osó insinuar que no sería impensable organizar en Chile un juicio contra los responsables de la dictadura. El Bolche lo decía en serio, pero todos se burlaron en seguida de él, y luego le recordaron a Morisui, sumaria pero detalladamente, la anarquía que había reinado en el país durante la presidencia de Allende. La culpa la había tenido a fin de cuentas el antiguo sistema electoral chileno, cuyos *vicios o defectos le permitieron a un grupo minoritario tomarse el poder y aplicar unas medidas que condujeron el país al mayor caos moral, político, social y económico*. Esa minoría, *esos mencheviques*, dijo alguien, siguieron aferrándose al poder a pesar de que las elecciones

legislativas de marzo de 1973 le habían concedido 54.70% a la coalición rival del gobierno de Allende.

Morisui se sabía todos esos argumentos de memoria, así que se levantó y se dirigió hacia Eva Runeberg para sentarse junto a ella. *No la dejaré marcharse*, le dijo, *sin que nos haya explicado qué es lo que realmente piensa usted de todo esto*.

Hasta el momento había permanecido callada, observando seriamente a cada uno de los que participaban en la discusión. Explicó que no había dicho nada porque en realidad no le interesaba particularmente la política, y que por su edad ni siquiera había tenido una vivencia personal de esos hechos. *Sin embargo*, dijo dirigiéndose particularmente al Bolche, *ya que soy la hija de uno de los compañeros de armas del General, espero que esto cuente como circunstancia atenuante si a veces muestro cierta simpatía para con nuestro viejo dictador que renunció al poder democráticamente*. Cuando cesaron las risitas amables de sus colegas, dijo más seriamente (y dirigiéndose ya a Morisui) que la detención del general Pinochet en Londres había tenido por lo menos un efecto positivo: *hizo que nos diéramos cuenta de nuestra verdadera posición en el mundo*. De esta manera, Eva Runeberg había podido ver a Chile como una especie de Hamlet que buscaba la justicia no por su propia voluntad, sino forzado por la voluntad tiránica del espectro de su padre. *La vieja Europa* —continuó, desarrollando su metáfora ya que sabía que Morisui (como Kurosawa) era un gran admirador de Shakespeare — *la vieja Europa, con sus jueces ingleses y españoles, se puso a actuar el papel del padre de Hamlet, y ahora todo gesto de la justicia chilena irá marcado con la impronta de los que siempre se la han pasado indicándonos cuál es el Bien y cuál el Mal. En el momento en que entendí esto, dejó ya de sorprenderme la actitud de los enemigos de Pinochet que también protestaban contra la detención del General en Inglaterra y su eventual extradición a España. Me di cuenta de que ellos estaban sintiendo prácticamente lo mismo que yo*.

Imagínese, señor Morisui, prosiguió Eva Runeberg inyectando ya una ligera pero clara dosis de vehemencia a sus palabras, *un buen número de altos funcionarios del gobierno chileno (entre los cuales*

se encontraba hasta el mismísimo presidente), que se habían opuesto con mayor o menor firmeza a la dictadura militar (y que a veces hasta habían sido sus víctimas), se vieron obligados por sus colegas europeos a apoyar a la persona que quizás más odiaban en todo el mundo. Sus protestas ante lo que llamaban “una violación del derecho internacional” (fórmula que, como nosotros bien sabemos, no quiere decir nada) sonaban bastante huecas e inverosímiles: se veía enseguida que les costaba mucho trabajo defender el derecho solidarizándose con el hombre que según ellos había sido el instrumento de la más terrible tragedia vivida por el país.

Pero estoy segura de que se estaban dando cuenta que protestar era la única manera de comportarse con alguna dignidad. Y es que la orden de detención del juez Garzón, proveniente de un antiguo país fascista que se había vuelto honorable y políticamente correcto en 1975 (España), y destinada a un país que siempre había sabido maquillar deliciosamente la sangre que había derramado por todo el mundo (Inglaterra), no podía más que rebajar a Chile al rango de república bananera sin plátanos que no sabe lo que es el derecho. Y viendo la manera como avanzamos, a veces me pregunto, señor Morisui, si después de todo no es eso lo que somos. Si hay algo podrido, no estará precisamente en el reino de Dinamarca.

La discusión acabó en el restaurante favorito de Morisui, el restaurante *Recuerdos del Porvenir*, el único restaurante verdaderamente mexicano que quedaba en Santiago, y seguramente en todo Chile

Por aquellos principios del siglo veintiuno, prácticamente todos los chilenos de menos de cuarenta años se habían ya olvidado de lo que era la cocina mexicana. Como la mayor parte de los habitantes del planeta (exceptuando, naturalmente, a los mexicanos) casi todos estaban convencidos de que la cocina mexicana era esa especie de cocina virtual que fue programada por ahí por los años 80 al norte de la frontera de México.

Morisui era sin embargo una de las raras excepciones a esta regla atroz. No sólo conocía la grandeza de la cocina mexicana, sino que se había vuelto un fanático de ella. Una de las razones (y no la menos importante) que lo inducían a no presentarse casi nunca por las oficinas, era el fabricarse el mejor pretexto para que Pancrazi lo invitara por lo menos una o dos veces por semana a cenar a su casa. Así, mientras su socio le hacía un resumen de los asuntos de la firma, Morisui se deleitaba con la comida de doña Amparo, la abnegada pero turbulenta esposa del señor Pancrazi; *hembra de a de veras* como Lola Beltrán, no menos macha que María Félix, *y más mexicana que el chile*. Sólo por este último vocablo había doña Amparo aceptado —hacía muchos años— abandonar casa, familia y patria para fugarse con ese joven y prometedor abogado proveniente de un país que tenía un nombre tan equívoco e irresistiblemente evocador.

En casa de Pancrazi, Morisui había comprendido que respecto a la cocina los mexicanos (hembras y varones por igual) eran los peores nacionalistas que jamás había conocido. Eran más nacionalistas que los serbios o los albaneses. Más aún (y eso ya era el colmo de la exageración) que los japoneses. Y Morisui no tardó en quedar totalmente convencido que tenían razón. Así que el hecho de que la joven señora Runeberg se diera también cuenta que la cocina mexicana era uno de los más grandes tesoros de América y del mundo contaba notablemente en la alta estima que le tenía.

En el restaurante se comieron crepas de huitlacoche y flor de calabaza, tamales, pulpos a la veracruzana, mole (naturalmente), manchamanteles, cochinita pibil, pozole y huatape; y de postre chongos zamoranos, jamoncillo y capirotada. Se bebieron vinos chilenos, aprobados doctamente por el señor Morisui, y un poco de agua de Jamaica y de tepache. No se cometió el mal gusto de pronunciar de nuevo el nombre del General ni de hablar de ese pasado un tanto indigesto de la república de Chile. En cambio, el señor Morisui, como acostumbraba cada vez que invitaba a sus colaboradores a esas grandes comilonas, les obsequió uno de los cuentos orientales que escribía durante sus ratos libres, que según las malas lenguas eran copiosos.

Piensen, en el desierto infinito, en las dunas cambiantes, en el sol ardiente, dijo Morisui en su español casi perfecto que no ponía eres donde había eles ni intercalaba vocales entre dos consonantes. *Poco a poco se distinguen en la lejanía unas palmeras. Unas tiendas. Luego camellos. Ovejas, caballos, hombres que trabajan en los pozos y en los dátiles, mujeres que descansan tras sus velos, niños que juegan a los juegos que en un tiempo ya remoto jugaban todos los niños del mundo entero.* Es entonces cuando aparece nuestro Príncipe, un Príncipe negro vestido de blanco.

Dios nos lo había traído de un lejano país para salvaguardar nuestro suelo, ya que sólo él había podido fulminar a los monstruos, someter a los bárbaros, detener a los infieles. Había recibido de Dios riqueza y poder y, como todo buen musulmán, cultivaba el temor de Dios.

Un día Dios dijo: “He colmado a este Príncipe de riquezas y poder, y es un buen musulmán: reza sus oraciones, va a la Meca, da a los pobres. Pero eso no es más que formalismo: probemos su fe verdadera como en otro tiempo probamos a Job, Job el rico, sometiéndolo a la amargura de la miseria. Pero esa prueba me había sido sugerida por el Satán, corto de medios y de imaginación. Probemos hoy al rico Príncipe sometiéndolo a un mal aún más sutil: la riqueza. Multipliquemos su fortuna de tal manera que él y su país lleguen a quedar sumergidos bajo una incontenible marea de monedas de oro.”

Primero el Príncipe se alegró al ver las monedas de oro que surgían del pozo de su oasis: “Dios es grande —pensó—, me envía este oro para el bien de mi pueblo.” Así que ordenó a sus criados distribuir el oro entre los pobres.

Pero había tanto oro que los pobres se enriquecieron tanto que los ricos llegaron a parecer pobres. Entonces el Príncipe ordenó: “Dadle el oro a los ricos.” Pero había tanto oro que los ricos se volvieron más ricos que los pobres. Entonces el Príncipe ordenó: “Dadle el oro a los pobres.” Pero sus servidores cayeron de rodillas suplicándole: “Señor, ten piedad, mira la sangre de nuestras manos, mira las llagas de nuestros pies, el trabajo del oro es cruel y terminará despedazándonos.” El Príncipe decidió entonces

contratar a otros sirvientes, pero nadie quiso trabajar por más monedas de oro. Entonces el Príncipe dijo: "Tomad mis más veloces corceles, mis más fieles camellos; llevaos mis halcones y mis rebaños." Los hombres aceptaron y trabajaron con ahínco hasta la sangre y el desfallecimiento. Habiendo dado todo, el Príncipe ya no encontró más hombres para distribuir su oro, y el oasis no tardó en ser engullido por aquel espantable metal. Y pronto las monedas se derramaron por toda la comarca, sofocando la vida del desierto, multiplicando los espejismos, desorrientando a los más experimentados beduinos.

Y el oro seguía brotando.

"Dios dio, Dios quitó; bendito sea el nombre del Señor..."

La noche estaba ya cayendo cuando Eva Runeberg emprendió, en medio de una circulación sorprendentemente fluida, su regreso a La Dehesa. Al llegar a lo alto de un promontorio, su coche se dirigió hacia un enorme portón de madera. Sin detenerse, apretó el botón de un control remoto y las puertas se abrieron automáticamente. Ya adentro, se detuvo ante una valla levadiza. Atrás, el portón se cerraba mientras un guardia armado con una metralleta M-16 se aproximaba. Después de haber verificado que el vehículo estaba únicamente ocupado por la señora, el guarda accionó otro control remoto y la valla se alzó.

Así se entraba a *Los Patos*, un complejo de cinco lujosas residencias construidas en torno a una vía central ovalada en las cuales vivían familias emparentadas entre sí. La residencia del fondo era la más grande e imponente y dominaba la ciudad de Santiago desde las alturas. Era ahí donde vivían los esposos Valenzuela Runeberg.

Nunca acostumbraba llegar tan temprano a casa. Generalmente llegaba después de su marido, pero casi siempre se las arreglaban, cuando no tenían algún compromiso en el exterior, para cenar juntos.

Después de dar unas instrucciones en la cocina, se echó a nadar en la piscina interior, sobre todo para neutralizar definitivamente el vino, el mole y los chongos de aquella tarde que todavia estaban

rondando por su sistema digestivo. El teléfono la sacó del sauna: su esposo no tardaría en llegar.

La cena no estuvo nada pesada. La ensalada de endibias, los percebes y el agua de Badoit le sentaron bien. Quien sí le pareció pesado fue Enrique. Aquél era uno de esos días en que el índice industrial chileno había bajado más de tres puntos, víctima de la crisis rusa o asiática o brasileña, y eso lo ponía de un humor estúpido, que lo hacía retroceder hasta la adolescencia más insoportable. El *Chicago Boy* fosilizado perdía entonces la placidez y la flema que lo caracterizaban habitualmente, y llegaba hasta a parecerse a uno de esos *Jóvenes por Pinochet* de finales de los años 80 que tanto le habían desagradado a Eva.

Estos cambios de humor se le habían declarado desde hacía casi dos años, es decir, desde la detención del General en Londres. Desde entonces acostumbraba achacarle todos los males del país a ese asunto. Se ponía a citar cifras, a decir que *íbamos tan bien*, que *en 1998 el índice de crecimiento había llegado hasta el 7%, y no de milagro, como se dice, sino gracias a nuestro trabajo, a mi trabajo, y al trabajo de papá*, que *no es tan huevón como muchos piensan y que le hizo caso a los consejos que le traje fresquitos de Estados Unidos para reestructurarse*. Y ahora, *desde que el don mata de huevas de Pinochet fue a meterse a donde no lo llamaban, el país-jaguar-de-América-Latina se ha vuelto un puto jaguar de papel, está como el horto, ¡me corto un coco!*

Irritada por el simplismo y el lenguaje que su marido adoptaba cuando perdía el control de sí, Eva Runeberg no quiso comentar más que brevemente la conversación que había tenido ese día con Morisui. Sin embargo, Enrique trataba de sacarle el máximo de detalles, ya que estaba profundamente intrigado por la presencia del japonés en el tedeum. Quizás hasta se sentía ligeramente ofendido, pues no podía evitar asociar la presencia de Morisui en la iglesia a la de un antropólogo ateo presenciando los ritos tribales de alguna población aborigen. Ante tanta insistencia, Eva no tuvo más remedio que hacerle un resumen del día, pero evitó escrupulosamente mencionar su metáfora shakespeariana, ya que sabía que él se la apropiaría y la deformaría hasta lo absurdo,

proyectando el fantasma del padre de Hamlet sobre las paredes de todos los ministerios, e imponiendo en sus consejos de administración la consigna de meditar sobre la necesidad de ser o de no ser. Se lo llegó a imaginar recorriendo las calles desiertas de Santiago gritando, desesperado: *iHay algo podrido en la república de Chile!*

Para irse por la tangente, Eva habló sobre todo del interés de Morisui por la religión católica y comentó, para justificarlo, que había nacido en un monasterio de monjas.

—¿En dónde?, preguntó Enrique.

—Creo que en Nagasaki.

—Pobre... Oye, ¿y por qué no lo invitas al cumpleaños del suegro?

Como todos los días, terminaron haciéndose bestialmente el amor.

2. El rey blanco

Los invitados al octogésimo aniversario del teniente general Nils Runeberg Ugarte fueron convocados a la residencia de la familia Sotomayor en Zapallar, una de las más fastuosas ciudades de asueto, al norte de Valparaíso. Su esposa había deseado que así fuera, y al principio él se había opuesto categóricamente contestándole simplemente *¡las huevas!*

Quien los conociera íntimamente hubiera comprendido sin mayor dificultad lo cortante de tal respuesta, y hasta su vulgaridad. Durante años los Sotomayor —y también los Michelsson— lo habían tratado con un desprecio cruelmente manifiesto que no libraba ni a la propia Altgracia del oprobio. *Parece que Ricitos de Oro les está viendo las huevas a los papás de la solterita*, se le había oído decir algún día a un primo lejano poco antes de la boda, dando a entender que sólo la resplandeciente cabellera de ese descendiente de suecos le había permitido abrirse las puertas (y las piernas) de uno de los miembros de la oligarquía de Santiago. Ciento era que todas aquellas anécdotas habían tenido lugar hacía muchos años, y que desde la participación de Runeberg a la epopeya del general Pinochet, su promoción al rango de general de ejército, y sobre todo desde el nacimiento de Eva, desapareció todo signo de desprecio para con él por parte de los Sotomayor y de los Michelsson, pero todavía quedaban resabios de la hiel que tan generosamente había sido derramada en otros tiempos.

Eva tuvo entonces que mediar y utilizar todas las tretas de tinterillo que había aprendido en Harvard durante aquellos entrenamientos que parecían más bien destinados a ganar un partido de futbol americano en vez de un litigio. Mucho le costó hacerle ver a su padre que la oferta de los Sotomayor era un gesto de paz y reconocimiento que lo admitiría irrevocablemente en la aristocracia chilena. PÚblicamente se anunciaría esa fiesta como un regalo de cumpleaños colectivo por parte de la familia de su querida y fidelísima Altgracia.

Y el susodicho regalo no era nada baladí. Comparada con esta recepción, la ceremonia del tedeum de Pinochet hubiera parecido un

simple ensayo. El decorado era suntuoso. La casa parecía un palacete francés de la época de Richelieu, sobre el prado se había instalado un gran toldo rococó para recibir las mesas de marquetería francesa sobre las que se desplegaron platillos confeccionados bajo la dirección del chef del *Grand Véfour* en persona, la orquesta tocaba aires de Lully, Marin Marais o Marc-Antoine Charpentier, y unos pasos más abajo se extendía, admirable como siempre, el Pacífico.

Prácticamente las mismas personalidades que estuvieron presentes en el tedeum acudieron al cumpleaños de Runeberg, pero aquí los trajes y los uniformes parecían más impresionantes y sofisticados, las capas volaban con la tersa brisa que llegaba del mar, las espadas descomponían en numerosos destellos la luz del espléndido sol de otoño, y el General-Presidente, escoltado por dos impresionantes enfermeras, parecía haber perdido definitivamente toda traza de aquella misteriosa enfermedad que lo había atormentado durante su cautividad en Londres. Sólo faltaba el almirante Murat. Su esposa había llegado desde hacía mucho tiempo, pero él no daba signos de vida. Ni su teléfono celular ni los de sus guardaespaldas respondían a sus llamados.

Se disponían ya a iniciar la ceremonia del pastel cuando vieron aproximarse una lancha torpedera lanzando bengalas. Los miembros del servicio encargado de la seguridad de la fiesta trajeron en vano de entrar en comunicación por radio con el navío. Llegando ya al muelle, la torpedera soltó una salva de petardos digna de la más tremebunda *mascletá* valenciana. Más de una mujer se puso a dar gritos histéricos, los hombres no sabían si era más apropiado reír o huir, y tanto los guardaespaldas como los miembros del servicio de seguridad pusieron sus manos sobre sus sendos instrumentos de trabajo. Un hombre, vestido con un blanco traje de almirante, desembarcó ágilmente. Aprovechando el silencio nervioso de todos los presentes, gritó hacia el general Runeberg que bajaba a su encuentro.

—¡Ricitos de Oro, viejo perro, todavía andas por ahí contaminando el paisaje, yo que me quería quedar con tu regalo!

—Roteque de miéchica, concha de su madre —respondió Runeberg que había reconocido a Murat desde que desembarcó—, si

me vuelves a llamar así te mando al fondo con todo y tu torpederasta.

Los dos hombres apresuraron el paso para darse un fuerte abrazo. Mientras seguían saludándose e insultándose, un marino bajó de la embarcación con un paquete alargado y se lo llevó a Murat. Éste se lo entregó a Runeberg, quien lo abrió enseguida, sin tomarse la molestia de regresar con sus invitados. Conocía bien al almirante, y sabía que cuando quería lucirse en sus regalos, podía superar las esperanzas más febres.

Efectivamente, Runeberg quedó deslumbrado al ver el interior del paquete. Contenía, sorprendentemente bien conservada, una espada vikinga proveniente seguramente de Gotland o de Escania, con su típica empuñadura de guardia doble. Casi podía usarse para combatir. *¿Cómo es posible*, logró decir el general, *cómo es posible que esté en este estado?*

—Conozco a un herrero japonés que hace maravillas con todos estos fierros viejos. Cuando quieras te doy su dirección.

Encima de la espada había una pequeña tarjeta con un poema en normánico antiguo:

*Sigrúnar skalt kunna,
ef vilt sigr hafa,
ok rísta á hjalti hjörs,
sumar á vétrínum, sumar á valböstum,
ok nefna tysvar Tý.*

Sigrdrífumál, 6

Y su traducción al español:

*Debes conocer las runas de las lides
Si deseas tener alerta el pensamiento
Grábalas en la empuñadura de tu espada
A lo largo de la hoja
Y cerca de la punta
E invoca dos veces al dios Týr.*

Canto de Sigrdrífa, 6

—La traducción del islandés es mía, ayudado por Derolez —dijo Murat—. Quisiera saber si te parece correcta.

Runeberg conocía el poema y sabía que la traducción de la segunda parte era bastante ardua, y que el antiquísimo libro de Derolez (compuesto durante los años cincuenta) no era una gran ayuda para ese tipo de ejercicios. La guarnición doble de las espadas viking complicaba las cosas, y más de un traductor se había embrollado tratando de encontrarle un equivalente a los dativos plurales *vétrrimum* (la guarnición exterior de la espada) y *valböstum*, (la guarnición contigua a la hoja). Era generalmente en esas guarniciones en donde se grababan las runas, no en la hoja. Por otra parte, la palabra *Týr* podía referirse al dios *Týr* o a la runa equivalente a nuestra letra T¹ que también se llamaba *týr*, por lo cual era más conveniente no precisar que el poema se refería únicamente al dios.²

Sin embargo el general se mostró satisfecho ya que no quería restarle méritos a tan magnífico regalo. Sonrió ampliamente, y al tiempo que decía *gracias hermano*, tomó la espada, la alzó triunfante al cielo, y se volvió hacia sus invitados quienes, sinceramente felices después del susto que habían pasado, aclamaron generosamente a su ilustre anfitrión.

Luego Runeberg tomó a Murat por el hombro y lo acompañó hasta el gran toldo. En el camino, el almirante alcanzó a explicar que la espada era del siglo XI, de tiempos de Magnus I, encontrada en Dybäck, Escania, la región de los antepasados de Runeberg.

¹ Hasta el grafismo de la runa podría parecer una T: ↑

² Runeberg hubiera traducido así:

Aprende bien las runas de victoria

Si deseas ser alerta y vencedor

Grábalas en ambas guarniciones de tu espada,

Algunas en la parte posterior,

Otras cerca de la hoja;

Y dos veces nombra a Týr.

—No —protestó el general—, los Runeberg eran de Blekinge, no de Escania. Bräkne-Hoby ya no está en Escania, sino un poco más al norte. ¿No te acuerdas que te lo dije cuando fuimos?

—Ya te está dando el Alzheimer, viejo charlatán, me estarás confundiendo con otro.

Unos ayudantes de cocina los interrumpieron. Entre cuatro llevaban hacia la mesa central un enorme pastel con ochenta velas escrupulosamente encendidas. Al verlos, los invitados se pusieron a entonar el *Happy Birthday*, y como la versión española era demasiado inteligible y vulgar, todos optaron por cantar la versión original en inglés. Todos no. Morisui, encantado de haber sido invitado, se había traído a su joven esposa y a sus tres niños del Japón. De esta manera se encargaron de globalizar el canto con las palabras お誕生日おめでとう *otanjōbi omedetō*, provenientes del otro lado del inmenso e imperturbable mar que se extendía ante ellos.

Para imponerse ante la difícil tarea de apagar ochenta velas, el viejo militar solicitó la ayuda de los presentes y los apostó estratégicamente por los cuatro flancos para que juntos lograran doblegar el fuego enemigo. Estaba a punto de dar la orden de *hacer viento* cuando se fijó en la figura central del pastel: un soldadito de plomo con una sola pierna se mantenía firme frente a una bella mujercita en vestido de ballet. Al verla más detenidamente, Runeberg constató que correspondía muy detalladamente a la descripción del cuento de Andersen: *la doncellita tenía los dos brazos extendidos hacia adelante, porque era bailarina, y tenía una de las piernas tan levantada, que el soldadito de plomo no llegaba a verla y creyó que sólo tenía una pierna* como él.³

Casi estuvo a punto de perder el dominio de sí. Casi se le llegaron a humedecer los ojos. Pero su experiencia de estratega lo hizo cambiar de táctica: localizó a su mujer, se dirigió hacia ella, la

³ Runeberg se sabía naturalmente el cuento en danés: *Den lille jomfru strakte begge sine arme ud, for hun var en danserinde, og så løftede hun sit ene ben så højt i vejret, at tinsoldaten slet ikke kunne finde det og troede, at hun kun havde ét ben ligesom han.*

tomó por la mano y regresó a su sitio. De ahí se dirigió de nuevo a sus invitados y les confesó que él también había sido como el soldadito de Andersen cuando había conocido a Altagracia, también él se había sentido miserable ante su divina gracia, pero también él había tenido el valor de conquistar su corazón. Luego citó de memoria (y sin equivocarse) las reflexiones que el soldadito se había hecho al ver que la bailarina también se sostenía sobre una sola pierna: «*Sería una buena esposa para mí —pensó—. Pero es muy distinguida, vive en un palacio, y yo no tengo más que una caja, y además para veinticinco; ella no cabría. ¡Pero tengo que conocerla!*»⁴

Todos lo aclamaron de nuevo, más fuertemente aún. En eso estaban, cuando Runeberg, levantando la espada viking hacia el cielo dio la orden de *iviento!* y todos soplaron a la vez, alcanzando, gracias a la unión, el éxito. Entusiasmado por su victoria, el viejo guerrero dio un paso atrás, empuñó la espada con las dos manos, alejó con su punta a las personas que se encontraban cerca, y asestó tres golpes. Fueron tres golpes fuertes, pero tan precisos y quirúrgicos, que así quedaron cortadas las dos primeras rebanadas del pastel sin que éste sufriera el más mínimo daño colateral.

Los invitados ya no sabían cómo manifestar su alegría. Algunos pronunciaban vítores, otros aplaudían todavía más fuerte. Hubo hasta un viejo senador mexicano que sacó su pistola para echar de balazos al aire antes de que los agentes del servicio de seguridad pudieran arrebatarla. Finalmente, Runeberg le entregó una de las dos primeras rebanadas del pastel a su esposa, y la otra se la llevó personalmente a su hija. De repente unas detonaciones se oyeron de nuevo. El champaña comenzaba a correr.

Durante toda la fiesta Eva Runeberg se la pasó evitando a Murat.

⁴ »Det var en kone for mig!« tænkte han; »men hun er noget fornem, hun bor i et slot, jeg har kun en øeske, og den er vi femogtyve om, det er ikke et sted for hende! dog, jeg må se at gøre bekendtskab!«

La puesta de sol fue magnífica. En esos momentos se comprendía plenamente el significado de la palabra aymará *chilli*, “el final del mundo”. Mientras todos contemplaban los últimos destellos del Sol en el mar, Morisui, con la vista fija hacia el noroeste, se acercó discretamente a Eva Runeberg y le dijo, como si le revelara un secreto, que sus países eran hermanos, sólidamente enlazados por ese infinito océano, y que si el Japón —日本 Nihon— merecía llamarse *el Nacimiento, el Origen del Sol*, Chile tendría entonces que llamarse 日休 Nikkyū, *el Reposo del Sol. Cuando el Sol muere en Chile*, dijo señalando un punto bien preciso del horizonte, *allende el mar está el Japón, su salvador.*

Los fuegos artificiales estallaron en ese mismo instante acerando así la eficiencia de aquel lirismo oriental —o *extremo-occidental*, como decía Morisui, Eva Runeberg, sinceramente conmovida, le hizo entonces una confidencia a su jefe y amigo: *nos estamos escapando, ¿se quiere venir con nosotros?*

Morisui reunió discretamente a su familia y se dirigió con ellos a la casa principal. Ya dentro, unos agentes los condujeron por unos largos pasillos hasta un pequeño estacionamiento donde había unos carritos de golf. Uno de ellos los llevó a través de un jardín a la francesa hasta una pequeña explanada. Ahí, junto a un enorme helicóptero militar con las aspas ya en marcha, los esperaba Eva Runeberg.

—Ya no podía más —explicó gritando para vencer el ruido del rotor—. Estaban acabando con papi y con mis nervios. Me hubiera escapado, aunque fuera nadando.

Además de la familia Morisui, el pequeño grupo de exiliados estaba constituido por los esposos Valenzuela Runeberg, sus respectivos padres, y dos hermanos de Enrique Valenzuela con sus esposas e hijos. El helicóptero llegó a Santiago y se posó en los jardines de la residencia del teniente general. Un pelotón de niñeras se encargó rápidamente de encuadrar a los pequeños, y el resto del contingente se dirigió directamente a la biblioteca.

La biblioteca. Indudablemente se merecía tan noble nombre. Nada tenía que envidiarle a la del profesor Higgins de *Mi bella dama* ni a la *Capilla Alfonsina* de Alfonso Reyes. Estaba construida sobre un rectángulo de por lo menos quinientos metros cuadrados y tenía dos niveles superiores a los cuales se accedía por cuatro escaleras de caracol colocadas en cada ángulo. Tres gráciles y amplias arañas de hierro forjado alegraban el techo. De una de las barandillas del primer nivel superior colgaban los retratos de Augusto Pinochet Ugarte, Gustavo Leigh Guzmán, José Toribio Merino Castro y César Mendoza Durán. Frente a ellos se encontraban los de los presidentes Johnson, Nixon, Reagan y Bush I. En un barandal de más arriba se podía reconocer el retrato de Михаил Сергеевич Горбачев. La chimenea había sido encendida, y alrededor de ella se reunieron huéspedes y anfitriones. En la gran mesa del centro fueron colocados los principales regalos de la fiesta. Entre ellos se encontraba, naturalmente, la espada viking, y un casco de samurái de la época del shogunato de 德川 家康 Tokugawa Ieyasu, regalo de Morisui.

Primero que nada, al sentarse en su fiel sillón, el general se dirigió a su hija.

—Jag tackar dig så mycket, käraste lilla Eva.

—För all del, lilla pappa. Må du leva uti hundrade år.

—Det närmar sig, det närmar sig.... så småningom...

Los dos rieron, encantados de poseer entre ellos un idioma secreto que afianzaba su complicidad. En ese momento preciso de su vida (durante una fracción infinitesimal pero profundamente intensa), Nils Runeberg fue feliz. A partir de la adolescencia, Eva se había alejado brutalmente de él, él que la había querido tanto, que la había protegido más allá de lo necesario, que le había enseñado la lengua de sus antepasados, que la había llevado a Suecia, mostrándole sus bosques, dándole a probar sus mirtillos y sus fresas silvestres, y haciéndole vivir los crepúsculos interminables del verano. Todo aquello se había terminado a los dieciséis años. Él se transformó para ella en *el inmundo militar que le lamía el culo a Bush*, y el día en que la oyó pronunciar esas palabras, estuvo a punto

de mandarla al hospital a bofetadas. Más tarde, todos agradecieron que ella partiera a estudiar a Chicago y luego a Harvard, y a su regreso el trabajo en el bufete le impidió reanudar una verdadera intimidad familiar. Poco después se casó. Pero ese día, durante la fiesta de sus ochenta años, al ver Runeberg las figuritas de Andersen sobre el pastel, había querido creer que su hija por fin estaba de regreso en casa, y esa noche se dio cuenta que después de todo no se había equivocado.

—Perdonen, le estaba agradeciendo el finísimo detalle del soldadito de plomo y de la bailarina —les explicó a todos los demás presentes—. Me di cuenta enseguida que había sido Evita la de la idea.

—Y yo —completó Eva Runeberg— le cité la canción sueca de cumpleaños que desea cien años de vida, y él me contestó que ya se andaba acercando, por eso nos reímos.

—Hijita, no puedes saber lo feliz que me has hecho.

—¡Claro que puedo, mañana recibo la factura del pastel!

Entre las risas, Runeberg logró decirle a su hija que no había cambiado.

—Para nada, papá. Siempre seré la misma niña malcriada que te ha hecho la vida imposible.

Runeberg recibió la broma con una ligera sonrisa.

—“Det var en kone for mig...” —dijo pensativo— “Sería una buena esposa para mí...” Cuando Evita era una niñita, cada vez que me preguntaba cómo había conocido a su mamá, le contaba el cuento de Andersen. Señor Morisui, usted conoce el cuento, ¿verdad?

El señor Morisui, que se había volteado hacia su mujer para traducirle lo que se decía, se volteó rápidamente hacia Runeberg.

—Sí, sí, mi general, claro... Pero, mi general —continuó el señor Morisui imprimiendo a sus palabras esa cortés vehemencia tan característica de los japoneses— ya que estamos en el tema de las confidencias, ¿por qué no nos habla de usted y de sus antepasados? Estoy seguro de que, aunque algunos de los presentes ya conozcan su historia, les encantaría escucharla de nuevo en este día tan especial.

—No se haga ilusiones, señor Morisui —dijo Enrique Valenzuela—, casi nunca nos habla de eso.

El señor Morisui miró entonces a Runeberg con una expresión a la vez compungida e insistente, presionándolo a pesar de la evidente molestia del general. Algunos comentarios pronunciados por las cuñadas de Valenzuela vinieron a apoyarlo.

—Es que hay ciertos detalles que... —protestó Runeberg antes de ceder—. Bueno, creo que ha llegado el momento...

Después agregó dirigiéndose a Morisui:

—Demo, hashimeru mae ni, o-sake ni shimasen ka?

El señor Morisui se puso a reír con una risita admirativa paseando intermitentemente su mirada entre su esposa y los demás. A ella le dijo *isugoi ne!*, y luego les explicó a los otros que el general les estaba proponiendo pedir primero algo de beber.

Morisui escogió un tequila Don Julio, al cual llamaba *su medicina*. Runeberg, su invariable pisco sour. Entre los demás se repartieron tequilas, margaritas, cubas libres, oportos y martinis.

Ya bien servidos, el general comenzó su relato.

Su padre había nacido en la provincia de Blekinge, en el sur de Suecia, y se llamaba Mats Runeberg. Le había dejado la herencia más preciosa que se hubiera podido imaginar: esa lengua escandinava que consideraba como un tesoro y que había transmitido a su hija, el amor a Chile, la patria que con tanta munificencia lo había acogido, y el gusto por el estudio desaforado, que abre las puertas del mundo. *En un naufragio, solía repetir, sólo el saber no se hunde.*

Sin embargo, al lado de la imagen de su padre se le había quedado grabada otra, igual de fuerte pero virtual, ya que la había recibido como *por espejo, en oscuridad*: la imagen de su tío —*min farbror*, dijo, pronunciando las eres bien guturales, a la manera de los suecos meridionales, vecinos (y antiguos súbditos) del reino de Dinamarca. Jamás había visto a ese tío paterno, ni siquiera en foto, pero nunca se le olvidarían las veladas en que su padre le hablaba de él, describiéndolo como un profeta, como el posesor de una temible verdad que pocas personas podrían tolerar o aun imaginar.

Había sido un oscuro pastor luterano que, hacia el fin de su vida, por ahí por el año 1912, había sucumbido a la locura. Se llamaba también Nils Runeberg. Unos años antes de su muerte había publicado un libro de teología, *Den hemlige Frälsaren* (*El Redentor secreto*), cuya espantable revelación había sido propuesta en vano en las librerías de Estocolmo y de Lund. Su hermano menor, el padre del general, no pudo conocer tal revelación (ni enterarse de la locura que le ocasionó al pastor) pues alrededor de 1908 la miseria lo había obligado a embarcarse en el *Nordstjärnan* rumbo a Argentina. Sin embargo, el joven Mats ya había quedado irremisiblemente marcado por las conversaciones con su hermano mayor, y sobre todo por su primer libro. Lo había impresionado tanto que no se lo había llevado en su equipaje. Del hermano sólo llevaba durante la travesía, en el bolsillo interior de su abrigo, un asiduo poema descriptivo publicado en la hoja simbólica *Sju insegel* (*Siete sellos*) bajo el título *El agua secreta* (*Det hemliga vattnet*). *Las primeras estrofas narran los hechos de un tumultuoso día; las últimas, el hallazgo de un estanque glacial; el poeta sugiere que la perduración de esa agua silenciosa corrige nuestra inútil violencia y de algún modo la permite y la absuelve. El poema concluye así: El agua de la selva es feliz; podemos ser malvados y dolorosos.*

En ese momento algo extraño ocurrió. Durante una de las breves pausas que hacía para facilitar la traducción de Morisui a su esposa, Runeberg oyó el principio de la última oración en japonés, que correspondía a “el agua de la selva es feliz”: 森の水は嬉しい mori no mizu wa ureshii... Intrigado, le preguntó a su invitado con qué ideograma (utilizó en realidad la palabra “kanji” en lugar de “ideograma”) se escribía sui, la segunda parte de su nombre. Morisui sonrió cortésmente, entendiendo el sentido de la pregunta. Le respondió que estaba sorprendido y halagado de ver que un chileno conociera tan bien su idioma, y le dijo que el -sui de “morisui” no era “agua”, como en el 水 sui- de 水曜日 suiyōbi (“miércoles”) o de 水銀 suigin (“mercurio”). Su -sui era más bien “embriaguez” y se escribía con el kanji del sake menos las tres gotitas seguido de un nueve sobre un diez.

—Ah, creo que lo conozco —asintió Runeberg con interés, dibujando el ideograma en el aire—, así 醉, ¿verdad?

—Sí —aprobó su invitado, ebrio de felicidad. Luego, casi riendo, agregó: — Noventa botellas de aguardiente. Con eso cualquiera se emborracha.

—Entonces su nombre es algo así como *una borrachera en el bosque*.

Morisui ya no pudo contener una franca carcajada.

—Yo siempre pensé que era mejor decir *embriaguez del bosque*, ipero ahora creo que usted tiene razón!

Runeberg reflexionó unos instantes y dijo en un tono falsamente severo:

—Sui sei mu shi.

Ahora no sólo Morisui sino también su esposa Setsuko se soltaron una gran carcajada. El rostro de Morisui estaba tan desfigurado que empezó a parecerse al del viejo sir Charles Lyndon cuando se ahogaba antes de morir. Sin embargo, logró decir, luchando contra la alborozada tos que lo estrangulaba:

—“醉生夢死 — ¡Vivir borracho, morir soñando!” ¿Así es como me ve? ¿Su hija se atrevió a denunciarme?

Tan entusiasmado estaba Morisui, y Runeberg tan orgulloso del efecto que producía, que dejaron casi a todos sin entender. Sólo Eva, que se las arreglaba bastante bien en japonés oral (nunca había tenido ni tiempo ni paciencia para ingurgitarse los kanjis) entendió más o menos de lo que se trataba, aunque no conocía el proverbio citado por su padre, destinado a los hombres de vida disoluta.

Luego Runeberg prosiguió su relato: *habíamos dejado a mi padre en el barco*, dijo. *Y bueno, al igual que los argentinos*, él también descendió del barco, y ahí, en Argentina, años más tarde conoció a una magnífica chilena, Laura Ugarte, cuya familia atendía temporalmente unos asuntos en Rosario. Hay quien asegura que los miembros de esta familia Ugarte están vagamente emparentados con la familia de la madre del general Pinochet, pero yo nunca encontré una prueba concreta de eso. Bueno, no

importa... El caso es que mi padre se convirtió al catolicismo, se casó con ella y se vinieron a Santiago.

Y aquí me tienen pues, concluyó Runeberg, cien por ciento chileno, buen católico, hombre hecho y derecho, pero llorón y trémulo cuando oigo el himno nacional. Todo eso me permitió actuar sin dudar un solo instante cuando tuvimos que rescatar a la patria del caos en que la habían empantanado los sucios y cobardes comunistas. En esa época mi padre había muerto desde hacía ya muchos años —murió cuando todavía yo era demasiado joven. Mi historia en realidad no tiene mayor interés.

—Al contrario, mi general —repuso Morisui, a quien le costaba cada vez más trabajo contener su exaltación—, es interesantísima. Por favor, no nos deje a medias, comimos tan bien en Zapallar que podríamos permanecer encerrados aquí durante horas y horas, ¿no es cierto?

Todos estuvieron de acuerdo.

—¿No nos podría contar —prosiguió Morisui— qué era esa cosa tan tremebunda que había descubierto el pastor Nils Runeberg?

El general sonrió, un tanto embarazado. Luego dijo: *es que es algo que podría desagradar a algunos de los presentes. Nunca lo he comentado en familia.*

El silencio inquisidor que siguió lo hizo ceder.

Durante toda mi juventud me formé una imagen idílica de ese tío que me había dado su nombre pero del cual, en realidad, ignoraba prácticamente todo. Como ya les dije, no lo había visto ni siquiera en foto. Poco después de la muerte de mi papá, por ahí por finales de los años cincuenta, habiendo ya obtenido mi segundo doctorado en historia en la Universidad de Chicago y mi rango de teniente coronel, decidí saber más y me fui por primera vez a Suecia tras las huellas de aquel pariente un tanto mítico. Naturalmente, el primer lugar que visité fue el sitio en que mi padre me había dicho que él y su hermano habían nacido: Bräkne-Hoby.

Me encontré con un pueblito muy pintoresco, nada más. Tenía una linda folkhögskola cuyo director (todavía recuerdo su nombre, se llamaba Folke Wirén) me ayudó en todo lo que pudo. Me paseó

por toda la región, me mostró las ollas de gigante, me llevó a Gyön y a Järnavik de donde, según me dijo, partían para Argentina barcos cargados con piedras de la provincia donde estábamos, que se llama Blekinge. Era tan amable que hasta me alojó en la idílica casa de campo que poseía junto al lago Blanksjön, no lejos del pueblo.

Debo reconocer, sin embargo, que su esposa Agnes fue la que más me ayudó. Ya desde ese entonces se interesaba por la emigración de los habitantes de la provincia de Blekinge a América a finales del siglo XIX y principios del XX, período que era precisamente el que me interesaba. Y me imagino que ella debía de estar encantada de tener a mano, como caído del cielo, a un descendiente de las personas que estaba estudiando. Bueno, eso no le quita lo amable, pero puede ser que ese interés común la haya motivado todavía un poco más. Muchos años más tarde, publicó su tesis que se llamaba Uppbrott från örtagård, que quiere decir algo así como Adiós al terruño. Hasta me mandó una copia, porque seguíamos en contacto. Esto fue en 1972. Me acuerdo muy bien porque el año siguiente, cuando se enteró de que había participado en la revolución del 73, dejó de escribirme. ¡Bah!, los suecos son todos unos incurables bolcheviques. En fin, regresemos a los años cincuenta... bueno, como ni Agnes ni su marido no recordaban a ningún Runeberg, me acompañó a los registros parroquiales de toda la región, ya que en Suecia los pastores estaban encargados del registro civil. Vimos el registro de Bräkne-Hoby, de Roneby y hasta el de Karlskrona. Pero no encontramos nada sobre los Runeberg, y recuerdo que eso le pareció muy raro a ella, porque me aseguró que desde mediados del siglo XIX los registros eran llevados muy rigurosamente, y le parecía imposible que yo hubiera confundido el nombre del pueblo pronunciado por mi padre, ya que en toda la provincia de Blekinge (que creo es la más pequeña de Suecia) no había ningún otro pueblo cuyo nombre se pareciera aun lejanamente al de Bräkne-Hoby. Me aconsejó entonces que fuera a Lund, o hasta a Uppsala, en donde estaban las facultades de teología más prestigiosas para ver si encontraba algo sobre el pastor Runeberg.

Empecé, naturalmente, por Lund, puesto que ahí se encuentra la universidad que teóricamente deben frecuentar los habitantes del sur de Suecia. Fatigué la paciencia de los archivistas del obispado y no sólo la de los de la facultad de teología, sino también la de los de todas las materias de humanidades, y hasta la de los de matemáticas. Obsesionado, me fui hasta Uppsala, a pesar de que se encontrara a cientos de kilómetros al norte de donde se suponía que eran mis antepasados. Los suecos, ya se lo he dicho, son muy amables, pero en Uppsala harto de nuevo a los archivistas y uno de ellos, seguramente para deshacerse de mí, me mandó con un oscuro y viejo pastor llamado Henrik Bergman que oficiaba cerca del castillo. Recuerdo que caminaba difícilmente, ayudado por un bastón y unas armaduras ortopédicas, y que se pasó todo el tiempo insistiéndome que la solución de mi búsqueda la encontraría en la obra de un genial hijo suyo que hacía cine. Me machacó tanto el cuento de ese hijo suyo, que comencé a entender lo que habían sentido los archivistas con mis preguntas estúpidas repetidas diez mil veces. Huí, así pues, a Estocolmo, y finalmente me regresé al sur y llegué, por el estrecho entre Helsingborg y Helsingør, a Copenhague.

Como mi entusiasmo ya estaba bastante apagado, no tuve la energía de verdaderamente fatigar los archivos de la facultad de teología de la ciudad. Así fue como, ya completamente desanimado, me encontré vagando sin rumbo fijo por el puerto de Copenhague, insensible a sus innegables encantos. Fue ahí donde vi un barco que me sacó de mi sopor. Me había llamado la atención por lo destalado que estaba. Estaba amarrado a un muelle abandonado y sucio, y todo le daba un aire de barco fantasma que no dejaba de tener un cierto atractivo. Fue entonces cuando vi su nombre. Se llamaba Nordstjärnan —La Estrella del Norte. «Nordstjärnan, pensé, Nordstjärnan.» De repente recordé que ése era el nombre del barco en que mi padre había llegado a la Argentina. Debajo del nombre del barco se leía todavía con suficiente claridad el nombre de su ciudad de origen: Malmö. Y Malmö es la ciudad sueca que queda justo del otro lado del estrecho, enfrente de Copenhague. Casi sin pensarlo me subí a uno

de esos transbordadores que hacían frecuentemente la travesía entre las dos ciudades, y una hora y media más tarde desembarcaba otra vez en Suecia.

Al principio lamenté haberlo hecho. No sólo me costó un trabajo inaudito hasta poder rentar un coche en esa ciudad semidesértica, sino que tampoco encontré nada ni en los archivos de la ciudad ni en los de la diócesis. Esa misma noche, para no sucumbir a la depresión que me estaba provocando esa triste ciudad, traté de huir hacia la bella Copenhague, pero ya se había ido el último transbordador. Tuve que irme a un hotel —igual de triste. Y enfrente del hotel había un cine, tan triste como el hotel y la ciudad, pero me tuve que obligar a entrar en él para ver si se me cambiaban un poco las ideas.

La película ya había comenzado, y era la última función. Entendí que se trataba de un viejo doctor llamado Borg que tenía ciertos problemas con su pasado y con su hijo y su nuera. La historia era bastante enrevesada y entrecortada por sueños y recuerdos más bien angustiantes y humillantes. Lo único que le daba una cierta coherencia a la trama era un viaje que estaba haciendo en coche ese viejo profesor o doctor para ir a recibir un homenaje por sus cincuenta años de médico. El lugar de ese homenaje resultó ser nada menos que la catedral de Lund, y al final el doctor lograba hacer las paces con su pasado y su presente.

Esa noche dormí perfectamente bien, ayudado quizás por el efecto soporífero que el cine siempre me ha producido. Soñé con la película. Soñé que en uno de sus múltiples sueños o ensueños el doctor se daba cuenta que el ábside de la catedral ocultaba de su campo visual una librería cuyo nombre no podía descifrar, pero en donde hubiera encontrado la solución de los humillantes exámenes a los que era sometido. Al día siguiente recordé que lund (que en las lenguas escandinavas modernas quiere decir “soto”) en escandinavo antiguo significa “bosque sagrado”. Tuve entonces la certeza de que tenía que regresar a Lund.

Al llegar (el trayecto en coche a partir de Malmö es relativamente corto), me dirigí directamente a la catedral. Me coloqué en el mismo sitio de mi sueño y después fui a ver lo que

había detrás del ábside. Efectivamente, ahí había una librería que tenía el inverosímil nombre de Babel.

Su dueño, el señor Isak Babel, un iraní de suma cortesía y felicidad, tampoco había oído hablar del pastor Nils Runeberg, y no encontraba ese nombre en su catálogo, en donde nada más figuraba un Runeberg, el poeta finlandés Johan Ludvig Rumeberg, quien escribió (ien sueco!) el himno nacional de Finlandia. Babel me aconsejó entonces preguntar en una librería de cuyo nombre no quería acordarse que quedaba a cinco calles de ahí y que se especializaba en «obras de teología un poco particulares, del tipo de Swedenborg y cosas por el estilo.»

Recuerdo que no la encontré fácilmente: en Lund las librerías de teología no eran nada raras, y además no alcanzaba a formarme una idea precisa de lo que quería decir Babel con la expresión “teología un poco particular”. Al cabo de no menos de dos horas di, al fondo de un patio, con una tiendita bastante descuidada y polvorienta cuya enseña, Borgens Drömmar, estaba escrita con unas letras que el tiempo se había encargado de esfumar con bastante eficacia, sobre todo la eñe. En otras circunstancias tal nombre me hubiera sonado estúpidamente comercial porque podía interpretarse como “sueños de fianza”, pero en esos momentos me pareció muy prometedor, ya que lo traduje primero como “los sueños del amparo” y luego como “los sueños del castillo”. Este último sentido me evocó el recorrido espiritual que Santa Teresa había efectuado en las Moradas del Castillo Interior. “Este castillo tiene —decía Santa Teresa— muchas moradas, unas en lo alto, otras embajo, otras a los lados; y en el centro y mitad de todas éstas tiene la más principal, que es adonde pasan las cosas de mucho secreto entre Dios y el alma”. Me sentí feliz, seguro de que mi búsqueda había terminado. Entré. Al no ver a nadie golpeé las manos una y dos veces y pregunté si alguien podía atenderme. No recuerdo si en ese momento me daba cuenta de lo que estaba viviendo. Detrás de una cortina, delineada por un inefable resplandor, apareció la increíble silueta de Göran Lovis Borg.

No sólo Borg había oído hablar del pastor Nils Runeberg, sino hasta lo había conocido de niño pues había sido bastante amigo de su padre, el fundador de la librería. Así pues, durante dos generaciones los Borg habían puesto a la venta el libro del pastor Runeberg haciéndolo competir con obras tan heteróclitas como el De principiis de Orígenes, el Mantiq al-Tayr en la traducción inglesa de Edward FitzGerald, o el The approach to Al-Mu'tasim de Bahadur.

No vendieron ni un solo ejemplar del libro. De los libros, mejor dicho, pues Borg recordó que el reverendo había escrito dos, no uno, como yo creía en esa época. Los había retirado de los estantes hacía ya casi quince años. «Fue exactamente entre el 6 y el 9 de agosto de 1945, precisó. No se me puede olvidar porque fue cuando echaron las bombas atómicas, poco después de la muerte de mi padre.» Un ligero escalofrío me atravesó por todo el cuerpo cuando me dijo que mi tío había muerto loco y solitario en la triste ciudad de Malmö, donde yo había pasado la noche anterior.

Después de convidarme un café con galletitas de jengibre —los pepparkakor que tanto le gustan a Evita—, me llevó a su buhardilla donde se pudrían los libros invendibles. Encontramos casi intactos los dos volúmenes urdidos (no sé de qué otra manera calificar su elaboración) por mi idolatrado pariente: Kristus och Judas (Cristo y Judas) y Den hemlige Frälsaren (El Redentor secreto).

No sentí pasar el tiempo leyendo el primer libro durante el largo y (en otras circunstancias pesado) viaje de regreso. La interpretación insólita de la figura de Judas Iscariote como personaje esencial de la economía de la salvación me perturbó tanto que no me di cuenta ni de la duración del trayecto ni del número de cambios de avión. Ya en casa me leí el segundo. Con razonamientos teológicos tan convincentes que hasta parecerían científicos, concluía que el verdadero redentor de la humanidad no había sido Jesús, sino Judas. No es que invocara, como lo hicieron algunos heresiarcas de la antigüedad, el famoso versículo de la primera carta a los corintios —“vemos ahora por espejo, en oscuridad”— para demostrar que lo que vemos en este mundo es un reflejo invertido y falso de la única realidad celeste. Iba mucho

más allá y argumentaba que la encarnación en el ser más despreciable era la única manifestación posible de la infinita humildad divina y de su inefable amor.

Jamás he vuelto a leer esos libros, y hasta evité tocarlos (y hasta verlos) cuando nos mudamos a esta casa. Andan por ahí por el segundo nivel. Pueden consultarlos si quieren; hasta hay una traducción alemana del último (Der heimliche Heiland) que Borg me envió unos años más tarde y que ya no leí... Estoy seguro que usted ya está familiarizado con nuestra religión, señor Morisui, pero explíqueme por favor a su señora lo escandaloso que puede resultar para nosotros esta versión paralela de la historia sagrada, esta encarnación del Dios vivo, ¡el Dios de amor!, en el más ruin y cobarde traidor.

*Naturalmente, cuando leí esos libros yo era ya suficientemente maduro, mi mirada sobre el mundo no podía ya descarrิarse. Pero reconozco que me impresionaron bastante. Al acabar de leerlos me pareció escuchar de nuevo cada una de las palabras de Borg cuando me refirió con disimulado azoro la explicación que el pastor le había dado a su padre acerca del fracaso comercial de sus libros, sobre todo del último: Dios ordenaba esa indiferencia; Dios no quería que se propalara en la tierra Su terrible secreto. Runeberg comprendió que no era llegada la hora. Sintió que estaban convergiendo sobre él antiguas maldiciones divinas; recordó a Elías y a Moisés, que en la montaña se taparon la cara para no ver a Dios; a Isaías, que se aterró cuando sus ojos vieron a Aquel cuya gloria llena la tierra; a Saúl, cuyos ojos quedaron ciegos en el camino de Damasco; al rabino Simeón ben Azaí, que vio el Paraíso y murió; al famoso hechicero Juan de Viterbo, que enloqueció cuando pudo ver a la Trinidad; a los Midrashim, que abominan de los impíos que pronuncian el *Shem Hamephorash*, el Secreto Nombre de Dios. ¿No era él, acaso, culpable de ese crimen oscuro? ¿No sería ésa la blasfemia contra el Espíritu, la que no será perdonada (Mateo 12: 31)? Valerio Sorano murió por haber divulgado el oculto nombre de Roma; ¿qué infinito castigoería el suyo, por haber descubierto y divulgado el horrible nombre de Dios?*

«Ebrio de insomnio y de vertiginosa dialéctica, Nils Runeberg erró por las calles de Malmö, rogando a voces que le fuera deparada la gracia de compartir con el Redentor el Infierno.»

Ésta fue una de las últimas frases pronunciadas por Borg acerca de mi tío. Pensé en ella justo después de terminar la lectura del segundo libro y corrí a buscar, entre las reliquias dejadas por mi papá, la hoja Sju Insegel. Releí el poema. Al recorrer la última línea creí comprender todo al fin:

El agua de la selva es feliz; podemos ser malvados y dolorosos –
Djungelns vatten känner lycka, onda kan vi vara och göra ont.

Los únicos invitados que regresaron a su casa esa noche fueron los padres de Enrique Valenzuela. Los demás sucumbieron ante las súplicas del general, que arguyó —con la mayor pertinencia del mundo— que de todas maneras ellos habían previsto pasarse la noche en Zapallar, así que no podían negarse a pernoctar en su casa. El viejo Vespasiano, en cambio, no se dejó convencer, valiéndose de su delicada salud (*Santiago no es Zapallar*, dijo de manera poco demostrativa pero irrefutable) y de la cercanía de su residencia.

No pronunció ni una sola palabra durante todo el corto trayecto de regreso a casa. Adoptó aquella actitud ambigua que se había inventado recientemente para incomodar a los que lo cuidaban, ya que no podían saber a ciencia cierta si estaba desfalleciendo o simplemente meditando o refunfuñando.

Su esposa, doña Marianne O'Leary de Valenzuela, que había sido educada a manipular a los hombres más aguerridos, no sabía cómo manejar esa nueva actitud de su marido. Es por eso que en aquel momento, aunque tenía prácticamente la certeza de que le estaba dando un ataque, se quedó callada para no arriesgarse a terminar siendo fulminada por los insultos más soeces que enviaban las matrices de sus antepasadas (hasta la tercera generación) a pudrirse en los antros más hediondos del averno.

Toda esta actitud se transformó radicalmente cuando cerraron la puerta de su recámara, quedando solos. El comportamiento que don Vespasiano había adoptado en el trayecto había sido provocado exclusivamente por su apremiante deseo de explayarse rápidamente

en la más estricta intimidad. Su esposa no le reprochó nada: ella también se sentía bastante perturbada por lo que acababan de oír. Los dos eran católicos sinceros, y aunque de tiempo en tiempo asistían a ciertos cursillos organizados por el Opus Dei para mantenerse el pensamiento abierto a otras corrientes espirituales, lo que habían oído en casa de Runeberg iba muchísimo más allá de lo que podían permitirse tolerar. Se llegaron a preguntar si el simple hecho de escuchar tales desatinos no implicaba ya en sí una suerte de pecado mortal.

Don Vespasiano había sido aquel multifacético industrial que en el apogeo de su carrera profesional llegó a controlar de hecho (y durante largos años) la Sociedad de Fomento Fabril (SOFOFA). Todo lo que realizaba, empero, estaba siempre impregnado del sincero ideal social que le daba su fe. Siempre se había visto como alguien perteneciente a la vanguardia de la sociedad, le gustaba decir que él era un verdadero progresista (como Jesucristo había sido el primer socialista), y no le molestaba que sus camaradas lo llamaran *rojo* en las tertulias, siempre y cuando hubieran consumido más de dos raciones de alcohol. Había sido él uno de los consolidadores de la generosa iniciativa gremialista que trataba no solamente de coordinar a todos los gremios patronales, sino que se proponía incluir también a los trabajadores. Así cumplía con las dos metas de su vida: los claros preceptos cristianos y la noble lucha anticomunista.

Su acción se volvió luego más precisa y comprometida hacia fines de los años sesenta, a raíz de las múltiples flaquezas (o traiciones) de la Democracia Cristiana y de la inminente amenaza de un gobierno de la Unidad Popular que terminaría (contrariamente a lo que su nombre quería hacer creer) por desunir al país. *Desde hace años en Chile se practica una sólida redistribución de la riqueza*, dijo en una reunión de la SOFOFA poco antes de la victoria electoral de Allende. *La clase superior tradicional llega a confundirse con la mediana burguesía, muchos obreros forman parte de la burguesía, y hasta los campesinos tienden a aburguesarse. Pero los marxistas, con sus ideas decimonónicas, quieren recrear un mundo de explotadores y explotados*,

agregando además su bien demostrada ineficiencia empresarial. Éste último punto puede quizás perdonarse, nadie es perfecto, pero jamás permitiré que se nos imponga el arcaico sistema de discriminación social que terminaría desuniéndonos. Y ustedes saben muy bien a qué potencia beneficiaría esa desunión.

Así pues, cuando el gobierno que él llamó de la *Desunidad Popular* asumió el mando, don Vespasiano se aferró a sus más íntimas convicciones y trabajó incansablemente para mantener unidos a todos los sectores del país. Fue él quien se encargó de estimular los lazos entre el American Institute for Free Labour Development y la Asociación Nacional de Supervisores del Cobre y la Confederación de Dueños de Camiones.

Como no obraba para obtener un fin personal, siempre actuó con humildad y discreción, de manera que casi nadie se enteró que sin él nunca hubiera sido posible la realización esa obra maestra que fue la huelga del 22 de octubre de 1972. En ella por fin se unieron propietarios de camiones, modestos comerciantes, artesanos, empleados, técnicos, pequeños industriales, obreros, campesinos y profesiones liberales. *La composición social de los gremios, concluyó, satisfecho del impacto que había tenido ese movimiento, no puede ser calificada ni de burguesa ni de obrera ni de campesina.* Todas las condiciones sociales se unieron al movimiento porque lo que cuenta es el individuo y no una clasificación artificial y segregacionista. *No podemos rechazar a nuestros comerciantes y empresarios tildándolos del tiránico nombre de “clase dominante”. No tenemos ningún derecho de humillar a nuestro pueblo imponiéndole el infamante calificativo de “masas”.*

Así cumplía con los ideales de su fe, que era una fe de amor y de concordia.

Las elecciones parlamentarias del 4 de marzo de 1973 mostraron que él tenía razón: la Confederación Democrática obtuvo el 54.7% de los votos contra 43.9 para los aliados de Allende. Luego la huelga de mayo en El Teniente demostró de nuevo que todos los sectores del país exigían el cambio.

Desgraciadamente el gobierno se mostró inflexible ante el deseo del pueblo chileno. Ante tal tiranía, ya nada podía evitar un levantamiento. Primero se produjo el del 29 de junio. Luego vino el del 11 de septiembre. El ejército tuvo que intervenir para contener el caos, acabar con el autoritarismo y neutralizar a los terroristas. Los heroicos soldados estaban así obedeciendo una exigencia escrita con letras de fuego en el himno nacional:

Vuestros nombres, valientes soldados,
que habéis sido de Chile el sostén,
nuestros pechos los llevan grabados,
lo sabrán nuestros hijos también.

Sean ellos el grito de muerte
que lancemos marchando a lidiar,
y sonando en la boca del fuerte,
hagan siempre al tirano temblar.

A don Vespasiano, firme abogado de la paz y de los derechos humanos, no le quedó más remedio que asumir la innegable violencia militar como un mal colateral necesario. Durante veintisiete años pudo vivir con la conciencia imperturbable y limpia, constatando que el orden y el progreso volvían paulatinamente al país, cuya paz no fue perturbada más que algunos años —y cuyas víctimas fueron, a final de cuentas, relativamente limitadas. El propio general Pinochet había demostrado ser un verdadero demócrata. Cuando constató que el pueblo chileno ya había adquirido suficiente madurez, convocó varios referéndums, y en el momento en que el pueblo le dijo «no», en 1988, abandonó pacíficamente el mando.

Sin embargo, esa noche las confidencias de Runeberg habían gravemente desordenado el pulcro universo de don Vespasiano. Lo afectaron mucho más que el espectáculo del bombardeo del palacio presidencial por la aviación chilena. Se dio cuenta en primer lugar de algo aparentemente evidente pero que nunca había sabido o querido ver: Runeberg había siempre actuado con la misma humildad y discreción que él. Por ejemplo, jamás se había avanzado al primer plano durante el levantamiento contra Allende. Es cierto que había obtenido el rango de general de división por esa época,

pero un militar tan brillante como él hubiera podido haber alcanzado una posición mucho más importante de haber participado vistosamente en la liberación. Quizás hasta hubiera podido obtener un ministerio. Sin embargo, había preferido abrir una sección especial afiliada al Servicio de Inteligencia Militar (el SIM) que había sido utilísima en la lucha antiterrorista, pero que por su carácter ultrasecreto no podía ofrecerle ninguna promoción en su carrera. Había, así pues, obrado discretamente (y prácticamente en el anonimato) por el bien de la nación y del pueblo. Como don Vespasiano. Los dos se habían consagrado a sus respectivas misiones sin recibir ninguna otra recompensa más que la de cumplir con su ambicioso deber: salvar a la patria, y quizás (muchos lo afirmaban) a todo el mundo, a la humanidad entera.

Sin embargo, al constatar esta concordancia de ideales y fines, don Vespasiano reaccionó inmediatamente rechazando toda identificación con Runeberg, que desde siempre le había parecido una persona inquietante. El relato de esa noche acababa de confirmarle una impresión que sentía ya desde hacía mucho tiempo. En efecto: él, sus compañeros, el General, el inestimable apoyo moral de los Estados Unidos, habían salvado a Chile, pero lo habían salvado sobre todo porque ellos eran esencial y ontológicamente buenos. A don Vespasiano, que conocía perfectamente las palabras y las acciones de todos los que habían participado abiertamente en la liberación del país, no le cabía la menor duda al respecto. Por lo contrario, siempre se había sentido incómodo ante la rica, compleja y sobre todo secreta inteligencia de Runeberg. Y ahora éste venía con su absurda versión del Judas Redentor que conllevaba la perversa idea de que el bien supremo se puede (y quizás se debe) obtener por medio del mal más abyecto.

¿Habrá sacrificado algo más que su carrera a la salvación de Chile?, pensó.

—No —dijo en voz alta más bien para sí, pero besando el cuello de Marianne, que con sus sesenta años parecía una doncella a su lado, y que además olía a pétalos de rosa recién cortados—. No; ya sé lo que es todo eso. Ficciones. Artificios. Huevadas.

Se pasó veinte minutos limándola. En aquellos tiempos el sexo, bendecido por el sacramento del matrimonio, no sólo no era un pecado, sino una gracia de Dios.

3. El rey negro

Aquél que se confiara únicamente a esta crónica, podría llegar a pensar (equivocadamente) que se trabajaba poco en las oficinas de *Pancrazi, Morisui y Asociados*. No era así. En realidad el trabajo abundaba en aquel esbelto edificio de siete pisos, y las horas extras de sus colaboradores eran incontables. Pero durante el día que abre este capítulo sus actividades se vieron sumamente perturbadas a causa de un evento jurídico que todos consideraban capital: la Corte de Apelaciones de Santiago acababa de confirmar por trece votos contra nueve el levantamiento de la inmunidad parlamentaria del senador vitalicio Augusto Pinochet Ugarte. Nadie sabía en aquel momento que esa no sería más que la primera de toda una serie de levantamientos de inmunidad, tan numerosos como estériles, por eso la mayor parte de los empleados y hasta algunos de los socios de la firma se encontraron casi todo ese día hacinados en una de las salas de juntas alrededor de una pantalla de televisión, escuchando los comentarios y esperando el inminente anuncio de la apelación del fallo ante la Corte Suprema. La única circunstancia normal en todo ese desorden era la ausencia de Morisui.

Sólo el despacho del señor Pancrazi en el séptimo piso permanecía completamente aislado del resto del mundo. En ese hermético lugar se encontraban Pancrazi, sus asociados principales excepto Morisui, Eva Runeberg, y tres representantes de la Barbera Mining Co., reunidos para decidir si el bufete se encargaría de la defensa de la compañía norteamericana en el litigio que la oponía a una de las compañías mineras más grandes del país, el Consorcio Chileminas.

Ese era por lo menos el motivo oficial de la reunión, aunque el día anterior los señores Morisui y Pancrazi, reunidos como de costumbre en casa de éste último, ya habían decidido aceptar el caso, y hasta se habían puesto de acuerdo sobre la persona que lo dirigiría. El verdadero objetivo de la junta era obtener la aprobación de los otros socios de *Pancrazi-Morisui* y llegar a un acuerdo sobre las modalidades técnicas y financieras de la colaboración entre el bufete y la Barbera.

El problema existente entre la compañía minera norteamericana y Chileminas era un simple desacuerdo sobre los porcentajes de participación en una mina de hierro sin mayor importancia cerca de La Serena. Esa no era empero la real preocupación de la Barbera. Lo que en verdad buscaba era una solución para obtener el control mayoritario de Chileminas; sobre todo después de su humillante fracaso en la compra hostil que había intentado el año anterior.

La Barbera Mining Company era una empresa mucho menos imponente que las dos compañías gigantes que habían acompañado a Chile durante una buena parte de su existencia (y que, como se decía en los años sesenta, *le habían arrebatado un Chile entero al país*): la Kennecott y la Anaconda. La Barbera, como sus dos hermanas mayores, había sido fundada hacia principios del siglo XX y estaba controlada por un consorcio de bancos estadounidenses. En los años cincuenta se había aventurado por primera vez al exterior del territorio estadounidense, compitiendo con otras transnacionales en los yacimientos de hierro del valle de Paraopeba en Brasil. Luego se extendió al Perú; y finalmente llegó a Chile, participando en la extracción de hierro en las minas de La Serena. Inevitablemente, no tardó en diversificar sus actividades puesto que el recurso mineral más importante del país, el cobre, no podía ser ignorado. Sin embargo, la nacionalización de ese mineral en julio de 1971, y las turbulencias de los dos otros años de la presidencia de Allende, le fueron casi fatales.

Chileminas, cuyo nombre oficial era aún Consorcio Chileminas Chuquicamata Copiapó, abreviado en 4C, fue perdiendo poco a poco sus Ces ya que su participación en los yacimientos de Chuquicamata y Copiapó se fue reduciendo cada vez más a raíz de un círculo vicioso en que la encerró, paradójicamente, la mismísima nacionalización del cobre que afectó a las compañías extranjeras. El abuelo del almirante Murat, don Arsenio Murat y Rayón, había entrado en el negocio de la minería como asociado de don Agustín Edwards Ossandón en las minas de Copiapó. Sin embargo, fue el padre de Murat, don Arsenio Murat Escamilla quien desarrolló la gran fortuna de la familia. La leyenda cuenta que partió durante dos

años a aprender el oficio de minero en Punta de Rieles, uno de los tres pueblos míticos que se formaron alrededor del monte Chuquicamata. Dicen que durante una pelea en un burdel se enteró de que un ingeniero había utilizado en Huamachuco, un pueblo de la región, un método para obtener concentrado de cobre a partir de mineral de baja ley. Utilizando el nombre de la familia Edwards (los Murat todavía no eran conocidos), sedujo al tal ingeniero (que en realidad no lo era, pero esto no tiene importancia) y logró que abandonara la Compañía Poderosa para trabajar para él. De esta manera comenzó la verdadera explotación industrial de Chuquicamata en la mina San Jorge, tres años antes de la creación, en enero de 1912, de la Chile Exploration Company por los todopoderosos hermanos Guggenheim cuyo optimismo parecía imperturbable ya que su hermanito Benjamin aún no se había subido al Titanic. Así nació, en 1909, Chileminas, nombre que sin duda inspiró más tarde la abreviación de la compañía de los Guggenheim en Chilex.

De la misma manera que Luis Camus o Miguel Zuleta, Arsenio Murat Escamilla rehusó vender sus minas a la Chilex. Al contrario: supo aprovecharse de la presión que la compañía norteamericana ejercía sobre las otras firmas para adquirir ciertas minas en Chuquicamata en condiciones muy ventajosas. Sin embargo, cuando los Guggenheim vendieron la Chilex a la Anaconda, las cosas se volvieron cada vez más difíciles. Una a una, la Compañía Minera Zuleta de Chuquicamata, la Compañía Minera San Luis, la Compañía Minera Esperanza, sucumbieron ante el estrujón del gigantesco reptil. Todas menos Chileminas. Ciento es que tuvo que ceder un poco de terreno en Chuquicamata, pero supo sacar un muy buen beneficio de esas ventas para extender sus actividades a otras regiones como Copiapó, diversificándose en la explotación del hierro, de la plata y del molibdeno. En 1931, también extendió su nombre, para indicarles a sus adversarios que no tenía la más mínima intención de retroceder un solo paso: de esta manera surgió el Consorcio Chileminas Chuquicamata Copiapó.

Sin embargo, aquello que los enemigos del exterior no lograron hacer, fue realizado por los del interior. La nacionalización del

cobre, votada durante el gobierno de Allende —y aprobada por unanimidad— le arrancó para siempre su perla más preciosa: sus minas de Chuquicamata.

4C no fue la única compañía afectada. Numerosos industriales se quedaron sorprendidos ante la unanimidad del voto en el Congreso, ya que ninguna empresa privada se beneficiaba con la nacionalización. Todo el cobre del país (o casi) pasó bajo el control directo de una empresa estatal, la CODELCO, la Corporación del Cobre, empresa que se convertiría, desde los años 70 hasta el día en que estos signos se imprimen, en el mayor productor de cobre del mundo. Esta grandeza nacional tuvo sin embargo un precio: muchos industriales del cobre tuvieron que cerrar, poner sus actividades en estado de hibernación o reciclarse en otros sectores de la industria minera.

Dos años después de la nacionalización se produjo el golpe de estado, aplaudido por la mayoría de los industriales y empresarios, golpe de estado que estuvo —como todos ya lo reconocían— teledirigido por el gobierno de los Estados Unidos presionado a su vez por las compañías transnacionales que se quejaban de haber sido literalmente despojadas por la manera como el gobierno de Allende se había apropiado de su patrimonio. Sin embargo, el gobierno de Pinochet nunca se atrevió a tocar un solo cabello de la CODELCO, ya que ni el más osado proyanqui jamás se hubiera atrevido a vender (y mucho menos a retroceder) los dos grandes orgullos del país que eran las minas de Chuquicamata y El Teniente. Lenguas más maliciosas aseguraban, además, que la verdadera razón por la cual las minas no habían sido revendidas era simplemente porque no se podían vender, ya que Allende no las había pagado, y los norteamericanos no eran tan estúpidos como para comprar algo que les habían robado. Los aliados del norte tuvieron así pues que ser resarcidos de otra manera. En primer lugar, se concedieron indemnizaciones por la nacionalización, cosa que el gobierno de Allende se había siempre negado a hacer, alegando que durante los quince años anteriores a la expropiación las compañías habían realizado *beneficios excesivos* cuyo total igualaba (o rebasaba) el costo de la indemnización. En segundo

lugar, en 1981 el gobierno de la Junta propuso una ley permitiendo concesiones de yacimientos mineros a la iniciativa privada, y luego se permitió a las compañías nacionales aceptar un porcentaje más elevado de capital social extranjero. En este último punto se encuentra principalmente la causa del debilitamiento de la Compañía Chileminas a lo largo de los años 80, ya que las otras compañías chilenas aprovecharon el capital aportado por el extranjero para hacerle una feroz competencia. Así pues, de esta manera un tanto contradictoria —debilitada por la nacionalización y hostigada por sus propios compatriotas—, llegó a tambalearse seriamente esta compañía irremediablemente nacionalista que se obstinaba en mantenerse chilena prácticamente a 100% y que permanecía controlada en un 71% por una sola familia. La familia que dirigía con mano férrea el almirante Julio César Murat y Durán.

No echamos para fuera todo el huevonaje ruso y cubano nada más para que nos la metan más despacito los yanquis, ipucha de su madre! Esta frase, pronunciada con relativa frecuencia durante los años 80 por el almirante Murat, resumía con una prodigiosa economía de medios su filosofía militar, industrial y sexual. Sin embargo, los kondratievs de la vida dispusieron las cosas de tal manera que otra serie de contradicciones le infundió durante los años 90 un nuevo auge a Chileminas. Esta compañía, propiedad de uno de los más fervientes partidarios del régimen de Pinochet, empezó a recuperarse gracias al gobierno que acabó con el pinochetismo, ya que puso en práctica las leyes de la Junta sobre la privatización. Para la apertura de la mina de La Escondida en 1991, destinada a ser una de las más grandes del mundo, se autorizó y se solicitó la participación de capital extranjero. De esta manera, al concluir unos hábiles acuerdos de explotación y subcontratación con la Broken Hill Propetary, la Rio Tinto-Zinc y la Japan Escondida Corporation, Chileminas pudo redynamizarse sin perder nada de su carácter nacional. La Barbera Mining, empero, fue excluida de ese nuevo El Dorado cuando el 2.5% de la participación que quedaba fue concedido a la International Finance Corporation, lo que dejó a la Barbera en una incómoda posición que a la larga la orillaría a buscar un enfrentamiento.

Esta compañía, que tuvo —en comparación con la Kennecott o la Anaconda— una proyección internacional bastante limitada, había tenido que vender a mediados de los 60 sus concesiones en Brasil y Perú para concentrar sus actividades extranjeras en Chile. El choque de la nacionalización del cobre chileno en 1971 estuvo a punto de hacerla quebrar, no sólo en Chile, sino también en los Estados Unidos. Logró sin embargo sobrevivir concentrándose en la extracción del hierro y la fabricación del acero, como en los tiempos en que empezaba a aventurarse fuera de su país, sólo que en lugar de regresar a Brasil y Perú decidió apostar por Chile, permaneciendo ahí. El cálculo resultó acertado, ya que el restablecimiento del orden por el general Pinochet condujo en pocos años al país a una estabilidad perfecta y a un ambiente de tolerancia para con las empresas extranjeras que estimuló el crecimiento de la Barbera. Sin embargo, el *milagro económico chileno* y sus ansias de expansión volvieron cada día más agobiante la sombra nacionalista de Chileminas. En 1991, cuando la compañía norteamericana decidió participar de nuevo en la extracción del cobre gracias a la apertura de La Escondida, Chileminas le arrebató el 1.7% de la concesión que estaba a punto de obtener y que necesitaba para redinamizarse. Años más tarde perdió la concesión exclusiva de una nueva mina de hierro en La Serena al tener que compartirla con la compañía de Murat. Finalmente, en 1999, para deshacerse definitivamente de Chileminas, la Barbera intentó una OPA hostil de su capital social. No sólo fracasó en el intento, sino que el escaso 8% de las acciones que pudo adquirir, lo obtuvo a un precio extremadamente exagerado y lo tuvo que revender con pérdida.

Fue entonces cuando la compañía norteamericana decidió cambiar de estrategia: llevar a juicio a Chileminas a propósito de irregularidades cometidas durante sus gestiones para obtener su participación en La Serena. De esta manera podrían analizar minuciosamente todo el sistema industrial y comercial generado por Chileminas hasta encontrar una falla jurídica que pudiera resquebrajar todo el edificio. La tarea no sería fácil, y en Chile sólo una firma como *Pancrazi, Morisui y Asociados* sería capaz de llevarla a cabo. Sin embargo, nada aseguraba que éstos aceptarían

enfrentarse directamente a un clan tan poderoso como el de los Murat. De hecho, uno de los objetivos de la reunión de ese día era la evaluación de la carnada necesaria para convencer a los socios de *Pancrazi-Morisui* que de verdad les convenía participar en un pleito contra Chileminas.

Así pues, en el momento oportuno el señor Landau, el abogado de la Barbera, sacó su mejor baraja: le entregó al señor Pancrazi unos documentos. Éstos ya habían sido analizados el día anterior en casa de Pancrazi por él y Morisui, pero todos los demás socios los desconocían. Eran las minutas del contrato sobre la integración de la Barbera al holding de los Rodenberry. De esta manera todo quedaba ya prácticamente decidido. La reflexión duró menos de tres minutos y la decisión fue unánime: la Barbera Mining Company sería un cliente privilegiado de la firma.

Sólo quedaba nombrar al responsable del expediente Barbera-Chileminas, y la presencia de Eva Runeberg (único socio minoritario de la reunión) indicaba evidentemente que ya había sido elegida por Morisui y Pancrazi. Así que sin necesidad de votar —sin tener siquiera que plantear la cuestión— una mirada aprobadora por parte de los socios hacia Pancrazi bastó para que el asunto quedara concluido. Acto seguido, Pancrazi se encargó de presentar las cualidades de la señora Runeberg a los señores Randall y Page, de la Barbera. Elogió su gran capacidad de adaptación a las situaciones más complejas y, sobre todo, su irresistible imaginación.

Eva Runeberg no defraudó a su panegirista. Según los estatutos de la firma, su admisión relativamente reciente sólo le concedía un voto tres veces inferior al de los socios principales por lo que, a pesar de ser socia ella también, ocupaba un cargo que podía casi asimilarse al de un ejecutivo subordinado. Sin embargo, no dejó en esa junta ninguna impresión de subordinación. No agradeció a los demás socios (*sus socios*) por haberla elegido, sino que felicitó a los señores Randall y Page por haberse dirigido a la mejor firma jurídica de Chile y sobre todo por tener un abogado tan bien informado acerca del país. Después de esa breve aclaración (que no duró más de veinte segundos), entró de lleno en el asunto que los concernía a todos: el litigio Barbera vs. Chileminas.

—Jamás aceptaré un asunto en tales condiciones —dijo tajantemente.

Todos la miraron en silencio, sin tener que fingir la sorpresa puesto que realmente la experimentaron.

—El litigio sobre el reparto de la explotación en La Serena no me interesa, simplemente porque a ustedes tampoco les interesa. Ustedes saben tan bien como yo que aunque lo ganáramos no nos acercaríamos nada a nuestro verdadero objetivo, que es (creo que ya se puede decir esto en voz alta después del intento de compra hostil del año pasado) el control de la Barbera sobre Chileminas. Así que por favor dejen lo de La Serena en paz, o encárguenle el expediente al Bolche para distraerlo antes de que logre convencer a algún juez de meter a Pinochet en la cárcel. Yo no podré aceptar sino el verdadero asunto: encontrar una falla real e importante en el mecanismo del Consorcio Chileminas. Y créanme que no es fácil, por eso necesito una total libertad de acción. Ha habido momentos en que he llegado a concebir lo impensable: durante un instante fugaz (pero nada inverosímil) se me llegó a ocurrir que quizás la familia Murat no tiene fallas.

La segunda prueba de su *irresistible imaginación* la dio Eva Runeberg una semana más tarde.

Al principio nadie quiso creérselo. Sólo cuando la vieron abordar junto con su madre el jet privado que había ido a recogerlas, tuvieron todos que reconocer que se había atrevido a aceptar una invitación para asistir al bautizo de una de las bisnietas de don Julio César Murat.

Pancrazi estaba tan preocupado y asombrado por la audacia de su colaboradora, que insistió en acompañarla personalmente al aeropuerto para tratar de disuadirla al último minuto. Cinco días antes, el consejo de administración de la Barbera le había acordado carta blanca a Eva Runeberg para dirigir la estrategia contra Chileminas, y ahora ella aceptaba la invitación de la familia propietaria de esa compañía. Hasta el señor Morisui, que también había sido invitado, y que hasta había escrito una pequeña obra que

sería representada durante la fiesta, había encontrado un pretexto para no viajar al fundo de los Murat.

Ya había aceptado la invitación, le alegó Eva a Pancrazi sobre la pista del aeropuerto, con la misma candidez que había tenido que desarrollar para que le dieran el papel de Julieta en el teatro estudiantil de Harvard, *sería groserísimo no ir*. *La invitación precisa además (finísimo detalle) que la niñita se llama Eva como yo*. Y además, completó con una seriedad levemente ofendida, *nunca mezclo los asuntos profesionales con la vida privada; me extraña que esto no le parezca obvio a usted*.

Viendo despegar el avión, el señor Pancrazi se puso a pensar que efectivamente, no sólo estaba más buena que una diosa la cabrona, sino que si algún día se le ocurriera a esa perra aplicar su imaginación profesional a su vida privada, el maricón boludo de Valenzuela tendría que pedir inmediatamente su jubilación.

El susodicho *maricón boludo*, Enrique Valenzuela, se había sin embargo desposado bajo la ley de Dios y de la República de Chile con la sobredicha *cabrona*. Este detalle desagradaba de manera mayúscula a toda una plétora de varones que se trasoñaban fornicando con ella. Todos los miembros de la élite masculina de Santiago pensaban que podían satisfacer mucho mejor a esa perra ninfómana que el vetusto *chicagón boy* que tenía que amarrarse un fajo de dólares a la pichula para que se la pudiera sentir.

Se equivocaban. Lo que unía al matrimonio Valenzuela Runeberg no era el dinero, ni la alianza de intereses familiares, ni los hijos que no tenían ni querían tener, ni siquiera el amor. Era el sexo.

Él descubrió el verdadero significado de esa palabra a los treinta y muchos años cuando, dentro del marco de unas conferencias que estaba dando en la Universidad de Chicago a propósito del milagro económico chileno, se violó a una bellísima compatriota sobre la nieve de los jardines de un instituto tecnológico de Urbana, durante una noche de luna llena. Ella lo descubrió cuando, tomando un curso superior de inglés y lingüística en la Universidad de Chicago, le tendió una celada durante una noche de luna llena al más interesante compatriota que jamás había

conocido, hijo nada menos que de Industrias Válher. En sus mentes los dos depredadores tenían presente una frase que habían leído por separado unos años atrás: *La caza de amor es de altanería*. No se imaginaban que estaban a unos pasos de la más absoluta verdad. En el momento de la primera compenetración, los respectivos magnetismos de la belleza y de los cobredólares se esfumaron ante un enajenamiento aún más primitivo y desinteresado que esos espejismos: la carne. Comprendieron enseguida que el sexo sería siempre su mejor distracción. Aprendieron a transformarse en animales o en espíritus; en depredadores o en presas; en presidentes o en forajidos; se amamantaban, se vaciaban, se ungían, se llenaban. Habían descubierto algo definitivamente mejor que el cine. Llegaron hasta el inverosímil extremo de volverse iguales, de manera sólo comparable al estado en que se encontraba la humanidad durante el brevísimo primer capítulo del libro primero de la Biblia, antes de que al demiurgo de la versión yahwista se le ocurriera manufacturar a la *varona*, *הישׁ אִישׁ* ‘ishah, *wo-man*, un simple derivado salido de la costilla de *עֵשׂוֹ* ‘is̄, el hombre.

Sin embargo, esta paridad primitiva se desintegraba en el momento en que la pareja emergía a un mundo un poco menos retrógrado. En el mundo de los mortales, Valenzuela era mucho menos macho que su hembra, y de ahí le venía su reputación de *maricón boludo*. Le encantaba jugar al Monópoli con la realidad, comprando y vendiendo bienes y valores. Pero lo hacía todo desde su oficina-fortaleza. Un día declaró que se sentía *igual que los gringos cuando se les ocurre bombardear el mundo apretando un botoncito desde el Pentágono*. Todo se volvía completamente distinto si por desgracia tenía que enfrentarse directamente con esa misma realidad. Por eso casi siempre se las arreglaba para esquivarla. A su regreso de sus estudios en Chicago, había tratado de mantenerse lo más lejos posible de los militares. Más tarde, al formar parte del consejo de administración de Industrias Válher, jamás se propuso para asistir a las negociaciones con los sindicatos. Y nunca había querido reemplazar a su ancianísimo padre en la presidencia, pretextando que el viejo se moriría en el momento en que soltara las riendas —*ya ha sido científicamente probado y*

empíricamente comprobado, argüía no sin razón, que los grandes empresarios se apagan como una vela en cuanto dejan de trabajar.

Razones similares disuadieron a Valenzuela de entrar en el juego en que se estaba embarcando su esposa al aceptar la invitación de los Murat, un juego demasiado sutil para su pobre espíritu de mercachifle, según sus propias palabras. Pretextó así pues una mala gripe, y llamó a sus suegros para ver si Eva podía ir con ellos a la fiesta. Mucho se sorprendió al enterarse que don Nils estaba (también) enfermo y que doña Altagracia no sabía si debía quedarse para acompañarlo. Preso de pánico, Valenzuela le explicó a su suegra que él definitivamente no podía ir porque estaba muy mal, pero que la terca de Eva no quería por nada del mundo anular la invitación, y que se iba a aburrir horriblemente si iba sola y que iba a regresar de un humor insopportable. Supo utilizar las palabras justas para ablandar el corazón de una buena madre y conmover el raciocinio de una suegra bien intencionada, así que la convenció de que sería mejor que acompañara a su hija.

Eva Runeberg adoraba a su madre. Prácticamente todos los días de su existencia había sentido por ella una gran admiración, aun si cualquier observador exterior y anónimo pudiera llegar a preguntarse sinceramente qué era lo que le podía admirar la sublime Eva a la apagada Altagracia Sotomayor. Tal admiración podría encontrar una explicación sencilla y banal a través de algo que convencionalmente se llamaba amor, pero que algún analista un poco más perspicaz podría también llamar instinto filial. Este instinto, esta obediencia al cuarto mandamiento, se había mantenido siempre inquebrantable para con su madre, contrariamente a la grave crisis que había tenido en un momento de su vida con su padre, cuando se le había ocurrido verlo (nadie supo explicar en ese entonces por qué) como un *lacayo del imperialismo norteamericano*. Fue precisamente la afición superlativa que le tenía a su madre la que le creó una reacción contradictoria cuando se enteró de que su marido la había sonsacado para que viajaran juntas al fundo de los Murat.

Primero que nada enrojeció de cólera. Sabía muy bien que estaba comenzando un juego extremadamente delicado al aceptar el

expediente Barbera sin anular su viaje con los Murat. Y sabía también que su marido no era nada estúpido y que estaba perfectamente consciente de lo que ella estaba haciendo. Así que el simple hecho de que se le hubiera ocurrido a ese hijo de la más asquerosa chancha poner a su madre en medio de la pociña de su trabajo le provocó tal rabia que le hubiera arrancado los testículos con sus propias manos de haberlo tenido enfrente al enterarse. De verdad lo hubiera hecho. *Objetivamente*, como decían otrora los marxistas. Una hora más tarde, sin embargo, se dijo que finalmente no sería mala idea pasar unos días sola con ella. Se habían visto tan poco durante esos últimos años, que habían llegado a perder aquella intimidad tan entrañable que tuvieron en unos tiempos ya casi olvidados.

El escritor más importante del siglo XX describió una vez el casco de una estancia del Sur mencionando *los eucaliptos balsámicos y la larga casa rosada que alguna vez fue carmesí*. La mansión de los Murat era en cambio rojo carmín. Por más alto que se subiera al campanario de su capilla, la vista no podría alcanzar a contemplar todas las tierras pertenecientes a tan poderoso clan. Por un lado estaba la cordillera, por el otro las propiedades del fundo se esfumaban en el horizonte. Uno de los mayorales que los Murat habían mandado a México a tomar un cursillo de ganadería adquirió a su regreso la costumbre de llamar a esta familia, un poco de broma, pero también por desafío, *la casta sagrada*, refiriéndose a un grupo de familias que un día reinó en la península de Yucatán. Sin embargo, sabía que el clan de los Murat era más comparable al clan Creel-Terrazas del estado de Chihuahua, donde se había llevado a cabo su cursillo. Un día, un miembro de la familia Terrazas a quien le habían preguntado si él era de Chihuahua había respondido: *no, Chihuahua es mío*.

Lo Espejo se llamaba el fundo, ya que antes de que don José de Valera, tatarabuelo materno de Murat (Runeberg lo hubiera llamado *farmors farfar*), lo adquiriera en 1800, la mayor parte de estas tierras habían pertenecido a la familia Espejo, único reducto de

civilización en los confines de la frontera sur, más allá del río Bío Bío.

Altagracia de Runeberg se había criado en un medio similar. Por esta razón, cuando le propusieron subir a la calesa que las esperaba al bajar del avión, ella exigió que le dieran un caballo, y otro para su hija porque quería que todos supieran que eran dignas descendientes de don Alonso de Sotomayor de Valmediano. Esta reacción era poco habitual. De ordinario, la señora de Runeberg era poco expansiva, pero al encontrarse de nuevo en el mismo ambiente en que había pasado la mayor parte de su juventud, sintió como si se remontara hacia atrás en el tiempo, sus setenta y dos años se desvanecieron y (gracias en buena parte al *yoga* que su hija le había recomendado practicar todos los días) se subió sin ninguna ayuda al caballo que le llevaron.

En realidad, todos ahí estaban retrocediendo en el tiempo, pero mucho más allá del nacimiento de doña Altagracia o hasta del de don Julio César. Estaban festejando, al mismo tiempo que el bautismo de la pequeña Eva Durán Braun, los 200 años de la compra de Lo Espejo y de la construcción de la mansión, así que a alguno de los miembros de la familia que trabajaba en una agencia de publicidad se le había ocurrido celebrarlo regresando materialmente al año 1800, suprimiendo en la medida de lo posible toda traza de luz y aparatos eléctricos, motores a explosión y otras cosas por el estilo. Varias granjas junto a la mansión habían sido transformadas en enormes vestidores donde un ejército de costureras y encargados de guardarropía proveía a todos los invitados con trajes de fines del siglo XVIII. La idea encantó a las Runeberg, que se prestaron gozosas al juego. Eva, la revolucionaria, se vistió de *merveilleuse* del Directorio, su madre, más conservadora pero no menos exuberante, eligió un impresionante vestido con guardainfante.

De esta manera, las casacas, las chorreras, los faldones, las sobrefaldas, los *incroyables*, los fracs y los sombreros de tres picos se reunieron en el patio central alrededor de la fuente donde se había decidido que se celebraría el bautizo para que todos pudieran

observarlo mejor desde la planta baja o el primer piso. El padrino fue, como lo había sido de sus otros nueve bisnietos, el inmortal almirante Murat.

En un momento de la ceremonia el sacerdote se apartó del tono un tanto monótono que había adoptado hasta entonces y, tomando un aire grave y amenazador, dirigió su mirada hacia un demonio que se imaginó en un punto preciso del aire y en cuyo poder estaba el alma de aquella pequeña criatura por culpa del pecado original de nuestros primeros padres. Increpó entonces a su diablo virtual con el siguiente exorcismo:

Yo te conjuro, espíritu inmundo, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, a que salgas y que te apartes de esta sierva de Dios, Eva. Reprímate Él, oh maldito condenado, Aquél que a pie enjuto caminaba sobre el mar y alargó la mano a Pedro cuando se iba sumergiendo. Así pues, oh maldito diablo, reconoce tu justa condenación, y honra a Dios vivo y verdadero; honra a su Hijo Jesucristo y al Espíritu Santo, y márchate de esta sierva de Dios, Eva, a quien Jesucristo, nuestro Señor y Dios, ha llamado a Sí por su gracia, con la bendición y recepción del santo Bautismo.

El sacerdote hizo luego una señal de la cruz sobre la frente de la criaturita al tiempo que seguía conjurando al espíritu maligno: *Et hoc signum sanctæ Crucis, quod nos fronti ejus damus, tu, maledicte diabole, numquam audeas violare. Per eumdem Christum, Dominum nostrum, amen. — Y tú, maldito diablo, no te atrevas nunca a profanar esta señal de la Cruz, que yo acabo de poner sobre su frente. Por el mismo Cristo, nuestro Señor, amén.*

Todo fue delicioso y perfecto. La inspiración que impulsó a Eva a aceptar la invitación había sido genial. Y la idea de Enrique de llamar a su suegra para que la acompañara, magnífica. No solamente la decoración era maravillosa, los vinos y la comida dignos del gusto legendario de los Murat, y el servicio irreprochable; todo eso era previsible y quedó fielmente consignado en las páginas de sociales de los periódicos del día siguiente con mayor fervor que el tedeum de Pinochet. Lo que nadie, ni siquiera Eva, pudo prever, y que condujo esa jornada por el camino de la perfección, fue algo que

generalmente ella detestaba en ese tipo de eventos: el ambiente frívolo y mundano. Todos estaban tan ocupados consolidando sus relaciones sociales que las dos mujeres se volvieron invisibles —a tal grado que llegaron a sentirse como en una lujosa isla desierta en la que podían gozar de la más absoluta intimidad sin tener que ocuparse del más mínimo detalle material. De esta manera pudieron reanudar la cercanísima relación, llena de secretos y confidencias, que habían tenido antes de la partida de Eva a Chicago y Harvard.

Sin embargo, la verdad era que esos secretos y esas confidencias se habían quedado a medias, y la magia de la fiesta no fue lo suficientemente poderosa como para abolir tal tradición.

Eva comenzó confesándole a su madre una circunstancia inédita de su primer encuentro con Enrique. Según la versión de la confidencia anterior, se habían conocido en Chicago, cuando él daba unas conferencias en la universidad y ella tomaba un curso de lingüística y literatura inglesa. Un tío lejano, Diego Dahlmann (que por cierto se encontraba también por ahí en la fiesta del bautizo), le había presentado a su gran amigo Enrique Valenzuela, y desde entonces nunca habían dejado de hablarse por teléfono por lo menos una vez a la semana.

Eva aclaró esta vez que en realidad había conocido a Enrique durante la fiesta de nacimiento de Hal.

El tío Diego había adquirido un cierto renombre en Chile después de su viaje en el transbordador espacial Challenger en 1985, volviéndose todavía más famoso el año siguiente, cuando el mundo se enteró de la explosión en vuelo de la misma nave espacial. Poco después fue contratado como investigador en física nuclear por un instituto de las afueras de Chicago. Un día llegó estrepitosamente a buscarla a su residencia universitaria, excitado como un loco, diciéndole que en ese mismísimo día, el 12 de enero de 1992, estaba naciendo el computador más perfecto del mundo, el computador algorítmico heurísticamente programado HAL 9000, y que toda Urbana estaba en efervescencia, y que iban a armar la zambacanuta del siglo. Lo único que Eva había entendido era que había una fiesta en alguna parte, porque ni siquiera sabía que podía existir una

ciudad con un nombre tan tautológico como Urbana, ni mucho menos que las computadoras tuvieran algo que ver con la eucarística aun si fueran algo rítmicas; ella era ya irrecuperable para la iniciación primordial, puesto que había nacido varios años después de 1968, año fundamental para el tío Diego quien a la edad de catorce había visto por primera vez *2001*, película que le había inspirado su vocación, y no sólo eso, sino que había modificado radicalmente el curso de toda su vida. Desde aquel entonces, cuando ese orate escribía una fecha, ya no lo hacía refiriéndose al año 0, supuesto año del nacimiento de Cristo, sino que hacía una sustracción tomando el año 2001 como parámetro absoluto. En vez de poner, por ejemplo, 1968, ponía siempre que podía permitírselo (que era casi siempre), 2001-33 o (un poco menos herméticamente) “a 33 años de 2001”. El paso del tiempo no había hecho más que empeorar las cosas, y en ese año 2001-9 el tío Diego había llegado a tal nivel de fanatismo que Eva no había podido objetarle nada, sobre todo ella, cuyo nombre evocaba la más grande hazaña del astronauta chileno, su salida al espacio en *actividad extra-vehicular*, EVA en la jerga de la NASA, así que ella se había tenido que dejar llevar prácticamente en vilo hasta el coche de su tío en el cual iba sentado, en el asiento trasero, un tal Enrique. Casi no se hablaron durante el trayecto de la universidad a Urbana, pero ya en la fiesta, que fue monolíticamente estruendosa, simpatizaron al grado de ponerse los brazos sobre los hombros cuando, entre gallos y risotadas entonaron junto con todos los demás el canto primordial de Hal, el inmanente *Daisy, Daisy, give me your answer do, I'm half crazy, all for the love of you.*

Me llevó después a mi residencia, concluyó Eva, sonriente. *La luna estaba llena. A lo mejor por eso se atrevió a darme mi primer beso de amor.*

Emocionada, doña Altagracia quiso corresponderle a su hija con otro fragmento de confidencia.

Aunque Eva ya se sospechaba algo —a causa de la gran diferencia de edades existente entre las dos—, nunca su madre se había atrevido a confesarle que había sido estéril. Dos años después de su matrimonio se había decidido a hacerse unos estudios para

dar con la razón por la cual no había podido tener hijos, y en aquella época no existían todavía técnicas lo suficientemente perfeccionadas para resolver tan triste problema. *Los años pasaron*, prosiguió doña Altagracia, *hasta que llegó el día del movimiento del general Pinochet. Tu padre entonces se desaparecía por larguísimas temporadas. Llegué a sentirme infinitamente sola. Tan solita que le supliqué a la Virgen que me llevara con ella o que me otorgara el don de tener tan solo un hijo que me ayudara a comprender el por qué de mi existencia en este mundo de penas. Unos meses después llegaste tú. Siempre quise tener una niña. Tú eres mi milagro.*

Estaban abrazándose tiernamente, cuando una diana sonó para atraer la atención hacia un pregonero que anunciaba que en quince minutos iba a comenzar en el Teatro 11 de Septiembre un breve espectáculo dramático intitulado *El Valle de Lágrimas*, escrito por el ilustrísimo señor Morisui Kenichi, quien lamentablemente estaba ausente a causa de un viaje imprevisto al Japón, pero que enviaba desde ahí sus más sinceros votos de felicidad para la pequeñita Eva Durán. La puesta en escena estaría a cargo del no menos ilustre doctor Diego Dahlmann, del Instituto Tecnológico de Illinois, futuro premio Nobel de física, como todo mundo ya debía saber.

Todos aplaudieron al pregonero, y Eva le dijo entusiasmada a su madre que no debían perderse por nada en el mundo ese espectáculo, ya que los cuentos de Morisui eran simplemente geniales.

Nosotros sabemos que era cierto. Además el Teatro 11 de Septiembre era una verdadera obra de arte que no había dejar de visitar, estaba labrado en maderas preciosas, cristal de Murano y terciopelo rojo. Era un exquisito teatro a la italiana, provisto de una fosa para una pequeña orquesta. Cuando todo el público terminó de instalarse (a doña Altagracia le costó bastante trabajo sentarse a causa de su guardainfante), un ejército de pajés empezaron a apagar las arañas con apagavelas de iglesia y la orquesta atacó los primeros acordes de la zarabanda en la mayor de Haendel, aquélla que acompaña los créditos y las escenas más desgarradoras de *Barry Lyndon*. Entonces un haz de luz (excepcionalmente, para facilitar la puesta en escena, se utilizaba luz eléctrica) cayó sobre la parte del

telón por donde surgió Diego Dahlmann vestido de marqués de Balibari. Solemnemente (y con bastante talento), se puso a recitar el siguiente texto:

«¿Qué sentido tiene esta herencia de crueldad y de dolor que se cierne sobre nuestro mundo? ¿Por qué la Justicia tiene que permanecer manchada por una inefable impureza que nos viene de la noche de los tiempos? ¿Por qué el Dios de amor tuvo que ser atormentado por los hombres?»

Querido público, estas preguntas ya no son dignas de nuestro tiempo. Permitidnos, así pues, contaros la historia que una vieja abuela en un lejano país solía contar sobre lo que ocurrió otrora en un país aún más lejano, el país de las montañas y de la nieve. Unas montañas tan bellas y majestuosas como las nuestras, una nieve que para nosotros quiere decir todo, ya que Chile, en quechua, es nieve.

Las cuerdas, los timbales y la luz cesaron junto con la voz del recitante. El telón se alzó en la oscuridad, y unos segundos pasaron antes de que un nuevo haz de luz dejara ver, a la extrema izquierda del escenario, a un niño y una vieja vestidos a la usanza árabe y sentados sobre una alfombra. Poco a poco el fondo se fue iluminando hasta tornarse de un blanco más resplandeciente que la luz que rodeaba a los dos personajes. El telón de fondo insinuaba, apenas perceptibles, las líneas blancas de las cumbres del Himalaya.

La vieja comenzó a contarle una historia al pequeño:

Había una vez, en lo alto de las montañas que separan el país de Catay del Indostán, un monasterio de adoradores del Buda. Tashilhunpo se llamaba aquel lugar.

El telón de fondo se alzó para revelar un bello monasterio tibetano o butanés encastrado entre las montañas. Luego unos hombres entraron al escenario, vestidos de amarillo y rojo, como los monjes tibetanos. Todos eran adultos, menos uno, que era un niño y que llevaba una enorme jarra de cobre, casi tan grande como su frágil cuerpecito.

El más joven de los monjes se llamaba Tashi.

Los monjes adultos se sentaron y se pusieron a salmodiar sus roncas y embriagantes plegarias. El joven monaguillo Tashi se puso

entonces a servir el té de su jarra en unos tazones de madera que llevaban los monjes.

Su familia era muy pobre y había entregado a Tashi al monasterio para que no le faltara sustento. Nunca más había vuelto a ver a sus padres ni a sus cinco hermanos, ni a su querida hermana que lo había tiernamente arrullado de pequeño.

A pesar de que había crecido entre los infieles, Dios le había dado a Tashi un corazón puro y blanco, pues la munificencia del Todopoderoso no tiene límites.

Rápidamente Tashi mostró tener un talento nato para la pintura. Pintaba esos espantosos círculos o ruedas que hacían aquellos paganos, donde pululaban demonios y espíritus temidos o adorados por sus supersticiones. Todos los monjes llegaron a admirarlo.

Un día Tashi se enteró de que su hermana estaba enferma. «¿Qué tiene?», le preguntó al mensajero. «Su hígado la atormenta, y está amarillenta y abatida por una gran fatiga.» «Pero ¿cómo podemos curarla?», preguntó de nuevo Tashi. «Parece que la única cura posible serían uno o dos buenos meses de reposo, si no, podría morir.»

Tashi sabía que aquello era imposible. Era la época de la siega, y toda la familia tenía que colaborar a la recolección en las terrazas de las montañas antes de que las heladas llegaran a destrozar los sembradíos provocando así la miseria, el hambre y la muerte. La hermanita tenía que ir y venir con un odre de agua para apagar la sed de sus padres y de sus hermanos que trabajaban aún más duramente que ella.

Esa noche Tashi no durmió pues estuvo todo el tiempo rezando a sus dioses.

Pero sólo Dios, el único Dios que es Dios, lo oyó.

El día siguiente un extranjero se presentó al monasterio. Era todavía más extraño que los extranjeros habituales. Sus piernas estaban metidas en sendas fundas estrechas, su turbante era rígido, y sus ojos estaban protegidos por unos pequeños vidrios. Dijo que la reputación del pintorcillo del monasterio había llegado hasta el Indostán, de donde venía, y que estaba convencido de que

el arte de ese muchachito podría hacerle ver uno de esos demonios que tanto lo intrigaban.

Los mejores intérpretes del monasterio no consiguieron entender a ciencia cierta lo que aquel hombre quería decir, pero hicieron llamar a Tashi, que era su mejor pintor. “Mi fortuna está evaluada en cien mil guineas, dijo el extranjero. Tú y tu familia podrían gozar de una renta de dos mil libras anuales y heredarian toda mi fortuna si pudieras lograr hacerme ver uno de esos demonios que pintas.”

Sin saber en realidad qué hacer, Tashi se encerró toda la noche en su taller, feliz de poder contar con una esperanza (aunque fuese etérea e incomprendible) para poder salvar a su amada hermana. Esa noche tampoco durmió porque se la pasó pintando. Pintó demonios que parecían dragones.

Al día siguiente le mostró sus pinturas al extranjero que dijo admirado: “Son bellísimas, la técnica es superior a la del maestro de Wangzhou que pintó dragones sobre los cuales casi se podía montar. Pero son dragones.”

La tercera noche en que Tashi no durmió se la pasó también pintando sin cesar. Al día siguiente el extranjero le dijo: “Son atroces, pero vi una vez en Birmania unos demonios que me llevaron también hasta el borde del horror.”

La cuarta noche que pasó en vela, ebrio de fatiga y de desaliento, Tashi se desgarró sus ropas y se derrumbó agotado sobre sus botes de pintura.

Al día siguiente el inglés entró en el taller y fue devorado por un demonio.

Como prometido, las cien mil guineas le fueron otorgadas a la familia de Tashi.

La luz del telón de fondo en que estaban pintadas las montañas y el monasterio ya había disminuido y enrojecido: era el crepúsculo. Por primera vez el niño habló:

—¿Y Tashi, abuelita?

—De Tashi no se supo más nada.

—¿Y la hermanita?

—Se murió tres semanas más tarde. Su familia no podía de ninguna manera dejar pasar la época de la cosecha.

—Pero abuelita, ¿entonces para qué sirvió el dinero del inglés?

—Sirvió para pagar a los numerosos hechiceros que todos los días trataron inútilmente de conducir a los infiernos a un espantoso demonio que ya nunca más dejó de aparecerse por aquellas montañas...

En el foro de fondo, la nieve ya se había vuelto negra. La noche había llegado.

—Bueno, ya es tarde, hijo mío, ya hay que dormir.

—Buenas noches, abuelita.

—Buenas noches, mi pequeñín, Dios te guarde.

Esa noche un mayordomo de librea y peluca blanca, con un gran candelabro en la mano, iluminó el camino de las dos mujeres hasta sus aposentos. Eva se sentía emocionada de compartir la misma recámara con su madre. Se acordó entonces de aquella vez cuando, muy de pequeña, unos truenos la habían despertado y se había ido a refugiar al cuarto de su madre, que siempre dormía sola. La electricidad se había ido y habían tenido que encender unas velas. Altagracia había tratado entonces de apaciguar los temores maravillosos de la infancia, pero la pequeña Eva no tenía miedo del trueno o del cuco o de cualquier otro horrendo monstruo, tenía miedo de que los argentinos entraran en casa para cortarle las manos. Unos amiguitos de su jardín infantil le habían dicho que Argentina le quería hacer la guerra a Chile, y que los argentinos les cortaban las manos a los que no los querían, y ella quería mucho a su Chilito lindo. Altagracia le dijo entonces que era cierto que Argentina le había querido hacer la guerra a Chile para robarle sus tierras, pero que no había podido porque era menos fuerte y valiente que Chile, y que si a lo mejor eran ciertas esas cosas tan feas que los argentinos hacían con las manos de la gente, nunca se atreverían a hacerlo en Chile, para eso estaba papito, su trabajo era defendernos a todos. Además el Papa había venido para decirles a los argentinos que no fueran tan tontos y que mejor dejaran a Chile en paz.

Las dos se acordaban perfectamente de este episodio, y pensaron en él prácticamente al mismo tiempo. Pero no hablaron de él. O, mejor dicho, comentaron solamente el final, cuando Altagracia, para apaciguar definitivamente a la pequeñina, le había enseñado la *Salve*, la oración a la Virgen que prefería. Eva recordaba que a esa edad los versos que más la habían marcado, ya que la incluían a ella misma en su infinita tristeza —y que frecuentemente se repetía, sin saber si lo hacía en broma o seriamente—, fueron aquéllos que decían que *A ti llamamos, los desterrados, hijos de Eva, A ti suspiramos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas.*

Al día siguiente, don Julio César apareció en el desayunador y se dirigió directamente a la mesa de Eva y Altagracia. Después de haber pedido permiso para sentarse con ellas, expuso, con tono amable y de buen humor, algunas quejas por lo difícil que era tener aunque fuese un minuto de conversación con esas dos estrellas de la fiesta, las señoras Runeberg, madre e hija. Preguntó también por el estado de salud del *Soldadito de Plomo*, y deseó su más pronta recuperación para ver si algún día podían cruzarse en el golf o en el baño turco. Una vez terminado el desayuno, las Runeberg se levantaron dispuestas a dar un último paseo a caballo con unas amigas antes de partir. Murat protestó entonces, y dijo que quería mostrarles su sala de juegos que ellas todavía no conocían y donde había pasado muy buenos momentos con el general. Además, dijo para tratar de atizar su curiosidad, *aprovechando la fiesta, saqué de mi reserva una cosa que seguramente hubiera fascinado al Nils.*

Esta última frase puso a doña Altagracia sobre la defensiva. Estaba harta de las manías de coleccionista de su marido, y si Murat decía que lo que les quería mostrar hubiera encantado a Runeberg, no era ese el momento de mostrárselo a ella, ahora que podía gozar de unas merecidas vacaciones de su arduo trabajo de esposa. Eva por lo contrario, admiraba el saber enciclopédico de su padre, y sabía que Murat podía igualarlo en ese sentido. Así pues, si el almirante decía que a su padre le hubiera interesado ver lo que le quería mostrar, seguramente valía la pena ir a echarle una mirada.

Al llegar ante la puerta de la misteriosa sala, ya estando solo con Eva Runeberg, Murat no pudo evitar comentarle que había sido mejor a final de cuentas que el viejo Nils se hubiera quedado en su camita porque a lo mejor se les hubiera muerto ahí de pura envidia.

La llamada sala de juegos era en verdad algo extraordinario. Era enorme, y parecía una especie de híbrido entre biblioteca y gimnasio de principios del siglo XX. Tenía dos mesas de billar —una de carambola y otra de pool—, un pequeño ring de box, un 疊 tatami de 柔道 judō o 合氣道 aikidō, una pista de esgrima y un espacio con parquet especial para practicar el 空手 karate, el 剣道 kendō, o el 居合道 iaidō, ya que en unos estantes adjuntos, además de haber unos cascos, unos petos, unos guantes y unos 竹刀 shinais de kendō, también estaban expuestos unos sables. Al examinarlos más de cerca, el ojo experto de la hija del erudito general se dio enseguida cuenta que los sables no eran 居合刀 iaitōs ordinarios, sino 真剣 shinkens, verdaderos 刀 katanas y 短刀 tantōs, algunos de los cuales podían ser auténticas piezas de colección.

En otros sitios de la sala se podían admirar grandes trofeos de caza, cabezas de leones, de leopardos, y hasta de un rinoceronte, y también colmillos de elefante dispuestos verticalmente o todavía solidarios de sus cabezas. Por todas partes había libros, pero todos estrictamente consagrados a los deportes o a los juegos.

La sección consagrada precisamente a esos juegos era una extraña combinación entre la sala del personaje de Laurence Olivier en la película *Sleuth* de Mankiewicz, y la de Sebastian en *Blade Runner*. Estaba llena de muñecos mecánicos de infinitas variedades, desde el osito que se sirve el líquido de su botella a un vaso, se lo bebe y luego repite lo mismo infinitas veces, hasta un autómata hiperrealista que durante 24 horas no repetía nunca el mismo gesto y del cual algún invitado miope llegó a pensar que era una especie de mayordomo sordomudo y un tanto retrasado mental, pero humano. A la ex-feminista Eva Runeberg le pareció de muy mal gusto el comentario de Murat acerca del autómata hembra que guardaba en un gabinete secreto como remedio para melancólicos.

Tampoco puede hablar, dijo lacónicamente, pero hace unos ruidos muy sugestivos.

Esta sección también presentaba toda clase de juegos de azar, como ocas, escaleras y serpientes, parcasés, dominós, 麻雀 mah-jongs y backgammons; y juegos de paciencia, como rompecabezas y mecanos; pero los que predominaban eran los juegos de inteligencia: el 象棋 xiangqi, el 围碁 igo, como lo llaman los japoneses), el 将棋 shōgi, el senat —complicadísimo juego de la cuarta dinastía egipcia— y el soberano ajedrez. Todos estos juegos eran piezas únicas, algunos parecían muy antiguos, y otros estaban fabricados con materiales preciosos.

Sin embargo el general Nils Runeberg conocía ya casi todos esos objetos, puesto que había estado en Lo Espejo varias veces, sobre todo durante aquellos tiempos heroicos de la liberación del país. Pero la pieza maestra de la colección de Murat (que había sido una de las primeras en poseer, ya que la había adquirido durante los años cuarenta) casi siempre había permanecido alejada de toda mirada indiscreta o envidiosa, guardada en una caja fuerte que a su vez estaba escondida en el mismo gabinete en donde reposaba en esos momentos el autómata hembra. Era esa pieza la que le hubiera podido provocar un ataque de envidia al viejo general. Nunca se la había mostrado. Ese día, en cambio, había sido colocada en el centro de la sección de juegos.

Era un tablero. Un singular tablero de ajedrez que reposaba sobre una delicada mesa de marquetería flanqueada por dos sillas que parecían estar esperando ya a sus jugadores. Como estaba iluminado de una manera que atraía inmediatamente la atención, Eva Runeberg se acercó con toda naturalidad a verlo. Efectivamente, parecía un tablero de ajedrez, sólo que todas las casillas eran del mismo color, y que en el lugar de los alfiles había unos imponentes elefantes, y en vez de torres había carros de combate. Ignoraba su valor arqueológico, pero era incontestablemente una gran obra de arte realizada por algunas habilísimas manos indostanas hacía seguramente más de mil años. El tablero era todo de marfil blanco, con incrustaciones negras sobre

las líneas de separación de las casillas; las piezas —grandes y macizas, pero finamente labradas— combinaban deliciosamente marfiles de distintos colores.

Con una leve sonrisa Murat manifestó su satisfacción por haber logrado sorprender a su invitada. Su sonrisa se amplió todavía más cuando se dio cuenta de que aquella expresión era más bien de desconcierto. Notó que la Runeberg sabía que aquello no era precisamente un ajedrez, pero que al mismo tiempo no sabía qué nombre darle.

—Es un chatrang —dijo finalmente Murat, con falsa indulgencia.

—Ah, es la versión árabe del ajedrez —replicó rápidamente la Runeberg—. Aunque se ve que éste está hecho en la India.

Murat manifestó ampliamente su satisfacción al ver que contaba con un adversario inferior pero digno de él. Elogió entonces a su querida *Evita*, y le explicó todo como si estuviera charlando con un buen alumno.

Lo que tenían frente a ellos había, en efecto, sido manufacturado en la India, y *Evita* tenía en parte razón al decir que era árabe, porque había sido el regalo de un califa de Bagdad a un gran emperador de Occidente. *Pero por haber sido fabricado al oriente del mundo árabe, merece llevar su antiguo nombre persa, chatrang, y no su actual nombre árabe aunque sea éste el nombre que se le da hoy en farsi al ajedrez, شطرنج shatranj, con una iota al final que se pronuncia como la j inglesa*, dijo, didáctico, el profesor Murat.

Pero *Evita* no tenía por qué sentirse avergonzada por haberse enredado. Hasta las enciclopedias y los libros especializados se confundían a veces entre el persa chatrang y el árabe shatranj, o llegaban a cometer errores todavía más garrafales, como el de la *Encyclopædia Universalis* francesa en la cual consta que la palabra que dio origen a todo, el sánscrito *caturaṅgā*, significa “jeu des quatre rois —juego de los cuatro reyes.” *Se ve que esos bárbaros no tenían a mano un diccionario de sánscrito*, concluyó Murat. Tú no sabes leer el *devanāgarī*, ¿verdad? Por aquí debe haber algún

diccionario en caracteres latinos... Sí, aquí está, el sánscrito-francés de Renou y Stchoupak. Mira: catur (la ce se pronuncia che), que quiere decir cuatro, y luego aquí, aṅga (el puntito sobre la ene quiere decir que se pronuncia ng puesto que se asimila a la ge que sigue); aṅga quiere decir miembro, por lo cual caturaṅga designa un ejército compuesto por los cuatro elementos tradicionales en el arte de la guerra del Indostán: los elefantes, los carros, la caballería y la infantería. Aquí caturaṅga se escribe con una a corta porque se refiere al ejército, en cambio debe escribirse con una ā larga al nombrar el juego, el juego de los cuatro miembros. El despistado que escribió el artículo sobre el ajedrez en la Universalis (que además escribe caturaṅga con una ortografía tan imprecisa que ni siquiera es francamente francesa, tchaturanga), debe haberse dejado engañar por el resultado árabe de una evolución que partió del sánscrito caturaṅga pasando por el persa chatrang hasta llegar a shatranj. Debió haber creído que la primera sílaba de esa palabra, sha- (o cha-, que en francés de todas maneras se pronuncia también sha) correspondía a shah, que, como tú bien sabes, quiere decir "rey" en persa. Como el juego en una cierta época se jugaba a cuatro, el pseudoerudito francés debió haber pensado que esos cuatro jugadores eran los cuatro reyes de su mala traducción. En realidad —como ya viste que dice claramente el diccionario de Renou—, el número cuatro corresponde a los cuatro elementos del ejército indio, हस्तिन्, रथ, अश्व, पदातिन् — hastin, ratha, aśva y padātin.

—*Hastin* es la única palabra que no reconozco —interrumpió Eva Runeberg—. Debe ser el elefante.

—Muy bien —respondió Murat, cada vez más satisfecho de tener frente a sí a alguien de su mundo—. *Hastin* (o *hasti*) es la única de las cuatro palabras que no tiene equivalente indoeuropeo. ¿Estudiaste filología?

—Un poco de lingüística indoeuropea en Chicago, con el profesor David White, ¿lo conoce usted?

—No. A ver, ¿qué reconociste en las otras tres palabras?

—Si no me equivoco, *ratha*, debe ser *carro*, porque corresponde a la raíz indoeuropea **reth-*, que quiere decir algo así como *correr*, y que dio *rota*, la rueda en latín.

—Bien.

—Como *padātin* es muy fácil, ya que la raíz indoeuropea de *pad-* —**ped-*— se encuentra en nuestros propios *pies* y hasta en el inglés *foot*, *aśva* debe ser el caballo, como *equus* o ἵππος,

—¡Excelente! Esto me pasa por querer enseñarle algo a un Runeberg.

—No se preocupe, mi admirante, tenía usted razón cuando me mostró el diccionario de sánscrito en caracteres latinos porque nunca aprendí el devanāgarī, aunque ya sé que no son nada difíciles comparados con los ideogramas chinos o los cuneiformes de un curso de iniciación al hitita al que me metía a veces. Tampoco conozco gran cosa sobre el ajedrez; sabía vagamente que venía de la India, porque vi la película de Satyajit Ray, pero ni siquiera sabía que su nombre original era caturaṅgā. Sólo sabía que *catur* es cuatro porque corresponde a la raíz indoeuropea **kʷetr-* que suena casi igual que nuestro *cuatro*, y que también dio el τέτρα- griego o el *four* inglés, pero eso es todo.

—¿Qué libro de texto usaban?

—Sobre todo el de Meillet.

—¿La *Introduction à l'étude comparative*?... pero si es viejísimo.

—Puede ser, pero parece que todavía no ha pasado de moda, sobre todo para mi nivel, ¿no cree? En 1964 lo reimprimió la Universidad de Alabama. Es el que usábamos en Chicago. Pero dígame, admirante...

—Esperá —interrumpió de repente Murat, sacando su teléfono—. Esto se merece tomárselo con más calma. Voy a llamar a mi hermana Esperancita para que se encargue de tu mamá cuando llegue de su paseo. También le pediré que dé orden para que ustedes almuercen con nosotros. Ya no me podís negar una partidita de ajedrez, ¿verdad? Naturalmente jugaremos con las reglas modernas.

Eva Runeberg sonrió con leve picardía y dijo que no tenía ninguna cita sino hasta el día siguiente.

Murat le correspondió con una franca sonrisa.

—¿Cómo va el poema?...

Dios mueve al jugador, y éste, la pieza.

*¿Qué dios detrás de Dios la trama empieza
de polvo y tiempo y sueño y agonías?*

Decíamos entonces que esto no es un caturaṅga, empezo a explicar Murat, ya sentado en la mesa frente a Eva Runeberg, *es un chatrang, el ancestro directo del ajedrez. Las piezas se movían de otra manera, y el tablero no tenía casillas negras. Por cierto, ¿querís que le pongamos un patrón cuadriculado que le mandé hacer para representar las casillas negras? Yo prefiero jugar directamente sobre el tablero original aunque nada más sea de un solo color, ¿tú también?*

Murat, a quien le habían tocado las blancas, ya que su contrincante había insistido en que se hiciera el sorteo tradicional, movió el peón del rey a d4. La respuesta fue simétrica, d5.

El caturaṅgā original era muy diferente, aunque ya se jugaba en un tablero de 64 casillas. Se jugaba con dos jugadores frente a frente, como ahora, o con cuatro, cuyas piezas quedaban distribuidas en las cuatro esquinas, el rey, el elefante, el caballo y el carro (o el navío, नौका naukā, según otras variantes) quedaban detrás de sendos peones. Además en el juego original intervenía un poco el azar, ya que se echaban unos dados alargados para indicar la pieza que se tenía que mover.

2. C3 – e6

Ése era el caturaṅgā de la India: चतुरङ्गा. En cambio el chatrang persa es ya prácticamente igual al ajedrez, sólo que las piezas se movían un poco distinto, por ejemplo, los peones no se podían avanzar de dos casillas en la primera jugada, y no había enroque. Ésta, agregó Murat señalando la pieza que parecía ser la dama, no es una reina, es el visir, y sólo podía moverse en

diagonal, y nada más una casilla. Naturalmente, nosotros no tomaremos esto en cuenta.

3. Cf4

El caballo es, con el rey, el único que desde el juego indostano no ha cambiado ni de forma ni de manera de desplazarse.

3. ... — Cf6

4. Cc3 — Ae7

*El caso del alfil es interesantísimo. Antes se desplazaba también en diagonal, pero sólo dos casillas. Su única ventaja era que podía saltar como el caballo. Los franceses, quizás porque están algo locos, lo llaman fou y lo representan como un bufón, pero en realidad ese fou viene de aufin, que viene de alphin, que viene del árabe **الفيل** al-fil, “el elefante”, por eso aquí está representado bajo esa forma. Los ingleses y los alemanes también adoptaron la deformación francesa aufin, pero los ingleses luego lo llamaron bishop, y los alemanes, cuando el alfil aumentó su capacidad de desplazarse, no pudieron soportar la tentación de darle un nombre morfológicamente próximo al de aufin pero bien alemán y que correspondía a la nueva movilidad de la pieza: Läufer. Como de costumbre, alfil no es árabe, viene del persa medio pil, pero como el árabe no tiene consonante pe, se transformó en efe, y así se dice ahora también en farsi moderno, **فیل** fil. En resumidas cuentas, fueron los españoles, por razones que se entienden, los únicos que en Europa conservaron el nombre “árabe” de esta pieza, aunque ya casi nadie sabe que alfil quiere decir “el elefante”. Los rusos, en cambio, modificaron totalmente la pronunciación del nombre para dejarle su sentido original: esta pieza en ruso se llama слон, que precisamente quiere decir “elefante”.*

5. Ag5 — 0-0

La palabra “enroque”, por cierto, viene de la antigua palabra persa con que se nombraba el carro, rokh, ya que, como ves aquí, antes las torres eran carros de guerra —por eso las torres se llaman rook en inglés y hrókur en islandés, y hoy en farsi رُوك (con sonido “jota”) ya no quiere decir “carro”, sólo es la torre del

ajedrez. El persa medio rokh viene del avéstico raθa que, como ves, es igualito al sánscrito ratha que ya conoces.

6. e3 – Cbd7

Mientras Murat dictaba su clase, los peones negros del centro avanzaban peligrosamente hasta llegar a la siguiente posición en la jugada 15:

Murat atacó entonces con su carro (anotado aquí con el signo T porque equivale a una torre), pero las negras reforzaron sus peones con el carro del rey:

16. Tfd1 – Tfd8

A partir de ese momento, Murat prefirió suspender su clase para concentrarse en un juego que, si bien todavía no se volvía difícil, prometía ponerse muy interesante. Se inició así pues una lucha encarnizada en el campo de las blancas alrededor de los dos peones negros avanzados.

Uno de éstos fue eliminado y todas las fuerzas se concentraron sobre el superviviente, de tal manera que la situación pareció bloqueada durante un momento. El carro negro de la línea c hizo varias idas y venidas sobre la misma línea hasta que en la jugada 26 Cb5 el caballo blanco se decidió a hacer una incursión en territorio enemigo poniéndose al mismo tiempo en posición de destruir al último peón avanzado. Entonces el carro negro de la línea c pudo de nuevo tomar la posición que ya había querido ocupar tres jugadas antes,... — Tc5, y forzó al caballo blanco a atacar o huir:

8	T				T	R	
7	p			A	p	p	p
6		D			C		
5			p				
4			p				
3		C		p	C		
2	p	p		D	p	p	p
1		T			T	R	

a b c d e f g h

8			T			R	
7	p				p	p	p
6		D					
5	C	T	C				
4							
3		p		p			
2	p	T		D	p	p	p
1		T				R	

a b c d e f g h

Como previsto, el caballo blanco destruyó entonces al peón avanzado. El caballo negro inmediatamente lo vengó. El carro blanco más próximo se encargó después de castigar a ese caballo, a lo cual el carro negro reaccionó eliminando al carro enemigo. Pero quedaba todavía un carro blanco en la columna c, que se encargó de destruir en seguida al carro negro. Así, después del primer movimiento de la jugada 29, Txc3, las blancas quedaban con un peón de ventaja. Les tocaba a las negras:

29. Txc3 — ...

			T		R		
8							
7	p				p	p	p
6		D					
5							
4							
3		T		p			
2	p			D	p	p	p
1						R	

a b c d e f g h

Con gran osadía, en vez de poner al rey blanco en jaque con la reina para tomar el peón, Eva Runeberg la desplazó a b2, enfrentándola sin defensa a la reina enemiga.

Demasiado tarde Murat se dio cuenta que había caído en una trampa. Cerró los puños y apretó los labios, pero no le quedó más remedio que derribar a su propio rey.

Prácticamente todos los invitados ya habían partido de Lo Espejo. Tal había sido el ir y venir de avionetas, Fokkers, jets y helicópteros, que uno de los guardaespaldas permanentes del fundo tuvo que improvisarse como jefe del tráfico aéreo. Todavía quedaban algunos huéspedes que habían decidido partir en expedición por las tierras de los Murat, pero habían avisado vía satélite que no llegarían sino en la tarde. El almuerzo tuvo así pues lugar en el comedor familiar cuya mesa no podía recibir a más de cuarenta y dos personas. Ahí se reunieron únicamente don Julio César, su hermana Esperancita, las dos señoras Runeberg y Julio, un sobrino nieto cuyos padres habían muerto en un atentado terrorista durante los últimos años del gobierno del general Pinochet y que se había vuelto una especie de asistente personal del

almirante. El mismo Julio se había encargado de llevar el chatrang hasta el comedor empacado en una caja especialmente diseñada para su transporte. Lo había instalado sobre la mesa para que doña Altagracia pudiera admirarlo mientras Murat contaba su historia.

Hace más de mil años, en el siglo VIII, la situación geopolítica en Europa se volvió extremadamente complicada. Durante el siglo precedente, en menos de cien años, una plaga venida de Arabia se había apoderado de todas las tierras cristianas del mediterráneo meridional y oriental. La plaga del islam. Así pues, fieles habían combatido contra infieles, de manera cruenta pero nítida y sin intrigas mayores.

Pero en el siglo que nos interesa, el VIII, todo se volvió completamente distinto. Cuenta la leyenda que Λέων Γ' o Ἰσαυρός, León III el Isaurio, emperador de Constantinopla, después de haber conjurado el peligro árabe, ordenó en 726 la destrucción de un cristo muy venerado. Así se inició la querella de los iconoclastas. En 730 el mismo emperador firmó un edicto que perseguía a todo aquél que venerara una imagen. El impacto de esta actitud fue tal, que, a pesar de que el emperador bizantino estaba liberando Asia Menor de los infieles, el papa san Gregorio II sintió influencias musulmanas y hasta judías en la doctrina iconoclasta, y decretó la excomunión de aquéllos que se sometieran al edicto de ese hombre que desde entonces fue considerado (por cierto, no sin razón) como usurpador del trono de Bizancio. A partir de entonces las relaciones entre Roma y Constantinopla ya no fueron las mismas.

Unos meses más tarde, en el año 732, un noble de origen bárbaro, un franco, detuvo por fin en Poitiers el irresistible avance de las tropas musulmanas del general عبد الرحمن بن عبد الله الغافقي 'Abd ar-Rahman ibn 'Abd Allah al-Ghāfiqī. De esta manera, aquel noble cristiano logró reproducir en el flanco occidental de Europa las hazañas que León el Isaurio estaba realizando en oriente. Se llamaba Karl, y más tarde todos lo conocerían bajo el nombre de Carlos Martel, el que amartilló a los moros.

Poco a poco la atención de Roma fue atraída por esos nobles francos, mayordomos de palacio en la corte merovingia de

Austrasia, que parecían permanecer absolutamente fieles a la verdadera doctrina de la Iglesia. Para acercarse a ellos, el papa san Zacarías apoyó al hijo de Carlos Martel, Pepino el Breve, para que en 751 destronara al último rey merovingio, Childerico III, iniciando así la dinastía carolingia que reunificó a los frances. El paso decisivo fue dado por el papa Esteban II cuando, buscando un apoyo contra la amenaza lombarda, fue a pedir la protección del nuevo rey franco a quien consagró personalmente en 754 en la basílica de San Dionisio. A cambio de la bendición papal, Pepino prometió abrazar la causa del bendito Pedro y de la República de los Romanos. De esta manera la Europa cristiana quedaba dividida en dos: por un lado estaba Constantinopla con los restos del imperio bizantino; por el otro surgieron los Estados Pontificales, apoyados por sus nuevos aliados franceses. Esta división no ayudó en nada a la reconstitución del mundo cristiano que seguía siendo sometido a una fuerte presión musulmana por oriente y occidente.

Pero las cosas fueron todavía más complejas. A mediados del siglo VII, empezó a descomponerse el formidable impulso de la nueva religión musulmana que en menos de cincuenta años le había permitido extenderse hasta África y Persia. Las cosas les habían salido muy bien hasta que على ‘Alí, el cuarto califa, fue rechazado por algunas personalidades de la Meca y tuvo que recurrir a la fuerza para tratar de imponerse. Después de varias luchas y un arbitraje, el gobernador de Siria، معاوية Mu’āwiya, nieto de أمية Umayya, logró deponerlo en 658, fundando así la primera dinastía hereditaria del imperio musulmán, la dinastía omeya de Damasco. Fueron estos califas los que le dieron al imperio su más vasta extensión, puesto que llegaron hasta el Panyab y la frontera con la China. Fueron también ellos los que conquistaron casi toda España. Pero también fueron ellos los que en la primera mitad de nuestro siglo VIII se detuvieron en Europa oriental ante León el Isaurio, y en Europa occidental ante Carlos Martel. Las cosas siguieron empeorando hasta el día en que un levantamiento encabezado por los descendientes de عباس ‘Abbās, un tío del profeta, exterminó en 750 a casi todos los Omeyas. Sólo عبد الرحمن ‘Abd ar-

Rahman (no hay que confundirlo con el general ‘Abd ar-Rahman vencido por Carlos Martel en Poitiers) logró huir, llegó a España, tomó Córdoba en 756 y fundó el emirato omeya de al-أندلس al-Andalus, convirtiéndose así en ‘Abd ar-Rahman I. De esta manera, prácticamente al mismo tiempo en que la cristiandad se dividía en dos, también el imperio musulmán quedaba desgarrado entre los Omeyas de Córdoba y los Abbasidas de Bagdad.

Así pues, durante la segunda mitad del siglo VIII el equilibrio geopolítico alcanzó un punto crítico. Los frances, fieles aliados de Roma, tenían un enemigo musulmán al oeste y un enemigo cristiano al este: los Omeyas y los bizantinos. Fue entonces cuando otro Karl, el heredero del trono de Pepino —y que más tarde todos llamarían Carlomagno—, estudió seriamente una posible alianza con otro gran enemigo de Omeyas y bizantinos: el califa abasí de Bagdad, هارون الرشيد Hārūn ar-Rashīd. Esa alianza jamás llegó a concretizarse sobre el terreno, pero sus preámbulos permitieron que llegara hasta aquí este magnífico tablero de ajedrez con todas sus no menos sublimes piezas.

Como ya le expliqué a mi querida Evita, éste no es en realidad un ajedrez sino una forma más primitiva, de origen indopersa, por eso las figuras son un poco diferentes, pero sería algo laborioso entrar en todos los detalles. De todas maneras la palabra ajedrez también es persa, y no árabe como se atrevió a escribir por ahí Carlos Fuentes, que creía (o cree todavía, porque yo no le escribí para corregirlo) que jaque mate «es una traducción más del árabe, Shah’akh maat, “matad al Shah”». Cuando no se saben las cosas, lo mejor es callarse la boca. En primer lugar no sé de dónde demonios fue a sacar ese mexicano la poco rigurosa transcripción de “Shah’akh maat”, y en segundo lugar jaque mate no es árabe sino persa; mi querida Evita puede confirmárnoslo. Lo único que hay de árabe en la palabra ajedrez, que viene de “as-shatranj”, es el artículo “al” (aquí transformado por cuestiones fonéticas en “as”). La palabra shatranj, (en español es difícil transcribirla porque no tenemos un sonido que se parezca al de la j inglesa) es una simple arabización del persa antiguo chatrang, que viene a su vez del

sánscrito caturaṅgā. En cambio, jaque mate es persa puro: shāh mat (mat, con a corta, que es un participio, como en el sánscrito मृत् mṛta) quiere decir “el rey ha muerto o está muerto” y no “matad al rey”, como decía el ignorante de Fuentes. Es curioso, por cierto, que el nombre que los franceses le dan al juego, “échecs”, que viene de شاه shah, “rey”, sea un derivado del movimiento que determina el fin del juego. Pero eso es problema de los franceses... Nosotros en español tenemos el derivado directo del nombre original indostano, caturaṅgā, como es el caso de muchos países del mundo afroasiático aunque el juego sea a veces muy diferente de nuestro ajedrez: en Birmania se llamó sittuyin; en Malaya, main-chator; en Camboya, uk-chatrang; en el Tibet, chandraki; en Mongolia, shatar; en Vietnam, cờ túrōng; y en Etiopía senterey. Discúlpennme por haber hecho este paréntesis, pero me parecía importante.

Nos quedamos en el relato de cómo llegó este magnífico ajedrez aquí.

Ya vimos cómo los intereses del emperador Carlos y del califa Hārūn ar-Rashīd en cierta manera convergían. Pero para concluir cualquier alianza tenían primero que comunicar entre sí. Así que en 797, Carlomagno decidió enviar a tres embajadores a Bagdad, colmados de regalos. Bastantes años más tarde, el 20 de julio de 802 regresó a Aquisgrán, la nueva capital del emperador cristiano, el único embajador sobreviviente de esa expedición llevando consigo un fabuloso regalo: un elefante de carne y hueso que se llamaba Abūlabbas, como el fundador de la dinastía abasí.

Pero eso no fue todo. Para corresponder a Carlomagno, el califa dio su autorización para que dos monjes de Tierra Santa le llevaran un presente todavía más increíble que el elefante Abūlabbas: el Santísimo Sepulcro de nuestro Señor Jesucristo. Éste resultó ser en realidad un regalo de utilería: eran unas llaves que no abrían ni el Santo Sepulcro ni el Calvario ni nada, era un regalo virtual, como se dice hoy, porque jamás iba el califa a concederle a un infiel, por más aliado y simpático que fuera, la más mínima soberanía real sobre la más ínfima parcela de la ciudad llamada “La Santa”, الْقُدْسُ al-Qods, Jerusalén. Afortunadamente

más tarde llegaron directamente de Bagdad dos embajadores de verdad que llevaban regalos menos etéreos. Entre la enorme cantidad de presentes que llevaban (tantos, que según un cronista parecían haber vaciado todo el Oriente) iban dos magníficos juegos de ajedrez manufacturados en la India. Uno todavía está pudriendose en la Biblioteca Nacional de Francia y le faltan quince piezas. El otro lo pueden ustedes admirar aquí.

—¿No se podrían, por favor, quedar otra noche? —concluyó finalmente Murat, con un tono que casi parecía una súplica—. Mi querida Evita me tiene que conceder mi revancha, porque me hizo caer en una trampa tremebunda que me hace sentir como un tonto. Usted —dijo dirigiéndose a doña Altagracia— podría venir con nosotros o, si le aburre, que Esperancita la lleve al ala de talasoterapia que acabamos de instalar, su efecto es verdaderamente mágico, verá que al salir la confundirán con Evita. En la noche se come a las nueve en punto. Así podré terminarles mi relato.

Doña Altagracia eligió la segunda opción que le había propuesto Murat. Y Eva tuvo que hacer varias llamadas para anular sus compromisos del día siguiente porque suponía —correctamente— que no iba a ser nada sencillo lo que le esperaba. Pero esas situaciones la divertían muchísimo. Le encantaba humillar a ese tipo de supermachos.

Instalados ya de nuevo en el salón de juegos, Eva Runeberg avanzó el peón del rey a e4, recibiendo la respuesta simétrica de Murat. Con gran agresividad, la Runeberg avanzó el peón del alfil del rey a f4, y Murat sin intimidarse aceptó el gambito y devoró inmediatamente el peón. Las blancas avanzaron entonces el alfil a c4, y esta vez le tocó a Murat mostrarse agresivo efectuando, apenas en la tercera jugada, el primer jaque de la partida: Dh4+. Al rey no le quedaban muchas alternativas y tuvo que moverse a f1. A partir de entonces el juego se concentró durante un tiempo alrededor del peón negro avanzado. En la jugada **10**, para poder desestabilizar a ese peón, Eva Runeberg decidió avanzar el peón del caballo del rey a g4...

8	T	C	A		R	A		T
7	p			p		p	p	
6			p					
5		A			C	D	C	
4				p	p	p		
3				p				
2	p	p	p				p	
1	T	C	A	D	R		T	

a b c d e f g h

carro: 11 Tg1. Así se consumaba el sacrificio del alfil.

En la jugada 17, al atacar a la reina enemiga, Eva Runeberg comenzó una nueva serie de sorprendentes sacrificios.

17. Cd5

La respuesta fue lógica: 17 ... — Dxb2.

De manera extraordinaria, la Runeberg abandonó su carro y expuso a su rey al avanzar su alfil a d6 en lugar de defenderse. La respuesta de las negras fue tan lógica como en la jugada anterior: 18 ... — DxTa1+. En estas condiciones el otro carro también quedaba fatalmente condenado. Así, en las jugadas siguientes, la posición de las blancas, con la dama y el alfil negros en la retaguardia del rey, parecía comprometidísima.

20. e5 —Ca6

Como el peón blanco no podía ser tomado al paso puesto que la reina negra quedaría a la merced del alfil de c1, las negras prefirieron eliminar el alfil blanco avanzado: 10 ... — cxAb5. Como respuesta, en lugar de tomar el caballo negro con el peón, las blancas prefirieron reforzar ese mismo peón con el

8	T	C	A		R		C	T
7	p			p		p	p	p
6							D	
5		p	A	C		C		p
4					p	A	p	
3				p		D		
2	p	p	p					
1	T					R	T	

a b c d e f g h

	T		A		R		C	T
7	p			p		p	p	p
6	C			A				
5		p		C	p	C		p
4							p	
3				p		D		
2	p		p		R			
1	D						A	
	a	b	c	d	e	f	g	h

En esas circunstancias, el jaque al rey de 21 Cxg7+ le pareció casi ridículo a Murat, quien tranquilamente se movió a: 21 ... — Rd8.

Eva Runeberg miró un momento las piezas, luego vio su reloj, y dijo que ya eran las nueve y que a su madre no le gustaba esperar.

Las mismas personas se reunieron para cenar alrededor de la misma mesa, pero el ambiente fue totalmente distinto de el del almuerzo. Todo había sido instalado como la noche anterior, con iluminación de velas, manteles bordados de Lagartera y vajilla de Sèvres. Empezaron con un *confit* de hígados de pollo tibios y en el plato siguiente se sirvieron unas *paupiettes* de ternera a las que el chef había tenido la osadía y el buen gusto de agregar un detalle escandinavo para celebrar a su huésped: *lingonsylt*, mermelada de arándano rojo. En condiciones tan excelentes, el almirante terminó de contar cómo su chatrang llegó a Lo Espejo.

A principios de 1942, poco después de la conferencia de Río en que nuestro gobierno “radical popular” dio el primer paso que lo conduciría a traicionar definitivamente a Alemania tres años más tarde, algunos miembros del estado mayor (los mismos que en 1939 habían apoyado el “ariostazo” para tratar de derrocar al Frente Popular de Aguirre Cerda) se reunieron en privado a discutir sobre lo que se podría hacer para que Alemania y Chile conservaran las relaciones de amistad que siempre habían tenido. Usted bien sabe que desde finales del siglo XIX se nos consideraba como “la Prusia de América”, pues mucho habíamos aprendido de ese país, cuya disciplina y sentido de la unidad nacional admirábamos todos. Una de las decisiones que se tomaron en esa reunión fue enviar a Alemania, en misión de buena voluntad, a un

joven capitán de corbeta que había estudiado en Europa, un tal Julio César Murat.

Sí, antes de ingresar en la armada, estudié historia, como Nils, y mi doctorado, que versaba sobre una nueva interpretación indoeuropea (los alemanes dicen indogermanisch) de la religión y de la civilización germánicas, lo preparé en Gotinga con el profesor Schmidt, y en Viena con el profesor Frauwallner. Establecí también una relación muy estrecha con un interesantísimo docente de la Universidad de Lund, Stig Wikander, que estaba preparando un libro revolucionario, Der arische Männerbund, que fue editado en 1938. Pero no trates de hablarme en sueco, mi querida Evita, afortunadamente en esa época todos los suecos cultos hablaban alemán, lo que me permitió cartearme con Wikander, y después leer su libro, cuya primera edición se publicó directamente en ese idioma.

Por cierto, durante esa primera estancia tuve la ocasión de participar como observador en la conferencia de Múnich, gracias a la influencia del agregado militar de la embajada en Berlín y de mi amigo Otto Dietrich zur Linde (que moriría trágicamente unos años más tarde en Núremberg). Fue ahí, después de haber asistido a un recital de Claudio Arrau, donde zur Linde me presentó al embajador de Estados Unidos en Gran Bretaña, el señor Joseph Kennedy, quien me hizo ver que los ideales de expansión y de dominio y guía de las razas inferiores por otras más evolucionadas e industriosas eran ideales que compartían sin duda alguna alemanes y estadounidenses.

Bueno, el caso es que en 1942 me encontré de nuevo en Alemania, pero esa vez dentro del marco de algo que decidió llamarse “misión de buena voluntad”, que en realidad consistía en evaluar las posibilidades que tenía Alemania de ganar la guerra. Era una misión delicadísima: de mi evaluación dependería la decisión de organizar otro levantamiento en Chile para acabar definitivamente con los traidores radicales y aliarnos con Alemania y Japón. Afortunadamente (digo afortunadamente porque finalmente no se resolvieron tan mal las cosas), nada indicaba que Alemania llevaba claramente las de ganar. Un poco

más tarde, durante el mes de agosto, las divisiones del mariscal de campo von Bock atacaron Stalingrado, y en septiembre el VI cuerpo de ejército de Paulus penetró en la ciudad. Con Leningrado sitiada por las tropas alemanas y finlandesas, y Moscú debilitada, la batalla de Stalingrado parecía ser —y fue— la batalla decisiva. Decidí entonces esperar para observar el curso de los acontecimientos.

Fue durante esos extraordinarios meses que mis anfitriones alemanes me propusieron darme un paseo por lo que ellos consideraban como su conquista más preciosa: París. Fue ahí que, visitando los tesoros de la Biblioteca Nacional, vi mi chatrang y me enamoré irresistiblemente de él.

En esas estaba cuando me enteré de que en noviembre el mariscal Yukov (el mismo que había organizado la defensa de Moscú) estaba iniciando una contraofensiva en Stalingrado, y que el gobierno de Ríos (que era igual de cerdo que Aguirre Cerdá, muerto a finales del 41 o a principios del 42, no recuerdo bien) estaba a punto de ceder a las presiones económicas y políticas de los Aliados para romper nuestras relaciones diplomáticas con Alemania. Así pues, el tiempo apremiaba. Por una parte yo no podía recomendar un levantamiento militar en Chile a favor del Eje, porque no estaba nada seguro de que sería nuestro mejor aliado; y por otro lado veía que se me estaba escapando la mejor ocasión para lograr que el chatrang de la Biblioteca Nacional de Francia fuera mío. En tales circunstancias, decidí pasar a la acción.

Unos años antes, durante mi primera estancia en Europa, me había enterado de que André Malraux (que se acababa de ganar, creo, su premio Goncourt) había, por ahí por los años veinte, sido condenado por haberse robado algunas piezas arqueológicas en la famosa ciudad sagrada camboyana de Angkor. Esta anécdota me había parecido curiosa y hasta entretenida, porque me divertía ver cómo la retórica francesa podía transformar un simple (y lucrativo) robo, en algo romántico y hasta noble. Así pues, al ver que el chatrang se me escapaba de las manos, utilicé esa lógica a la que le debo tanto, y me dije que Francia bajo protectorado alemán

se encontraba en la misma situación que Camboya bajo protectorado francés. Decidí entonces convertirme en el Malraux chileno y me prometí rescatar el chatrang de unas manos y de unos ojos que no lo apreciarían tanto como yo.

Investigué bien el caso. Me enteré que, a pesar de haber sido condenado, Malraux no había estado ni un solo día en la cárcel, ya que un movimiento organizado por André Breton y que llevaba el respaldo de personalidades de esa época como François Mauriac, André Gide, Jean Paulhan o André Maurois, logró que el saqueo de Malraux fuera visto como un gesto bienintencionado, y la sentencia del escritor fue puesta en suspenso. Me dije entonces que si el pecado de aserrar y arrancar unas esculturas de un templo khmer para vendérselas a un rico coleccionista estadounidense había sido venial, yo, que no tenía la más mínima intención lucrativa, quedaría libre de toda culpa. Naturalmente, esa reflexión sólo servía para apaciguar mi conciencia, ya que bien sabía que no contaría con ningún apoyo mundial parisense para lavar mis faltas en caso de que algo fallara. Después de una breve pesquisa, facilitada por las autoridades de ocupación alemanas, logré ponerme en contacto con el revendedor de las dos únicas piezas que la esposa de Malraux había podido sacar clandestinamente de Indochina (una cabeza de ninfa अप्सरस् apsaras, y un हरिहर hari-hara de sesenta centímetros, escultura rarísima que representaba la mitad de शिव Śiva y la mitad de विष्णु Viṣṇu). No me costó mucho convencerlo para que me pusiera en relación con un equipo especializado en este tipo de rescates arqueológicos.

Lo más difícil de todo fue hacer llegar a Francia los dólares que mis “apaches camboyanos” que contraté (así me gustaba llamarlos, aunque no fueran ni apaches ni camboyanos) exigían para efectuar su operación. Se me giró el dinero a Madrid, y ahí tuve que ir personalmente para cobrarlo y luego tuve que pasar los dólares de contrabando para París, lo que implicaba cruzar dos fronteras porque en esa época Francia estaba dividida en dos. El resto fue sencillísimo: durante una noche de luna llena entraron

mis apaches en la Biblioteca usando las llaves originales, tomaron mi chatrang y eliminaron toda traza de su existencia en el registro. El 30 de diciembre de 1942, unos días antes de que Chile rompiera sus relaciones diplomáticas con el Eje, mi tesoro partía en valija diplomática rumbo a Santiago. Un comando de la CIA (o más bien dicho, de la OSS, como se llamaba en aquel tiempo) no hubiera trabajado mejor.

Un mayordomo, que esperaba discretamente que el almirante hiciera una pausa, se acercó con un teléfono y se lo pasó a Julio. Éste, después de escuchar brevemente a su interlocutor, se lo dio a Murat diciéndole que era su corredor en la bolsa de Tōkyō.

—66 000 acciones de Mitsubishi Corporation... —dijo pensativamente Murat— Negocien... negócielas a...

—Reina a alfil 6, jaque —interrumpió de repente Eva Runeberg, antes de tomar su último bocado de carne recubierta por la deliciosa mermelada.

El almirante, extrañado, retiró el teléfono del oído. Durante unos segundos, se quedó pensativo. *No, dijo al fin, no puede ser, me esperaba algo más inteligente.* Sin hacer caso de sus invitados, posó el teléfono sobre la mesa, se levantó y salió de la sala, seguido por Eva Runeberg. Durante todo el trayecto hacia la sala de juegos repitió varias veces: *reina a alfil 6... ridículo.*

Ya sentado ante el tablero, Murat vio detenidamente cómo la joven hembra tomó con sus apetitosas manos la reina y la desplazó a **22** Df6+. Pensando que había llegado ya la hora de echarla al suelo, desgarrarle su ridícula ropa y entubarle el choro hasta el fondo, Murat tomó la dama con su caballo: **22** ... —CxDf6.

—¿Qué te pasa, mi querida Evita? —dijo con insolente hipocresía— ¿Qué estás pensando? ¿Qué más me querés regalar?

—Un mate, pero no de beber —contestó Eva Runeberg desplazando el alfil a e7‡. En ese mismo momento sintió un asco profundo por aquel hombre y se levantó. Estaba a punto de llegar a la puerta cuando Murat alcanzó a decirle que tenía ideas luminosas esa noche; mucho más brillantes, en dado caso, que las que le habían pasado por la cabeza el día en que había aceptado encargarse del expediente de las ratas que querían saquear el país.

No pudieron evitar iniciar otra partida. Eva Runeberg quería humillarlo definitivamente por haberse atrevido a desafiarla abiertamente. Murat, por su parte, no soportaba quedarse con el mal sabor de haber perdido dos veces frente a una mujer.

De nuevo le tocaba a él comenzar. Escogió la apertura inglesa: c4. La respuesta fue e5, con un peón que alcanzaría desde la cuarta jugada apoderarse de la casilla e4, constituyendo durante un buen momento el pivote fundamental de la partida.

Ya estaba amaneciendo, cuando las blancas intentaron sacrificar su alfil para inmovilizar el caballo de la columna g, y comenzar el ataque al rey negro:

30. Axg7

Pero las negras rechazaron el sacrificio: ... – Tg6. Se inició entonces una lucha encarnizada en la que la ventaja de las negras se fue haciendo cada vez más patente a pesar de que su rey estaba relativamente descubierto. En la jugada 38, para defender el peón de la columna e, y preparar a la vez un doblete, la reina blanca bajó de d6 a:

38. Dh2

							R	
8								
7	p	T			p	A		
6					T			
5		p	C		D			
4	p	p	C	p		C	p	
3	p			p				
2	R	D		p				
1			T			T		
	a	b	c	d	e	f	g	h

8								
7	p		C		p	R		
6								
5		p			D			
4	p	p		p			p	
3	p			T				
2	R			p			D	
1								
	a	b	c	d	e	f	g	h

Pero el rey negro se movió a h7, y el siguiente jaque del caballo blanco en f8 no lo afectó mayormente.

En la jugada 41 las blancas intentaron un último sacrificio: Cg6+...

Pero la serie de jaques que siguió no tuvo ningún efecto sobre alguien que jugaba incansablemente, implacablemente, como una máquina:

41. ... – fxg6

42. hxg6+desc. – Rg7

43. Dh7+ – Rf6

								R
8								
7	p					p		
6							C	
5		p	D					p
4	p	p			p			
3		p		T				
2		R			p			D
1								
	a	b	c	d	e	f	g	h

Esa última jugada tuvo lugar como a las nueve y media de la mañana. Murat estaba completamente agotado, sus ojos enrojecidos por el cansancio y la cólera le daban un aire de Christopher Lee encarnando a Drácula. Después de inclinar su rey, se le quedó mirando fijamente a Eva. *Quizás he perdido una buena parte de mi agilidad mental*, le dijo con ronca y dura voz, pero, como esa vez en que defendí a la patria contra los chacales que querían merendársela, los nuevos carníceros que quieren ahora comprarla y destazarla me encontrarán en el mismo lugar. Que la amenaza venga de los judas o de los lobos, ahí estaré yo, y hasta la vida daría por Chile.

Cuando se quedó solo se encerró en el gabinete del autómata hembra y se pasó una cassette pornográfica. Tres hombres encapuchados violaban copiosamente a dos mujeres encadenadas y completamente desnudas. Al mismo tiempo, con fuego, látigos y hierro, las torturaban. No fue la primera vez que pensó, mirando minuciosamente esa carne, cebándose los sentidos con esos gritos y extasiándose en esas súplicas, que los surrealistas tenían razón, que el Marqués había sido un ser verdaderamente divino.

II. El valle de lágrimas

Rosa Gutiérrez Sánchez

1. Fällan

Hár dijo: «*Hay un Ás llamado Týr. Es el dios más osado y temerario, y su consejo es muy valioso para vencer en el combate. Justo es que los valientes lo invoquen. Se dice que quien avanza a la cabeza sin jamás retroceder avanza “a lo Týr”. Týr también es sabio; tanto, que se suele decir que quien es más sensato que los demás es “clarividente como Týr”. Una prueba de su valentía se manifestó cuando los Ás decidieron engañar al lobo Fenrir para que se dejara poner la cadena Gleipnir. Aun si sabía que los dioses no lo soltarían, Týr metió su mano en la boca del lobo en calidad de fianza. Así, cuando los Ás se negaron a soltar al lobo, éste se la arrancó de una mordida en el lugar que hoy es conocido como “el camino del lobo”. Manco se ha quedado el dios. Y no busca la compasión de los hombres.*»⁵

Durante el año anterior, el año 2001 menos 2, el mundo había cambiado radicalmente.

Para recibir dignamente al año 2000, año que tenía que cristalizar por fin todos los sueños futuristas de los hombres, se inventó un nuevo tipo de guerra científica en la que los proyectiles teledirigidos y el alfombrado de bombas dejaban ya de ser instrumentos de muerte. En adelante la guerra se encargaría de llevarles a los condenados de la tierra el auxilio, la compasión y la fraternidad que tanto necesitaban.

El único defecto de la guerra humanitaria consistía en que la mayor parte de los condenados terrenales, para beneficio de los

⁵'Hár segir: Sá er en Áss er Týr heitir. Hann er djarfastr ok bezt hugaðr ok hann ræðr mjök sigri í orrostum. Á hann er gott at heita hreystimönum. Þat er orðtak at sá er "týrhraustr" er um fram er aðra menn ok ekki sésk fyrir. Hann var vitr svá at flat er mælt at sá er "týrspakr" er vitr er. Þat er eitt mark un djarfleik hans, flá er Æsir lokkuðu Fenrisúlf til fless at leggja fjöturinn á hann, Gleipni, flá trúði hann fleim eigi at fleir mundu leysa hann fyrr en fleir lögðu honum at veði hönd Týrs í munn úlfssins. En flá er Æsir vildu eigi leysa hann flá beit han höndina af flar er nú heitir úlfliðr, ok er hann einhendr ok ekki kallaðr sættir manna.' (Snorri Sturluson, Gylfaginning, 24)

cuales esa guerra había sido inventada, todavía no lograban entenderla bien.

Pero a Eva Runeberg, que viajaba frecuentemente a Europa y Estados Unidos, no le costó mucho trabajo entender de qué se trataba. Comprendió rápidamente que no hacía falta encontrarle fallas técnicas o jurídicas al Consorcio Chileminas. Utilizando la misma lucidez que la había hecho sentirse tan mal durante la detención de Pinochet en Londres, se dio cuenta de que la manera más inteligente de derribar el imperio de los Murat era utilizar la novísima y extraordinariamente eficaz arma de los derechos humanos.

Sus asistentes, Elisabeth y Jennifer, a pesar de que se sabían de memoria los sofismas y silogismos cornutos de su jefa, engendros de sus teorías sobre las dudas existenciales de Hamlet, creyeron al principio que estaba bromeando. Tuvieron sin embargo que reconocer que sus nuevos argumentos eran de una lógica limpia e irreprochable. Todo mundo sabía que, como la gran mayoría de los militares chilenos de su generación, Murat había participado activamente en lo que ellos llamaban *la revolución patriótica*, pero que en el resto del mundo se conocía bajo el nombre de *golpe de estado*. Casi todo ese resto del mundo había condenado el movimiento del 11 de septiembre, pero aquélla había sido una condenación meramente verbal, simbólica, *virtual*, puesto que a nadie se le había ocurrido enviar a la más mínima brigada internacional o al más menesteroso contingente de cascos azules pakistaníes o noruegos para salvar al presidente Allende y a los miles de personas que murieron y sufrieron atrocmente durante ese operativo destinado a eliminar a un tirano y a arrasar con sus secuaces terroristas. Más tarde, los años de gloria del régimen de Pinochet, y luego las leyes de amnistía, y hasta la comisión *Verdad y Reconciliación*, se habían encargado de lavar eficazmente (mucho mejor que cualquier detergente que se hubiera podido encontrar por aquellos tiempos en el mercado) la sangre y los tormentos que esos hombres habían derramado por Chile y por toda América.

Sin embargo, al mismo tiempo que Pinochet preparaba su jubilación, las cosas habían empezado a cambiar. Cuatro días

después de la elección del presidente Aylwin, la operación *Justa Causa* fue lanzada contra la ciudad de Panamá, la cual fue invadida y bombardeada para aprehender a un peligroso traficante de drogas. Unos mil panameños murieron colateralmente durante la redada, pero Manuel Antonio Noriega fue detenido. Un año y meses más tarde, las Naciones Unidas al fin se decidieron a actuar para descuartizar a un país que había invadido injustamente a otro. Se había así comenzado a instaurar lo que un presidente llamó (traduciendo una frase latina impresa en los dólares que llevaba en su bolsillo) el *Nuevo Orden Mundial*. Y para perfeccionar todo, ocho años después —precisamente en 2001-2—, la aviación más poderosa del mundo envió sus F-117, sus B-52, sus B-2 y sus proyectiles Tomahawk, a defender a unos miserables pueblerinos que estaban siendo exterminados por el ejército más despiadado del mundo. Se iniciaba de esta manera la aplicación industrial de la justicia sin fronteras.

El caso de Chile era, empero, menos límpido que los de Panamá, Irak o Yugoslavia. El alzamiento militar en Chile había sido generosamente apoyado por el país dueño de la *aviación más poderosa del mundo* ya que en ese caso se trataba (hay que repetírselo hasta el cansancio) de eliminar al rojo caballo de Troya del imperio del Mal que se había logrado introducir en América continental, y que era la peor amenaza para el planeta. Veinticinco años más tarde, a finales del siglo XX, contados eran los estadistas que todavía se atrevían —como la señora Thatcher, eternamente agradecida por la ayuda que le brindó el General durante la Guerra de las Malvinas— a declarar abiertamente que los militares chilenos habían contribuido a la estabilidad y a la paz del mundo, pero algún etéreo espíritu paráclito (emanación quizás de la *aviación más poderosa del mundo*) debía abogar furtivamente por las personalidades implicadas en el alzamiento del 11 de septiembre ya que seguían siendo intocables. El ejemplo más evidente de esta impenetrable protección era el caso del propio general Pinochet, acusado por un despabilado (aunque olvidadizo) juez español, condenado luego por los justicieros lores ingleses y después liberado por el ministro del Interior de su majestad arguyendo el deplorable

estado de salud del reo. Durante el vuelo de regreso, la aviación más poderosa del mundo —la que desde los cielos acababa de restablecer torcidamente el derecho en Yugoslavia— permitió que el avión del General sobrevolara tranquilamente el océano y se posara sin mayor percance sobre el suelo nacional.

Sin embargo, esta situación compleja no constituía un obstáculo infranqueable. Nadie podía negar que el nuevo orden moral estaba ya en camino en Chile, impulsado por los lacrimodólares de las organizaciones no gubernamentales y guiado por la mano invisible del fantasma del padre de Hamlet que sabía cuándo y cómo y sobre todo a quién había que castigar. Así pues, consciente de que esa mano era mucho más fuerte que ella, Eva Runeberg decidió usarla en vez de despreciarla. *Utilizando racionalmente los derechos humanos*, les explicó claramente a sus asistentes, *podríamos encontrar la forma de derribar el imperio de los Murat, y de paso le haríamos un gran bien a la humanidad si descubrimos que el almirante cometió las atrocidades que muchos les atribuyen a los militares de esa época.*

Una de las asistentes quiso objetar algo, pero Eva Runeberg no la dejó terminar.

—Señoritas, —concluyó— ahora nos toca a nosotras salvar el mundo, preparen sus bombarderos. Sean las Carla del Ponte y las Baltasar Garzón de nuestro país. Sean más implacables que yo.

2. Resan

to de mugeres, que andauan á ganar en aquel maldito oficio; y cada dia sacrificauan delante de nosotros tres, ó quatro, y cinco Indios, y los coraçones ofrecian á sus idolos; y la sangre pegauan por las paredes, y cortauanles las piernas, y braços, y mu los, y los comian como vaca que se trae de las carnicerias en nuestra tierra, y aun tengo creido que lo vendian por menudo en los Tiangues, que son mercados; y que como estas maldades se quiten, y que no lo usen; que no solamente les seremos amigos, mas que les hará que sean señores de otras Prouincias; y todos los Caciques, Papas, y principales respondierõ, que no les estaua bien de dexar sus idolos, y sacrificios, y que aquellos sus dioses dauan salud, y buenas sementeras, y todo lo que auian menester.

ras, y todo lo que auian menester; y que en quanto á lo de las sodomias, que ponran resistencia en ello, para que no se use mas: y como Cortés, y todos nosotros vimos aquella respuesta tan desacatada, y auiamos visto tanta crueldad, y torpedades, ya por mi otra vez dichas, no las pudimos sufrir; y entonces nos hablò Cortés sobre ello, y nos truxo á la memoria unas santas, y buenas doctrinas, y que como podiamos hacer ninguna cosa buena si no bolviamos por la honra de Dios, y en quitar los sacrificios que hazian á los idolos? Y que estuviessemos muy apercibidos para pelear si nos lo viniessen á defender, que no se los derrocassemos, y que aunque nos costasse las vidas, en aquel dia auia de venir al suelo. Y puestos que estauamos todos

⁶ to de mugeres, que andauan á ganar en aquel maldito oficio; y cada dia sacrificaban delante de nosotros tres, ó quatro, y cinco Indios, y los coraçones ofrecian á sus idolos; y la sangre pegauan por las paredes, y cortauanles las piernas, y braços, y muslos, y los comian como vaca que se trae de las carnicerias en nuestra tierra, y aun tengo creido que lo vendian por menudo en los Tiangues, que son mercados; y que como estas maldades se quiten, y que no lo usen; que no solamente les seremos amigos, mas que les hará que sean señores de otras Prouincias: y todos los Caciques, Papas y principales respondierõ que no les estaua bien de dexar sus idolos, y sacrificios, y que aquellos sus dioses les dauan salud, y buenas sementeras, y todo lo que auian menester; y que en cuanto a lo de las sodomias, que ponran resistencia en ello, para que no se use mas: y como Cortés, y todos nosotros vimos aquella respuesta tan desacatada, y auiamos visto tantas crueidades, y torpedades, ya por mi otra vez dichas, no las pudimos sufrir: y entonces nos hablò Cortés sobre ello y nos truxo á la memoria unas santas y buenas doctrinas, y que como podiamos hacer ninguna cosa buena si no bolviamos por la honra de Dios, y en quitar los sacrificios que hazian á los ídolos? Y que estuviessemos muy apercibidos para pelear si nos lo viniessen a defender,

Había sido esta página de la *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España* de Bernal Díaz del Castillo y no los discursos del presidente William Jefferson Clinton, lo que le había abierto definitivamente los ojos a Eva Runeberg: si el gran imperio mexica, y luego todo un continente, había sido derribado por las virtudes más nobles de los seres humanos, un triste fantoche como Murat no podría resistir mayormente.

Sin embargo ella sabía muy bien que su sistema comportaba una falla fundamental, ya que el general Runeberg también había participado íntimamente en la revolución de liberación patriótica. Su inteligencia no le podía permitir descuidar ese punto oscuro a pesar de la gran confianza que le tenía a su padre.

Ésta era la objeción que una de sus asistentes le había querido hacer la primera vez que les reveló su plan. Si no la había dejado terminar su frase era simplemente porque no toleraba que alguien pensara que había pasado por alto un detalle tan obvio. Así pues, la investigación debía hacerse en la más estricta confidencialidad. Elisabeth y Jennifer, trabajando junto con Carlos, un joven experto en informática que acababa de regresar del Instituto Tecnológico de Illinois recomendado con entusiasmo por Diego Dahlmann, constituyeron el primer círculo de la investigación. Por el momento no quería contar con nadie más para restringir al máximo cualquier riesgo de indiscreciones. Tenía sin embargo preparado un equipo de intervención especial que le había proporcionado el servicio de seguridad de los Sotomayor.

Habiendo lanzado la máquina, Eva Runeberg partió a París para encargarse de verificar varios detalles.

Su apartamento parisense, regalo de bodas de su suegro, estaba en una esquina de la plaza Vendôme. Por un lado se veía la magnífica plaza con su columna napoleónica, por el otro, se alcanzaba a ver la placa del edificio de enfrente, que revelaba que

que no se los derrocassemos, y que aunque nos costasse las vidas, en aquel día auia de venir al suelo. Y puestos que estauamos todos

ahí, de 1836 a 1845 se había encontrado la embajada de la República de Texas. Desde la época de su luna de miel nunca había resultado tan práctico el apartamento como aquella vez, ya que a unos pasos de éste, en la misma plaza Vendôme, estaba el ministerio de la Justicia en donde trabajaban varios amigos suyos que quería consultar, dándoles cita en el bar o el restaurante del contiguo hotel Ritz. Los interrogó esencialmente acerca de aquello que los franceses desde tiempos del presidente Mitterrand llamaban *la injerencia humanitaria*, es decir, el derecho (y también el deber, llamado *deber de injerencia*) que tienen los países justos y poderosos de imponerles la justicia a los países injustos y débiles. Lo que a Eva Runeberg le interesaba sobre todo saber era en qué medida podía contar con el apoyo moral y técnico de países como Francia, Alemania, Inglaterra o España en el proceso que estaba iniciando. Consideraba que ese apoyo era fundamental para que su ofensiva contra Murat no fuera vista como una simple operación destinada a beneficiar a una compañía norteamericana.

Durante esa estancia en París logró también entrevistarse con personalidades de un poco más relieve que sus amigos del ministerio de Justicia. Consiguió ver al célebre jurista Mario Bettati, que le citó el ejemplo de Napoleón III, cuya oportuna intervención salvó en el Líbano a unos maronitas que estaban a punto de ser exterminados por los despiadados musulmanes. También vio al gran sociólogo y latinoamericanólogo Alain Touraine, que le declaró con entusiasmo que ya era hora de que Chile abriera los ojos ante su pasado en lugar de empecinarse en ver siempre a Estados Unidos como la causa de todos sus males. Finalmente, gracias a sus contactos mexicanos, pudo instruirse con el filósofo y cineasta Bernard-Henri Lévy, quien le habló de la generosidad del mundo occidental (Chile, para el clarividente filósofo, a todas luces no se encontraba en el occidente, sino en una especie de limbo geográfico cuya localización sólo él podía entender).

Todas aquellas insignes personalidades reconocieron sin excepción que había sido la iniciativa del juez Garzón lo que había al fin despertado al pueblo chileno.

Las cosas estaban así pues maduras para iniciar una ofensiva enérgica contra los militares que habían recurrido a métodos sucios en Chile. Había sin embargo que esclarecer y definir precisamente lo que podía considerarse como *método sucio* ya que ciertos países claramente situados en el campo de los justicieros, sobre todo los Estados Unidos —pero también a veces Inglaterra, Francia y hasta la ONU, entre otros—, recurrían a métodos aún menos pulcros que aquellos atribuidos en esa época a los serbios. Además, la especialidad de Eva Runeberg no era el derecho penal, y mucho menos lo relativo a crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad. Fue así como se decidió a partir a la Haya, al sanctasanctórum del Tribunal Penal Internacional para ex-Yugoslavia, para informarse directamente con las personas más versadas en la materia.

Justo antes de partir para el aeropuerto, recibió un CD vía correo expreso privado. Ya en el avión, introdujo el disco en su computadora y activó el programa de desciframiento. Se le informaba que Carlos había logrado introducirse en el archivo informático de la armada chilena y que había logrado localizar en Valparaíso lo que seguramente era el depósito de los expedientes secretos del Servicio de Inteligencia Naval, el SIN. Según Carlos, se debían encontrar ahí una buena parte de las informaciones confidenciales que buscaban, pero, naturalmente, ninguna de ellas estaba registrada de manera cibernetica, y aún menos en computadoras accesibles por internet. Para obtenerlas había que ir en persona al depósito y copiarlas, o simplemente llevárselas.

Al llegar al aeropuerto de Ámsterdam, Eva Runeberg llamó a Elisabeth. A pesar de que llamaba por una línea protegida, se limitó a decir brevemente que podían continuar, señal para poner a su cuerpo de intervención en acción. La estrategia contra Chileminas empezaba así a cobrar una forma concreta.

Su encuentro con Carla del Ponte puso sin embargo su plan en grave peligro. Escuchando la retórica simplista y trillada de la soberana fiscal del tribunal de La Haya, Eva Runeberg se vio de repente reflejada (durante ínfimos pero infinitamente espantables instantes) en el rostro duro y atroz de su interlocutora. Tuvo que

interrumpir la conversación, y apenas le dio tiempo para llegar al baño más próximo a vomitar. Nunca antes el olor del dinero y del interés le habían producido tal náusea aun si en su mundo esos dos factores constituyan el pivote fundamental. Se había sentido como Dorian Gray contemplando su propio e inmundo retrato. Las otras personalidades que había visto, y ahora este encuentro, le confirmaban que el movimiento que preparaba contra Murat era más que oportuno, pero el repulsivo rostro de la campeona de los derechos humanos le recordaba cuál era su verdadero fin, y a quién en realidad estaba sirviendo.

Al verse en el espejo, pensó en el Mólek. Sabía que su nombre era Mólek y no “Moloch”, como se le conoce generalmente, y sabía también que la raíz trilítera MLK quiere decir “sacrificio”, pero también “rey” e incluso “Dios”.

Un impulso masoquista y autodestructor la incitó a huir de ese monstruo en dirección opuesta a lo que le dictaba el sentido común: tomó el primer vuelo hacia la capital de la guerra humanitaria, la ciudad de Priština.

No lo lamentó. En aquella ciudad reinaba un milagroso doctor francés llamado Bernard Kouchner que la curó (a ella y también a su proyecto) de todos sus males.

El año anterior, 2001-2, la Organización del Tratado del Atlántico del Norte había bombardeado imparcialmente la ciudad de Priština, la región de Priština (Kosovo), la república donde Priština se encontraba (Serbia) y el país que otorgaba sus pasaportes a los habitantes de Priština (Yugoslavia). Se mataron con equidad tanto albaneses como serbios y montenegrinos, y por todas partes se anunció que al fin se les iba a imponer la paz y la concordia. Cuando los quirúrgicos y medicinales bombardeos cesaron, lógicamente fue nombrado un doctor en medicina (el susodicho doctor Kouchner) como gobernador del protectorado que la ONU-OTAN se confeccionó en la provincia yugoslava cuya capital era Priština.

Eva Runeberg no conocía personalmente a aquel personaje, pero naturalmente había oído hablar del ilustre *ex-french doctor*, sabía cómo se había puesto a buscar incansablemente por todos los rincones de su protectorado los 14 000 cadáveres que poblaban sus

crueltes pesadillas, conocía su fulgurante carrera de ministro en Francia gracias a la febril moda de la ayuda humanitaria, y hasta recordaba haber visto fotos de él posando ante las cámaras de televisión cargando un costal de arroz que iba a mandar a Somalia junto con las bombas de la ONU para *restaurar la esperanza*. Nada de esto, sobre todo después de su encuentro con Carla del Ponte, le inspiraba a Eva Runeberg la más mínima simpatía. Otro cronista hubiera quizás indicado que el viaje a Priština no tuvo otra intención más que darle a la Runeberg un pretexto para anular su plan. Pero esta crónica no pretende sino señalar hechos. Y un hecho más que concreto fue el efecto que el doctor francés produjo sobre la abogada chilena. Primero que nada, el rostro rudo e *interesante del médico sin fronteras* logró borrar para siempre la repugnante cara de la del Ponte. Eva Runeberg se vio de nuevo reflejada, pero el polifacético y ambicioso doctor Kouchner no le pareció monstruoso sino sumamente atractivo. De haber tenido más tiempo, quizás hubiera infringido con él el estricto pacto de fidelidad que había concluido con su marido. En todo caso, la idea le pasó seriamente por la cabeza, y si el doctor hubiera querido violarla, no se lo hubiera impedido, como aquella vez en que conoció bíblicamente al susodicho marido. Se dejó seducir por el inglés perfecto que el gobernador francés usaba sistemáticamente en su protectorado otanescos. Tanto le agradó, que fingió dominar mal el idioma de su anfitrión para disfrutar constantemente de su manera de reproducir *the music of the English tongue*. La seducía también el innegable talento con que el elegante doctor guerrero manejaba la paradoja; admiraba con fascinación cómo imponía en su feudo una exaltante y cruel misericordia; llegó a pensar que quizás los dos estaban hechos con el mismo barro.

Durante la noche, en su hotel eficazmente protegido por soldados británicos y franceses, anotó, para no olvidarla, una frase perfecta inventada por su apuesto médico de corazones: *I'm not a pacifist... and humanitarianism is not a pacifism*. El concepto que esta oración vehiculaba era, en efecto, diamantino, perfecto.

A su regreso a París, Eva Runeberg se encargó de un último asunto que quería investigar en Europa: el del chatrang de la Biblioteca Nacional de Francia. Si podía probar que el relato de Murat era cierto, el robo de un tesoro perteneciente a un país de verdad contribuiría, si no a inquietarlo jurídicamente a causa de la prescripción, por lo menos a desprestigiarlo.

Constató enseguida que en la biblioteca había dos ajedrezes atribuidos a Carlomagno, lo que correspondía a la primera parte del relato de Murat, pero no a la segunda. Sin embargo, viendo las cosas más detenidamente, lo dicho por el almirante parecía completamente verosímil. En efecto, uno de los dos ajedrezes había sido realizado probablemente en Italia meridional, y no hubiera podido pertenecer a Carlomagno puesto que era del siglo XI. El otro, en cambio, no sólo era efectivamente un regalo de Hārūn ar-Rashīd al emperador franco, sino que provenía también de la India, era también de marfil, y sus 17 piezas habían sido labradas con un talento idéntico al de las que había visto en el fondo. Ese número 17 le recordó a Eva Runeberg que Murat le había dicho que le faltaban quince piezas al chatrang que no se había llevado.

Después de más de una semana de intentos frustrados a causa de la *reducción del tiempo del trabajo* (la sacrosanta RTT) en Francia, de los miércoles (que los funcionarios de ese país dedicaban a su familia) y de los resfriados que ya desde entonces se ensañaban cruelmente con los esclavos de la burocracia francesa, Eva Runeberg logró al fin ver a la conservadora del museo de la biblioteca. Gracias a la intercesión del propio embajador de Chile, se le concedió el permiso excepcional de revisar todos los registros de la biblioteca desde su fundación en el siglo XVII. De esta manera comprobó que el relato de Murat podía ser cierto, pero que al mismo tiempo no se le podía probar nada concretamente. Antes de los años 1940, no había ninguna traza del chatrang de Murat, pero tampoco de su hermano gemelo, y hasta a veces parecía que alguna página había sido arrancada en algún registro. Luego, como para confirmar las cosas, en el registro de un inventario realizado después de la Segunda Guerra mundial surgió, como salido de la nada, el chatrang de la biblioteca. Para Eva Runeberg, esa ausencia prolongada

durante siglos, aunada a la aparición repentina durante un inventario realizado después de la intervención de los *apaches* de Murat, era una prueba suficiente. Pero sabía muy bien que ese detalle aislado no le serviría ni siquiera para insinuar que algo había sido robado de tan respetable recinto. Además no podía recurrir tampoco a la memoria de los hombres, puesto que el supuesto robo databa de hacía casi sesenta años, y ya no vivía nadie que le pudiera confirmar que en la biblioteca había habido dos chatrangs en vez de uno. Decidió, así pues, abandonar esa opción en su plan de ataque contra Murat.

El polvo de los manuscritos consultados, su difícil desciframiento, y el hecho de no haber encontrado ninguna prueba concreta, la habían puesto de bastante mal humor. Las calles por las que pasó en el camino de regreso, que recorrió a pie de la biblioteca hasta su apartamento, no surtieron en ella el efecto calmante que normalmente le producían. La sosa llovizna del otoño, pero sobre todo las plistas de excremento canino, elemento inevitable de las aceras de la Ciudad Luz, le parecieron esa vez intolerables. Pero en el momento de entrar en la plaza Vendôme, su teléfono sonó y su actitud cambió radicalmente. Elisabeth le informaba que el expediente Barbera avanzaba satisfactoriamente, lo que significaba que su servicio de intervención había logrado obtener los documentos que buscaba.

Todo se iluminó entonces en rededor suyo. Pensó, admirando minuciosamente aquellos edificios, solazándose los sentidos con aquellas formas y extasiándose en tal armonía, que un día (un día ya lejano), los franceses habían sido verdaderamente geniales.

Mientras empacaba, se puso a mirar el canal informativo CNN. El presidente de Yugoslavia Slobodan Milošević pronunciaba su discurso de despedida a la nación después de haber perdido las elecciones. Hablaba en serbocroata, y era simultánea y fielmente traducido al inglés. Más que un discurso, parecía más bien un mensaje dirigido a unos amigos íntimos a quienes el presidente confesaba haber cometido algunos errores que no le habían permitido conservar la unidad de su país. Al final le deseaba éxito a

su sucesor y decía que se iba a pasar una temporada en el campo, a disfrutar de la agradable compañía de su pequeño nieto.

Un poco más tarde, un noticiero francés comentó que los bombardeos del año anterior le habían permitido a *Serbia* alcanzar pacíficamente la democracia.

3. Djungeln

«Los Ás criaron al Lobo en su casa, y Týr era el único valiente que se atrevía a darle de comer. Pero cuando los dioses vieron cuánto crecía día tras día, y que todas las profecías anunciaban que su destino era perderlos, tomaron la decisión de fabricar una fortísima cadena que llamaron Leyðingr, fueron a ver al lobo y le pidieron que probara su fuerza con ella. El lobo pensó que no superaría sus fuerzas, y dejó que le hicieran lo que quisieran. Al primer tirón del lobo, la cadena cedió. Fue así como se liberó de Leyðingr. Después los Ás fabricaron otra cadena dos veces más fuerte que llamaron Drómi; le pidieron al lobo que la probara, y le dijeron que su fuerza sería admirada por doquier si una herramienta tan poderosa no llegara a retenerlo. El lobo pensó que esa cadena era muy fuerte, pero también consideró que sus fuerzas habían aumentado desde que había destrozado a Leyðingr. Estimó que sería quizás necesario realizar alguna hazaña si quería volverse célebre, y se dejó poner la cadena. Cuando los Ás dijeron que estaban listos, el lobo se sacudió, se echó la cadena sobre la espalda, se tensó y tiró con vigor, y la cadena se rompió de manera tan violenta que sus pedazos salieron volando. Así se liberó de Drómi. Desde entonces existen las expresiones “liberarse de Leyðingr” o “salir de Drómi” para designar un energético ahínco. Después de esto los Ás temieron no poder ya nunca encadenar al lobo. Entonces Allföðr envió a un mensajero llamado Skírnir, sirviente de Freyr, a ver a unos enanos en Svartálfheimr para pedirles que fabricaran una cadena que llamaron Gleipnir. Fue hecha con seis piezas: el ruido de la pisada del gato, la barba de la mujer, las raíces de la montaña, los tendones del oso, el aliento del pez y la saliva del pájaro —y aunque nunca antes hayas oído hablar de tales cosas, tú bien sabes que no te mentimos. Ya te has seguramente dado cuenta que ni las mujeres tienen barba, ni se oye ningún ruido cuando corre el gato; las montañas no tienen raíces, ni los peces tienen aliento; todas las cosas que hemos dicho son tan ciertas como ésas, aunque algunas difícilmente se pueden probar.»

Entonces Gangleri dijo: «Sin duda alguna puedo aceptar que todo aquello es cierto; me puedo imaginar las cosas que has nombrado. Pero ¿cómo fue fabricada tal cadena?»

Hár dijo: «Te lo puedo decir con claridad. La cadena era lisa y suave como un listón de seda, pero sólida y fuerte como verás. Cuando fue entregada a los Ás, muchas gracias le dieron al mensajero por haber cumplido con su misión. Partieron enseguida a un lago llamado Ámsvartnir, y en el islote Lyngvi le gritaron al lobo para que acudiera, le mostraron el listón de seda, y le pidieron que lo rompiera. Le dijeron que era un poquito más sólido que lo que parecía por su espesor, y para probarlo lo tensaron con toda la fuerza de sus brazos. No se rompió, pero dijeron que de todas maneras el lobo sí lo podría romper. Entonces el lobo contestó: "Me parece que con este listón no voy a ganar mucha fama, de nada me serviría romper una cuerdita tan delgada; pero si está hecha con astucia y artificio, ya que parece tan fina, no me la voy a dejar poner en las patas." Los Ás dijeron que podría sin duda alguna romper rápidamente tan delgado listón de seda, él, que acababa de despedazar unas macizas cadenas de hierro, "pero si no puedes romper esta cinta, ya no conseguirás atemorizar a los dioses y te soltaremos." El lobo dijo: "Si me atan y que no me puedo soltar, ustedes son tan poco formales que ya podré esperar un buen rato su ayuda. No me gusta nada la idea de dejarme amarrar con esa cuerdita. Pero para que no digan que no me atrevo, que uno de ustedes meta su mano en mi hocico como garantía que todo se hará sin traición. Los Ás se miraron entre sí; la cosa se estaba poniendo bastante peliaguda, a nadie le daba la más mínima gana de presentar su mano. Entonces Týr tendió su diestra y la metió en la boca del lobo. Cuando éste tiró, el cordel se tensó, y mientras más se esforzaba, la cuerda más se endurecía. Entonces los Ás estallaron a carcajadas. Todos menos Týr. Acababa de perder su mano.»⁷

⁷ 'Úlfinn föddu Æsir heima, ok hafði Týr einn djarfleik til at ganga at úlfnum ok gefa honum mat. En er guðin sá hversu mikit hann óx hvern dag, ok alla spár sögðu at hann mundi vera lagðr til skaða fleim, flá Æsir flat ráð at fleir gerðu

fjötur allsterkan er fleir kölluðu Leyðing ok báru hann til úlfsins ok báðu hann reyna afl sitt við fjöturinn. En úlfinum flótti sér flat ekki ofrefli ok lét flá fara með sem fleir vildu. Ít fyrsta sinn er úlfrinn spryrndi við brotnaði sá fjöturr. Svá leystisk hann ór Leyðingi. Því næst gerðu Æsirnir annan fjötur hálfu sterkara er fleir kölluðu Dróma, ok báðu enn úlfinn reyna flann fjötur ok tölðu hann verða mundu ágætan mjök at afli ef slík stórsíði mætti eigi halda honum. En úlfrinn hugsaði at flessi fjöturr var sterkr mjök, ok flat með at honum hafði afl vaxit síðan er hann braut Leyðing. Kom flat í hug at hann mundi verða at leggja á sik í hættu ef hann skyldi frægr verða, ok lét leggja á sik fjöturinn. Ok er Æsir tölðusk búnir, flá hrísti úlfrinn sik ok laust fjötrinum á jörðina ok knúðisk fast at, spryrnir við, braut fjöturinn svá at fjarri flugu brotin. Svá drap hann sik ór Dróma. Þat er síðan haft fyrir orðtak at leysi ór Leyðingi eða drepi ór Dróma flá er einnhverr hlutr er ákafliga sóttr. Eptir flat óttuðusk Æsirnir at fleir mundu eigi fá bundit úlfinn. Þá sendi Alfoðr flann er Skírnir er nefndr, sendimaðr Freys, ofan í Svartálfheim til dverga nokkurra ok lét gera fjötur flann er Gleipnir heitir. Hann var gjörr af sex hlutum: af dyn kattarins ok af skeggi konunnar ok af rótum bjargsins ok af sinum bjarnarins ok af anda fisksins ok af fogls hráka. Ok flóttu vitir eigi áðr flessi tíðindi, flá máttu nú finna skjótt hér sönn dœmi at eigi er logit at flér: sét muntflu hafa at konan hefir ekki skegg ok engi dynr verðr af hlaupi kattarins ok eigi eru rœtr undir bjarginu, ok flat veit trúua míni at jafnsatt er flat allt er ek hefi sagt flér flótt fleir sé sumir hlutir er flú mátt eigi reyna.'

Þá maelir Gangleri: 'Petta má ek at vísu skilja at satt er. Þessa hluti má ek sjá er flú hefir nú til dœma tekit, en hvernig varð fjöturinn smíðaðr?'

Hár segir: 'Þat kann ek flér vel segja. Fjöturinn varð sléttir ok blautr sem silkiræma, en svá trastr ok sterkr sem nú skaltu heyra. Þá er fjöturinn var færð Ásunum, flökkuðu fleir vel sendimanni sitt eyrindi. Þá fóru Æsirnir út í vatn flat er Ámsvartnir heitir, í hólum flann er Lyngvi er kallaðr, ok kölluðu með ser úlfinn, sýndu honum silkibandit ok báðu han slíta ok kváðu vera nokkvor traustara en líkindi floetti á fyrir digrleiks sakar, ok seldi hvern öðrrum ok treysti með handaafli, ok slitnaði eigi; en fló kváðu fleir úlfinn slíta mundu. Þá svarar úlfrinn: "Svá lízk mér á flenna dregil sem önga frægð munak af hljóta flótt ek slíta í sundr svá mjótt band, en ef flat er gört með list ok væl, flótt flat sýnisk lítit, flá kemr flat band eigi á mína fœtr." Þá sögðu Æsirnir at hann mundi skjótt sundr slíta mjótt silkiband, er han hafði fyrр brotit stóra járnþjötra, —"en ef flú fær eigi fletta band slitit flá muntu ekki hræða mega goðin, enda skulum vér flá leysa flik." Úlfrinn segir: "Ef flér bindið mik svá at ek fæk eigi leyst mik flá skollið flér svá at mér mun seint verða at taka af yðr hjálp. Ófúss em ek at láta fletta band á mik leggja. En heldr en flér frýið mér hugar flá leggi einnhverr

Eva Runeberg era voraz y hasta patológicamente fiel; ni siquiera las flechas de uranio 238 que el doctor Kouchner le había lanzado a su corazón habían logrado quebrantar esta manera de ser. Le gustaba a veces que su marido la llamara *su camella*. Podía partir durante largas temporadas por los extensos desiertos de su trabajo y abstenerse casi totalmente de contacto físico, a tal grado que, pretextando que trabajaba en una firma parcialmente japonesa, se las arreglaba para privilegiar el saludo a la oriental, reduciendo a lo mínimo, mucho antes de la locura que se iba a apoderar del mundo en 2020, los apretones de manos. En Francia jamás permitió que le dieran esos inocentes besos dobles o cuádruples que ahí se daban con tanta naturalidad. En estas circunstancias, la camella regresaba siempre a su oasis alarmantemente sedienta de esperma.

Como de costumbre, Enrique fue a recogerla al aeropuerto, y ya en el camino, mientras conducía con una mano y la satisfacía con la otra, se encargó de abrevarla con el líquido que tanto le hacía falta y que ella, sintiéndose torera, asimilaba a la sangre de su bicho. Por eso le habían instalado a su coche ventanillas fuertemente oscurecidas.

Por razones similares, gracias a la experiencia adquirida en el curso de sus cortos pero densos años de vida común, Enrique Valenzuela les daba siempre el día libre a sus criados y les prohibía terminantemente aparecerse en casa antes de las doce del día siguiente cada vez que su dromedaria regresaba.

Generalmente comenzaban en la cocina, experimentando con nuevas legumbres oblongas, ya que la moda de la ecología había comenzado a penetrar en la oligarquía chilena. Casi siempre terminaban en la piscina.

hönd sína í munn mér at veði at fletta sé falslaust gert." En hverr Ásanna sá til annars ok flótti nú vera tvau vandræði ok vildi engi sína hönd fram selja fyrr en Týr lét fram hönd sína hœgri ok leggr í munn úlfínnum. En er úlfrinn spyrnir, flá harðnaði bandit, ok flví harðara er hann brauzk um, flví skarpara var bandit. Þá hlógu allir nema Týr. Hann lét hönd sína. (*Snorri Sturluson, Gylfaginning*, 33)

Al día siguiente, a las doce en punto, sin preocuparse por consultar los mensajes que había en el respondedor, Eva Runeberg llamó directamente a Elisabeth para decirle que había regresado y que las vería a ella y a Jennifer en la oficina después del almuerzo.

La cosecha en los archivos del SIN había sido abundante. Durante tres noches seguidas sus hombres habían grabado discretamente miles de documentos del SIN que se encontraban impresos en papel, fotos, microfilm o mensajes-flash. Éstos revelaron en seguida la existencia de un centro de detención subterráneo desconocido hasta la fecha situado en el lugar más recóndito del desierto de Atacama, cerca del salar de Pedernales. En la grabación del equipo de intervención aparecían unas fotos de ese recinto: la entrada camouflada y parte de sus instalaciones. En el dorso de esas fotos había un sello redondo cuya imagen representaba de perfil los caballos de una cuadriga romana en plena carrera. El del primer plano resaltaba, no sólo por su posición, sino porque era el único de color blanco. Alrededor del sello estaba escrito *Equus October*. Aunque no constaba que ese era el nombre del centro de detención, las tres acordaron llamarlo así.

Por el momento, eso era todo. Carlos todavía no acababa de procesar todo lo grabado en los archivos puesto que había encontrado un escollo fundamental: una buena parte de los documentos estaban conservados en una criptografía tan avanzada que retardaba notablemente su desciframiento.

El expediente Chileminas no era, sin embargo, el único del que se encargaba Eva Runeberg, y a su regreso de Europa tuvo que trabajar día y noche para recuperar el tiempo perdido. No le fue nada fácil desenredar la maraña de asuntos que habían crecido como una jungla durante su ausencia, y tenía que liquidar todo antes de que sobreviniera la avalancha de la Navidad. Así pues, contrariamente a lo que acostumbraba, tuvo que llevarse una parte de su trabajo a casa.

Una de esas noches de primavera, a causa de un viento helado que había bajado de la cordillera, pidió que le encendieran la chimenea de la biblioteca, en donde solía trabajar. Así estuvo varias

horas estudiando el intrincado caso de una empresa de ingeniería, cliente de su firma, que había decidido demandar a sus competidoras utilizando las nuevas leyes sobre la ecología. Nixon y Johnson, sus dos perros afganos, dormían plácidamente al calor del fuego. Faltando diez minutos para las once, cuando estaba a punto de desvanecerse ante un aburridísimo informe técnico sobre los factores contaminantes de tal o cual manipulación, el teléfono la devolvió al mundo. Era Elisabeth, que con voz algo inquieta le pedía que fuera a verla lo más pronto posible a *Apollo XIII*, una cafetería de la calle Huérfanos. Conociendo el gran profesionalismo de sus asistentes, se tomó muy en serio la llamada y acudió casi inmediatamente.

Apollo XIII era célebre por sus pollos asados disponibles a toda hora, pero Eva Runeberg no quiso tomar ni siquiera café. Sin más preámbulos, Elisabeth le informó que Carlos había descifrado la mayor parte de los documentos, lo que en sí era una buena noticia, pero que en varios estaba presente el nombre del general Runeberg. Cuando ella y Jennifer habían constatado este detalle, le habían pedido a Carlos que dejara de analizarlos y habían decidido llamarla inmediatamente a su casa. Jennifer, que también era experta en informática, se había quedado con Carlos por si le entraba la tentación de ponerse a examinar los documentos por su cuenta.

Eva Runeberg nunca había estado en el taller de Carlos. Ese *taller* era también su recámara. Todo cabía perfectamente en el amplio cuarto que había alquilado en una de aquellas viejas mansiones de la avenida Brasil que todavía quedaban en el centro de Santiago. Contrariamente a lo que la rica abogada de La Dehesa se había imaginado, el apartamento no se parecía para nada al de Neo en *Matrix*. Todo estaba muy limpio, y la colcha de la cama no tenía el más mínimo pliegue. Lo único desagradable del lugar era el frío que hacía, pero Carlos parecía perfectamente adaptado a ese clima.

Sus tres únicos *útiles* ocupaban un relativamente pequeño espacio en un rincón de la vasta habitación. Sobre una gran mesa había dos computadoras de excelente calidad, pero al alcance de cualquier persona conocedora en informática. En cambio, al lado de la mesa se alzaba una especie de enorme y extraño armario metálico

negro que hubiera llegado hasta el techo de haberse encontrado en un edificio moderno. Era una supercomputadora, una Cray T3D. Carlos la había conseguido baratísima en una subasta organizada unos años atrás por la Agencia Nacional de Seguridad de Estados Unidos —la célebre NSA— cuando ésta se había puesto a modernizar sus instalaciones. Gracias a ella (y a su talento) Carlos había podido descifrar (él decía *romper*) con relativa rapidez las claves del SIN.

Todas menos una.

Apenas se saludaron y fueron enseguida al grano del asunto. Carlos sabía muy bien que las informaciones descifradas eran absolutamente confidenciales, cosa que él comprendía y respetaba perfectamente, por eso le pagaban tan bien. Pero para que esas informaciones fueran verdaderamente útiles, había que analizarlas y clasificarlas, para lo cual era fundamental disponer de un acceso completamente libre a todos los datos y textos. Esa era la segunda parte de su trabajo, pensaba, y si no le tenían plena confianza, les hizo comprender que hubiera sido mejor que se detuviera ahí, porque de otra manera no les podía ser útil. Propuso entonces una solución: Jennifer, que conocía bien el programa de clasificación instalado en sus PCs, podía ayudar a Elisabeth y a la señora Runeberg a terminar el trabajo. Todo el material descifrado estaba ya en un DVD, soporte de almacenamiento de datos muy popular en esos tiempos, así que lo podía borrar inmediatamente de su Cray. Les dijo que ellas podían quedarse a trabajar ahí esa misma noche y el día siguiente, ya que veía que tenían prisa. Él de todas maneras se iba a dormir a casa de su polola.

Como era de esperarse, la noche no bastó para clasificar y analizar todos los documentos, pero sí fue lo suficientemente larga para tranquilizar a Eva Runeberg. El nombre de su padre aparecía 321 veces, pero la mayor parte era para mencionar que había asistido a reuniones rutinarias de intercambio entre las diversas fuerzas armadas. Se mencionaba también la fundación en octubre de 1973 de una sección ultrasecreta del Servicio de Inteligencia Militar (SIM), que llevaba la inconfundible marca de Runeberg puesto que se llamaba Völuspá, escandinavísimo nombre. Los primeros documentos parecían indicar que el principal objetivo de

esa organización era informarse sobre una especie de suero de la verdad descubierto unos años antes por la CIA en la selva brasileña.

Estos reportes sobre Völuspá eran muy abundantes y había que estudiarlos más detenidamente. De esta manera, como Elisabeth y Jennifer tampoco habían terminado de clasificar las pruebas que iban encontrando contra Murat, decidieron llevarse el DVD para trabajar con más calma en la biblioteca de Eva Runeberg.

Ella misma se encargó de llamar a Carlos para pedirle que pasara a entregarle todos los documentos sobre el asunto y que borrara todo lo grabado en la Cray. A pesar de que ya eran más de las diez de la mañana, visiblemente lo despertó. Entre bostezos y toses, Carlos le dijo que no necesitaba ir a verlas; todo estaba únicamente en los PCs y en el DVD que les había dado. La grabación original estaba en otro DVD que había dejado sobre la mesa. En la Cray sólo había conservado los datos del desciframiento por si tenían que reprocesar las claves. Todo lo demás lo había borrado, Jennifer y Elisabeth, que no lo habían dejado solo un segundo, podían confirmarlo (y si no podían por falta de capacidad técnica, lo único que les quedaba era confiar en su palabra, puesto que si había podido engañarlas antes podría seguir engañándolas después). Agregó que si ya no lo necesitaba más, podía dejarle su cheque sobre el teclado del computador, o girarle su salario directamente al banco por internet, Elisabeth conocía su número de cuenta.

Se llevaron una computadora más a la biblioteca de la señora Runeberg. En una trabajaron Elisabeth y Jennifer sobre todo lo concerniente a Murat, mientras que su jefa analizó en la suya los datos sobre Völuspá y las actividades de su padre. Sacó en claro los siguientes hechos:

Völuspá había sido creada el 2 de octubre de 1973, menos de un mes después del levantamiento. El catalizador de esa creación parecía haber sido el resumen de un informe ultrasecreto de la CIA fechado casi un año antes, el 26 de octubre de 1972. Entre agosto y octubre de ese año, después de haber experimentado con tres (o cuatro, el informe no era muy claro al respecto) terroristas

uruguayos, se había comprobado que una droga inocua para la salud podía hacer cambiar totalmente la personalidad y las convicciones de los sujetos a los que se administraba. Puesto que la base de esa sustancia provenía de una planta descubierta en la selva del Tapajoz, se le había dado el nombre de *tapajine*, la tapajina. *En el caso del presente experimento, concluía el informe de la CIA, con gran satisfacción anunciamos que, desde hace ya quince días, la tapajina ha convertido a los tres «herméticos irreductibles» del Uruguay, en colaboradores de la policía local, delatores y torturadores de sus propios compañeros.* La conclusión del informe era todavía más entusiasta: *Nadie duda ya en nuestro team, de que estamos en presencia del gran hallazgo psicofarmacológico del siglo.*

El resumen de ese informe y una breve historia de la droga milagrosa fueron registrados en las notas personales del almirante Murat el 29 de noviembre de 1973, más de un mes después de la creación de Völuspá. Esta discrepancia de fechas no era forzosamente contradictoria, ya que la organización de Runeberg había sido creada en el seno del ejército, no de la armada.

Tres años antes, un antiguo recolector de caucho, un *seringueiro*, convertido en *garimpeiro*, buscador de oro en las selvas del Brasil, había heredado de un médico brujo de la Serra do Cachimbo el secreto de una planta bastante peculiar. La usaba esencialmente como calmante. Pero era un calmante extraordinario que actuaba por medio de la sugestión. El garimpeiro transmitió su secreto a un colaborador de la FAO, quien utilizó la decocción de esa planta para aliviar los tormentos de un enfermo de cáncer en la clínica *O Salvador* de São Paulo. El 29 de octubre de 1970, la NSA se enteró de tal hecho. Como la supresión del dolor se lograba gracias a las órdenes dadas a los pacientes dormidos por la droga, se pensó primero que ese té podría convertirse en un excelente suero de la verdad. A partir de entonces, había que silenciar económica o violentamente a quienes conocieran la existencia de la planta.

Las cosas tomaron mucho más peso cuando, pocos meses más tarde, a raíz de ciertos experimentos, un docto funcionario de la CIA se dio cuenta de que esa droga representaba algo mucho más

extraordinario que un simple suero de la verdad. Tratando de no caer en los torpes errores del proyecto MKULTRA, ese doctor en semiología concibió el plan USHER cuyo propósito final consistía nada menos que en salvar al mundo provocando el derrumbe espontáneo del Kremlin. Se ganaría así pacíficamente la guerra fría, esa guerra que el presidente Nixon comenzaba ya a llamar *tercera guerra mundial*. A partir de entonces todos los experimentos con la droga se orientaron hacia ese fin. El informe que recibió a propósito de los terroristas tupamaros poco menos de dos años más tarde, en octubre de 1972, confirmó las previsiones del funcionario de la CIA: si esos *herméticos irreductibles* a la *intimidación tradicional* llegaban a colaborar tan eficazmente con la policía, se podía deducir que ya no sería imposible fragilizar el corazón mismo de la Unión Soviética.

Tan importante descubrimiento tenía que permanecer en el secreto más absoluto. Desgraciadamente, a principios de ese mismo año 1972, un etnólogo brasileño financiado nada menos que por la *Rockefeller Foundation* había dado con la tribu de los *mãos de macaco*, que conocían perfectamente las características originales de la planta, es decir, su influencia sedativa. Sus vecinos *oreja de palo* los llamaban “los guerreros que sufren riendo” porque jamás se quejaban y morían felices, lo que los transformaba en guerreros temerarios y prácticamente invencibles. Todo indicaba que luchaban bajo el influjo de la droga y que practicaban una especie de rito de iniciación indoloro quemándose a propósito las manos para que parecieran de mono. El informe que el etnólogo brasileño presentó a la Fundación Rockefeller era tan rico, tanto del punto de vista antropológico como lingüístico, que se le propuso presentarlo al Congreso Mundial de Etnología. Afortunadamente, el informe llegó a tiempo al *Scientific Intelligence Department* de la CIA. A la Agencia no le interesaba en absoluto el *lenguaje compacto* de aquellos hombres, compuesto por una sutil combinación de palabras y gestos. Lo único que le interesaba era preservar el secreto de la tapajina. Lo más delicado fue silenciar a los blancos. Acallar a los indios podía resolverse quirúrgicamente, puesto que la CIA ya conocía otros dos lugares donde crecían los árboles de la droga. Así

pues, el 9 de diciembre de 1972, un comando especial fue enviado. Los mercenarios se encargaron de borrar a toda la tribu de los *mãos de macaco*. Luego quemaron todos los árboles que habían servido para obtener las milagrosas moléculas de la tapajina. Todo fue ejecutado con gran profesionalismo y limpieza.

Eva Runeberg hizo una breve pausa en su lectura al notar que casi precisamente diecinueve años después de esos hechos, el 8 de diciembre de 1991, los presidentes Yeltsin de Rusia, Šuškievič de Bielorrusia y Kravchuk de Ucrania, reunidos en Minsk, habían declarado disuelta la Unión de Repùblicas Soviéticas Socialistas. Dos semanas más tarde, Mijaíl Serguéyevich Gorbachyev, premio Nobel de la paz y presidente de un país que ya no existía, le había regalado al mundo su dimisión. Como era un 25 de diciembre —el último que la joven Eva pasaría en casa antes de partir a Estados Unidos— toda la familia interpretó ese gesto como un entrañable regalo de Navidad, aun si para los rusos la Navidad no vendría sino trece días más tarde.

Irónicamente, al recorrer los archivos secretos del SIN, arrostrando continuamente el riesgo de encontrarse con algo que pudiera ensuciar definitivamente la imagen de su propio padre y de su propia familia, Eva Runeberg se había topado con la prueba que eximía al ex-presidente soviético de todo cargo de codicia y hasta de traición. Esos documentos demostraban que Mijaíl Serguéyevich no se había puesto a desmantelar su país con la intención de ganarse algunos nobeldólares. Habían sido en realidad su té y su vodka favorito los que se habían encargado de ponerle un aterciopelado punto final a la guerra mundial más larga y menos cruenta de la historia. Los cuatro millones de coronas suecas de su pacífico premio sirvieron por lo menos para aliviar todo posible —aunque bastante improbable— remordimiento que hubiera podido azarar al último emperador por haber destazado su propio imperio.

Esos recuerdos sobre la Navidad del 1991 hicieron que Eva Runeberg retomara contacto con la realidad haciéndole ver que la

Nochebuena se acercaba y que había que hacer un mínimo de preparativos para la fiesta en casa de sus padres.

El fin de año, en cambio —el fin del año 2001-1—, no hubiera podido pasársele desapercibido porque el tío Diego llamaba regularmente a todos sus amigos y parientes íntimos para obligarlos a pasar en su finca de las afueras de Santiago, so pena de no volver nunca jamás a dirigir la palabra a los ausentes, la Nochevieja que abría las puertas del inefable año 2001.

Cuando el día tan esperado llegó, la cena tuvo lugar en el bello jardín que había detrás de la casa del astronauta Diego Dahlmann, a orillas de un bosquecillo, bajo las estrellas de la espléndida noche de verano. Faltando un minuto para las doce de la noche, todas las luces se apagaron, y el consiguiente silencio fue rellenado por la grabación de la secuencia del lanzamiento en cabo Kennedy de Apollo VIII, la misión que en 1968 permitió que por primera vez tres hombres se dieran una vuelta por la Luna. A las doce menos diez segundos, todos los invitados, formando un coro bajo la dirección del doctor en física nuclear, acompañaron a la lejana voz de Houston que terminaba el conteo invertido: *ten, nine, eight, seven, six...* Cuando llegaron a *one —ignition!*, en vez de escucharse el estruendo del despegue, se oyó una poderosa y grave nota de órgano y una enorme Luna oscura apareció en el cielo. Las trompas anunciaron la aparición de un luminoso creciente de Tierra detrás de la Luna. Y cuando los timbales retumbaron, ya casi todos los invitados habían reconocido la música: era la introducción de *Así Hablaba Zarathustra* de Richard Strauss. Casi nadie, en cambio, se acordaba de la película. Pero todos se quedaron extasiados cuando el Sol, en el crescendo final, apareció detrás de la Tierra y se elevó dominando el negro firmamento. Los tres astros, Luna, Tierra, Sol, se convirtieron así en el fondo del título que anunciaaba el año más prometedor de la Historia:

2 0 0 1 : A S P A C E O D Y S S E Y

Luego la oscuridad volvió a apoderarse de la fiesta, pero no ya el silencio: los invitados empezaron a aplaudir y a gritar de júbilo.

Esa algarabía fue sin embargo poco a poco dominada por la micropolifonía vocal del *Requiem* de György Ligeti. Las luces se encendieron paulatinamente, pero todos no tardaron en notar que una sección de su campo visual quedaba como borrada, absorbida por unas tinieblas extrañamente rectangulares. Se encontraban frente a un alto y esbelto paralelepípedo cuyas proporciones correspondían exactamente a 1 de espesor, 4 de ancho y 9 de altura.

1 : 4 : 9 —los cuadrados de los tres primeros números enteros.

Inconscientes de tal proporción matemática, y mucho menos de su significado (como primates embriagados por la misteriosa música), todos convergieron y tocaron el Monolito.

Ella sintió que flotaba en el espacio, como durante una actividad *extra-vehicular* (¡una EVA!), y creyó oír la frase *oh my God —it's full of stars! (¡Dios mío —está lleno de estrellas!).*

Y dentro de aquella tiniebla, las estrellas del cielo formaban inconfundiblemente una Rosa.

4. Misstaget

Entonces Gangleri dijo: «¿Qué se puede decir sobre el Ragnarök? Hasta ahora, jamás he oído hablar de él.»

Hár dijo: «Muchas cosas, y grandiosas, pueden relatarse sobre él. En primer lugar, que llegará un invierno llamado Horriblinvierno. Entonces torbellinos de nieve se desplomarán de todas las áreas del viento. Sobrevendrá un frío rudo, y vientos punzantes; y el sol no brillará más. Pasarán tres inviernos ininterrumpidos, no habrá verano entre ellos. Pero antes vendrán otros tres inviernos durante los cuales grandes batallas se empeñarán en el mundo entero. Entonces los hermanos se exterminarán por codicia, y nadie exentará a su padre o a su hijo de homicidio o de incesto. Así lo dice La Profecía de la Sibila:

Los hermanos se combatirán
Y muerte se darán,
Los padres mancillarán
Su propio lecho;
Tiempo rudo en el mundo,
Adulterio universal,
Tiempo de hachas, tiempo de espadas,
Escudos agrietados,
Tormentoso tiempo, hora del lobo,
Antes del fin del mundo... —

»Luego algo sumamente notable acontecerá: el lobo se tragará al sol, y los hombres descubrirán las desgracias que tal hecho acarrea. El otro lobo se tragará a la luna, y aquello también será una gran desgracia. Las estrellas desaparecerán del firmamento. También hay que mencionar que el suelo y las montañas temblarán tanto que los árboles se desarraigaran, que los montes se derrumbarán y que todas las cadenas, todos los lazos se romperán y serán arrancados. El lobo Fenrir se soltará. El mar

invadirá la superficie, pues la serpiente de Miðgarðr con su furor de gigante se revolcará e irrumpirá en la tierra...»⁸

Así, de esta manera tan dramática y precisa, el islandés Snorri Sturluson describió a mediados del siglo XIII el invierno atómico, con sus terremotos, sus maremotos, y sus cenizas radioactivas devoradoras de sol, luna y estrellas. A tal destino fatal nos condenaba el enfrentamiento entre el Imperio del Mal y el Mundo Libre. Sin embargo en la Navidad de 1991 ese horrendo porvenir se desvaneció como por encanto. La sencillez con la que se desarrollaron aquellos acontecimientos podría hoy inspirar cierta

⁸ Þá mælir Gangleri: 'Hver tíðindi eru at segja frá um Ragnarókr? Þess hefi ek eigi fyrr heyrt getit.'

Hár segir: 'Mikil tíðindi eru flaðan at segja ok mörg. Þau in fyrstu at vetr sá kemr en kallaðr er fimbulvetr. Þá drífr snær ór öllum áttum. Frost eru flá mikil ok vindar hvassir. Ekki nýtr sólar. Þeir vetr fara flír saman ok ekki sumar milli. En áðr ganga svá aðrir flír vetr at flá er um alla veröld orrostur miklar. Þá drepsk brœðr fyrir ágirni sakar ok engi flyrmir föður eða syni í manndrápum eða sifjaslti. Svá segir í Völuspá:

*Brœðr munu berjask
ok at bönum verðask,
munu systrungar
sifjum spilla.
Hart er með hölöðum,
hórdómr mikill,
skeggjöld, skálmöld,
skildir klofnir,
vindöld, vargöld,
áðr veröld steypisk.*

Þá veðr flat er mikil tíðindi flykkja, at úlfrinn gleypir sólna, ok flykkir mönnum flat mikit mein. Þá tekur annarr úlfrinn tunglit, ok gerir sá ok mikit ógagn. Stjörnurnar hverfa af himnimum. Þá er ok flat til tíðinda at svá skelfr jörð öll ok björg at viðir losna ór jörðu upp, en björgin hrynda, en fjötrar allir ok bönd brotna ok slitna. Þá verðr Fenrisúlfr lauss. Þá geysisk hafit á löndin fyrir flví at flá snýsk Miðgarðsormr í jötunmóð ok sökir upp á landit.' (Snorri Sturluson, Gylfaginning, 50)

sorpresa, pero en aquellos tiempos todo había parecido tan natural que casi nadie se había tomado la molestia de interrogarse sobre el por qué de tal facilidad.

Los documentos que Eva Runeberg volvió a analizar después de la pausa de Navidad y Año Nuevo le revelaron entonces que aquella transición pacífica no había tenido nada de simple ni de fácil sino que había sido el fruto del trabajo paciente y lúcido de aquel oscuro funcionario de la Agencia Central de Inteligencia que a principios de los años 70 había concebido la secretísima operación USHER, la *United States Handling Earth's Recovery*. Como Gandhi, ese hombre había logrado vencer pacíficamente a uno de los imperios más poderosos del mundo. Como Gandhi, tampoco había recibido el premio Nobel de la paz. Y más estoicamente que Gandhi, se había encargado de que casi nadie conociera su nombre. Los archivos del SIN lo llamaban con un nombre que si bien era elegante, no dejaba de ser falso: *Indra*.

Estos archivos demostraban asimismo que el general Nils Runeberg había participado activamente —y con la misma discreción que *Indra*— en tan portentoso proyecto. Eva Runeberg entendió entonces el aspecto oscuro y reservado de su padre, comprendió perfectamente —y sintió concretamente— el peso de la enorme responsabilidad que aquel hombre había acarreado durante tantos años: había colaborado en la delicadísima misión de ganar pacíficamente una guerra que de otra manera —al más mínimo paso en falso— hubiera podido provocar la muerte de miles de millones de personas y quizás la destrucción del mundo.

Los documentos del SIN no mencionaban explícitamente que *Völuspá* hubiera sido fundada por el general Runeberg, pero su hija, conocedora también de la cultura escandinava, jamás dudó que así hubiera sido. En el poema de la Edda Mayor llamado *Völuspá*, título que quiere decir algo así como la visión de la sibila (la völva), se anunciaba ya —siglos antes del nacimiento de Snorri Sturluson— el Ragnarök, *el destino fatal de los dioses*, la destrucción del mundo.⁹

⁹ En la estrofa 52, por ejemplo, que es solamente una de las muchas estrofas de desolación que comporta el poema, se dice que:

Pero también se predecía ahí el advenimiento de un mundo mejor.¹⁰

Völuspá se convirtió así pues en un elemento esencial de la operación USHER desempeñando un papel esencial en el desplome de la casa soviética. En la primera mitad de los años 70, un personaje local llamado *Monseñor* permanecía en contacto directo con otro llamado *El Papa*, que era seguramente algún agente de la CIA responsable de los experimentos de la tapajina en América Latina. Luego, hacia finales de los 70 y durante los 80, otro personaje de Völuspá llamado *La Völv* (que, a juzgar por el origen nórdico de la palabra, era seguramente Runeberg en persona) fue quien se encargó de coordinar la infiltración de la operación USHER en la Unión Soviética a partir de una inocente mansión de la costa oriental de la isla sueca de Gotland. Una buena parte de la actividad submarina que a finales de los años 70 los guardacostas suecos

*Surtr llega del sur con fuego devorador,
El sol irradia de la espada del dios de los muertos;
Las rocas se estrellan, los monstruos se estremecen,
Los hombres pisan el camino del infierno y los cielos se desgarran.*
(*Surtr ferr sunnan með sviga lævi,
skínn af sverði sól valtíva;
grjótbjörg gnata, en gifr rata,
troða halir helveg, en himinn klofnar.*)

¹⁰ Como en la estrofa 64:

*Ve una sala magnífica, bella como el sol,
Está cubierta de oro, y está en Gimle, el Refugio del Fuego:
Ahí las fieles tropas vivirán, gozando eternamente de la felicidad.*
(*Sal sér hon standa sólu fegra,
golli flakðan, á Gimléi;
flar skulu dyggvar dróttir byggva
ok of aldrdaga ynðis njóta.*)

Snorri Sturluson, en la *Gylfaginning* (*La Alucinación de Gylfi*), da algunas precisiones más acerca de ese lugar llamado Gimle (“el refugio del fuego”): *Quedarán numerosas residencias buenas, y numerosas malas. Es en Gimle, en el cielo, donde la vida será mejor.*

atribuían a aparatos espías soviéticos era en realidad provocada por los submarinos de USHER que se dedicaban a inyectarle tapajina y agentes al corazón de lo que el presidente Reagan llamaba *el Imperio del Mal*.

Los documentos fechados a finales de los años 70 empezaron a mencionar a un joven Secretario del Comité Central llamado *Gorbachyev*.

Eso era todo lo concerniente a Runeberg en los archivos del SIN. Si la tercera guerra mundial hubiera sido ganada por los rusos, el general chileno quizás hubiera sido juzgado por espía y condenado a perpetuidad o a muerte. La victoria de la Libertad no le aportó, empero, honores simétricos. Todo quedó en secreto y, mientras Mijaíl Serguéyevich se disponía a cobrar su premio Nobel en Oslo, en la costa opuesta de la península escandinava, en el Báltico, Völuspá comenzaba a ser desmantelada con la misma discreción con que había sido construida.

De la investigación realizada por Eva Runeberg resultó así pues que su padre no sólo quedaba exento de toda culpa, sino que casi podía ser considerado como un héroe según los criterios establecidos a finales del siglo XX. El almirante Murat, en cambio, entraba un poco más difícilmente dentro del marco de esos mismos criterios.

La aguda inteligencia de Eva Runeberg no tardó en desenmascarar a su adversario. Si bien era cierto —como lo había reconocido en la sala de juegos del fundo— que ella no podía leer la escritura devanāgarī, no lo era porque no la hubiera aprendido, sino porque se le había olvidado por falta de práctica. El profesor David White, con quien había estudiado filología indoeuropea en Chicago, era indianista de formación y exigía el estudio de los rudimentos del sánscrito, entre los cuales iba la memorización del silabario devanāgarī que a fin de cuentas no había resultado ser nada complicado. Pero los años y su febril actividad de litigante evaporaron (*évaporaron*, como hubiera dicho Einar Már Jónsson, su profesor de islandés) el fluido desciframiento de esos signos que algún día había poseído Eva Runeberg. Así pues, había sido

relativamente sincera cuando en el cuarto de juegos de Lo Espejo había confesado su ignorancia de la escritura india. Sólo podía descifrar rápidamente palabras fáciles como el nombre de la India, भारत *Bhārata* (*Bhārat* en hindi), o entender la transcripción al devanāgarī de palabras inglesas como एअर इंडिया *Air India* o डियन एयरलाइंस *Indian Airlines*. El resto de su ignorancia había sido un juego que ella había decidido jugar con su anfitrión, puesto que naturalmente sí sabía que *catur* quería decir “cuatro”, y que la c de la transcripción en caracteres latinos se pronunciaba *ch*. Tampoco ignoraba que *hasti* quería decir *elefante* puesto que todo lector principiante de sánscrito se había forzosamente topado alguna vez con uno de esos paquidermos en las divertidas fábulas del हितोपदेश *Hitopadeśa* o del पञ्चतन्त्र *Pañcatantra*, aquellas que, como las de Esopo, habían ampliamente inspirado a Samaniego, Iriarte y La Fontaine.

Una persona de la calidad de Eva Runeberg no podía, así pues, tardar en comprender que el personaje que aparecía más de tres mil veces bajo el nombre de *Aryamán* en los documentos del SIN clasificados por Jennifer y Elisabeth era nada menos que el almirante Murat.

अर्यमन् Aryamán era una divinidad secundaria del panteón védico que esencialmente presidía las relaciones humanas, protegía la libre circulación en los caminos, y que más tarde llegó a ser sinónimo del Sol. El sufijo *-man* lo definía gramaticalmente como sustantivo de acción, por lo que *arya-man* debía significar (únicamente de manera etimológica) algo así como *protector* o *amigo de los arios* —o simplemente *concerniente a los arios*. Naturalmente la perspicaz abogada no cometió el grosero error de pensar que Murat estaba haciendo una referencia directa a la estúpida interpretación racial del concepto *ario* desarrollada en Alemania a mediados del siglo XIX y que los nazis habían ampliado desaforadamente. Eva Runeberg sabía que el almirante no tenía nada de estúpido ni de ignorante, y que había querido más bien referirse al concepto primario de la palabra आर्य ārya, que designa a

alguien o algo noble, venerable y honorado. Tal concepto estaba presente en el nombre de aquel país llamado Irán, en unos osetas del Cáucaso llamados iron, y durante un tiempo se le atribuyó también al pueblo que le dio su nombre a Irlanda, los erainn.

Recorriendo estudios sobre la cuestión, que iban de Thieme a Dumézil, pasando por Renou, Benveniste y Bailey, Eva Runeberg llegó a vislumbrar toda la complejidad contenida en el nombre *Aryamán*. Si bien era indudable que tal palabra derivaba del nombre del pueblo de los *ārya*, la palabra अर्या *arya* a su vez derivaba de una complejísima palabra de tres letras, अरि *arí*, que podía significar “amigo” y “piadoso”, pero cuya acepción más corriente en sánscrito clásico era en realidad “codicioso”, o simplemente “enemigo”. Benveniste comparaba tal contradicción semántica con la de la palabra indoeuropea **ghosti-*, que por un lado generó el latín *hostis*, “huésped” (*guest*, en inglés), y por otro el latín *hostis*, “enemigo”, base de la palabra española “hostil”.

Paul Thieme, en 1938, había encontrado una primera solución a la cuestión en su estudio intitulado *Der Fremdling im RigVeda, eine Studie über die Bedeutung der Worte arí, aryá, aryamán und ārya*. Según esa interpretación, la palabra *arí* primitivamente había significado *extranjero* (*Fremdling*), significado que en el ऋग्वेद RgVeda aparecía tanto en su sentido neutro como en su acepción subjetiva, subdividiéndose ésta a su vez en subjetividad favorable y desfavorable. La acepción favorable veía al extranjero como amigo y huésped; destinatario y prodigador de regalos y bendiciones. La acepción desfavorable presentaba al *arí* como rival (competidor) ante las riquezas o ante los favores de los dioses; o simplemente como enemigo. Más tarde, Georges Dumézil (con el profundo desacuerdo de Thieme) había matizado tal interpretación suponiendo que el concepto de *extranjero* (favorable o desfavorable) contenido en la palabra *arí* se refería a alguien exterior a mi persona y a mi familia, pero perteneciente a mi mismo mundo cultural, lingüístico y religioso. El extranjero absoluto, el bárbaro, el infiel, el “no *arí*”, no podía competir en el mismo nivel puesto que no compartía los mismos valores ni creía en los mismos

dioses. Un bárbaro, verbigracia, no podía ser un rival en el plano religioso, pues jamás se iba a atraer para sí los favores de unos dioses en los que no creía y que por lo tanto no adoraba. En cambio un *arí* podía distraer hacia sí la mirada de esos mismos dioses. En este sentido, la quinta acepción del diccionario de Grassmann que traduce *arí* por *gottlos, der Gottlose*, “ateo”, “infiel”, debería más bien ser (cometiendo un quizás imperdonable anacronismo) *Ketzer*, “hereje”. Así, gracias a esta interpretación de la palabra *arí* —que primitivamente habría designado a los miembros de una misma y vasta comunidad—, los derivados *arya* y *ārya* que se referían al pueblo indoíranio quedaban satisfactoriamente explicados.

Eva Runeberg recordaba su cena con su madre y Murat en el fundo. El almirante había mencionado el libro de un docto sueco que lo había impresionado notablemente: *Der arische Männerbund,: Studien zur indo-iranischen Sprach- und Religionsgeschichte*. Ahí se describían aquellas cofradías guerreras —los मरुत् *marut* o los मर्या *marya*, los “jóvenes”— que durante el segundo milenio antes de nuestra era habían asolado con sus pavorosos carros de combate el Cercano Oriente, y cuyo análisis había permitido que los eruditos dieran un paso gigantesco en el estudio comparado de las sociedades indoeuropeas. Aquel comentario denotaba el durable interés de Murat por los estudios indoeuropeos, y sobre todo indoíranos (arios). Fue ese el primer detalle que le permitió a Eva Runeberg deducir que detrás del sobrenombre *Aryamán*, tan cargado de complejidad y contradicciones, se escondía la rica e inquietante personalidad del almirante.

Pero eso no fue todo: el detalle que más dificultades había causado al desciframiento de Carlos fue finalmente lo que confirmó de manera definitiva la identificación de Murat con *Aryamán*. El análisis de los documentos realizado por Jennifer y Elisabeth mostraba claramente que *Aryamán* era el fundador y único responsable de una organización cuyo nombre habían visto ya en el dorso de las fotos del Atacama: *Equus October*. Ahora bien, muchos documentos referentes a esa organización presentaban, al final de

las cifras de la criptografía habitual, una serie de letras que Carlos no había podido descifrar:

utásvásyárātyārīhiṣá utányásyárātyāvŕkohiṣáḥ

Al verlas, Eva Runeberg se dio inmediatamente cuenta de que no correspondían a ningún código sino que representaban un texto; un texto sánscrito transcrita en caracteres latinos. Era probablemente la transcripción fiel de algún antiguo poema de los Vedas o de los ब्राह्मण Brāhmaṇas, puesto que llevaba los acentos anotados y no había separaciones entre las palabras.

Primero que nada, separó las palabras que se podían separar:

*utá svásyā árātyā arír hí śá
utányásyā árātyā vŕko hí śáḥ*

Luego, utilizando la gramática de Whitney que se había comprado en Harvard, tradujo el texto, cosa que no le resultó particularmente difícil. Rápidamente se dio cuenta de que en la primera parte de cada verso se repetía la palabra “enemigo” (अराति *arāti-*) concordada en genitivo singular con su determinante para formar las frases “[líbranos] del enemigo que vive con nosotros (स्व *svá*, «suus, propius» en latín)”, y “[líbranos] del enemigo exterior (अन्य *anyá*, «alius, alienus»)”. A esta simetría entre los genitivos de *svá* y *anyá* correspondía la de los nominativos que se hallaban en la segunda parte de los versos: la simetría entre *arí* y *vŕka*. De esta manera concluyó que se podía obtener la traducción siguiente:

Líbranos del enemigo que abrigamos en nuestro seno: es el traidor; Líbranos del enemigo que nos viene de afuera: es el lobo.

La palabra वृक् *vŕka*, “lobo”, no le había planteado el menor problema. Pero la otra palabra era precisamente la palabra *ari*. Naturalmente, le era imposible traducir “*líbranos del enemigo que abrigamos en nuestro seno: es el enemigo*”, no sólo hubiera sido tautológico, sino cacofónico y hasta absurdo. Así pues, estimulada por los eruditos estudios que acababa de leer a propósito de Aryamán, Eva Runeberg se había permitido traducir *arí* con la palabra “traidor”, que representa a *alguien del interior que se ha*

desviado del buen camino hasta llegar a comportarse como enemigo.

Sin embargo, poco después de dar, en el capítulo noveno del RgVeda, con el himno al dios-droga सोम Soma al cual estaban dedicados esos versos,¹¹ Eva Runeberg pensó que, de no haber sido una palabra tan llena de equívocos, hubiera convenido mejor en tal contexto emplear, en lugar de la palabra “traidor”, la palabra “judas”. Judas había sido uno de los nombres más nobles del pueblo hebreo. Había sido la tribu de Judá la que le había dado su nombre al reino que se había logrado conservar puro después de la muerte de Salomón, del cisma de Israel, y de la deportación. A la tribu de Judá habían pertenecido personajes tan excelsos como David o Jesús. En el siglo primero antes de la era cristiana, había sido Judas Macabeo quien, al vencer a los generales de Antíoco, había purificado el Templo y recobrado para los hebreos la libertad de vivir conforme a sus costumbres. Finalmente, uno de los *hermanos* de Jesús se llamaba Judas, y dos Judas (el *de Santiago* y el Iscariote) se habían encontrado entre los doce elegidos por el Verbo. Ese nombre, יהָעָד Yehūdah —alabado sea יהָה Yahweh—, que había llegado a representar por antonomasia al pueblo elegido por Dios, terminó representando al hombre de mala voluntad por excelencia. ¿Qué otra palabra podría traducir mejor el concepto de *arí*?

¹¹ RgVeda, 9, 79, 3:

उत सवस्या अरात्या अरिर्हि प उतान्यस्या अरात्या वर्को हि पः ।

धन्वन्न तष्णा समरीत तानभि सोम जहिपवमान दुराध्यः ॥

utá svásyā árātyā arír hí śá utányásyā árātyā víko hí śáḥ
dhánavan ná trṣṇā sám arīta tán abhi sóma jahí pavamāna durādhyáḥ

Eva Runeberg tradujo:

Líbranos del enemigo que abrigamos en nuestro seno: es el traidor;

Líbranos del enemigo que nos viene de afuera: es el lobo.

Que, como en el desierto, la sed lo arrebate,

Soma que claro fluyes, ¡derriba al hombre de mala voluntad!

En esas reflexiones estaba Eva Runeberg cuando recordó la última frase pronunciada por Murat ante ella en Lo Espejo: *que la amenaza venga de los judas o de los lobos, ahí estaré yo...*

Embriagada por su triunfo pensó (nosotros sabemos que con razón) que ya nada ni nadie se le podría resistir.

A partir de entonces, la investigación avanzó con mucha más fluidez. Los documentos iban revelando que Equus October, la organización fundada por Murat-Aryamán, era una de las peores invenciones de los hombres, superada únicamente —quizás— por los centros de experimentación humana urdidos en Alemania durante los años treinta y cuarenta del siglo anterior. El nombre de Equus October hacía referencia a un sacrificio en que un caballo era literalmente destazado en honor a Marte y a los antiguos reyes de Roma. En el centro del Atacama, empero, no se mataban ni se destazaban caballos, sino aquello que la mayoría de la gente llamaba *seres humanos* y que en ese lugar eran llamados *rojos, comunistas o terroristas*.

Eva Runeberg reconoció de nuevo la marca *aria* de Murat en la denominación *Equus October*, ya que el sacrificio romano tenía un equivalente casi gemelo en la India llamado अश्वमेध Aśvamedha. Quizás el almirante había escogido el nombre latino para que los participantes al proyecto pudieran pronunciarlo más o menos correctamente, ya que el proyecto era netamente internacional. Fue ahí donde se sentaron las bases para la lucha contra el terrorismo panamericano que daría poco después origen a la operación *Cóndor*. Ahí también se hicieron los últimos experimentos con la tapajina para volverla infalible. En ese proyecto, Aryamán se coordinaba con *El Papa*, y con aquel otro misterioso personaje de Völuspá llamado *Monseñor*. Juntos constituían una tríada (una *trimūrti*, según la terminología india de Murat) que recibía el curioso nombre de *Los Luteranos*.

Lo esencial no tardó en serclarificado: numerosos documentos comprometían la responsabilidad de Murat-Aryamán en raptos e *interrogatorios especiales* (eufemismo usado por el ejército en lugar

de la palabra *tortura*), y algunos hasta revelaban la presencia del almirante durante los sobredichos *interrogatorios*. Sin embargo, el trabajo de Eva Runeberg y de su equipo no hacía más que comenzar. No sólo había que terminar la clasificación de las pruebas que iban encontrando, sino que tenían forzosamente que encontrar testigos que ratificaran y autentificaran lo que sus documentos estaban revelando. Afortunadamente, la mayor parte del trabajo ya podía ser efectuada por Jennifer y Elisabeth, y se podía de nuevo contratar a Carlos, lo que agilizaría notablemente las cosas.

Eva Runeberg decidió encargarse personalmente de un solo caso, un caso que la había marcado profundamente cuando era estudiante, el caso de Juan Ordóñez Stahl. Pidió que le reunieran toda la información existente al respecto —en los documentos del SIN y en toda otra fuente—, y se encerró de nuevo en su biblioteca a estudiarla.

Todo había sucedido antes del nacimiento de Eva Runeberg, durante los primeros meses de la revolución libertadora de las fuerzas armadas. Pero el asunto había aterrorizado tanto a los miembros de la oligarquía de Santiago, que todavía se hablaba del asunto muchos años después. Siempre le había parecido algo demasiado espantoso para ser verosímil.

Como su nombre lo indicaba inconfundiblemente, Juan Ordóñez Stahl pertenecía a las familias Ordóñez y Stahl, aquellas que formaban parte del impermeabilísimo círculo de las cincuenta familias más ricas de Chile. En 1973 el joven Juan estudiaba en Arica, en el norte del país. Como dejó de comunicarse con su familia después del inicio del movimiento de las fuerzas armadas, su padre tomó el primer avión disponible para ir a buscarlo. Gracias a sus relaciones, el señor Ordóñez logró obtener una declaración más o menos concreta por parte de los carabineros: *Supimos que lo arrestaron, pero no sabemos precisamente lo que pasó. Desapareció.* Cuando se convenció de que no obtendría ninguna otra información, el señor Ordóñez regresó a Santiago para entrevistarse personalmente con los miembros de la Junta militar y suplicar (de rodillas) su mediación. Después de una breve llamada

telefónica efectuada por el almirante Merino Castro en persona, Ordóñez se enteró que su hijo, detenido primero por los carabineros y luego transferido a las autoridades navales, había perecido durante un desafortunado incidente, y había sido enterrado en la fosa común del cementerio militar de Antofagasta. Ordóñez partió entonces para aquella ciudad, pero esa vez en compañía de su esposa, que había decidido terminantemente enterarse de lo que de verdad le había sucedido a su hijo. Los llevaron al cementerio, desenterraron un ataúd, y la madre del joven dijo: *Quiero ver a mi hijo. Levanten la tapa.* Casi treinta años después de acontecidos, aquellos eventos todavía se rumoraban con estupor en los altos círculos de la sociedad santiaguina: *Le habían cortado las orejas, sus ojos estaban completamente quemados, y no le quedaba una sola uña. Ya no quisieron abrirle el pantalón.*

Leyendo los documentos obtenidos en el SIN, la señora Runeberg se topó de nuevo con ese relato, pero esta vez bajo la forma precisa y fría de los informes de la inteligencia naval, y no ya como cuento destinado a excitar las civilizadas emociones de los aristócratas presentes en aquellas exquisitas orgías a las que de vez en cuando ella y Enrique participaban. Recordó que en una de esas parrandas a unos alegres chacoteros considerablemente embebidos de guachaca se les había ocurrido atar con unas sábanas las extremidades de una víctima, y que con cuchillos imaginarios se habían puesto a cortarle las orejas. Algunos empezaron a gritarle al que se paseaba con sus trofeos invisibles: *iOrdóñez, torero!,* en homenaje al célebre matador de Ronda. De repente a otro se le ocurrió algo más: *Ahora que ya tiene las orejas, ¡que le den el rabo!*

Todo cobraba un matiz tan distinto ahora que Eva Runeberg podía leer la orden de transferencia del reo Juan Ordóñez Stahl a las autoridades navales, orden firmada personalmente por el almirante Julio César Murat (en esa época todavía no usaba el criptónimo *Aryamán*). Todo era tan diferente ahora que podía saber que Murat había asistido a los interrogatorios. Todo le pareció tan crudamente banal cuando leyó la orden de encontrar *a toda costa, por orden del comandante en jefe de la marina*, los restos de Juan Ordóñez Stahl enterrados en el campo de concentración de Pisagua,

meterlos en un ataúd y transferirlos al cementerio militar de Antofagasta.

Fue durante la lectura de ese expediente que Eva Runeberg se enteró de que el padre del joven Ordóñez todavía vivía. A su regreso a la capital, la señora Stahl de Ordóñez se había tirado por la ventana del despacho de su marido. Dos días después el señor Ordóñez había sido internado en el hospital psiquiátrico de la élite, el San Juan de la Cruz, y ahí se encontraba aún el único miembro de la oligarquía santiaguina que podía dar un testimonio válido sobre la implicación del almirante Murat en ese asunto. Había que ir a verlo.

La lucidez de Santiago Ordóñez llegó a sorprender y hasta a conmover a la imperturbable Eva Runeberg. Al principio la sutil abogada no abordó ningún tema delicado, temiendo chocar y desestabilizar al pobre hombre. Pero cuando entró de lleno al asunto, el señor Ordóñez no se puso a llorar, ni siquiera su voz se puso trémula, y jamás dudó acerca de algún dato o alguna fecha. Dio todos los detalles con calma y precisión: su viaje al norte, su encuentro con los miembros de la Junta, su macabro descubrimiento, el suicidio de su esposa al cual él había participado más que pasivamente. Le habló, sobre todo, del prolongado litigio que lo había opuesto a los Murat, y que constituía probablemente el móvil principal de tan pavoroso ensañamiento.

Finalmente, cuando la señora Runeberg le preguntó si estaba dispuesto a atestigar sobre todos aquellos hechos ante un tribunal, el señor Ordóñez no dudó un solo instante y le respondió:

—Naturalmente. He estado esperando este momento durante casi treinta años.

5. Beröringen

*Se acuerda de la primera batalla del mundo,
Cuando atravesaron a Oroembriaguez con sus lanzas
Y en la sala de Óðinn la quemaron.
Tres veces quemaron a la tres veces nacida,
(Ensañándose, pero aún vive).*

*Bruja la llamaban en toda casa donde entrara
La sibila, völva clarividente: conocía las artes mágicas;
Doquiera sus encantos pronunciaba
Hechizando a las almas cautivadas,
Complaciendo como siempre a las mujeres pervertidas.¹²*

Alguna vez el hombre llamado Indra había querido consolarse leyendo y releyendo este pasaje de la Völuspá que un remoto amigo le había transmitido. Estaba sinceramente convencido de que los seres que habían sucumbido bajo el poder de su verbo —seres que a final de cuentas no eran tan distintos de él— hubieran contribuido tarde o temprano a la obra del mal, como Oroembriaguez en ese poema, como Tarpeia en Roma. No le cabía ninguna duda que había obrado por el bien, pero aun así su alma no obtenía la paz que tanto ansiaba.

¹²Völuspá, 21-22:

Þat man hon folkvíg fyrst í heimi,
es Gullveigu geirum studdu
ok í höll Hárs hána brendu,
flrysvar brendu flrysvar borna,
(opt ósjaldan, fló hon enn lifir).

Heiði hétu hvars til húsa kom,
völu velspá: vitti hon ganda;
seið hvars kunni, seið hug leikinn;
æ vas hon angan illrar brúðar.

Se dice que aquel hombre vive aún, recluido en algún remoto convento, tratando de extirpar de su todavía lúcida mente (lucidez que para él representa más bien un cruel suplicio) la imagen de una joven brasileña que él mismo había ordenado suprimir físicamente. Nunca la había visto en persona, y sólo una sola vez había visto dos fotos de ella en el expediente de su QL.¹³ Era una sola persona entre los cientos que habían perecido bajo las órdenes de *Indra* para no comprometer la redención del mundo; pero nunca había podido olvidar su mirada dulce, penetrante y tenaz. Y un día, en el

¹³ QL es la sigla utilizada comúnmente en el cuartel general de la CIA, en Langley, Virginia, para designar los asesinatos. Una apasionante investigación realizada por el profesor Daniel Chavarría es la única fuente directa que posee esta crónica a propósito de *Indra*. En ese estudio se afirma que el funcionario de la CIA recibió el expediente de la QL de la joven el 17 de marzo de 1974, día de san Patricio. Esa joven era la hija del profesor Farias de Carvalho, un botánico brasileño amigo del doctor da Silva, el etnólogo que había vivido con los *mãos de macaco*. El profesor Carvalho había sido atropellado por un coche el 13 de diciembre de 1972, pero once días antes le había mandado una carta a su hija comunicándole el descubrimiento del doctor da Silva sobre las propiedades analgésicas de la planta. Él había visto en 1958 por el alto Río Negro unos árboles (que había catalogado bajo el nombre de *Phyllanthus zibethinus*) que correspondían a la descripción de da Silva, y a fines de 1970 con un lanchero de Manaus había descubierto otros más en aquella región. La joven se había extrañado cuando, al revisar los archivos de su padre en la Academia Paulista de Botánica antes de su transferencia a la Biblioteca Nacional, se había dado cuenta que faltaban los álbumes de los años 58 al 60. Luego se enteró del suicidio del alegre y optimista doctor da Silva. Su cuñado le había propuesto entonces organizar una expedición con el lanchero de Manaus en busca de los misteriosos árboles. A causa de su curiosidad, el cuñado, la joven, su hermana y el lanchero habían recibido su QL y descansaban enterrados en la selva. Los cuatro tenían un nombre, pero en la CIA se les nombraba por medio de siglas. A la joven que obsesionaba tanto a *Indra* le correspondía la clave TPZ-2032, pero se llamaba Gabriela. La fuente de esta crónica describe así las impresiones de *Indra* al mirar las fotos: *El rostro de Gabriela parecía con vida. Mantenía los ojos abiertos y las cejas levemente levantadas, como si le preguntara por qué, mirándolo sin término.* La otra foto mostraba a los cuatro cadáveres ya en la fosa, yacían cruzados unos sobre otros, *de modo que se vieran sus caras.* También ahí la joven lo miraba.

crepúsculo de su vida, la había visto entrar en su propia casa, reencarnada en la novia de uno de sus nietos.

En lugar de considerar a esa joven como una simple visita, *Indra* la vio como una aparición. Le hizo pensar en la mala vólva del poema, *la tres veces nacida*, la que llamaban *Bruja en toda casa donde entrara*. Gullveig era su verdadero nombre islandés, hábilmente traducido por su amigo en Oroembriaguez, *embriaguez del oro*. Sintió que su alma flaqueaba y, en lugar de reconfortarse pensando que había mandado matar a un ser maléfico, se le produjo tal mezcla de remordimiento y pavor que buscó refugio en la fe de sus mayores y partió a encerrarse en un monasterio.

Tales hechos confirmaron que Murat era un hombre genial, pues fue él quien le había dado a *Indra* ese criptónimo, y ningún otro nombre le podía quedar tan bien.

El principal epíteto del dios guerrero इन्द्र Indra, el sobrenombre que lo sigue a lo largo de todo el RgVeda, es aquél que lo define como वृत्रहन् Vṛtrahán, “el matador (o destructor) de वृत्र vṛtrá”, hazaña que salvó al universo mundo de la destrucción. Los textos védicos hablan en términos vagos de ese vṛtrá o Vṛtrá; se da únicamente a entender que es algo así como la Resistencia personificada, a veces se le representa bajo la forma de una serpiente (o de un dragón). La metáfora de Murat era clara: la serpiente Vṛtrá era el largo, tentacular y serpenteante imperio soviético que el proyecto USHER¹⁴ creado por *Indra* se encargaría de aniquilar.

Hay además en los Vedas un semidiós (अर्धदेव ardhadeva) asociado a Indra que también lleva el epíteto de *destructor de Vṛtrá*, su nombre es त्रसदस्यु Trasádasyu, “el que hace temblar a los enemigos de los dioses (o a los demonios)”. Su relación con Indra

¹⁴Murat le dio el nombre de *Vajra* al arma principal del proyecto USHER, la tapajina. वज्र Vajra, representada en la iconografía india como un rayo, una maza o un tridente de tres o cuatro puntas, era un misil-relámpago, el arma preferida de Indra, que también podía recibir el epíteto Vṛtrahán.

aparece en RgVeda VIII, 36, 7: *Sólo tú, Oh Indra, ayudaste a Trasádasyu en la batalla de los hombres.* Este personaje asistido por Indra es descrito en RV., IV, 38, 1 como कषेत्रासां उर्वरासां घनं दस्युभ्यो अभिभूतिम उग्रम् kṣetrāsām... urvarāsām ghamām dásyubhyo abhíbhūtim ugrám: “conquistador de las tierras habitables, conquistador de las tierras cultivables, destrucción de los enemigos, superior, fuerte”. Todas estas características no podían dejar de evocarle a Murat el país para el que *Indra* trabajaba: los Estados Unidos de América.

Pero los hechos llevaron las equivalencias entre mitología indostana y realidad mundial mucho más allá de lo previsto por el admirante chileno. El invencible dios Indra, el ser superior por excelencia, el vencedor de los demonios नमुचि Namuci, शम्बर Śambara, बल Bala y विश्वरूप Viśvarūpa, se lo pensó dos veces cuando le llegó la hora de enfrentarse con un enemigo tan poderoso como él. El मार्कण्डेयपुराण MārkaṇdeyaPurāṇa afirma que *al darse cuenta de que el destino del gran demonio Vṛtrá era matarlo, Indra, enfermo de miedo (भयातुरं bhayāturaḥ) deseó hacer las paces y le envió a los siete magnánimos Sabios quienes, cumpliendo con su benéfica misión para con todos los seres, obtuvieron entre él y Vṛtrá amistad y varios acuerdos. En el momento en que, violando tales acuerdos, शक्रं Śakra (=Indra) mató a Vṛtrá, su crimen lo abrumó tanto que su fuerza lo abandonó.*

Luego de esta cobarde traición vino la fuga de Indra, descrita breve pero desgarradoramente en el RgVeda (I, 32, 14): *¿A quién viste, Indra? ¿Quién es el temible vengador de la Serpiente que tal pavor penetró en tu corazón después de haberla ejecutado y que te hizo cruzar los noventa y nueve ríos cual temeroso halcón surcando los espacios?...*

El canto quinto del महाभारत Mahābhārata no revela de quién huía Indra, pero por lo menos sí cuenta a dónde fue a parar: शची Śacī, su esposa le pidió a una especie de vidente divina (iuna völva!)

llamada उपश्रुति Upaśṛuti¹⁵ que la guiara hasta su escondite. Las dos mujeres cruzaron montes y forestas, fueron más allá del हिमालय Himālaya, y después Upaśṛuti se encaminó hacia el Océano, que medía innumerables योजन् yojanas, hasta que llegó a una isla engalanada con toda clase de árboles y de plantas rastreras. Vio entonces un hermoso lago celeste de cien yojanas de ancho y de largo, lleno de pájaros. Ahí, por millares, crecían los lotos celestes, de cinco colores, agasajados por las abejas, esplendorosos. Ahora bien, en el centro del lago se esparría un amplio y bello campo de lotos dominados por un alto loto amarillo de erguido tallo. Habiéndolo hendido, la esposa del dios descubrió a Indra escondido entre sus fibras. Viendo a su señor bajo esa forma tan diminuta, la diosa adoptó la misma forma, y Upaśṛuti la imitó...

Fue en 1992, poco después del derrumbe del Vṛtrá soviético, que el hombre llamado *Indra* vio en su propia casa la aparición que lo obligó a huir y a esconderse entre unos carmelitas. Murat, que le había escogido el nombre de *Indra* para celebrar su gran poder, nunca hubiera llegado a imaginarse que el creador del proyecto USHER seguiría un destino tan parecido al de su epónimo dios. Runeberg tampoco podía prever, al enviarle el poema sobre Oroembriaguez al aprensivo y tímido funcionario de la CIA, que unos años más tarde la *tres veces nacida Bruja* se le aparecería en casa.

De todas maneras, los dos militares chilenos, hombres de verdad, no se planteaban tales cuestiones metafísicoexistenciales sino para pasar el tiempo, como lo harían con cualquier otro problema intelectual. Mientras *Indra* iba ya a cumplir nueve años de clausura, los dos chilenos, totalmente ignorantes de tan dramática situación, y completamente desnudos, se tomaban un baño turco en el lujoso Country Club de Santiago.

¹⁵Literalmente "Rumor"; pero Hopkins traduce: «boon-granting-Rumor, an evil spirit in Sūtras»; Roy: «Divination»; y Renou: «sorte d'oracle prédisant l'avenir».

Runeberg había llegado primero. Otros miembros del club estaban presentes en la gran sala de estilo vagamente mozárabe, pero poco a poco se habían ido retirando, dejándolo solo. Cuando se iba a levantar para darse un duchazo, alguien, que no reconoció al principio a causa del vapor, entró y se dirigió hacia él. Cuando el desconocido lo saludó, Runeberg —con bastante desagrado— lo reconoció inmediatamente. Era Murat, y el saludo que había irritado tanto a Runeberg había sido *¿Cómo está, Monseñor?*

Runeberg, al igual que Murat, no se arrepentía en lo absoluto de su pasado. Estaba completamente seguro de que había tomado las decisiones justas en el momento apropiado, y sabía que una buena parte de sus compatriotas lo entendería así. Lo que le desgradaba era la paulatina traición de Estados Unidos, a quien le había dado recientemente por hacerse pasar por una blanca palomita, y de vez en cuando se ponía a revelar detalles indiscretos sobre sus antiguos aliados. Por esta razón le había molestado que lo llamaran con uno de sus antiguos criptónimos.

Notando la irritación de su amigo, Murat quiso tranquilizarlo garantizándole que no había espías disimulados entre el vapor, y que además el maricón de Clinton ya había sido despachado.

—*¿Y tú crees* —le respondió Runeberg aún más molesto— *que con el otro maricón de Bush II las cosas van a ser distintas?*

—Bueno, *¿y qué querís, so huevinca?* —le arguyó irrefutablemente Murat— *¿Preferís que te llame La Vulva?*

La carcajada soltada por Murat se volvió insopportablemente contagiosa, y Runeberg tuvo finalmente que reconocer que se había pasado de pedante, engallado y huevón al escoger el seudónimo de *Völvä* para su misión escandinava. Recordó luego con cierta nostalgia el país de sus antepasados, y evocó su descubrimiento en Finlandia del verdadero sauna, el *savusauna*, el *sauna de humo*, que consistía en calentar una gran pila de piedras dentro de una cabaña cerrada. Una vez que las piedras estaban calientes, se apagaba el fuego y se abrían unas ventanillas para evacuar el humo, y ya así se podía entrar, gozando del calor sin perder nada del oxígeno que hacía tanta falta en los otros saunas y hasta en los baños turcos.

—Tienes que venir a mi nueva finca de la cordillera —concluyó Runeberg, animado por ese entusiasmo que lo invadía cada vez que recordaba su querida Suecia—. Ahí tenemos el único sauna de verdad de toda la república. Está junto a nuestro lago, y plantamos abedules por todas partes. Tenemos nieve en invierno para revolcarnos, y ramas de abedul en primavera para azotarnos. Lo único que nos falta son las noches claras que hay en Suecia en el verano. ¿Te acuerdas cómo a medianoche el horizonte se pone rojo y amarillo? Parece como unos labios que te sonríen. Tú que en el 75 fuiste hasta Uppsala, debes haber visto todavía mejor que yo las sonrisas de la noche de ese fabuloso verano.

—A mí me gustan más las sonrisas verticales —comentó Murat, con fingida seriedad—. Además no me gusta particularmente ser azotado.

Luego, sonriendo maliciosamente, aclaró que si invitaba a una buena espalda o a una buena pechuga que deseara ser disciplinada, en el acto contaría con su presencia, *yo no soy como aquel huevoncillo que se perdió la última fiesta babilónica del milenio pretextando que le había dado un resfriado. ¡Pucha que te está volviendo viejo, roto de miéchica!*

Runeberg no se dio por aludido. Desde los sesenta años, cuando su pelo (que había sido dorado) se le había vuelto totalmente de plata, su apariencia física no había cambiado en lo más mínimo. Se mantenía tan erguido y atlético como siempre, sus músculos no habían perdido un ápice de su dureza. En el baño turco la firmeza de tal cuerpo contrastaba con la piel fláccida y la figura algo contrahecha de Murat.

—Créeme que lamenté de verdad el no haber ido —dijo sinceramente Runeberg—, sobre todo cuando Altagracia me comentó cómo habían organizado todo. Pero puede ser que haya sido mejor así: me dijo Altagracia que lo que más le gustó de su estancia fue el haber podido reanudar sus relaciones íntimas con Evita.

—Qué bueno —finalizó Murat.

Acto seguido, aprovechando que se tocaba el tema de Eva, Murat le preguntó secamente a Runeberg si estaba al tanto de lo que

consistía en esos momentos el trabajo de su hija. La pregunta era irrelevante en sí, pero iba cargada con una brutalidad tan intensa que dejó a Runeberg sin saber qué contestar.

Murat no esperó una respuesta. Le explicó que él sí sabía lo que ella andaba preparando, sabía que la habían puesto al mando de una sucia maniobra de la Barbera Mining destinada a encontrar un medio para obligar a Chileminas a venderle la mayoría de sus acciones. Se endureció todavía más para echarle en cara que jamás hubiera podido imaginar que una familia tan distinguida como la familia Sotomayor hubiera podido abrigar en su seno traidores de tal calaña.

Todo fue dicho en pocas palabras, no muchas más que las citadas en el párrafo anterior de esta crónica. Murat ni siquiera se había molestado en pronunciar el apellido de Runeberg, lo que subrayaba francamente su inexistencia, y su perenne condición de advenedizo.

El rostro del general enrojeció durante unos breves instantes, y enseguida lanzó un fuerte puñetazo a la cara de Murat. Éste, previendo tal reacción, pudo esquivar el golpe y agarró enérgicamente el brazo de su adversario, mirándolo directamente a los ojos. En esta posición terminó su razonamiento y su advertencia:

—Tú sabes mejor que cualquiera que Evita no puede permitirse golpearme suivamente. Ni a mí ni a mi familia.

Esta sola frase bastó para que Runeberg comprendiera la amplitud de su derrota. Dejó entonces de forcejear y bajó la vista.

Viendo que había alcanzado su objetivo, Murat le soltó el brazo y lo dejó solo para que pensara cómo solucionar un problema que era ahora compartido por los dos.

Runeberg no se lo pensó mucho. No tenía muchas opciones. Al día siguiente se levantó más temprano que de costumbre. Sin esperar a su chofer, que llegaba una hora más tarde, tomó su coche para ir al centro ecuestre del Club de Polo. La familia tenía ahí tres caballos, pero sólo Eva los montaba regularmente. Pidió que le ensillaran uno de ellos, y se puso a recorrer los senderos de un soto

reservado para los jinetes. Unos minutos más tarde reconoció a su hija, que estaba montando a Parrandero, su mejor caballo, nombrado así en honor al célebre bridón de María Félix.

Era la primera vez que Eva veía a su padre desde la pausa navideña ya que ella se había prácticamente enclaustrado para estudiar los archivos del SIN, y él casi nunca iba a montar. Era todavía un hombre apuesto y su cara larga, con su férreo mentón, le daba un cierto aire de cruzado que acabara de regresar a caballo de San Juan de Acre. Se parecía indudablemente a Max von Sydow, pero no tanto a aquél del caballero Antonius Block de *El séptimo sello*, sino más bien al del ingeniero André de *El vuelo del Águila* (*Ingenjör Andrées luftfärd*). Sólo entonces su hija se dio plenamente cuenta de que tenía ante sí a uno de los vencedores de la guerra fría, y creyó así comprender lo que había querido decir el general de Gaulle esas veces en que se ponía a pronunciar la palabra *grandeur*, la grandeza. La actitud para con su padre, que durante la fiesta de cumpleaños había alcanzado ya una gran elevación, llegó en ese preciso instante a su apogeo antes del irremisible derrumbe. Se lo imaginó en su mansión de Gotland, coordinando a los agentes extranjeros adiestrados por la CIA, la NSA y el MI-6, formando con su penetrante inteligencia una pieza irremplazable de USHER. Fue aquella una de las escasísimas ocasiones en las que el rostro de Eva Runeberg llegó a iluminarse con una sonrisa sincera, franca, y hasta algo conmovida.

Sin embargo el general no estaba de ánimos para percibir ninguno de aquellos sentimientos y pensamientos. Se puso a comentarle a su hija que había oído hablar mucho de sus notables progresos con Parrandero y que quería verla en acción. La frase fue pronunciada con sobrio entusiasmo, y a cualquier persona le hubiera parecido sincera. Pero a Eva le sonó ligeramente falsa, y su estima disminuyó infinitesimalmente. Su veneración ya jamás volvió a alcanzar el nivel al que había llegado durante el segundo anterior.

Luego las cosas no tardaron en acelerarse y precipitarse.

No recorrieron más que unas escasas decenas de metros antes de que Runeberg se pusiera a explicar la verdadera razón de su

presencia: sin hacer rodeos, dijo claramente que se había enterado de que ella estaba dirigiendo una operación jurídica destinada a desestabilizar Chileminas. *No me interesa saber qué medios estás utilizando para lograrlo*, le dijo en sustancia, pero lo que sí tienes que saber tú es que en una época de mi vida, algunos asuntos me ligaron íntimamente a esa compañía, y no sería nada bueno que se quedara ahora fuera del control directo de la familia Murat.

Desde un punto de vista estrictamente técnico, Runeberg no estaba mintiendo. La exaltación que había impregnado hasta el aire que se respiraba en tiempos de la revolución del 11 de septiembre había creado una unión casi mística entre los militares que la habían suscitado. Sublimada por aquel espíritu confraterno, la buena voluntad dejó de ser un precepto para convertirse en una reacción espontánea. Runeberg llegó a pensar que el fervor que sentían debía parecerse al de los primeros tiempos del cristianismo. Murat, consciente del carácter irresistible de su guerra santa, la comparó a los primeros tiempos del islam. Fue así como Runeberg fue asociado a la próspera Chileminas logrando por fin liberarse de la insopportable y humillante presión que sobre él ejercía la familia Sotomayor.

Todo esto, empero, pertenecía a un remoto pasado, y Eva se daba muy bien cuenta de que no era lo que había hecho que su padre fuera a verla con tal premura. Sabía que desde hacía años Runeberg había cesado su participación con Chileminas y que no era de esa clase de personas agradecidas que tratan a toda costa de defender a sus antiguos benefactores. Algo había escondido tras esa iniciativa de solidaridad.

Sin embargo, lo que más que nada irritaba a Eva era el repentino interés que manifestaba su padre por su trabajo, él, que desde hacía años no la veía más que en Navidades y cumpleaños. En esos momentos resurgió de lo más profundo de su ser el acérrimo odio que había sentido por él en la adolescencia al enterarse de las injusticias que se habían cometido durante el golpe de estado y al verificar el vasallaje que se había creado desde entonces entre su país y los Estados Unidos. Revivió la rabia que le daba esa costumbre de su padre de llamarla por teléfono cada 11 de

septiembre, hábito adquirido desde que ella se había ido a estudiar a Chicago.

La madurez había dulcificado y luego enterrado todas esas malas impresiones. Leyendo sobre todo a los nuevos filósofos franceses (que eran, en buena parte, antiguos extremoizquierdistas arrepentidos), comprendió el insidioso horror del comunismo. Se dio cuenta de que esa ideología encerraba algo mucho más sutil y peligroso que los aparatosos crímenes de Mao o de Stalin. Llegó a convencerte parcialmente de que el no reaccionar ante tal amenaza hubiera sido algo equivalente a la actitud de las potencias occidentales ante Hitler durante la conferencia de Múnich.

Pero lo que indudablemente más la había acercado a su padre, había sido su recuerdo del agua, del viento y de la luz escandinavos; su recuerdo de aquella luminosa noche en que habían bailado en un bosque al son del melancólico schottisch de los violines suecos. La fuerza de ese pasado la había llevado a organizar el cumpleaños —y a sorprenderlo con la bailarina y el soldadito de plomo.

Sin embargo, algo impedía que su relación fuera más allá de las invariables Navidades-y-fiestas-de-cumpleaños. Y jamás su padre llegó a interesarse aun mínimamente por su trabajo, que consideraba como un puro producto de la influencia de los Sotomayor —él hubiera preferido que su hija continuara sus estudios de filología en Chicago en lugar de irse a estudiar leyes a Harvard. Así pues, ese repentino interés por sus actividades profesionales llegó a irritar a Eva profundamente. Casi sin pensarlo, le lanzó una pequeña pregunta mordaz que tuvo consecuencias inesperadas: *¿cómo sabes tú todo eso, tú que ni siquiera sabes en dónde trabajo?*

La frase quería herir, y en circunstancias normales hubiera sido muy eficaz. Runeberg reaccionó como era de esperarse: frunció el ceño, apretó los labios y fijó su mirada en los ojos de su hija. Respetó todas las reglas de la actitud de un padre indignado. Hoy, todos saben que estaba fingiendo, que estaba actuando, porque no estaba en condiciones de reaccionar normalmente. La amenaza que Murat le había colgado sobre su cabeza le neutralizaba todas sus emociones y sólo se dejaba guiar por su instinto de militar. Sin

embargo, ese instinto lo llevó a cometer un error. Le hizo pensar que había que mostrarse firme y autoritario en ese momento, como lo habría hecho normalmente. No previó algo que era mucho más que obvio: que esa actitud no podía más que excitar el espíritu desafiante de su hija. Fue así como decidió ordenarle que le evitara la vergüenza de ser visto como el padre de quien estaba colaborando en la venta del país a los yanquis.

Ella le contestó fríamente que no estaba sino finalizando el trabajo que él y sus compañeros habían comenzado en 1973.

El general no se esperaba una respuesta tan espontánea y tan cruda. Perdió entonces todo control de sí (lo que no forzosamente empeoró la situación) y le dijo que no había ido a verla para pedirle algo, sino para exigirle que le obedeciera. Eva lo desafió entonces con la mirada. Fue en esos momentos en que creyó ver en esos ojos algo que nunca antes había sospechado. Esta repentina e inquietante experiencia la obligó a pronunciar una última frase antes de ordenarle a Parrandero que partiera a todo galope: *no me hagas pensar que tú eres de la misma especie que Murat.*

6. Domaren

El 10 de marzo de 1938, los carros blindados entraron en Austria. El 12, Viena fue ocupada. El 14, el canciller Hitler llegó a su país natal, y el 15 fue proclamado el *Anschluß*, la unión entre Alemania y Austria. El 10 de abril de 1938, 99.73% de votantes austriacos aprobaron democráticamente la fusión en el Tercer Imperio.

A finales de ese mismo año, inquietos por la opresión que sufrían sus hermanos de sangre bajo el yugo del pérfido régimen de Praga, la Gran Alemania (Alemania + Austria) organizó una conferencia en Múnich para resolver el problema de los derechos humanos en Checoslovaquia. Francia e Inglaterra, con la bendición de Joseph Kennedy, embajador norteamericano en Londres, permitieron que Hitler rompiera las cadenas que sojuzgaban a los alemanes de Bohemia. El año siguiente, para resolver el problema de los derechos humanos en Polonia, las tropas alemanas cruzaron la frontera libertando así a los miembros del pueblo elegido sojuzgados por el pérfido régimen de Varsovia. Para realizar tal labor humanitaria, Alemania se había puesto secretamente de acuerdo con la URSS; pero esta vez no les había pedido permiso a los otros amos del mundo.

トラ, トラ, トラ — *iTora, tora, tora!* (*iTigre, tigre, tigre!*). Con estas tres tristes palabras, que quizás le inspiraron al presidente Mao su célebre triste broma de los *tigres de papel*, se anunció la inminente liberación de los pueblos de Asia. Ya desde 1931, con la creación de una especie de Texas japonés en Manchuria, había comenzado un paciente proceso libertador encabezado por los poderosos padrinos nipones. Tal proceso llegó a su madurez durante el ataque de la bahía *Agua de Perla*, puerto militar de esa especie de Texas ultramarino que son las islas Hawái. Se proclamaba así el fin de la dominación euro-norteamericana en Asia y el Pacífico. El mismo domingo 7 de diciembre de 1941 (o lunes 8, según la posición en relación a la línea internacional de cambio de fecha), Guam, Wake, Hong Kong, Filipinas y Malasia, territorios sometidos por los blancos, se convirtieron en el teatro de la lucha

por la libertad de los pueblos asiáticos. Los aviones japoneses echaban libelos que auguraban riqueza y prosperidad para todos. La noche de Navidad, Hong Kong, símbolo del dominio inglés, fue finalmente libertada. El 15 de febrero de 1942, le tocó a Singapur. El 6 de marzo, los neerlandeses de Batavia, la capital de la futura Indonesia, capitularon. Un poco más tarde las tropas japonesas libertaron Birmania de los ingleses, entraron en Rangún en compañía del héroe de la independencia Aung San (el padre de la futura Nobel de la paz Aung San Suu Kyi), y se apoderaron de las refinerías y de las reservas de petróleo. Asia iba por fin a ser de los asiáticos.

Esa cruzada había comenzado tímidamente una decena de años antes, y para justificarla el gobierno japonés poseía argumentos bastante más consistentes que los que habían usado los Estados Unidos cuando se habían puesto a masacrar democráticamente autóctonos y criollos en América para edificar la patria de la Libertad. Los japoneses no se sentían únicamente motivados por aquella sed de Libertad que movía a sus rivales anglosajones, sino que partían también en pos de la dignidad de los asiáticos: los pueblos de Asia habían sido hostigados por los europeos desde hacía varios siglos, y habían sido metódicamente explotados durante más de cien años por los euro-estadounidenses. Y ya que (por razones misteriosamente técnicas) no se les podía conceder a aquellos asiáticos pueblos el derecho de disponer de ellos mismos, se consideró que había llegado la hora de que por lo menos fuera otro pueblo asiático el que se encargara de hostigarlos y de explotarlos.

El 18 de marzo de 1938, menos de un año después de la liberación de Pekín, Shanghái y Nankín por el Japón, y tres días después de la proclamación del *Anschluß* austroalemán, el presidente mexicano Lázaro Cárdenas nacionalizó la industria petrolera de su país, calculando que esa vez no recibiría la visita de cuerpos expedicionarios provenientes del norte. No se equivocaba. La intensa efervescencia que estaba produciendo en Asia un pueblo enajenado por su dignidad, y en Europa un pueblo ignorante de los últimos avances de la filología y de la historia, estaba atrayendo cada vez más la atención de los Estados Unidos y de las otras potencias

petroleras. Así, durante unos años, como la tierra del desierto bendecida por unas gotas de lluvia, América se sintió revivir. México explotó plácidamente el petróleo que le pertenecía, y emprendió de paso la realización de una serie de obras maestras cinematográficas como nunca antes se habían visto en la historia de los americanos de tercera clase.

¡Ay qué tiempos señor don Simón!, Distinto amanecer, Flor Silvestre, María Candelaria, Las abandonadas, Bugambilia, La perla y Enamorada, fueron producidas mientras el mundo civilizado ajustaba cuentas moderna e industrialmente. *Río Escondido, Maclovio, Pueblerina, Salón México, Una familia de tantas, Víctimas del pecado, Dos tipos de cuidado, El rebozo de Soledad y Camelia* nacieron cuando los padrinos del mundo estaban todavía algo aturdidos. Los restos —las *ruinas*, las *reliquias*— de estas obras estaban expuestos en los muros del restaurante *Recuerdos del Porvenir*: Dolores del Río, María Félix, Andrea Palma, Joaquín Pardavé, Pedro Infante, Jorge Negrete, Pedro Armendáriz, los hermanos Soler, Arturo de Córdoba, David Silva, Marga López, Columba Domínguez, Roberto Cañedo, Ninón Sevilla, el Indio Fernández... Ahí le había dado cita la abogada Eva Runeberg al juez Arturo Nasar.

Arturo Nasar era uno de aquellos magistrados que habían sido recientemente nombrados para investigar sobre los posibles crímenes cometidos durante y después del golpe de estado. La noción de *crimen contra la humanidad*, modelada en Europa, y la consecuente imprescriptibilidad que comportaba, había resucitado numerosas querellas olvidadas hacia ya muchos años. La reciente apertura de algunos archivos de la Agencia Central de Inteligencia estadounidense había venido a complicar todavía más las cosas, creando una fuerte tensión en el seno de toda una generación de militares chilenos. Esto había sumergido de trabajo a algunos jueces entre los cuales se encontraba Nasar. Por esta razón Eva Runeberg había querido verlo en el *Recuerdos del Porvenir*, pensando que una cita dentro de un marco profesional hubiera complicado y sobre todo retardado el encuentro. Sólo le había dicho que quería estrechar lazos con sus colegas del ministerio público de

los cuales se había distanciado mucho últimamente. Intrigado por tal proposición —y sobre todo halagado por haber atraído la atención de *la polola del Colegio* (de Abogados)—, no le había costado mucho trabajo a Arturo Nasar encontrar un sitio en su agenda para colocar tal almuerzo.

Comieron estupendamente, y Eva Runeberg estuvo encantadora y divertidísima, contando chistes inéditos sobre los jueces más odiados de la corte. Nasar no pudo evitar pensar en aquella película de Greta Garbo, *Ninotchka*, que en su estreno se había anunciado como la primera película en que Garbo reía. Al slogan *Garbo laughs!* podría corresponder otro que anunciara que la Runeberg reía porque, en efecto, la risa de la *castigadora del Colegio* se parecía muchísimo a la risa grave y algo desfasada de Greta Lovisa Gustafsson.

Poco a poco sus chistes se fueron alejando del ámbito meramente jurídico y chileno. Culminaron con uno que le había contado Stanko Cerović, un amigo yugoslavo, durante su última estancia en París: en la OTAN, a principios de 1999, los Estados Unidos no llegaban a convencer a sus 18 socios de la pertinencia de un ataque a Yugoslavia. Finalmente a Madeleine Albright, la venerable Secretaria del Estado más poderoso del mundo, se le ocurrió una brillantísima idea. Tomó el micrófono y se dirigió a la asamblea de esta manera: *A ver muchachos, qué prefieren, chacer el amor o la guerra?* Arrebatados por el pánico, imaginándose acostados a merced de aquel hipertrofiado canarito, todos se pusieron a gritar *ila guerra!, ila guerra!*

Estaban esperando su último tequila, cuando Eva Runeberg abrió su bolsa, sacó un DVD, y lo puso sobre la mesa, cerca de Nasar. Éste recordó de repente que tenía frente a sí al más joven y sagaz representante del banco Sotomayor y de Industrias Michelsson, al más despiadado matón pagado por Pancrazi, Morisui y Asociados; y sobre todo al engendro y confidente del arquitecto de la más secreta organización del SIM. Toda quimera copulatoria se le desvaneció como por arte de magia ante un ser que en esos momentos le pareció más repugnante y monstruoso que la mismísima señora Albright.

Aun sin prever tan previsible reacción, Eva Runeberg hubiera inmediatamente notado la transfiguración del rostro de Nasar. Sin esperar tranquilizarlo, le dijo enseguida:

—Quisiera ofrecerle esta modesta colaboración. Le ahorrará meses, quizás años de trabajo.

Eva Runeberg exageró el tono irónicamente humilde de su voz, tratando de mostrarle a Nasar que también ella podía burlarse de sí misma. Sabía que él conocía perfectamente sus orígenes, su posición social, el pasado de su padre, la firma para la que trabajaba y los asuntos que manejaba en esos momentos. Sabía también que él estaba pensando que si de verdad el DVD contenía algo interesante, el precio que iba a pedir a cambio sería quizás demasiado elevado. Pero también sabía que cuando la madre de Nasar estaba dándolo a luz, un soldado le había metido un balazo en el cuello y luego le había abierto el vientre con un cuchillo de descuartizar. Una mujer que había querido sacar a la criatura del vientre de la madre muerta había sido degollada por una mujer soldado. Su hermana de siete años había logrado esconderse bajo un cadáver, y había podido salvarlo de la asfixia cuando la chusma pasó a la casa contigua a proseguir su festiva labor de muerte. Estos hechos ocurridos cincuenta y tres años atrás le garantizaban a Eva Runeberg la más comprometida colaboración del *turco* Nasar.

—¿Qué es? —dijo el juez, mirando el disco sin tocarlo.

—Son los archivos de la más secreta ramificación del SIN, llamada *Equus October*. No sé si usted ya ha oído hablar de ella. Muchos miembros de la armada están implicados, pero sobre todo don Julio César Murat. Le aconsejo, eso sí, que no lo vea sino después de haber bien digerido el almuerzo.

La triste mirada de desconcierto que le dirigió el magistrado fue más que elocuente. Entonces, regalándole su sonrisa más encantadora, la señora Runeberg contestó con otra pregunta aquélla que estaba profundamente gravada en los moros ojos de Nasar:

—¿No puedo colaborar yo también con mi granito de arena a la construcción de los derechos humanos?

7. Judas

Cuando en 1544 don Pedro de Valdivia fundó la ciudad del Valle del Paraíso, jamás se pudo imaginar que aquel pequeño puerto iba a desempeñar un papel fundamental en esta triste historia de lágrimas y de infierno.

Había en aquella ciudad una serie de bodegas de la armada que contenían toda clase de artículos: instrumentos de muerte en desuso, uniformes jamás usados, aparatos descompuestos, cintas magnéticas, películas viejas, fotos deslavadas y sobre todo papeles. En uno de esos almacenes se encontraba, repartida en decenas de miles de fragmentos grandes y pequeños, la reseña de la revolución que partió de Valparaíso para librar al país —y a América continental entera— del cáncer del comunismo. Algunos de esos elementos eran muy preciosos debido a su rareza, ya que en la época en que se sitúa esta crónica, numerosos detalles de aquella gesta ya habían sido relegados al olvido.

Ahí se encontraban los primeros partes que anunciaban con fría inquietud la posible victoria de Salvador Allende en las elecciones de 1970. Ahí se consignaba lacónicamente la corta ventaja de 1.3% del candidato de la Unidad Popular con relación al candidato conservador. Ahí constaban los primeros contactos del agregado naval de Estados Unidos con altas personalidades de la marina chilena para estudiar, en coordinación con las otras fuerzas armadas, una solución para evitar que el Congreso confirmara como presidente a Salvador Allende.

Había detalles precisos sobre los contactos establecidos entre la CIA y miembros del ejército para secuestrar al comandante en jefe Schneider y crear un desorden que le impidiera al Congreso pronunciarse por Allende. También había comentarios interesantes a propósito de la organización inefficiente de tal rapto, en el que Schneider resultó muerto, creando un consenso en el Congreso que había culminado con el nombramiento de Allende.

Había informes sobre la inquietud de una buena parte de las fuerzas armadas ante el acercamiento entre el gobierno y Cuba, ante la reforma agraria, ante las nacionalizaciones. Se consignaba que se

podía contar no sólo con el apoyo de la CIA, sino también con el de grandes compañías multinacionales como ITT, Kennecott y Anaconda, así como con el de ciertas asociaciones laborales norteamericanas que podían subvencionar huelgas que desestabilizaran al gobierno. Se mostraba de este modo cómo se había empezado a manifestar la solidaridad entre las fuerzas armadas, los industriales, los comerciantes y los propietarios de transportes.

Quedaba también ahí claro que la CIA había manipulado al grupo extremoizquierdista *Vanguardia Organizada del Pueblo* para que asesinara en junio de 1971 a un miembro de la Democracia Cristiana. Ésta se vería entonces obligada a oponerse de manera radical al gobierno.

A partir de las elecciones legislativas de marzo de 1973, en las que la oposición había obtenido la mayoría, abundaban los comunicados que denunciaban a traidores y tiranos como el general Prats o el almirante Montero y el gobierno ilegítimo y autoritario de Allende.

A partir del fallido *tancazo* del 29 de junio, organizado por el coronel Souper, empezaron a abundar los partes que subrayaban la necesidad de una participación más activa de la armada. Desde el 7 de agosto el SIN empezó a detener y a torturar a cientos de marinos y suboficiales que se habían mostrado favorables al gobierno durante el movimiento de junio.

Durante el 11 de septiembre, la movilización había partido del puerto de Valparaíso, con la asistencia de la flota de los Estados Unidos, presente en la bahía.

Todo aquello estaba más que claro en los documentos que dormían en un almacén de la armada de esa ciudad que los marinos llamaban cariñosamente Pancho. El mundo conoció un día todos esos datos, pero un velo de silencio y olvido parecía haberlos ocultado.

Otros detalles, en cambio, otros datos, otros nombres, como USHER, Equus October, Völuspá, *Indra*, *El Papa*, *Aryamán*, *Monseñor* y *La Völvä*, hubieran permanecido quizás por siempre en las tinieblas de no haber sido encontrados y reproducidos (cuál

impronta virtual de algún escondido tesoro) por los hombres de Eva Runeberg durante la primavera anterior.

En aquel almacén de la marina se encontraban los originales de una epopeya muchísimo más importante (e infinitamente más secreta) que la aventura del 11 de septiembre: la historia de los experimentos que llegaron a transformar la tapajina en *Vajra*, la temible arma del dios Indra.

Durante toda la guerra fría, aun después del fin del régimen del general Pinochet, esa bodega de la base naval de Valparaíso había permanecido estrechamente vigilada, gracias a la cooperación de los asesores navales norteamericanos —pagados, naturalmente, por el contribuyente chileno. Sin embargo, durante los años 90 la existencia de tales archivos fue cayendo poco a poco (como los datos que en ellos estaban guardados) en el olvido. En 1999, para realizar ciertas economías relacionadas con las elecciones que se avecinaban, se le asignó a ese almacén una vigilancia ordinaria.

A principios de aquel invierno del 2001, unos meses después de la visita fotográfica del comando enviado por Eva Runeberg, un cortocircuito nocturno fabricó un efímero pero tórrido día de verano que acabó con todo.

A la mañana siguiente (el día en que lo iban a matar) Arturo Nasar circulaba en coche por la carretera de la cordillera que iba de su casa a Santiago. Había nevado la noche anterior, pero la nieve no desempeñó ningún papel en lo que sucedió acto seguido. Una de las muchas curvas le pareció recta al chofer. El coche siguió tranquilamente avanzando hasta que se precipitó en el vacío. Así terminó la carrera de aquel juez chileno extirpado del vientre de su madre el viernes 9 de abril de 1948 en دير ياسين Deīr Yāssīn, un humilde pueblito de Judea que ya no existe.

Exactamente al mismo tiempo, en un país donde el verano comenzaba y el sol iniciaba ya su descenso, un helicóptero despegó de un estadio de fútbol. Unos minutos más tarde el aparato aterrizó en el aeropuerto de Tuzla, en el sector estadounidense de la federación croatomusulmana de la república de Bosnia-

Herzegovina. A bordo iba el ex-presidente yugoslavo Slobodan Milošević que acababa de ser vendido al Tribunal Penal Internacional de La Haya por mil millones de dólares. Al otro lado del mundo, Eva Runeberg se disponía a desayunar en su despacho con los señores Randall y Page de la Barbera para ponerlos al tanto de los progresos de su asunto.

De repente, un recadero abrió la puerta antes de ser alcanzado por Elisabeth, que tenía órdenes estrictas de no perturbar la reunión. En lugar de enfurecerse, Eva Runeberg preguntó simplemente qué era lo que sucedía y, sin pronunciar una sola palabra, el recadero le entregó un pequeño paquete antes de irse. Ella lo dejó sobre su escritorio y comenzó su informe como si nada hubiera sucedido.

Durante los años setenta su país había pasado por un periodo de violencia inaudita en la cual estaban comprometidas ciertas personalidades que hasta la fecha gozaban de gran prestigio. Desgraciadamente Julio César Murat era una de ellas. Eva Runeberg podía ahora demostrar la implicación del almirante en actos indignos de su rango y hasta de su calidad de ser humano. También contaba con documentos y testimonios que probaban el carácter ilegítimo de algunas de sus adquisiciones. Su expediente clave era el caso Ordóñez, que mostraba claramente (y por fortuna Santiago Ordóñez estaba aún vivo para atestiguarlo) cómo se había urdido un cruel complot para destruir moral y casi físicamente a un hombre que, si bien había cometido el error de aprovecharse de las leyes de 1971 sobre la nacionalización del cobre para fragilizar gravemente al Consorcio Chileminas, había sufrido represalias desproporcionadamente duras. Naturalmente, todos esos hechos tenían más de veinticinco años, pero la nueva jurisprudencia internacional podría abolir ciertas prescripciones y ayudarlos a librar el país de aquellos militares y empresarios que le habían hecho tanto mal. Estaba segura que antes de que el año terminara el Consorcio Chileminas podría contar con un consejo de administración más moral, y que podría sobre todo enorgullecerse de ser una filial de la Barbera Mining Company.

Ninguno de los participantes a tan crucial reunión sabía que exactamente 612 años antes, un 28 de junio (15 de junio según el calendario juliano), tuvo lugar en una vasta llanura llamada Campo del Mirlo (*Косово Поле — Kosovo Polje*, en la lengua de la comarca) la legendaria batalla en la que Lazar —príncipe de la Morava—, Vuk Branković —señor de Priština— Tvrto I Kotromanić —rey de Serbia y Bosnia— y Gjon Kastrioti —señor de Albania central y padre del futuro Skanderbeg— se aliaron contra el poderoso ejército invasor del sultán otomano Murad I. Murad pereció aquel día. Y Lazar fue capturado, y decapitado *sobre el cadáver del sultán*, según la leyenda. El resultado de la batalla fue tan impreciso que Tvrto I mandó anunciar a las cortes europeas que los ejércitos cristianos habían derrotado a los infieles. Sin embargo, los hijos de Gjon Kastrioti tuvieron que partir a la corte otomana como rehenes, y los herederos del príncipe Lazar debieron negociar la paz avasallándose al nuevo sultán Bayazid I, hijo de Murad, y real vencedor de la célebre batalla de Kosovo.

Al terminar la junta Eva Runeberg abrió el pequeño paquete que había recibido con tanta urgencia. Era un DVD. Enseguida lo introdujo en su computadora.

Al principio sintió una vertiginosa sensación de *déjà vu*. Le pareció que estaba recorriendo otra vez los expedientes del SIN. Se encontraba ante un conjunto de informes tan vasto, detallado y complejo como el que acababa de hacerle pasar tantos meses de mal humor, mal sueño, azoramiento y fascinación.

No tardó, empero, en darse cuenta de las diferencias. Primero que nada notó que si bien el corpus de los documentos trataba prácticamente de lo mismo, algunos nombres y hasta algunos pasajes estaban censurados por medio de franjas negras. Luego vio que esos documentos no provenían del SIN, sino de su hermano gemelo, el SIM, el servicio de inteligencia del ejército. Pero la diferencia fundamental la encontró al recorrer las transcripciones de los interrogatorios: vio que los nombres de los oficiales que no estaban censurados eran nombres reales, no seudónimos como en los expedientes del SIN. Sólo *El Papa*, ese misterioso personaje que

en los documentos del SIN aparecía como un agente de enlace de la CIA, escondía su verdadera identidad.

Una fuerza irresistible obligó entonces a Eva Runeberg a buscar una sección que instintivamente no quería encontrar: *Völuspá*. Recorriéndola rápidamente, se topó con la transcripción de un interrogatorio. La confesión estaba minuciosamente anotada, y también el método utilizado para obtenerla. El nombre de los operadores (eufemismo utilizado para llamar a los verdugos) estaba censurado, así como el de la mayor parte de los oficiales presentes. El primer nombre de éstos aparecía, sin embargo, clarísimoamente: general Nils Runeberg Ugarte.

Eva Runeberg logró controlar la primera reacción de pánico que estaba empezando a apoderarse de ella. Sacó rápidamente el DVD de la computadora. Lo estaba guardando en su caja cuando vio que la puerta de su oficina se abría, lo que le provocó un ligero sobresalto.

Eran Jennifer y Elisabeth, con una expresión tan sombría que por un momento Eva Runeberg tuvo la certeza de que ellas también habían recibido la misma correspondencia. No era así: llegaban para avisarle que la noche anterior había habido un incendio en los archivos del SIN y que en esos mismos momentos se estaba procediendo a una operación de búsqueda del juez Nasar, que había salido temprano de su casa y desde entonces no se había vuelto a saber más de él.

Si Eva Runeberg se hubiera encontrado en un estado de ánimo normal, o si hubiera conseguido dominarse, su reacción se hubiera situado en la tesitura de la sorpresa o de la indignación. Pero tal no era el caso. Su reacción fue, por lo tanto, completamente impropia. No manifestó escándalo, y su sorpresa fue extremadamente mitigada. Les dijo lacónicamente a sus asistentes que tenía que regresar urgentemente a casa. La única instrucción que les dio fue que le dijeran a Carlos que detuviera por el momento la clasificación del expediente. Las llamaría más tarde. Quizás muy tarde, o muy temprano al día siguiente.

A causa de la circulación relativamente densa que se formaba en las calles de Santiago durante el vaivén de la hora del almuerzo, la llegada de Eva Runeberg a su residencia de *Los Patos* coincidió con el crepúsculo en el aeropuerto de La Haya, justo cuando aterrizaba ahí un avión proveniente de Tuzla que transportaba su precioso cargamento de mil millones de dólares.

Cuando las puertas del Centro de Detención de las Naciones Unidas de Scheveningen se abrían para albergar por la primera noche al más célebre prisionero de los derechos humanos, del otro lado del mundo Eva Runeberg se disponía a escrutar su nuevo DVD.

Al cabo de más de doce horas de intenso trabajo, a pesar de las numerosas lagunas y franjas negras que había en el expediente, pudo adquirir una idea bastante coherente (aunque todavía incompleta) de las actividades secretas de su padre.

Según esos documentos, Völuspá había efectivamente sido fundada por el general Runeberg el 2 de octubre de 1973. Originalmente, había reunido a los mejores elementos del Servicio de Inteligencia Militar para vigilar con eficacia todo posible movimiento clandestino que pusiera en peligro el frágil equilibrio que acababa de crearse en el país. Pero a finales de 1973, *El Papa* llegó a Chile para reconocer el terreno, pues el nuevo régimen del general Pinochet parecía muy prometedor. Un reporte enviado al cuartel general de Langley y fechado el 20 de noviembre de 1973 elogia las cualidades intelectuales y la audacia del general Nils Runeberg (únicamente el nombre del remitente estaba censurado, ya que seguramente aparecía ahí el verdadero nombre del *Papa*). Dos días después, *El Papa*, Runeberg y xxxxx partían a xxxxx. A su regreso la misión de Völuspá fue completamente modificada, y se creó una organización paralela llamada Equus October financiada por los servicios secretos de la marina. De ese momento en adelante las dos organizaciones iban a conjugar los talentos de sus jefes y de su personal para colaborar en el perfeccionamiento del arma principal del proyecto xxxxx.

Esa última palabra censurada correspondía, Eva Runeberg lo sabía muy bien, al proyecto USHER. La tapajina era únicamente

mencionada bajo la sigla TT, que ella interpretó sin mucho esfuerzo como *Tapajos Tree* o *Tapajos Tea*.

Los experimentos con la droga milagrosa comenzaron justo después de ese viaje. Una fábrica de caliche abandonada en la periferia del desierto de Atacama sirvió de laboratorio provisional, mientras se aprobaba la construcción, en un lugar más apartado del mismo desierto, de un ambicioso centro experimental al cual se le dio el grandilocuente nombre de *Centro de Estudios Equus October*. Eva Runeberg sabía ya que el centro había sido ideado por Murat, y que su construcción había sido comenzada el 26 de febrero de 1974, con el apoyo financiero de la CIA y de la marina de los Estados Unidos, y con la asistencia técnica de la US Air Force.

Poniendo en paralelo los dos expedientes, era evidente que los archivos del SIN contenían esencialmente los reportes que se enviaban a Langley, y que por ende no se sobrecargaban con crudezas inútiles. En cambio, en los archivos del SIM estaban las minutas internas que describían detalladamente las pruebas que se habían realizado tanto en el laboratorio provisional como más tarde en el *Centro de Estudios*. Todo mostraba que los experimentos estuvieron bajo la responsabilidad directa de Völuspá, es decir del general Runeberg, cuyo profundo intelecto había querido explorar todas las potencialidades de la tapajina.

Para comenzar, se reprodujo el método terapéutico primitivo usado por los indígenas amazónicos el cual consistía en administrar dos veces la droga para aliviar un dolor intenso por medio de la sugestión. Pero esa vez se tenían que explorar absolutamente todas las capacidades de la droga. El método científico fue llevado hasta sus límites más extremos: se provocaron todo tipo de heridas y fracturas para analizar las reacciones de los sujetos con y sin la influencia de la droga; se logró hacer que algunos sujetos caminaran después de haberseles cortado los tendones de Aquiles o fracturado las tibias; se comprobó la resistencia al fuego o a la ablación de un miembro después de haber sugerido la insensibilidad durante el

sueño inducido por la droga; etc., etc. Así continuaba con toda racionalidad un expediente que tenía más de doscientas páginas.¹⁶

Luego se exploraron los efectos psicológicos de la droga. Desde la posibilidad de lograr que alguien cambie de gusto, opinión o preferencia, hasta inducirlo a traicionar, matar o torturar a sus propios camaradas o parientes. También se probaron distintas combinaciones de tortura con droga para optimizar las confesiones.

Una buena parte de esos experimentos ya había sido realizada en el Uruguay a principios de los años 70. Eva Runeberg no había olvidado el voluminoso *Protocolo Montevideo* que aparecía integralmente reproducido en los archivos del SIN. En ese entonces, la represión contra los tupamaros abastecía a los investigadores con suficientes conejillos de indias humanos. Pero la experimentación de lo que del 26 de octubre de 1972 fue considerado como el *gran hallazgo psicofarmacológico del siglo*, tenía que continuar a una escala superior.

A finales de 1973, Chile comenzó a ser considerado como un lugar muy propicio para tales actividades. Así se explicaba la llegada de *El Papa* al territorio nacional.

Luego todo se aceleró. Los documentos dejaban suponer que algo importante debió haber ocurrido en los Estados Unidos el 25 de febrero de 1974. El resultado más visible de aquello fue el inicio de las obras del centro del Atacama a partir del día siguiente, 26 de febrero. Gracias a la eficaz colaboración entre los dos países defensores de la Libertad, el Centro de Estudios Equus October pudo iniciar sus primeras labores menos de dos meses después. Curiosamente, empero, los primeros estudios del centro no aparecían en el expediente que Eva Runeberg acababa de recibir. Parecía haber una laguna desde principios de marzo hasta octubre del mismo año, ya que a partir de este mes las fechas de los informes

¹⁶ Eva Runeberg no pudo no pensar en una reseña que había leído en el periódico francés *Le Monde* sobre el libro que acababa de publicar un general que describía con cierta satisfacción los servicios prestados por la tortura a la república francesa durante la Guerra de Argelia.

volvían a tener la continuidad que habían tenido antes de la interrupción. Además se hacían algunas referencias a experimentos anteriores a octubre de 1974 que no aparecían en el expediente. Sin embargo, esta laguna —que desempeña un papel de cierta importancia en esta crónica— le pareció totalmente irrelevante a Eva Runeberg puesto que estaba sobresaturada hasta la náusea por tanto detalle desagradable.

Clementes, los celadores del Centro de Detención de las Naciones Unidas no despertaron a su nuevo reo a la hora reglamentaria. Sabían que el primer día se dormía muy mal. Cuando el ex-presidente yugoslavo abrió por fin los ojos en aquel radiante día de verano, los ojos de Eva Runeberg miraban desde lo alto de su residencia el lago de luz de la ciudad de Santiago. Había apagado las luces de su casa, había apagado las computadoras y se había acercado al gran ventanal desde donde se veía el jardín y, a lo lejos, la ciudad entera. El cruel otoño les había arrancado las últimas hojas a todos los árboles, y sus siluetas parecían manos, parecían garras, parecían lanzas, puntas, espinas. Quiso imaginarse la sensación de ser atravesada por una de ellas. Se cebó en el pensamiento de verse íntimamente penetrada por una de ellas. Luego se volvió hacia la chimenea y se vio sumergida entre las brasas que quedaban. Embriagada de dolor, estremeciéndose por una humillación nunca antes sufrida, se puso a murmurar algo en lo que predominaba la palabra *runeberg runeberg*. *Runeberg: montaña de runas... Runaberg... Ruina-berg. Monte de ruinas, montón de mierda...* *Ándate a la cresta, general Runeberg, nazi inmundo. Todo mi trabajo vuelto mierda, ihijo de perra!*

Contrariamente al ex-presidente Milošević, Eva no durmió durante su primera noche. Una buena parte de su tiempo se la había pasado considerando la posibilidad de que todos los documentos recibidos fueran una patraña sabiamente elaborada. Pero concluyó finalmente que de todas maneras se había dejado llevar por sus *malditos impulsos de feminista huevona*, y se dio cuenta de lo estúpido que había sido trasoñar que un general con las

responsabilidades de su padre durante el golpe de estado se hubiera podido preservar de toda culpa.

No le importó despertar a sus asistentes antes del amanecer. Las convocó inmediatamente a su casa. Cuando llegaron, le ordenó a Elisabeth que borrara todo lo concerniente a los archivos del SIN, y partió con Jennifer a casa de Carlos.

Todavía no daban las siete, y mucho trabajo les costó que les abrieran en esa casa en la que las nueve era considerada una hora de la madrugada. Carlos tenía unos ojos tan rojos como los de Murat la última vez en que ella los había visto, y ese detalle le causó una extraña sensación de malestar que la hizo actuar de manera altanera y hasta despectativa. Le ordenó secamente que copiara todo su trabajo en un DVD, y que luego borrara todo de los computadores, inclusive los datos del desciframiento.

El impasible Carlos pareció empezar a molestarte. Entendía muy bien que el expediente tan delicado que estaban manejando podía afectar los nervios más sólidos, y no le molestaba en lo absoluto que lo despertaran tan temprano para decirle que lo despedían por segunda vez. Pero su jefa le había comunicado de alguna manera su propio malestar, y empezaba a perder el control de sí. Eva puso un punto final al asunto de la manera más tajante y eficaz: sacó su chequera y le firmó un cheque por una cantidad que hubiera disuelto la amargura más tenaz.

Poco antes de las ocho y media —sin haber dormido, sin haberse duchado ni maquillado, y someramente peinada— Eva penetró en la mansión santiaguina del almirante Murat.

La estaba esperando, leyendo tranquilamente el periódico en un sillón. La mesa estaba puesta para el desayuno, y él la convidó con cortesía a tomar algo. Pero Eva no tenía la menor gana de enredarse en hipocresías y le entregó sin mayor preámbulo los tres DVDs que llevaba consigo.

—Usted gana esta vez —le dijo simplemente.

—Te equivocas, mi querida Evita —le contestó Murat sin el menor tono de ironía—, es Chile el que gana. Nuestro patrimonio es lo más precioso que tenemos.

—No tengo ganas de discutir con usted. ¿No tiene nada más que decirme?

Murat miró las etiquetas de los DVDs. Echó dos a la chimenea y le tendió el que quedaba a Eva.

—Te puedes quedar con éste. Me imagino que ya debes haber borrado todo de tus computadoras: éste te servirá de recordatorio.

Eva miró el disco con asco. Él insistió:

—De verdad, quédate. De todas maneras borramos unos pasajes de 1974.

Eva lo tomó y lo arrojó a la chimenea. Luego dio media vuelta y se fue.

Se fue lejos, casi huyendo. No soportaba el sabor que le había dejado su fracaso, no soportaba su cansancio, no soportaba las caras que veía, el idioma que oía, con ese acento de rotos que le parecía más que vulgar. También le parecía insoportable el soso invierno de su ciudad. Liquidó sus asuntos más urgentes en poco menos de un mes, y huyó, así pues, hacia el verano; a su cálido oasis de París.

Pero el mecanismo que había echado a andar se había vuelto autónomo, como los autómatas de Murat, como HAL 9000. Mientras el avión que la alejaba de su insufrible país sobrevolaba el infinito Atlántico, un empleado entró en el Palacio de Justicia de Santiago llevando una gran caja de cartón. Subió por unas escaleras monumentales, recorrió vastos pasillos, entró en incontables oficinas idénticas (que parecían una misma oficina multiplicada en el reflejo de espejos paralelos), hasta que por fin dio con el antiguo despacho del juez Nasar. Preguntó dónde podía dejar las cosas que habían encontrado cerca del coche del juez y que la policía ya no necesitaba. Una secretaria le dijo que podía dejar todo sobre el escritorio vacío.

No pasó mucho tiempo antes de que el almirante Julio César Murat considerara que él también necesitaba escabullirse del mundanal ruido politicoeconómico de su país. Otro juez (cuya familia había vivido algo asimilable a lo que le había sucedido a la de Nasar) se había empeñado en rescatar las notas y el disco duro de la

computadora encontrados en el lugar del accidente. Aquéllos eran los únicos elementos que no habían sido invadidos por el mortal virus que corrompió todas las otras computadoras que había tocado el finado *turco*.

Al enterarse Murat que el satánico juez Jodorow estaba reconstituyendo poco a poco el expediente pirateado por la Runeberg en los archivos del SIN, prefirió actuar con la misma cautela que tan incontables veces lo había salvado, y decidió pasarse una temporada en alguna de aquellas anónimas propiedades que sus prestanombres habían adquirido en algún tranquilo y discreto país. Pero antes de desaparecer, transitando por la Unión Europea para borrar su rastro en esa zona en donde ya no había control aduanal interno, decidió hacerle una última visita a Eva.

Varias y complejas fueron las razones que impulsaron a Murat a ir a ver a su más reciente enemiga. Entre ellas se podían encontrar la legendaria perversidad del almirante, su muy probable y hasta legítimo deseo de venganza, su innegable talento para crear situaciones dramáticas, su sentido del equilibrio estético. Pero el hecho de que se encontrara en París durante aquel bello 11 de septiembre no fue una de las menores. Con una fuerte dosis de descaro se fue a comprar una botella de champaña bien fría para luego irse a festejar a su manera el 28º aniversario del levantamiento de las fuerzas armadas con *su querida Evita*. Además ese día era un martes, como aquél día de 1973, lo recordaba muy bien puesto que muchos de sus compañeros de armas habían considerado de muy buen agüero lanzar el movimiento de liberación del país el día del dios de la guerra.

Resultó así pues que veintiocho años más tarde Murat se encontraba comenzando una nueva lucha durante otro martes 11 de septiembre y pensó que también podía ser de muy buen agüero. Luego recordó, divertido, que en las lenguas germánicas caras a los suecos Runeberg, el martes (*Tuesday, Dienstag, tisdag, týsdagr*) estaba dedicado a Týr, aquel aguerrido dios que salvó al universo engañando al lobo Fenrir al dejarle en el hocico su propia mano como prenda.

Una razón menos enrevesada podría bastar, sin embargo, para explicar la visita de Murat: estaba convencido de que al revelarle toda la verdad a *Evita* lograría avasallársela eficaz y durablemente.

Durante el trayecto en París, Murat evocó aquellos intensos momentos que vivió con Runeberg cuando juntos participaron en la aventura que libró definitivamente al mundo del comunismo. Recordó aquel día de noviembre en que el doctor Sydney Gottlieb llegó a Santiago proveniente de Montevideo en misión de reconocimiento. Después de haber destruido en 1972 la mayor parte de los expedientes de su proyecto MKULTRA (proyecto que se había vuelto una colección de actividades sádicas), Gottlieb, pretextando tomar su jubilación para irse a la India a encargarse de un leprosario, se había ido en realidad al Uruguay a iniciarse en las maravillas de la tapajina. Como el movimiento de liberación en Chile tuvo éxito, no tardó en ir para allá. Al día siguiente de su llegada, el antiguo director de la sección química del *Technical Services Staff* de la CIA se encontraba ya en Lo Espejo, y al otro día convocaron a Nils. Unos días más tarde, los tres volaron para Washington, y de ahí un helicóptero los recogió para llevarlos al cuartel general de la CIA, en donde Gottlieb dejó a los chilenos con el señor Patrick Flaherty.

Flaherty insistió hablar en español. Lo hablaba perfectamente, con un ligero acento cubano, puesto que, a pesar de ser hijo de irlandeses, había nacido en La Habana. Enseguida se había dado cuenta de que sus dos invitados pertenecían a su mundo. Compartían los mismos gustos artísticos y literarios, y aprobaran a Poe al reconocer que *La felicidad no se encuentra en el conocimiento, sino en la adquisición del conocimiento*. Lo único que incomodaba ligeramente a Flaherty era aquella desenvoltura tan latina que él nunca había podido desarrollar aun habiendo sido criado en Cuba. Esa noche sus invitados la pasaron en la residencia que poseía a orillas del Potomac. Al día siguiente les habló de USHER.

Naturalmente Flaherty se había informado previamente de todos los detalles de la vida de los dos chilenos. Comprobó que habían seguido caminos tan rectos como él, sin desviarse jamás de la

lealtad para con su patria y los valores que habían permitido el desarrollo de la cultura occidental. Eran además brillantes, eruditos y poseían una ambición que iba mucho más allá del simple poder político. Los gustos sexuales de Murat le causaban cierta repulsión, pero eran ampliamente compensados por la inmensa influencia económica y social que tenía en su país. Además esas perversiones podían ser eventualmente utilizadas como medio de presión sobre él en caso de que algo llegara a fallar. Runeberg, en cambio, parecía perfecto. Al igual que un diamante era regular, previsible, transparente, luminoso, duro y frío.

Claro estaba que personas de ese tipo podían también encontrarse en Estados Unidos, pero para esa misión —que comportaba ciertos puntos discordantes con algunos principios de la cultura occidental— se requería precisamente reclutar esta especie de jenízaros para mantener exento de posibles miasmas al país de la Libertad.

Flaherty les hizo la propuesta siguiente: Runeberg remodelaría Völuspá, mandaría a su equipo a un cursillo de perfeccionamiento en Panamá, y reclutaría nuevos miembros. Unos regresarían a Chile a encargarse de afinar el arma absoluta de USHER, otros partirían a la costa sueca del Báltico para crear una base secreta. Murat, por su parte, se haría cargo de un centro secreto de experimentación y coordinaría las operaciones entre Suecia, Chile y Estados Unidos.

Yo le metí el gusto por la India al gringo, recordó Murat. Le encantaba el nombre de Indra que le encontré. El pelotudo se empecinaba en decir que la semiótica y todas esas huevadas servían para algo, pero yo le enseñé lo que es la verdadera filología y la lingüística, y poco después que lo echaran de la CIA me estuvo llamando de vez en cuando para que le recomendara libros de iniciación al sánscrito y luego comentar sus progresos... Ya hace como diez años que no he sabido más nada de él. De todas maneras, desde que les quitamos a los rusos de encima, esos roteques nos vienen tratando como a la peor gallada, se creen que nos llevan agarrados de los cocos, ipero los maricones de miéchica no saben que nosotros tenemos del año que nos pidan!

En tan íntimas reflexiones estaba cuando fue interrumpido por el taxista que le anunciaba que habían llegado al ángulo de la calle Saint Honoré con la plaza Vendôme.

Naturalmente, aquella era una visita que Eva jamás hubiera pensado y mucho menos deseado recibir, pero no se atrevió a negarle la entrada a su repentino visitante.

Primero que nada, Murat le entregó su botella de champaña y, con tono francamente sarcástico, le dijo que se la bebiera a su salud *y a la de Ricitos de Oro en este día patrio al que le debemos todo*. Luego se puso a comentar con sincera admiración la elegancia del apartamento, y su magnífica vista sobre la plaza Vendôme, pero enseguida le advirtió que se equivocaba si pensaba que podía uno seguir sintiéndose seguro en Francia. *Ni en Francia, ni en Inglaterra, ni en España, concluyó. A estos hocicones europeos les ha dado ahora por sentirse más blanquitos que el Cordero pascual y se creen que pueden juzgar hasta a su abuela. Yo sé de lo que son capaces estos cabrones. Yo fui intérprete de la delegación española que asistió a los alemanes en la planeación del bombardeo de Guernica, yo estuve aquí en París cuando se hizo la famosa redada del Velódromo de Invierno, yo visité las fábricas operadas por esclavos en Dora y en Buchenwald. Y tenían razón, concha de su madre, finalmente les estaban dando su merecido a esos rotos, judíos y comunistas; pero en la misma noche de nuestra visita a los campos de concentración, el Obersturmbannführer que nos servía de guía nos llevó luego a Weimar a oír la Novena de Beethoven. ¡Pucha si se le salían los lagrimones al maricón oyendo el Himno a la Alegría!*

Estos recuerdos fueron la transición perfecta. Murat pasó enseguida al meollo de su visita y le explicó a Eva que su *imbécil complot jurídico* había sido reactivado por el infernal juez Jodorow y que ya no había quien lo parara. *Hiciste tantas huevadas, mi pobre Evita, que dejaste la cagada.*

Ésa fue la última frase que Murat pronunció en calidad de amigo del padre de Eva. A partir de ese momento se volvió lo que en realidad siempre había sido: un extraño. No porque él no estuviera

en su sitio, sino porque ella jamás había pertenecido ni al universo de Murat ni al de su madre; ni siquiera al de su padre que, según Murat, no era *más que un advenedizo, un plebeyo que supo seducir a una Sotomayor por medio de su nombre germánico y de sus greñas doradas*. *Pero no es un verdadero hombre. Nunca lo ha sido. Ni siquiera tuvo con qué hacerle el favor a su hembra.* Tú no eres sino la bastarda de dos traidores terroristas que querían entregarle la patria a los cubanos y a los rusos.

Antes de que Eva pudiera reaccionar, Murat le señaló la cara con el índice y agregó:

—No necesitabas más que verte, hija de miserables. No necesitabas más que mirar tu cara y tu piel para darte cuenta. Ya te lo sospechabas, ¿verdad? Tú puedes ser muchas cosas, pero de estúpida no tienes nada. Estoy seguro que más de una vez pensaste que no podías ser una Sotomayor. Que ni siquiera podías ser una Runeberg.

Fuera de sí, Eva se aferró a la chaqueta de Murat y tiró de él exigiéndole que se largara de inmediato. El viejo almirante aprisionó entonces con firmeza el brazo de Eva, y con la otra mano la cogió por el pelo para llevarla ante uno de esos abominables espejos que, como la cópula, multiplican el número de los hombres. *¡Mírate pues!,* le dijo. *¡Mírate, perra inmunda, aborto de indio!* *¡Eres el excremento de una comunista que Runeberg recogió para darle gusto a la huevona de Altagracia! ¡Ves el resultado?: ieres el engendro de Judas; cuélgate como él!* *¡Nunca deberían haber permitido que nacieras!*

Cuando Murat la soltó, Eva creyó entender por primera vez el sentido de la palabra *desamparo*. Pero no lloró; *no era llegada la hora.*

Antes de partir, con un gesto dramáticamente estudiado, Murat puso un DVD sobre una mesa y le dijo: *aquí está lo que faltaba del año 74. Creo que con esto entenderás de una buena vez de dónde vienes. Y creo que así ya te quedarás por fin con la jeta cerrada; por lo menos hasta que me vengas a chupar el pico.*

No bien Murat había cerrado la puerta, el teléfono se puso a sonar. Sonó con una insistencia inusitada; su llamado se prolongó insopportablemente, como una especie de queja, o hasta de grito de auxilio.

Pero Eva no contestó. Sabía que era su padre llamándola para recordarle el 11 de septiembre.

Además era martes, como aquel día de 1973.

Día de guerra. Día de fuego.

Vuelo de lanzas. Lobo de templos

8. La hora del Lobo

I

Sé que pendí del árbol, que movía el viento, durante nueve noches: herido de lanza, sacrificado a Odín, yo mismo a mí mismo: sobre el árbol de raíces desconocidas.

No me dieron un cuerno para beber, no me dieron pan. Miré hacia abajo, recogí las runas; gimiendo las recogí, caí al suelo.

Nueve canciones mágicas aprendí del famoso hijo de Bolthorn, padre de Bezla, y bebí la hidromiel.

En mí crecieron la sabiduría y el conocimiento; medré y me sentí bien; una palabra y la siguiente me dieron la tercera; un arco y el siguiente, el tercero.

Unos días más tarde, cuando lo llamaron para avisarle que su hija había tenido que ser hospitalizada con toda urgencia en Santo Domingo, el general Runeberg recordó inevitablemente aquellos extraños versos pronunciados por Óðinn en su autobiografía poética, *El Canto del Altísimo*, el *Hávamál*. A principios de los años cincuenta Runeberg había dado con esos versos vertidos al español y comentados por el escritor más grande del siglo XX. En esa época era ya un hombre de más de treinta años; pero la innegable madurez que había alcanzado no neutralizó el cambio que iba a producirse en su vida.

Hasta entonces Runeberg había sido un militar notable por su cultura, pero que no se destacaba mayormente en la élite castrense. Había cursado, al mismo tiempo que sus estudios en la Academia de Guerra, un doctorado en historia en la Pontificia Universidad Católica. Contrariamente a Murat, que sólo tenía cinco años más, él había pertenecido a la primera generación de oficiales chilenos que, a causa de la guerra mundial, había tenido que romper con la tradición de cursar los estudios militares de postgrado en Alemania. Su diploma en estrategia y geopolítica lo había obtenido en West Point, por donde el ilustre poeta Edgar Allan Poe había pasado de manera fulgurante y fugaz más de cien años antes. A su regreso

participó activamente en el movimiento PUMA (Por Un Mañana Auspicioso) para apoyar —por todos los medios posibles— la candidatura del general Carlos Ibáñez del Campo.

Las cosas ocurrieron de tal manera que los PUMAs no tuvieron que recurrir a la fuerza para que el general que había salvado a la patria a finales de los años veinte regresara al mando en 1952. Contrariamente al estilo que había acostumbrado anteriormente, Ibáñez del Campo orientó aquella vez su campaña por un camino más moderado, adoptó el modesto y hacendoso emblema de *La Escoba*, y no rehusó ningún apoyo, ni siquiera el que le ofreció el Partido Socialista Popular, aquella disidencia “procomunista” del Partido Socialista de Chile.

Runeberg apreciaba tal orientación. Contrariamente a algunos miembros dogmáticos del PSP, como un tal Salvador Allende, que se regresaron al Partido Socialista para no apoyar a Ibáñez del Campo, el pragmatismo germánico de Runeberg lo hacía partidario de los acuerdos y de los compromisos, lo que lo acercaba de la vía democrática por la cual precisamente Ibáñez del Campo había encarrilado su país a partir de la efímera dictablanda que había ejercido entre 1927 y 1931. Desde esa fecha la política chilena había dejado de parecerse al indecoroso desorden que desprestigiaba a los otros países de la región. Contemplando el resultado de la elección de 1952, Runeberg pensó seriamente que Chile respondía por fin *al llamado de su destino, que es colmar los cielos con su pompa y gloria e iluminar a la humanidad con su potente faro.*

Fue poco después de este último triunfo de Ibáñez del Campo que Runeberg dio con los versos del *Hávamál* citados al comienzo de este capítulo. El traductor de aquellas líneas sugería un paralelo entre Óðinn y Jesús a causa de la lanza y de la inmolación en un árbol. Pero Runeberg vio enseguida que el poema tenía un significado todavía más profundo. Vislumbró algo que el exégeta argentino de esos versos ya había presentido unos años antes en un relato que Runeberg jamás podría leer:

a) Claro estaba que el sacrificio de un dios a sí mismo —*yo mismo a mí mismo (sjálfur sjálfum mér)*, decía textualmente el

poema— identificaba inevitablemente a Óðinn con Jesús, que es Dios sacrificado a Dios.

b) Pero la visión de Runeberg no se detuvo ahí. Sabía que Óðinn, el dios tuerto, era también frecuentemente reconocido como *el dios de los ahorcados*. Y aquellos colgados penden, generalmente, de una cuerda por el cuello. Sin lugar a dudas, Óðinn pendía de esta manera. Runeberg pensó (no pudo no pensar) en Judas Iscariote devolviendo los treinta dineros de la traición a los sacerdotes y diciéndoles, para aplacar su remordimiento (Mt 27: 4-5): λέγων, "Ημαρτον παραδοὺς αἷμα ἀθρόον. οἱ δὲ εἶπαν, Τί πρὸς ἡμᾶς; σὺ ὅψῃ. καὶ ρίψας τὰ ἀργύρια εἰς τὸν ναὸν ὀνεχώρησεν, καὶ ἀπελθὼν ἀπῆγξατο. — «Pequé entregando sangre inocente.» Ellos dijeron: «A nosotros, ¿qué? Allá tú.» Entonces él tiró las monedas en el Santuario, se retiró y fue y se ahorcó.

Un extraño estremecimiento recorrió entonces el cuerpo del joven Runeberg. Todo su ser rechazaba la idea que lo invadía insidiosamente al leer aquel antiguo poema éddico traducido al español. Todo el fervor católico transmitido por su madre, todo el rigor protestante heredado de su padre vomitaban tal idea, y sin embargo ahí estaba, límpida, lista para ser usada: Jesús se reflejaba en el suplicio de Óðinn, pero en aquel abominable reflejo aparecía también el impenetrable rostro de Judas. Sintió tal pánico que, infringiendo una regla que se había impuesto unos diez años antes, decidió comentar todo con su padre que vivía recluido en una pequeña casa que se había mandado a hacer en el sur junto al mar — *el campo del vikingo* según los escaldos.

Ya se ha dicho anteriormente que Mats Runeberg, el padre de nuestro general, se había convertido al catolicismo en Argentina para poder casarse con su prometida chilena. Tal conversión no anuló, empero, la ruda educación que había recibido de su propio padre, el pastor Hjalmar Runeberg, muerto prematuramente no sin antes haberles transmitido a sus dos hijos un profundo respeto por el lado áspero (*kärv*) del trabajo, del estudio y hasta del amor. El joven Mats importó tal concepto a Chile, se lo inculcó a su hijo Nils, y al principio todo funcionó muy bien. La cultura del pequeño se desarrolló más rápidamente que la de sus otros compañeros.

Aprendió el sueco y la veneración del abuelo (*farfar*) Hjalmar y del tío (*farbror*) Nils. A nadie le sorprendió que se le despertara la vocación militar.

Pero alrededor de los veinte años de edad, al morir su madre, el joven Nils decidió romper con ese pasado opresivo que lo había alejado de ella y que no lo conducía, según sus convicciones del momento, a ninguna parte. Llegó a pensar que no podía serle fiel a dos patrias a la vez y, sobre todo, que no podía tener dos culturas. Convenció así pues a su viejo padre (se llevaban unos cuarenta años) de que se retirara en un lugar marítimo y boscoso que le recordara su Blekinge natal, y no lo volvió a ver más que para Pascua y Navidad. Luego se lanzó torpemente en busca de la exuberancia de su continente, y trató inútilmente de comprender la embriaguez del sexo. En uno de sus cuadernos de apuntes tradujo así un pasaje del libro de Lawrence de Arabia: *Me gustaba lo que me era inferior, y hacia la bajeza orientaba mis placeres y mis aventuras. La degradación parecía contener una certeza, una seguridad primordial. Uno puede elevarse a cualquier altura, pero hay un nivel animal bajo el cual no se puede caer. Sobre tal certidumbre puede uno reposarse. La fuerza de las cosas, años y años de artificial dignidad, me lo negaban cada vez más; pero perduraba en mí el resabio de la libertad de aquellas dos caladas semanas de juventud en Port Said, cargando carbón de día en los vapores junto con otros parias de tres continentes y acurrucándose de noche para dormir en el malecón de De Lesseps, junto al que discurría el mar.*¹⁷

¹⁷ Runeberg había subrayado una frase que le había llamado la atención. El texto original va así: *I liked the things underneath me and took my pleasures and adventures downward. There seemed a certainty in degradation, a final safety. Man could rise to any height, but there was an animal level beneath which he could not fall. It was a satisfaction on which to rest. The force of things, years and an artificial dignity, denied it more and more; but there endured the after-taste of liberty from one youthful submerged fortnight in Port Said, coaling steamers by day with other outcasts of three continents and curling up by night to sleep on the breakwater by De Lesseps, where the sea surged past.*

Se puede afirmar aquí que durante sus años de formación el joven Nils Runeberg navegó por una zona incierta de la existencia, y a punto estuvo de convertirse en lo que unos definirían como un militar demócrata y social, solidario de los *otros parias de tres continentes*. Pero al leer el poema de Óðinn creyó aproximarse a aquella certeza que T. E. Lawrence había vislumbrado en la degradación. Tanto lo impresionó, que no esperó la llegada de ninguna fiesta religiosa para ir a visitar a su padre.

Al verlo llegar, Mats Runeberg le preguntó con ironía si ya era Navidad de nuevo, haciendo alusión al villancico sueco *Nu är det Jul igen*. El hijo trató de ignorar el reproche, y le habló enseguida del extracto del *Hávamál* que acababa de leer.

El viejo Mats no sólo conocía aquel poema éddico, sino que se sabía de memoria una buena parte de la Edda Mayor ya que, antes de que su hermano partiera a la facultad de teología de Lund, solían organizar entre ellos arduos torneos de declamación arbitrados por su padre, quien nunca había admitido que se utilizaran textos bíblicos para tales lides. Sin mayor dificultad, Mats Runeberg encontró en su memoria el fragmento sobre el autosacrificio de Óðinn, y lo recitó en sueco puesto que no sabía islandés.¹⁸ No le

¹⁸ Así declamó el viejo Mats:

*Jag vet att jag hängde i vindomsusat träd
i nio nätters tid,
sårad med uddstav, åt Odin given,
själv åt mig själv.
Jag fick ej njuta horndryck, ej heller bröd —
jag spanade nog nedåt;
runor tog jag upp, ropade och tog,
nu föll jag ned ur trädet.
Jag fick maktväden nio av den märklige sonen
till Böltorn, Bestlas fader,
och en dryck fick jag av det dyra mjödet
som ur Odröre östes upp.
Då började jag frodas och fatta allt,
växa och trivas väl;
jag letade ut ord utav ord,
en gärning gjorde den andra.*

El texto original del *Hávamál* iba así (138-141):

veía, sin embargo, ningún significado escondido. Se lo había aprendido, no con la intención de entender aquel poema pagano, sino para tratar de vencer a su hermano.

Su hijo le reveló entonces el terrible significado que había vislumbrado tras ese texto, el sanguinario dios pagano identificado a Cristo, la figura de Judas que resumía a las dos deidades.

Contrariamente a lo que se hubiera esperado, la reacción de Mats Runeberg no fue el escándalo, ni siquiera la excesiva sorpresa, sino más bien la satisfacción. Siempre había elogiado ante su hijo la imagen de su hermano el pastor, se lo describía como un profeta, pero jamás le había hablado de su inefable secreto, por la simple y sencilla razón de que nunca había conseguido entenderlo; ni siquiera le había mencionado el título del único libro que le conocía. Sabía que su mente no podía compararse con la de su hermano, y que si los razonamientos de éste llegaban a veces a espantarla, era forzosamente a causa de su propia ignorancia. De esta manera, al deducir por cuenta propia que *Judas de algún modo refleja a Jesús*, su hijo Nils había encontrado —sin otra ayuda más que la poderosa mente que había conseguido forjarle— el camino de su hermano Nils. *Din farbrors bok hette ju "Kristus och Judas" — El libro de tu*

Veitk at ek hekk vingameiði á
nætr allar níu,
geiri undaðr ok gefinn Óðni,
sjalfr sjalfum mér.

(á fleim meiði, es manngi veit, hvers af rótum rinnr).

Við hleifi mik sceldu né við hornigi;
nýstak niðr,
namk upp rúnar, cepandi nam,
fellk aptr flaðan.

Fimbulljóð níu namk af enum frægja syni
Bölforns, Bestlu fôður,
ok ej drykk of gat ens dýra mjaðar
ausinn Óðreri.

Þá namk frævask ok fróðr vesa
ok vaxa ok vel hafask;
orð mér af orði orðs leitaði
verk mér af verki verks leitaði.

tío se llamaba precisamente “Cristo y Judas”, dijo el viejo Mats con cierto azoro..

Orgulloso de haber contribuido a formar tan brillante inteligencia, felicitó a su hijo. Luego se puso a fruncir tanto el ceño que sus espesas cejas blancas casi llegaron a ocultar sus clarísimos ojos azules. Éstos miraban con ahínco un punto del infinito tratando de recordar algo remoto. Después de pronunciar ciertas tenues onomatopeyas de dolor, dijo por fin, con voz ronca y profunda: *Dungens vatten känner lycka, onda kan vi vara och göra ont.* Se levantó enseguida y se puso a buscar entre sus papeles el único recuerdo que había conservado de su hermano el pastor, aquel poema sobre el descubrimiento fortuito de un estanque espeacular tan apacible que la maldad humana resulta insignificante, aquél que proclama que *El agua de la selva es feliz*, que *podemos ser malvados y dolorosos*. Se lo regaló a su hijo el capitán Runeberg. Quizás algún día podría llegar a entender su verdadero significado, le dijo.

Mats Runeberg jamás se imaginó que aquel poema, aquella frase, formaba en realidad parte de los primeros delirios de un hombre que se encaminaba lenta pero seguramente hacia lo que la mayor parte de los mortales llaman locura. Genial locura, visión de la realidad tal cual es —sublime, es decir, inhumana. El padre del futuro general chileno nunca se enteró que poco después de haber zarpado de Malmö en 1908, el comportamiento de su hermano se volvió cada vez más extraño. Sin embargo —aun si las palabras *wansinnig, icke klok* y hasta *galen* llegaron a ser pronunciadas por aquellos que tuvieron que soportar sus últimos delirios— jamás el pastor Nils Runeberg llegó a ser oficialmente considerado como un loco.

De la misma manera, tampoco nunca se llegó a definir como locura el estado del Nils Runeberg chileno. La conjunción entre los versos de su homónimo tío y los del antiguo dios Óðinn llegaron sin embargo a abrirle unas puertas poco usuales del conocimiento humano. Creyó comprender que la atracción que en algún momento de su vida había sentido hacia lo que le era inferior no era el producto de una elemental condescendencia cristiana, sino el

resultado de un pensamiento totalmente abierto, curioso tanto de lo refinado como de lo burdo, tanto del bien como del mal.

Al año siguiente partió otra vez a los Estados Unidos a perfeccionar su instrucción, pero en un campo que de nuevo —como cuando estudió Historia en la Católica— no tenía aparentemente nada que ver con lo militar. Alegó ante sus superiores el gran beneficio que le aportarían, no sólo a su país sino también al ejército, todos los conocimientos que iba a recaudar. Nadie logró entenderlo, pero tampoco nadie se atrevió a negarle la más mínima petición. Frecuentó principalmente la célebre Divinity School de la Universidad de Chicago, abordando un estudio comparativo y racional de la historia de todas las religiones del mundo. Para esto tuvo que perfeccionar su latín y su griego e iniciarse al sánscrito y al hebreo; asistió a algunos cursos de hitita cuneiforme (que incluían ciertos rudimentos de sumerio y de acadio), y durante cuatro años se dedicó a aprender (con bastante dificultad y esfuerzo) el japonés hablado y escrito. Estudió inevitablemente el islandés antiguo y se dedicó a desempolvar su conocimiento de las otras lenguas escandinavas. Con la llegada a Chicago de Mircea Eliade encontró finalmente a un tutor de tesis digno de él y emprendió el más extraordinario estudio comparativo jamás realizado sobre el dios Týr.

Pero no lo terminó. Un día de verano, paseando por los bellos campos de la Universidad, pasó delante del *Stagg Field*, un estadio de futbol americano que parecía más un castillo medieval de opereta que un recinto deportivo. Ese día no había partido, así que el lugar estaba completamente desierto. Sin embargo, había un pequeño grupo de alumnos reunidos cerca de una entrada escuchando con aplicación las explicaciones de alguien que parecía ser su profesor. En el perfecto silencio del escenario, Runeberg oyó muy claramente al profesor decir que iban a entrar a ver el sitio en el cual CP-1 había sido construida para obtener por primera vez, el 2 de diciembre de 1942, un *k* superior a 1, puesto que llegó a 1.0006.

Como los Estados Unidos apenas estaban saliendo del periodo maccarthysta, y la Unión Soviética estaba experimentando sus primeras armas termonucleares, le costó cierto trabajo a Runeberg

(aunque ya nada de aquello era secreto) unirse al grupo para saber qué cosa era CP-1 y eso de k , y por qué fue tan históricamente significativo que ese k fuera tan ridículamente superior a 1.

Bajaron, así pues, al sótano del estadio y entraron en una cancha de squash completamente ordinaria. Estaba vacía. En ese lugar CP-1 había llegado al mundo.

CP-1 era simplemente la abreviación de *Chicago Pile 1*, la pila atómica en que el equipo de Enrico Fermi había logrado obtener por primera vez una fisión nuclear a escala real. Habían planeado construirla primero en el bosque de Argonne, en la reserva forestal del condado de Cook, a unos treinta y cinco kilómetros al suroeste de la ciudad, pero cuando la compañía que la construía se puso en huelga, Fermi propuso la cancha de squash de la Universidad, en donde ya había hecho algunas pruebas. Todos sabían lo que implicaba tal pila, pero el tiempo apremiaba tanto que se tomaron el riesgo de construirla dentro de una gran ciudad como Chicago.

El riesgo —pero también la clave del éxito del experimento— era k , el factor de reproducción k . Cuando un neutrón percute un núcleo de uranio 235, se producen k neutrones que serán capaces —según su potencia y el tipo de obstáculos que encuentren— de percutir otro núcleo para producir más neutrones. De esta manera, un neutrón de la generación cero producirá k neutrones en la primera generación, k^2 en la segunda, k^3 en la tercera, y así sucesivamente. Si k es inferior a 1, la reacción en cadena adoptará una tendencia hacia cero. Inversamente, si k es superior a 1.0, la reacción continuará y la producción de neutrones tenderá al infinito. En virtud de tan sencillas matemáticas varias decenas de miles de japoneses fueron desintegrados en una fracción de segundo el 6 de agosto de 1945, y otros tantos tres días después.

Fue durante esa corta visita al lugar de nacimiento de la CP-1 que el mayor Runeberg se dio cuenta de que había llegado al fin de su estancia en Chicago. En esa modesta cancha de squash evocó el comentario que un marino que había conocido durante el movimiento PUMA, el capitán de fragata Julio César Murat, le había hecho a propósito de un amigo alemán asesinado por el tribunal de Núremberg. Regresó precipitadamente a Santiago y fue

directamente a ver a Murat para pedirle —con ahínco— que le mostrara la carta-testamento que su amigo Otto Dietrich zur Linde le había enviado el día anterior a su ahorcamiento. Al leerla, Runeberg comprendió que la respuesta a su principal interrogación lo había estado esperando ahí, en la ciudad en donde había nacido. En un pasaje de su carta, zur Linde razonaba de esta manera: *Hitler glaubte, nur für ein Land zu kämpfen, doch kämpfte er für alle, auch für jene, die er angriff und verabscheute* — Hitler creyó luchar por un país, pero luchó por todos, aun por aquellos que agredió y detestó.

La conclusión de la carta le pareció más que luminosa a Runeberg, radiante: *Was zählt es denn, daß England der Hammer ist und wir der Amboß?* — ¿Qué importa que Inglaterra sea el martillo y nosotros el yunque? Lo importante es que rija la violencia, no las serviles timideces cristianas. Si la victoria y la injusticia y la felicidad no son para Alemania, que sean para otras naciones. Que el cielo exista, aunque nuestro lugar sea el infierno.

Poco después, Runeberg partió a Suecia. Regresaría con los dos libros del otro Nils Runeberg: *Kristus och Judas* y *Den hemlige Frälsaren*.

II

Si el honor y la sabiduría y la felicidad no son para mí, que sean para otros. Que el cielo exista, aunque mi lugar sea el infierno.

Antes de abrir su computadora, en el vuelo que la llevaba de regreso de París a Santiago, Eva pensó en aquella heterodoxa oración formulada en un lugar intemporal por un enigmático bibliotecario y rescatada por el librero Babel.

Había pedido que evitaran sentarle a alguien a su lado, y sabía que la línea aérea no podía negarle tal privilegio. No era que las butacas de primera clase no fueran lo suficientemente cómodas; lo que sucedía era que cada vez soportaba menos la cercanía de otro ser humano. Llegó hasta a sentir cierta repugnancia al evocar sus

contactos con Enrique, y le agradó que lo acabaran de nombrar mediador en unas negociaciones en Chuquicamata, por lo que no podría esta vez ir a recogerla al aeropuerto. En esas circunstancias, aislada del mundo en esa solitaria cápsula que fugaz atravesaba el cielo, identificando la escalerilla de caracol del 747 con las de *La Biblioteca*, se sintió como el recoleto bibliotecario de Babel y se puso de nuevo a evocar sus impensables reflexiones. Recordó: *Que yo sea ultrajado y aniquilado, pero que en un instante, en un ser, Tu enorme biblioteca se justifique.*

Envalentonada por tan impía oración, Eva instaló el disco de Murat en su computadora y empezó a escrutar su contenido.

La pantalla no tardó en convertirse en el abominable espejo al que la había confrontado, días antes, el malvado almirante. Se vio dentro. Vio su dolorosa imagen multiplicada, retratada por todos los ángulos; se vio medida, comparada, desnudada, vejada, destruida. Sintió una fugaz fascinación, luego asco, y después cólera, y luego más nada. Con un gesto de hastío, empujó la computadora fuera de la mesita de su asiento y se quedó inmóvil, con los ojos cerrados. Casi inmediatamente, una azafata acudió a recoger el aparato del suelo y lo puso sobre el asiento contiguo. Al inclinarse hacia Eva para preguntarle si todo estaba bien, ésta le estrelló en la cara la sólida computadora de titanio.

Se necesitaron dos stewards y una azafata para contener a Eva mientras el copiloto le ponía una inyección sedante. Cuando el hombre se le acercó con la jeringa, ella se puso a dar unos alaridos tan espantosos que le recordaron a todo el pasaje y a toda la tripulación aquellos gritos de horror que habían pronunciado en el momento de nacer.

El hospital San Vicente de Paúl de Santo Domingo no era una clínica de lujo pero ofrecía un servicio más que aceptable. Gracias a su compadre de siempre, el general de aviación Juan Felipe de Beauregard, Runeberg había podido conseguir *El Águila* para ir por su hija, el mismo 707 sanitario que había ido por Pinochet a Londres. Su crisis en el avión que la llevaba de París a Santiago había sido tan grave que se había tenido que hacer una escala

forzada en la República Dominicana para hospitalizar a Eva y también a la azafata que había desfigurado.

La primera imagen que vio al despertar fue el rostro de una mujer ya vieja. Sabía cómo se llamaba, pero no sabía quién era. Se llamaba Altagracia Sotomayor de Runeberg y le hablaba con palabras que trataban de expresar gran dulzura, diciéndole que pronto estaría en casa, que no se preocupara. Pero aquellas palabras, y el tono con el que eran pronunciadas, no lograron tranquilizar ni a Eva ni a nadie.

El cuarto del hospital se transformó en celda, luego en prisión, después en mazmorra. Las enfermeras se convirtieron en soldados; los enmascarados médicos, en verdugos. Altagracia, sentada en un rincón de aquel recinto oscuro, llegó a confundirse con algún gran inquisidor español.

Durante una fracción de segundo, Eva creyó ver por alguna parte al general Nils Runeberg, el padre de una rica abogada chilena que se disponía a traicionar a su país.

Eva se despertó en la recámara en donde había pasado toda su infancia y su adolescencia. Estaba sola y quería marcharse.

Quería, en realidad, huir. Se levantó precipitadamente, caminó algunos torpes pasos, pero sus piernas la abandonaron y cayó a unos cuantos metros de la cama. Ahí, al reconocer el olor de la alfombra, que no había cambiado desde que era pequeña, le vinieron a la mente los primeros versos de la *Salve*. Los pronunció: *Dios te salve, reina y madre, madre de misericordia, vida y dulzura, esperanza nuestra...*

Cuando Altagracia llegó para levantarla e instalarla de nuevo en la cama, tuvieron su primer enfrentamiento.

Eva rechazó inicialmente su ayuda, con desprecio pero sin violencia pues no tenía fuerzas para tales efusiones. Luego cambió radicalmente de actitud y se volvió dulce y hasta lisonjera. Se puso después a alabar los admirables méritos de aquellos padres que sin poder tener hijos los adoptan, librándolos de una vida indudablemente desgraciada.

Nada había introducido el tema, pero Altagracia le siguió la corriente a su hija aprobando su manera de pensar, puesto que tal era la actitud que debía seguir todo buen cristiano. Eva le preguntó entonces por qué algunos padres adoptivos no les decían la verdad a sus hijos, ya que su mérito era aún mayor que el de los otros.

Profundamente commovida —pero aún con bastante temor—, Altagracia le recordó que ella era su milagro: Dios le había enviado, sin que se lo mereciera, el más precioso don.

—Poco importa cómo llegaste tú aquí —agregó—. Lo importante es que eres parte íntima de nuestra familia. Los lazos de la carne no son los más importantes. ¿Te acuerdas de lo que decía el Principito?: sólo con el corazón se puede ver bien, lo esencial es invisible para los ojos.

Al oír estas tergiversaciones, la actitud de Eva cambió de nuevo radicalmente. Empezó alzando la voz para decirle a Altagracia que ya era demasiado tarde para darle una nueva versión de sus orígenes. Terminó echándola del cuarto a gritos, diciéndole esencialmente que era una hipócrita.

Más tarde (durante el mismo día o unos días después), Enrique Valenzuela llegó para ver a su esposa. Como el incidente del avión había sobrevenido cuando estaba a punto de obtener un delicadísimo acuerdo preliminar entre los sindicatos mineros de Chuquicamata y la legendaria CODELCO, sus suegros le habían insistido que se quedara y que ellos se encargarían de ir a recogerla a Santo Domingo. Al llegar a Santiago habían decidido alojarla en su propia casa para que pudiera estar atendida día y noche por sus parientes más cercanos. La visita de Enrique fue breve. Había alquilado un avión privado y tenía que regresarse esa misma noche. Subió con el doctor a ver a Eva, quien dormía profundamente. El doctor Ávalos, que atendía a la familia desde siempre, le recomendó para su esposa aquel remedio que los doctores de familia recomendaban desde siempre: mucho cariño y reposo absoluto. *Para esto, le aseguró, Evita se encuentra en el mejor lugar y entre las mejores manos. Regrese tranquilo a Chuquicamata. Aproveche que el presidente Lagos, a pesar de ser socialista, tuvo*

la gran inteligencia de nombrarlo a usted mediador en tan importantes negociaciones.

Otra noche (o la misma), Eva entró en la gran biblioteca de Runeberg y se dirigió hacia un secreter que él siempre dejaba cerrado. Caminaba difícilmente a causa de los tranquilizantes y antidepresores que le administraban. En sus manos llevaba una barra de hierro con la que trató de abrir el secreter utilizándola como palanca. Al fracasar, comenzó a darle de golpes. Golpes llenos de rabia, pero endebles e ineficaces.

Cuando Runeberg finalmente apareció, le dijo que lo que buscaba no estaba en el secreter. El general sacó entonces un llavero de un bolsillo de su bata y abrió un pequeño armario. En el interior había varias armas. Tomó una pistola y la cargó con balas que sacó de un cajoncito. Luego se acercó a Eva y colocó la pistola sobre una mesa junto a ella. Mirándola a los ojos le dijo (ella creyó notar un cierto tono de súplica en su voz) que tirara si de verdad pensaba que él era un criminal.

III

En este punto la cronología de la presente crónica se confunde, como un juego con espejos que se desplazan (*a game with shifting mirrors*, como diría Bahadur). La secuencia de los hechos puede hacer pensar que poco tiempo pasó entre el suceso anterior y los que serán relatados a partir de este momento, pero las fuentes no lo confirman. El caso es que una tarde, mientras el general Runeberg miraba el noticiero junto con su esposa, una noticia les hizo comprender que todo apenas estaba comenzando: desde el lugar en donde se escondía, el almirante Murat acababa de enviarle al juez Jodorow unos documentos que asociaban al general Runeberg y a otros militares con los peores actos de barbarie jamás cometidos en el país. Una fuga de información del ministerio de la Justicia le había permitido al periódico *Última Hora* conseguir y publicar algunos de esos detalles. Perdiendo todo dominio de sí, el general se

puso a despotricar contra Murat y también contra la prensa y los jueces, *vendidos a los extranjeros que quieren mancillar el honor del país*. Luego blasfemó contra el mismísimo General. Y finalmente contra Dios.

Hasta entonces Altagracia había permanecido callada y como petrificada ante la cólera de su marido, pero al oírlo allanar el nombre de Dios sintió que tenía que intervenir de alguna manera. Se le acercó, le dio uno de esos masajes en la cabeza que tanto le gustaban, y trató de tranquilizarlo diciéndole que estaba más que claro que todos esos horrores eran mentiras urdidas por la sucia mente del libertino ese de Murat, que además siempre había estado celoso de él. El asunto no tardaría en ser clarificado y luego olvidado. Ella sabía muy bien que él siempre había actuado con rectitud, y el pueblo chileno lo comprendería rápidamente.

En ese momento el teléfono sonó. Era Enrique que, completamente trastornado por lo que él también acababa de enterarse, llamaba desde Chuquicamata para solidarizarse con su suegro —aunque también quería aclarar ciertos detalles.

El general le confirmó lo que ya sospechaba: esas revelaciones no eran más que una manipulación de Murat, contra el cual el mismo juez Jodorow acababa de expedir una orden de arresto internacional a raíz de la reconstitución de lo que ya todos llamaban *el expediente Nasar*. La jugada de Murat pretendía diluir en el conjunto de todo el cuerpo militar de la generación Pinochet la responsabilidad de los actos inmundos que según el acta de acusación establecida por Jodorow sólo él había cometido.

Naturalmente ningún tipo de respuesta hubiera bastado para tranquilizar a Valenzuela, así que al colgar marcó inmediatamente otro número de teléfono para pedir que le tuvieran listo a primera hora del día siguiente un avión para regresar a Santiago.

Al llegar, Enrique Valenzuela se dirigió directamente a la residencia de los Runeberg Sotomayor. Pero no consiguió entrar. El jefe de la vigilancia lo fue a ver a su coche y le dijo que la casa estaba cerrada porque toda la familia se había ido de viaje.

De nada le sirvió insistir ni llamar por teléfono a sus suegros. No le ayudó tampoco en nada ir a la garita a insultar a los guardias y hasta amenazarlos. Éstos no le respondieron con la misma violencia, sino que se le quedaron viendo más bien con tristeza y hasta con cierta commiseración.

Lo único que se le ocurrió entonces a Valenzuela fue llamar a un amigo que trabajaba en el Ministerio del Interior para tomar cita con él. Le rogó verlo con toda urgencia, ese mismo día.

Menos de una hora más tarde estaba ya en la oficina de Eduardo López, explicándole su problema. Aunque llevaban unos ocho años sin verse, las revelaciones del día anterior habían bastado para que López le encontrara a Enrique un amplio sitio en su apretada agenda y le prometiera después de su entrevista mover todas sus influencias para que les abrieran la casa. Sin embargo le previno que todo podría resultar imposible —*en todo caso muy difícil y bastante demorado: estamos tratando de tomar una fortaleza custodiada por los Sotomayor y por los Michelsson*.

Lo que ninguno de los dos hombres ponía en duda, por simple lógica deductiva, era que la residencia estaba efectivamente habitada, y que Eva estaba detenida ahí, un poco como Ingrid Bergman en una de las malas películas de Hitchcock.

Sin embargo, lejos estaban de imaginarse los detalles precisos de la verdadera tragedia que dentro de esa casa se estaba ensayando.

IV

Gracias a su nombre y a sus orígenes germánicos, gracias a su cabellera dorada, a su luminosa piel y a sus ojos azules, el teniente coronel Runeberg había conseguido derribar las murallas que las familias Sotomayor y Michelsson habían elevado para aislar a Altagracia de los avances que los plebeyos sabiamente habían urdido al ver que la solterona no le interesaba a la aristocracia.

Una vez concluido el matrimonio, la carrera del teniente coronel adquirió un aspecto y un ritmo totalmente diferentes. Casi sin darse cuenta era ya general. Unos años más tarde la epopeya de

Pinochet lo condujo hasta el grado de general de ejército, y ese episodio de la historia de Chile (como ya se mencionó en la primera parte de esta crónica) le permitió borrar el desprecio que algunos miembros de la oligarquía chilena seguían todavía manifestándole.

Pero lo que instaló definitivamente al general Runeberg en el seno de los clanes Sotomayor y Michelsson fue también el evento más feliz de la vida de su esposa: la llegada de una niña a la cual ella le dio en seguida el nombre de su madre, Eva.

Llegó durante los primeros meses del orden nuevo, cuando la exaltación de la victoria aún no se había extinguido. Una noche Altagracia oyó con abismal sorpresa un comentario que su marido hizo casi para sí mismo desde el baño durante las minuciosas abluciones que solía practicar antes de meterse en la cama: *Hoy nació una niñita en el reclusorio. Su madre es una de esos cobardes terroristas que desgraciadamente no podemos dejar sueltos. Habrá que entregársela a su abuela que vive en una casucha asquerosa. ¡Qué desperdicio más estúpido!*

Durante los tres días que siguieron, la señora Sotomayor de Runeberg no hizo el menor comentario, pero a partir de la cuarta mañana no dejó pasar la más mínima ocasión para tratar de convencer a su marido que había que salvar a esa almita inocente de aquel mundo de comunistas que la condenaría irremediablemente. Así, quince días después de la primera confidencia de su esposo, la señora de Runeberg, que tenía ya más de 45 años de edad, se convirtió —después de un fantasmagórico embarazo— en la madre de una niñita nacida oficialmente aquel 15 de mayo de 1974. Sus ojos se volvieron color café, como los de Altagracia, su pelo era de un negro profundo, y su piel tenía destellos de bronce como jamás había tenido ninguna de las familias Runeberg o Sotomayor. Pero la felicidad había entrado en casa, eso era lo único que le importaba. Y además un alma había sido rescatada del infierno.

Muchos años después, recluida en casa de sus padres, la llamada Eva Runeberg Sotomayor habría de sentir el insopportable peso de su miserable nacimiento, de aquella estirpe de comunista que llevaba inscrita en la piel. Tanto le pesaba, que tuvo que

precipitarse al cuarto de su madre para suplicarle que le dijera que todo se lo había imaginado, que era falso, que no había pasado nada, que se quería quedar a vivir con ella para siempre, como cuando era una niñita.

Altagracia no tuvo sin embargo tiempo de consolarla. El ubicuo general Runeberg apareció de repente en el cuarto y separó brutalmente a Eva de Altagracia. Ésta, obedeciendo a algún remoto instinto materno, reaccionó con energía, se puede decir que hasta con cierta violencia; pero con una violencia que dirigió únicamente contra ella misma. Todo había sido culpa suya, aseguraba; decía que había querido andar siempre con los ojos cerrados, pero que desde el principio había sabido lo que su marido y sus otros secuaces habían hecho. Se acusó de haber sido más cobarde que él, más monstruosa. Él no era a final de cuentas más que un loco que creía que Dios le había confiado una misión, que pensaba que matando y torturando iba a salvar a Chile y hasta al mundo. Quizás fueron esos mismos delirios los que un día lo incitaron a salvar el alma de una bebita llevándosela a casa. Le había dicho que iba a rescatarla del comunismo y a enseñarle la fe del Dios verdadero (*¿qué Dios?*, se preguntaba Altagracia a voces, *¿qué verdad?*); ella había aceptado todo porque añoraba tener un niño, le bastaba únicamente imaginarse a una guaguita entre sus brazos —aunque su piel no fuera completamente blanquita— para que todo su cuerpo se estremeciera.

Se puede decir sin caer en la exageración que tales revelaciones no contribuyeron en nada a restablecer el ya delicado equilibrio mental de Eva. A partir de entonces perdió toda iniciativa y se pasaba los días acostada en la cama, sentada en un banco del jardín o instalada en la cocina donde el general Runeberg en persona le daba de comer. Aceptaba curiosamente esa compañía. Rechazaba en cambio la presencia de su falsa madre. Para mostrar (quizás) que conservaba todavía su sorprendente inteligencia imaginativa, encontró la manera más eficaz de alejar definitivamente a Altagracia: un día le embadurnó la cara con sus propios excrementos.

V

Enrique Valenzuela recibió otro día una extraña visita. Un viejo amigo de su padre (casi tan viejo como éste) fue a verlo para tratarle un asunto que anunció como *bastante delicado*. Aquel hombre era un antiguo colaborador del periódico *El Mercurio*, periódico que jamás disimuló sus simpatías para con Pinochet y su política. Llevaba un mensaje personal del director de *Última Hora*, periódico situado completamente al otro extremo del espectro político. El anciano aclaró toda aquella paradójica situación con rapidez y de manera sumamente concisa: *Te vine a ver, le dijó casi sin entrar en preámbulos, porque el director de Última Hora, que consiguió y publicó, como sabes, algunas de las revelaciones de Murat, me llamó para comunicarme un detalle que jamás dará a conocer al público. Sabe que soy amigo íntimo de tu familia, por lo que estaba seguro que podía contar con mi más absoluta discreción. Es respecto a Eva, y el asunto es tan delicado, que quería que fuera únicamente yo quien te lo transmitiera.*

Me dijo que después del escándalo que habían provocado en el Palacio de Justicia las revelaciones de su periódico, el juez Jodorow le había pedido discretamente que fuera a verlo. En lugar de recibirla con la esperada filípica, Jodorow sólo le preguntó si entre los documentos que había conseguido había algo sobre un bebé raptado en 1974. Al ver que no sabía nada sobre el asunto, Jodorow le explicó que ciertos de los documentos que había recibido daban a entender que Runeberg había secuestrado en 1974 a la hija de una prisionera...

Así fue como me encargó que te transmitiera este disco que Jodorow le dio. Yo... yo no he visto nada. Ni siquiera sé hacer funcionar esos aparatos, y así es mejor. Todo lo que sé es que Evita es totalmente inocente en este lamentable asunto. Yo nada más soy un simple mensajero... Me pidió también que te dijera (ni él ni Jodorow se atrevían a comunicártelo personalmente) que el contenido de este disco es muy duro...

Durante los interminables minutos consecutivos a la partida del anciano mensajero, Valenzuela no supo qué hacer. Quería olvidarse del disco que aquel hombre de mal agüero le había llevado, pero no podía ni siquiera posarlo. Se lo pasaba de una mano a otra, miraba sus destellos, sus irisaciones, contemplaba (con cierto desprecio) su propia imagen cautiva dentro de ese espejo circular. Pensó:

*Yo exhalaba veneno
Cuando yacía sobre la herencia
Inmensa de mi padre.*

Una sola vez había oído a Eva citar aquel verso de la serpiente Fáfnir, la temible custodiadora del tesoro de brillantes monedas de oro, el gigantesco reptil que fue atravesado por Gramr, la mágica espada de Sigurðr. Eva había pronunciado esas palabras durante una velada entre amigos, burlándose alegre y orgullosamente de su situación social. Sin embargo, la repentina evocación de aquel olvidado recuerdo (y sobre todo su minuciosa precisión, ya que lo que en realidad había evocado, entendiéndolo, había sido el verso normánico *Eitri fnæstak, es á arfi lák miklum míns föður*) le provocó a Valenzuela una fulgurante ráfaga de horror. Creyó que aquel abominable viejo le había dado un ظاهر Zāhir, uno de esos objetos (o seres) que según una creencia musulmana «tienen la terrible virtud de ser inolvidables y cuya imagen acaba por enloquecer a la gente». Los tortuosos arcoíris del disco le hicieron pensar en la repetitiva forma carcelaria de la piel de un tigre y de repente supo que *haber visto al Tigre* significaba locura o santidad en unos inmemoriales arrabales del Indostán. Luego trató de consolarse pensando como Tennyson que *si pudiéramos comprender una sola flor sabríamos quiénes somos y qué es el mundo*. Finalmente tuvo la certeza de que en uno de sus *masnavis* —precisamente en el اسرارنامه Asrar Namah (*Libro de cosas que se ignoran*)— el poeta persa فریدالدین ابوحامد محمد عطار نیشابوری Farīd ad-Dīn Abū Hāmid Muhammad ‘Attār Nīshābūrī escribió que *el Zāhir es la sombra de la Rosa y la rasgadura del Velo*.

La palabra *Rosa* lo rescató sin embargo de aquellos recuerdos *alieni*, ajenos. Pensó en el *botón de rosa* (*rosebud*) que ornaba el

centro de gravedad de su mujer, pensó en su olor recio, en su embriagante foresta. Sintió dolor por la ausencia de su hembra; pensó inevitablemente en la cabellera azabache de Jennifer y en el oro del pelo de Elisabeth. A lo largo de varios meses había prácticamente convivido con ellas durante la investigación de Eva. El erotismo voraz de ésta había totalmente anulado la atracción que él hubiera podido sentir por sus dos fieles amazonas. Pero esta vez el deseo se manifestó intacto y libró a Valenzuela del sortilegio al que estaba siendo sometido. Se precipitó al teléfono para pedir su ayuda.

Jennifer y Elisabeth llamaron después a Carlos, y los cuatro se pusieron a trabajar conjuntamente. Había que obtener el máximo de detalles sobre aquella prisionera cuya hija había sido raptada en 1974.

Los documentos que Jodorow le había comunicado a Valenzuela a través de *Última Hora* y del anciano mencionaban el nombre de una prisionera: María Inmaculada Sánchez. Estaba encinta al llegar al *Centro de Estudios Equus October*. Había dado a luz durante su detención, el primero de mayo de 1974, a una niña que llamó Rosa. Había nacido muerta. *Nada sorprendente*, comentaba lacónicamente el reporte, *dado el trato recibido por la madre durante los meses precedentes*.

Sin embargo otro documento indicaba que el 15 de mayo el cabo Martínez le había entregado un recién nacido a un personaje llamado *Monseñor*.

El 15 de mayo era el cumpleaños de Eva.

Poco a poco Valenzuela y sus dos turbadoras aliadas fueron reconstituyendo algunos detalles de la vida de aquella prisionera. Su nacimiento (*en un medio socialocomunista*, decían los atestados), sus padres (*colaboradores del usurpador Allende*), sus estudios (*impregnados de ideología marxista-leninista*), su encuentro con el militante (*terrorista*) del Movimiento de la Izquierda Revolucionaria (MIR) Rodrigo Gutiérrez, arrestado el 14 de septiembre de 1973 en compañía del cineasta estadounidense Charles Horman; la fecha de detención de la rea (*después de*

haberse escondido cobardemente), el 3 de marzo de 1974; las minutas detalladas de sus interrogatorios y de sus confesiones; su muerte el 16 de septiembre de 1974; el lugar en donde su cuerpo fue enterrado.

9. El agua de la selva

I

-*sui* era definitivamente “agua”, no “ebriedad” como le había dicho Morisui.

Cuando, luego de haber revuelto Roma con Santiago, Enrique Valenzuela logró por fin sacar a Eva de la casa de sus (falsos) padres, el general Runeberg se encerró durante varios días en su biblioteca, tratando de solazarse con sus queridos libros o tal vez buscando algún hipotético medio para que aquella que consideraba todavía como su hija volviera.

Los textos de Mateo que lo habían estimulado durante los años más difíciles de su carrera, no lograron esa vez reconfortarlo. De nada le sirvió recitarse de memoria aquello de que *el Reino de los Cielos sufre violencia, y los violentos lo conquistarán*, o recordar aquellas palabras que decían que *no se vayan a creer que he venido a traer paz a la tierra. No he venido a traer paz, sino espada. Sí, he venido a enfrentar al hombre con su padre, a la hija con su madre, a la nuera con su suegra; y sus propios familiares serán los enemigos de cada cual*. Tampoco le levantó los ánimos repetirse como un mantra que Yahweh Sebaot es el Dios de los ejércitos. Ni siquiera encontró consuelo en los últimos desvaríos del nazi zur Linde: «*Lo importante es que rija la violencia, no las serviles timideces cristianas.*»

Lo único que logró distraerlo eficazmente de su turbación fue otra turbación mayor en la que lo sumergió un detalle con que se topó al estar ordenando los papeles de Eva: en una banal carta en la que Morisui felicitaba a la señora *Eva Runeberg de Valenzuela* por haber *regresado felizmente a Chile* después del incidente de Santo Domingo, aparecía la firma del japonés. Claramente se notaban los tres arbolitos en triángulo del ideograma 森 mori, “el bosque”; pero en cambio el siguiente ideograma no era la botellita seguida de un nueve sobre un diez, 醉, “la ebriedad”, como le había dicho Morisui durante la velada que pasaron juntos después de la fiesta de

cumpleaños. El ideograma que seguía al “bosque” era el trazo vertical rodeado por los otros pincelazos que juntos representaban “el agua”: 水.

En japonés, “agua” se dice *mizu*, pero su lectura china (音読み *on-yomi*), utilizada en palabras compuestas de origen culto, es *sui*. Tomemos el ejemplo del metal mercurio, mencionado ya por Morisui durante el cumpleaños: en japonés se escribe igual que en chino 水銀 y se pronuncia “a la china”, *suigin*. El primer ideograma es “agua”, el segundo, “plata”, exactamente como en el griego ‘υδράργυρος o en el grecolatino *hydrargyrus*. El miércoles se dice 水曜日 *suiyōbi*, “día semanal de agua”, porque corresponde, como en occidente, al planeta Mercurio, que en japonés se dice 水星 *Suisei*, “astro del agua”, refiriéndose, naturalmente, al mercurio, “plata de agua” —el martes, por cierto, que en occidente corresponde al planeta consagrado al abrasador dios de la guerra, se dice en japonés 火曜日 *kayōbi*, “día semanal de fuego”, porque corresponde también al planeta Marte, 火星 *Kasei*, el “astro del fuego”).

El *-sui* del apellido de Morisui quería entonces decir “agua”. Definitivamente. Sin embargo, la simple pronunciación de aquel nombre jamás hubiera permitido saberlo, puesto que en el catálogo de los ideogramas usados comúnmente en japonés (los 常用漢字 *jōyō kanji*), que comportaba oficialmente 1945 signos,¹⁹ *sui* tenía catorce homófonos, entre los cuales se hallaban el del agua y el de la ebriedad. Sólo la lectura del ideograma correspondiente al agua le permitió a Runeberg eliminar todo malentendido: Morisui quería en realidad decir “agua del bosque”. Obligatoriamente en ese orden: “agua” era la palabra principal ya que en japonés, idioma de

¹⁹ Runeberg siempre se preguntó (sin que nadie pudiera responderle satisfactoriamente) por qué los gramáticos japoneses eligieron esa cifra que representa el año más trágico de la historia del Japón. Hubieran podido haber escogido un signo menos (1944) o uno más (1946) del vastísimo catálogo de ideogramas chinos. La reforma de 2010 le dio la razón a Runeberg, pero éste jamás se enteró.

construcción netamente ascendente, el determinante siempre precede al determinado.

Tal constatación excitó la curiosidad de Runeberg. Recordó que, aun si es posible mezclar en los apellidos la pronunciación china (*on-yomi*) con la japonesa, (訓読み *kun-yomi*) —el apellido 本田 Honda es el mejor ejemplo de esto—, en la mayor parte de los casos están formados únicamente con palabras autóctonas como 溝口 Mizoguchi, 黒澤 Kurosawa, 小笠原 Ogasawara, 栗酢 Kurisu o 岩崎 Iwasaki. Según esta regla general, el apellido de Morisui debería haberse pronunciado a la japonesa, *morisui*, simple aglutinación del sintagma *mori no mizu*, “agua del bosque”.

La referencia al poema de su tío el pastor se volvía así inevitable, aun si el verso original en sueco captado por Runeberg presentaba una ligera dificultad técnica. En efecto, en *djungelns vatten känner lycka* aparece claramente la palabra “selva”, no “bosque”, significado primario de la palabra japonesa “*mori*”. Sin embargo, en japonés no existe una palabra que signifique claramente “selva” en el sentido moderno de la palabra, la palabra japonesa “*janguru*” proviene, como “jungla” o su equivalente sueco “*djungel*”, del angloindostaní *jungle* (*hindi* जंगल *jangal* [*jamgal*], sánscrito जाङ्गल *jāngala*) y no se escribe en ideogramas sino en el silabario fonético katakana usado para las palabras que no pertenecen al ámbito sinojaponés: ジャングル. En realidad sí existen palabras para designar la selva tropical, 热帯林 *nettairin* o 密林 *mitsurin*, pero son demasiado técnicas y está formadas únicamente por ideogramas pronunciados a la manera china. *Mori* era, así pues, una traducción mucho más poética y finalmente mucho más cercana al sentido profundo del verso: el bello ideograma de los tres árboles en triángulo 森 —una especie de árbol de árboles— representaba mucho mejor esa inmensidad silvestre.

Esa era la clave del juego de Morisui, y cuando el general la encontró, se maldijo por haberlo hecho tan tarde. Todo era tan obvio como en la historia de la carta escondida de *La Carta Robada* de Poe. En aquel cuento, el malvado ministro había volteado la

carta al revés, como un guante, para ponerla luego a la vista de todos los sabuesos del prefecto de la policía, quienes jamás lograron siquiera *verla*. Con un refinamiento parecido, pero todavía más perverso, Morisui había expuesto a los cuatro vientos el secreto de Runeberg. Cada vez que pronunciaba su propio nombre, se mencionaba el agua del bosque. Runeberg había estado a punto de descubrirlo durante la velada del cumpleaños cuando Morisui había traducido a su mujer el verso del pastor sueco: *el agua de la selva es feliz — mori no mizu wa ureshii*. Todos los elementos del enigma se encontraban ahí. La selva, el agua, la felicidad de Morisui: 森の水は嬉しい.

Desde el principio ese maldito chino mañero me estuvo viendo las huevas poniéndome mi propio pasado delante de la jeta y yo ni cuenta que me daba, concha de su madre, se dijo Runeberg con rabia mientras tomaba el teléfono para ordenar que se hiciera una investigación sobre el pasado del japonés. Al colgar, la rabia se transformó en vértigo. Pensó que el *maldito chino* quizás no estaba burlándose de su pasado íntimo cada vez que le lanzaba a la cara su nombre. Quizás se refería a otra cosa. Se le ocurrió que quizás conocía la existencia de aquella decocción mágica del Tapajoz que salvó al mundo... *el agua de la selva*.

Durante el invierno de 1975 Runeberg y Murat partieron a México, en donde la CIA les proporcionó falsos pasaportes mexicanos para que pudieran viajar a Suecia sin despertar la más mínima sospecha. Iban como representantes de la firma mexicana de aceros suecos Palme. Runeberg adoptó el nombre de Jorge Borg. A Murat, como no podía pretender ser de ascendencia sueca, se le ocurrió enrevesar las pistas de la manera más curiosa adoptando el nombre de alguien que estaba ayudado activamente a los partidarios de Allende en el exilio, el presidente mexicano del momento, Luis Echeverría —naturalmente, su segundo apellido sería distinto. De esa manera nadie podría imaginarse que detrás de ese nombre se ocultaba uno de los mayores baluartes del nuevo orden chileno.

Murat, sin embargo, no era indispensable a la misión sueca que estaba totalmente bajo la responsabilidad de Völuspá. En realidad se le había pegado a Runeberg en ese primer viaje para ir por fin a visitar a su admirado Stig Wikander, el brillante autor de *Der arische Männerbund*, el libro que había revolucionado los estudios indoeuropeos a finales de los años 30. Tuvieron una suerte fabulosa, porque aquel verano de 1975 fue uno de los más magníficos que vivió el país en todo el siglo XX. Ni un solo día de julio y agosto llovió, el sol brilló diariamente, todos los crepúsculos pudieron manifestar su pleno esplendor y, de no haber sido considerado por todos como una bendición en campos y forestas, el calor hubiera podido haber sido casi calificado de agobiante. Así, después de haber recorrido el sur de Suecia guiado por Runeberg, después de haberlo ayudado a decidir —gracias a su experiencia de marino— que el lugar ideal para la base de Völuspá debía seguramente ser aquella casa señorial (*herregård*) que encontraron en la costa oriental de la isla de Gotland, Murat tuvo que partir para el norte, puesto que Wikander ya no vivía en Lund sino en Uppsala, en donde había obtenido desde 1953 una cátedra en la *Institutionen för Jämförande Språkforskning* y acababa de jubilarse.

Al quedarse solo, Runeberg fue directamente a ver al viejo librero de Lund.

Su entrada en la tiendita fue como la rasgadura del Velo. *Primero hubo un temblor* cuando Borg vio la cara de Runeberg: era *abultada o increíble*, como una careta. *No tenía cejas; el párpado inferior del ojo derecho pendía sobre la mejilla senil; un pesado racimo de tubérculos le comía los labios; la nariz inhumana y achatada era como de león.*

La noticia del *pecado abominable* de los militares chilenos había cundido hasta tan apartadas comarcas. Borg se lo dijo, y Runeberg reflexionó que quizás por eso los Wirén, que tan amables habían sido con él cuando los había conocido a finales de los cincuenta, ya no le habían contestado sus dos últimas felicitaciones de Navidad. Después de un *facilis descensus Averni*, se había convertido para ellos en el *monstrum horrendum* del cuento de Poe: *un hombre genial sin principios*.

Pensó entonces en Harald Edelstam, el embajador sueco en Santiago que tanto revuelo había armado durante la revolución y se dijo: *Sin duda alguna hay algo podrido en el reino de Suecia. No todos pueden reaccionar así. No puede ser que cuarenta y tres años de socialismo los hayan confundido como en otros tiempos las herejías abominables de la Rosa escondida llegaron a confundir a los hombres. No puede ser que no se den cuenta que libramos a Chile del mal.*

Borg, sin embargo, era una persona desaforadamente magnánima y abierta a todo pensamiento, así que contuvo su primera reacción de rechazo. Convidó de nuevo a Runeberg a tomar café con *pepparkakor*, y después de una conversación banal sobre los viejos tiempos de su encuentro, le pidió perdón por la reacción tan descortés que había tenido al verlo entrar. Inventó un pretexto: *hace unos cincuenta años*, dijo sin mentir, *soñé que un hombre de edad me daba un billete de un dólar que llevaba la fecha de mil novecientos setenta y cuatro —o sesenta y cuatro, no recuerdo bien... de todas maneras esos billetes no tienen fecha*. Luego mintió a medias: *pensé que aquel hombre había regresado; es que ya casi no veo*.

Después de haber formulado aquellas aclaraciones irrefutables por su carácter a la vez onírico y aparentemente trágico, Borg sintió que podía hacer preguntas más concretas: se interesaba sinceramente por los recientes cambios acontecidos en Chile. Como en Suecia existía consensualmente una opinión desfavorable hacia ellos, le pidió a Runeberg su punto de vista personal. Cuando su invitado terminó de explicar todo lo que habían realizado gracias al derrocamiento del tirano, Borg le preguntó únicamente si no pensaba que *Esa obra era un escándalo, porque la confusión y la maravilla son operaciones propias de Dios y no de los hombres*. Luego, sin dejarlo contestar, y quizás para desagraviar a su huésped, que hubiera podido sentirse agredido por el contenido de tan lapidaria frase, agregó que, efectivamente, *Rusia está apoderándose del planeta; América, trabada por la superstición de la democracia, no se resuelve a ser un imperio*.

Nunca más volvieron a verse.

La misión de Runeberg fue todo un éxito, todos lo sabemos muy bien. El general aprovechó además los frecuentes viajes que hacía a Suecia para conocer mejor y darle a conocer a su hija las maravillas y la poesía de la patria de sus antepasados. El único percance relativamente serio de la operación aconteció durante el año 1986, cuando se encontraban en la fase crítica del tratamiento del reciente Secretario General del PCUS.

El Primer Ministro sueco Olof Palme, que era por cierto hermano del fundador de la compañía mexicana de aceros suecos, fue derrocado durante las elecciones que tuvieron lugar un año después de la llegada de Völuspá a Suecia, poniendo así fin a un reinado de 44 años consecutivos (*una verdadera dictadura*, decían algunos) de socialdemocracia. Sin embargo, después del paso entre 1976 y 1980 del huracán Carter por la Casa Blanca, que puso de cabeza los servicios secretos norteamericanos, se les olvidó quién era Olof Palme y éste recuperó en 1982 el poder. Un día de 1986, recorriendo un reporte de rutina de la Säpo, el servicio de contraespionaje sueco, el Primer Ministro leyó que un submarino soviético de tipo Akula (o Щука-Б, según la terminología soviética) había sido detectado *frente a la propiedad del señor Göran Borg, ejecutivo de Acero Sueco Palme, S. A. de C. V., empresa mexicana fundada por emigrantes suecos*. Lo que le había llamado la atención al Statsminister Palme no había sido el incidente submarino, nada raro por aquellos tiempos. Lo que lo retuvo unos segundos, fue la mención de México. Recordó fugazmente su viaje a aquel país y su estancia en el impensable hotel Camino Real, digno de (y quizás superior a) las mayores obras de Saarinen o de Alvar Aalto. Evocó inevitablemente la recepción que le había organizado la sección mexicana del clan de los Palme, seres que (según él) habían alcanzado la perfección al haber logrado conjugar la hospitalidad escandinava con la mexicana. No pudo resistir a la tentación de pedirle a su secretaria que tratara de localizar a su lejano primo Oskar Palme.

Su verdadero nombre era Óscar, y fue localizado inmediatamente, ya que en México la mañana estaba apenas comenzando. Tuvieron una conversación breve y cordial, en la que

recordaron esencialmente los buenos momentos que pasaron juntos durante los cortos ratos en que Olof y Lisbet lograron escaparse de las visitas protocolarias. Durante la plática, el Primer Ministro le comentó incidentalmente a su primo que se le había ocurrido llamarlo después de haberse topado en sus papeles con el nombre de uno de los empleados de su firma, un tal Jorge Borg. Óscar, que se encargaba de la coordinación del personal, pareció algo extrañado y le pidió que le repitiera y hasta que le deletreara el nombre²⁰. Luego se prometieron llamarse más a menudo, y Óscar juró que no dejaría de tomar contacto con Olof la próxima vez que iría a ver a la tía (*faster*) Elisabet a Småland.

Pocas horas más tarde, saliendo del cine con su esposa (la película se llamaba *Bröderna Mozart*), el *Statsminister* recibió quirúrgica y profesionalmente dos balas en su cuerpo que le garantizaron una muerte casi instantánea y sin dolor.

Durante cierto tiempo se rumoró que había sido asesinado bajo la orden del vicepresidente Bush por un agente chileno-estadounidense llamado Michael Townley por haber interrumpido *la ruta de Bofors*, una astucia inventada por la CIA para venderle secretamente armas a Irán a través de Nigeria, Alemania del Este o Yugoslavia utilizando la compañía sueca Bofors manipulada por el agente Karl-Erik Schmitz, cuyas oficinas se encontraban en Malmö...

En tan exóticos recuerdos estaba sumergido Runeberg cuando el fax se puso a funcionar. Los informes sobre Morisui que había encargado empezaban a llegar.

Cabían en una cuartilla:

En la firma Pancrazi, Morisui y Asociados, el señor Morisui es una especie de eminencia gris. Asiste poco a las reuniones y prefiere discutir sobre todos los asuntos del bufete yendo a cenar dos o hasta tres veces por semana a casa de don Eduardo Pancrazi. Las malas lenguas explican de dos maneras este detalle que, aun para un japonés, no deja de ser bastante excéntrico. Unos dicen (equivocadamente) que su dominio del español deja mucho que

²⁰ «Jorge, som på spanska, J-O-R-G-E, och Borg som på svenska, B-O-R-G».

desear y que no puede concentrarse durante las largas reuniones del bufete. Otros aseguran (y puede ser que tengan razón) que el señor Morisui se acogería a cualquier pretexto para poder disfrutar lo más frecuentemente posible la delicada cocina de la esposa mexicana del señor Pancrazi. De todas maneras, sus funciones en Chile son bastante limitadas, por eso —excluyendo naturalmente al señor Pancrazi— en las oficinas de Santiago nadie puede pretender conocerlo bien. Su verdadera actividad se efectúa en el Japón y en Asia del sureste, principalmente en Vietnam, donde dirige otra filial de la casa matriz: la firma Marley & Marley, de Londres y Nueva York. Estas últimas oficinas ya no existen puesto que se encontraban en la torre norte del World Trade Center y hasta la fecha no se han abierto otras en esa ciudad.

Confirmamos que en el 本籍 honseki (registro civil japonés) los ideogramas del apellido de Morisui no son 森醉 sino 森水, lo que confirma efectivamente que el segundo ideograma corresponde al del “agua”, pero al no presentar ninguna transcripción fonética es imposible verificar si debe leerse –sui o –mizu para formar, ya sea “Morisui” o “Morimizu”.

Según los archivos de Marley & Marley, el señor Morisui nació en Kobe, el 11 de septiembre de 1943, fecha que confirma el registro civil de esa ciudad reconstituido después de la guerra. Su madre murió durante el parto y fue educado por su padre, que había sido capitán de navío de la armada imperial. Sus brillantes estudios le permitieron obtener una beca para ingresar en la Universidad de Harvard, Massachusetts. Estudió Derecho Internacional y Relaciones Internacionales. En enero de 1969 se graduó summa cum laude. Su tesis fue leída summo cum gaudio por los sinodales y su tutor de tesis, el profesor Samuel Huntington. Francis Fukuyama, uno de sus condiscípulos, antes de anunciar el fin de la historia, hizo el comentario siguiente: «La tesis de Morisui es una obra maestra de clarividencia y ambigüedad. Se merece perfectamente los honores recibidos en Harvard, pero hubiera podido haber recibido exactamente las mismas alabanzas en las Universidades de Moscú o de Pekín. Su título es ya bastante

elocuente: Los caminos de los Estados Unidos son insondables: estudio sobre la sutil solidez de las bases jurídicas de la liberación de Asia oriental y del Pacífico por los Estados Unidos de América de 1898 hasta la Guerra de Viêt Nam.»

A mediados de los años sesenta fue reclutado por la firma Marley & Marley de Londres, antes de que ésta se instalara también en Nueva York.

La gran apertura liberal suscitada por el gobierno del general Pinochet fue aprovechada para crear una filial de Marley & Marley en Chile. Morisui asumió el mando. Fue él quien escogió al señor Eduardo Pancrazi como socio, y no lo contrario, como cree la mayor parte de los socios de la firma.

Al terminar de leer, Runeberg recordó una frase que le había oído a Borg, o que había leído en el *Quijote*, o en alguno de los descabellados textos de un oscuro escritor simbolista nimeño: ...*la verdad, cuya madre es la historia, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo por venir.*

II

Al ser liberada, Eva tuvo que ser ingresada en el hospital San Juan de la Cruz.

A pesar del avanzado deterioro de su estado físico y mental, no se pudo (ni se quiso) comprobar si había sido sometida a un eventual envenenamiento paulatino como en la película de Hitchcock. Se le dio en cambio prioridad a un test de ADN que comprobó definitivamente la filiación entre María Inmaculada Sánchez y Eva. De esta manera, todo lazo entre ella y el general Runeberg se volvía no sólo ilegítimo sino hasta ilegal.

Sin embargo, lo único que de verdad contaba en aquellos momentos era la salud de Eva, y todos vieron con agrado que mejoraba rápidamente. Un día sus doctores decidieron que podía comenzar a vivir normalmente. Se le llevaron sus vestidos preferidos, y se le sugirió que almorzara y cenara en el comedor

durante los pocos días que faltaban para que la dieran definitivamente de alta. En tales circunstancias, no necesitaba pasar un tiempo infinito antes de que llegara a cruzarse con el señor Santiago Ordóñez, eterno huésped del San Juan de la Cruz.

Todo sucedió durante una tibia noche de verano. Cenando tranquilamente en la terraza del comedor con su marido y la doctora Helena Bermejo —una psiquiatra del hospital a quien el caso de su paciente había conmovido más allá del profesionalismo—, Eva se puso a opinar con bastante buen humor que don Pedro de Valdivia no se había equivocado al darle a su ciudad el nombre de Santiago del Nuevo Extremo, porque no había nada más extremista que ese país. Luego les recordó a sus visitas que Santiago era la abreviación de Santo Jacobo (*Sant-Yacob*), y que יעקב Jacob no quería decir —contrariamente a lo que se decía en La Biblia— “asido al talón (*בַּקְעָם* ‘aqeb) de Esaú” (Gn 25: 26); ni tampoco “me suplantó (*לִעֲקֹבֶן* ‘waiya-‘aqab-eny)” (Gn 27: 36).

—Gutierrez Tibón, puede ser que para tratar de apegarse lo más fielmente posible a las etimologías populares descritas en el Génesis —agregó doctamente Eva—, decía astutamente que Jacob había “sub-plantado” a Esaú. Así combinaba con mucha sutileza el hecho de “suplantar” con el “asimiento del talón”, puesto que el *talón* puede considerarse como una parte de la *planta* del pie. Además “suplantar” tiene algo que ver con los pies y con la malicia atribuida a Jacob, ya que en latín *supplantare* no es más que “poner una zancadilla”, que es más o menos lo que le hizo varias veces Jacob a Esaú. Pero la innegable sutileza del buen don Gutierrez no lo ayudó esa vez ya que es absurdo utilizar el latín para interpretar un idioma que nada tiene que ver con él. Lo más seguro es que Jacob sea una abreviación de יעקב Ya‘aqob-El, es decir, “Dios sigue”, según Aslanov, o simplemente, “Dios protege”.

Eva miró entonces al cielo, quizás para solicitar tal protección. Protección divina, o simplemente protección del compostelano y aguerrido patrono de la ciudad, aquel apóstol Santiago Matamoros cuyas cualidades guerreras habían ayudado a la reconquista de España contra la morisma, y a la conquista de América contra los salvajes. Luego pensó fugazmente en la serpiente Fáfnir, recostada

sobre su lecho de monedas de oro, brillantes como los luceros que contemplaba. Pensó también en el gigantesco reptil de la mitología nórdica que rodea el mundo habitado, el ecúmene, nuestro 中國 País del Medio, nuestro Mið-garðr. Sintió un recóndito vértigo.

—*L'hydre-univers tordant son corps écaillé d'astres* —dijo, recordando en voz alta aquel remoto poema de Victor Hugo.

Algo mágico sucedió entonces. La Luna empezó a salir justo encima del río Mapocho, reflejándose soberanamente en él. Inspirada, con ronco y misterioso acento, Eva pronunció las siguientes palabras: *hlör u fang axaxaxas mlö*. Sus acompañantes la miraron con preocupación, sobre todo Enrique, a quien le había llegado esa misma mañana la cuenta provisional del hospital. *En una lengua del hemisferio austral de Tlön*, aclaró Eva sin aclarar nada, *eso quiere decir “hacia arriba detrás duradero-fluir luneció”, o sea, “surgió la luna sobre el río”*.

—*La noche, las estrellas y la luna* —cantó en voz baja, mirando maliciosamente a Enrique—, *son testigos... de nuestra gran pasión...*

Unos golpecitos en una ventana próxima sacaron a todos de sus angustias y de sus ensueños respectivos: un hombre sonriente golpeaba el vidrio y le hacía grandes señas a Eva del otro lado. Era Santiago Ordóñez. Enrique no sabía quién era, y la doctora Bermejo ignoraba que Eva había ido a verlo unos meses antes con motivo de su investigación a propósito del almirante Murat, así que, a pesar de que sabían que Eva todavía estaba bastante delicada, consideraron que sería sumamente exagerado impedir que se hablaran, y lo acogieron con amabilidad en su mesa.

Ordóñez ya había comido y fue rápidamente al grano. Pensaba con toda naturalidad, que *la señora Runeberg* había ido a verlo para proseguir su investigación y fijarle una fecha para testimoniar contra los militares. Eran unos asesinos, había que castigarlos, perseguirlos, sin ninguna consideración, sin concederles el menor cuartel. Eva, a pesar de haber recuperado su memoria sobre las lenguas de Tlön, las etimologías hebreas y la historia del virreinato del Perú, estaba todavía en tratamiento, y las drogas que tomaba le

impedían recordar precisamente qué era lo que quería aquel hombre.

Las cosas no se arreglaron cuando la doctora Bermejo trató de explicarle a Ordóñez que *la señora* (evitó prudentemente pronunciar otra vez el nombre de *Runeberg*) estaba ahí en calidad de paciente después de haber sufrido una fuerte depresión. En vez de entender, Ordóñez se puso cada vez más nervioso, empezó a hablar de un complot urdido por el hospital para hacerle creer que estaba loco y conseguir encerrarlo ahí para siempre. Actuando más rápidamente que los acompañantes de Eva, se levantó, se acercó a ella, y le preguntó, mirándola fijamente a los ojos, si también ella era cómplice de los militares.

La pregunta era dura, pero la mirada dulce y hasta suplicante. Luego posó su mano sobre el brazo de Eva. Como la mirada, ese gesto (en la realidad en que suele desarrollarse esta crónica) fue suave y tierno. Pero ella gritó: sintió que había cometido el irreparable error de dejarse agarrar de nuevo por el sucio brazo del verdugo, quien ya no la soltaría esta vez, y la desnudaría, la ataría, la amordazaría, la Velaría y la arrastraría de nuevo, esta vez por siempre, a su suplicio.

Aquí pierde todo sentido esta crónica de imágenes y seres que se confunden. O adquiere el sentido que desde hace cientos de miles de signos habíamos temido que tomara. O que quizás en secreto habíamos ansiado que tomara.

Eva (que es Rosa) se pierde en María, y en María nos perdemos también nosotros, cronistas, así como también nosotros, lectores. Vivimos su carne más intensamente que en el cine; somos su carne, somos su belleza, nos volvemos deseables como ella; somos su juventud, su escondida lujuria, su inverosímil e increíble e insoportable sufrimiento. Lo imaginamos. Lo trasoñamos. Los admiradores del marqués de Sade gozarán.²¹

i) Nuestra mirada capta a varios hombres, todos enmascarados, todos mal vestidos con ropas que algo tienen de militar. Vemos que

²¹ ²¹Ha sido inevitable, aquí, no omitir ni una línea. (*Nota del editor.*)

esos hombres desgarran nuestra ropa con violencia y apetito, oímos sus comentarios, sus risas. Nos montan, les escupimos a la cara, nos golpean el vientre, les gritamos *ino, por favor, por favor, estoy embarazada!* Nos enmudecen y nos ahogan con sus fétidos sexos, con su nauseabundo semen.

ii) Pasamos por varios interrogatorios, más o menos crueles. Las principales preguntas conciernen una cierta red clandestina formada por antiguos miembros del MIR o del GAP. Las tenazas y el fuego logran que no tardemos en entregar los nombres que conocemos y otros que suponemos.

iii) En una celda oscura y casi vacía aparece un personaje diferente de los demás, bien vestido y de modales desprovistos de vulgaridad. Esta primera visita es breve y sobre todo indolora. Cuando el personaje sale de la celda, creemos oír que lo llaman *monseñor*.

iv) Varias veces *Monseñor* nos visita. No nos maltrata y no nos interroga sobre nombres o datos precisos. Trata más bien de saber por qué escogimos la vía del comunismo, que en sus labios parece ser como una especie de religión, y que es forzosamente el camino del Mal. Con nuestra voz de mujer le contestamos que *no soy comunista, señor, que pensaba solamente que el cambio era bueno para Chile*. El hombre, ligeramente contrariado por nuestra respuesta nos dice que el primer paso hacia la redención es el reconocimiento de los pecados. Le contestamos que *reconozco que me equivoqué, señor, por favor, apiádese de mi niño, señor, le prometo que lo educaré como Dios manda*. Él nos contesta que no está nada seguro que sepamos qué es lo que Dios manda.

v) Nos encontramos ahora en una cámara totalmente distinta de las anteriores. Dos hombres trabajan sobre unos cables eléctricos en una mesa. Una puerta se abre y un hombre sin máscara entra caminando con dificultad. Lo llevan dos militares sin rostro. Vemos que el párpado inferior del ojo derecho pende sobre la mejilla desencarnada; sus labios son piltrafas que no logran ya cerrarse; la nariz inhumana y achatada es como de león. No sabemos quién es, pero sabemos que nos harán lo mismo que a él y gritamos y nos orinamos. Cuando nos ve, ese no-rostro es invadido por un horror

más atroz que él mismo y pronuncia nuestro nombre, *María*, grita nuestro nombre con voz casi incomprensible, *María*, lucha para tratar de acercarse a nosotros, aúlla como un animal una pregunta casi baladí: *¿qué le hicieron?* Los cuatro hombres presentes en el cuarto le impiden que se acerque a nosotros, lo inmovilizan en el suelo, lo golpean, lo atan a una silla. Luego dos de ellos se acercan a nosotros, nos enderezan, atan nuestras muñecas y nuestros tobillos a una tabla vertical. Los otros dos verdugos vienen después, con sus cables, que tienen pinzas en los extremos. Muerden con ellas nuestros pezones. Instalan otra pinza bajo nuestro redondo vientre. La sentimos en nuestra intimidad, dolorosa. Oímos un largo y hastiado grito. Es nuestra voz. Miramos al hombre atado en la silla. Lo miramos intensamente. Entendemos por fin quién es y le suplicamos: *iRodrigo, Rodrigo, salvame Rodrigo, diles que paren, Rodrigo, ya no puedo más, Rodrigo, salva a nuestro niño, diles todo!* Un hombre baja un interruptor y sentimos que las aceradas fauces de la serpiente nos devoran las entrañas y que los colmillos de los lobos arrancan despiadadamente nuestros pechos. Alcanzamos a oír nuestros propios alaridos, pero nos agitamos de tal manera que perdemos el sentido de todo lo que nos rodea.

vi) Miramos ahora de cerca el rostro del hombre. Lo miramos con ternura porque sabemos ahora que es Rodrigo, Rodrigo nuestro amante, Rodrigo sin párpado, Rodrigo sin nariz, Rodrigo monstruo, Rodrigo amor. Está hablando. Recita nombres y frases, como un párvido recitando una lección. Nombres, siglas, lugares, fechas.

vii) Cuando vemos de nuevo a Rodrigo, sentimos una liviana esperanza. Tiene párpados, sus labios son labios otra vez, y su nariz casi está completa. Pero no dice una sola palabra, no responde a nuestra voz. Lo sientan frente a nosotros, y lo atan otra vez, y nos da un miedo pánico porque sabemos que no lo van a hacer sufrir a él sino a nosotros, un temblor de horror se apodera de nosotros pensando en la tortura, y tratamos de huir, nuestras manos y nuestros pies luchan contra músculos que parecen de piedra, les suplicamos a nuestros verdugos que nos maten, y ellos nos aprisionan las muñecas y el cuello en un cepo, y nos cuelgan por los senos. Pendemos, aullando ante aquel hombre atado en la silla que

ya no podemos ni queremos ver. Poco a poco nos empiezan a descender sobre un asta romana y engrasada, empalándonos por el ano. Nuestras manos prisioneras intentan desesperada e inútilmente asirse a algo. Nuestros pies tratan de apoyarse en el palo y se resbalan con la grasa. A alguien le divierte ese movimiento continuo de nuestros pies pues oímos risas. ¿Será el hombre sentado en la silla? Maldecimos a gritos el día en que conocimos a ese chancho cobarde, y luego no sabemos más nada, embriagados como estamos sintiendo nuestras entrañas que se desgarran.

viii) Nos cortan el pezón derecho, y luego nos lo dan de comer, so pena de cortarnos otro pedazo. Después de habernos comido a nosotros mismos, nos rebanan sin piedad otro pedazo del mismo seno y se lo dan a ese hombre que ahora odiamos. Él dice que será su esclavo, que les entregará personalmente a sus compañeros, que los atraerá a donde quieran. Ellos le dicen que lo que quieren es verlo comer nuestra carne si no quiere que nos corten todo el pecho o que nos quemen un ojo. Mientras vemos cómo mastica nuestra propia carne, les pedimos a nuestros verdugos la gracia de acercarnos la cara de aquel perro para que se la escupamos. Nos complacen.

ix) Nos encontramos de nuevo en una celda. Por primera vez estamos en una cama, y también por primera vez vemos a una mujer. Está inclinada sobre nuestro vientre, nos dice que pujemos, levanta a un bebé, lo posa sobre nuestro vientre. Viendo su achatado y maravilloso rostro, murmuramos suavemente: *Rosa, Rosita...* Y nos ponemos a cantar una canción de cuna.

x) Un hombre entra en nuestra celda. Nos quita nuestro bebé. Lo alcanzamos, le damos una patada entre las piernas, se contrae de dolor, recuperamos a nuestro bebé. Pero el hombre toma un palo, nos golpea las piernas con toda su fuerza. Luego nos quita otra vez nuestro bebé y se va.

xi) Vemos al fin el rostro del hombre a quien llaman *Monseñor*. Vemos el rostro del general Nils Runeberg. No lo conocemos, y sin embargo no nos parece completamente extranjero, hasta sabemos cómo se llama. Nos habla con serenidad, casi con cariño. Nos dice que aun si nuestra alma está corrupta, él se encargará de salvar al

ser que acabamos de traer al mundo. Nos dice que podemos ahora dormir en paz, que los traidores han dado a un ser puro. *El agua de la selva es feliz*, concluye, *podemos ser malvados y dolorosos*.

xii) Cerramos los ojos. Ya no vemos ninguna luz, en nuestra oscuridad no hay ningún sonido. No oímos llantos ni gritos. Los ladridos de nuestros verdugos ya no nos alcanzan. Ni siquiera oímos las palabras inglesas que antes lograban atravesar las paredes de nuestra celda. Sólo podemos oír nuestros propios susurros, que recitan una y otra vez la misma plegaria, *Dios te salve, reina y madre, madre de misericordia, vida y dulzura, esperanza nuestra. A ti llamamos, los desterrados, hijos de Eva. A ti suspiramos, gimiendo y llorando en este valle de lágrimas.*

La puerta se abrió. Me cegó la luz

*fiat mihi secundum
hágase en mí según*

III. Abogada nuestra

Eva Rosa Valenzuela

1. De entre los muertos

La tortura atrae demasiado la atención, pero yo diría que no debe haber sido tan duro. Perdóneme si le parezco pretensioso, pero con toda modestia me atrevería a decir que físicamente he sufrido tanto como Cristo. Sus sufrimientos fueron además relativamente cortos. Como cuatro horas, ¿verdad? Yo creo que el sufrimiento físico esconde uno mucho mayor... A lo mejor ando mal. Pero piense en Getsemaní, señor pastor. Todos los discípulos se le habían dormido. No habían entendido nada, ni la comunión ni nada. Y luego, cuando llegaron los de la ley, todos se le esfumaron. Y luego Pedro que lo negó. Durante tres años Cristo había hablado con sus discípulos, señor pastor; habían vivido juntos todos los días. Nada más que no le habían entendido nada. Ni una palabra. Todos lo abandonaron. Lo dejaron solito. Señor pastor, ieso sí debe haber sido doloroso! Entender que nadie entendió nada. Ser abandonado justo cuando más se necesita contar con alguien. Un sufrimiento horrible... Sí... Pero eso no fue todavía lo peor... Cuando Cristo estaba ya clavado en la cruz, colgando ahí en medio de su dolor, gritó "Dios, Dios mío, por qué me has abandonado." Gritó con todas sus fuerzas. Pensó que su padre allá en el cielo lo había abandonado. Pensó que todo lo que había predicado era mentira. Una gran duda se apoderó de Cristo unos minutos antes de morir. Señor pastor, ese sí debe haber sido su más espantoso sufrimiento. Eso... el silencio de Dios...

Como en la película *La condesa descalza*, los Evangelios presentan la misma historia vista desde ángulos distintos. Nosotros vemos un ángulo más de la Pasión al atravesar en coche la muy noble y muy leal ciudad de Santiago del Nuevo Extremo, iluminada por un espléndido sol de mediodía.

Nuestra mente mezcla una película en negro y blanco de Ingmar Bergman con los colores vivos de las calles, con las casas elegantes, con la cordillera, con los rostros de Enrique, y de Helena

Bermejo. Al mismo tiempo vemos también los rostros de Allan Edwall y de Gunnar Björnstrand, y también oímos sus voces.²²

Ellos están desteñidos y más bien tristes, nosotros, en cambio, recorremos un mundo armonioso, azul, verde brillante, rojo, magnífico. Llegamos por fin a las alturas de La Dehesa, a *Los Patos*, a la residencia de los Valenzuela Runeberg.

Nuestros ojos lo miran todo como si lo descubriéramos por primera vez, como si no perteneciéramos a aquel universo.

Llegamos a una recámara. Nos acostamos.
Nos sumergimos otra vez en la oscuridad.

Al despertar, su mente lo tenía todo claro. Sabía cómo se llamaba y no lo podía soportar. Casi sin pensarla, marcó un número de teléfono. Llamó a su oficina. Después de soportar pacientemente las felicitaciones y enhorabuenas de sus colegas que se arrebataban el teléfono para saludarla, consiguió tomar cita con Jacques “Jack”

²² En nuestra mente pasa de nuevo la película *Luz de Invierno (Los comulgantes — Nattvardsgästerna)* que vimos en un cineclub de Chicago:

Man tänker för mycket på själva tortyren så att säga. Men den kan ju inte ha varit så svår. Ja, ursäkta, det låter naturligtvis förmäret men rent kroppsligt har jag nog i all anspråkslösthet så att säga lidit lika mycket som Kristus. Hans plåga var tämligen kort dessutom. Ungefär fyra timmar eller så? Jag tyckte jag såg ett mycket större lidande bakom det där kroppsliga. Nja, jag kanske har fått fel för mig. Men tänk på Getsemane, pastorn. Alla lärjungarna somnade. De hade inte begripit någonting, inte nattvarden, inte någonting. Och sen när rättstjänarna kom, så sprang de. Och så Petrus, som förnekade. I tre år hade Kristus talat med dessa lärjungar... De hade levat dagligen tillsammans. De hade helt enkelt inte fattat vad han menade. De övergav honom allihop. Och han blev lämnad ensam. Pastorn, de måste ha varit ett lidande! Att förstå att ingen förstår. Att bli övergiven när man verkligen behöver någon att lita på. Ett förfärligt lidande... Jo.... Men det var ändå inte det värsta! När Kristus blev uppspikad på korset och hängde där i sina plågor, så skrek han: "Gud min Gud, varför har du övergivit mig." Han skrek allt vad han orkade. Han trodde att hans fader i himmen hade överget honom. Han trodde att allt vad han hade predikat var lögn. Kristus drabbades av ett stort tvivel minuterna innan han dog. Pastorn, det måste ha varit hans allra mest fasansfulla lidande. Jag menar, Guds tystnad...

Greenham, que se encargaba de los asuntos de derecho matrimonial y registro civil.

Cuando su secretaria le anunció la llegada de su colega, Greenham se sintió corroído por la más profunda duda existencial. Él también estaba secretamente enamorado de *Eva Runeberg*. Como todos. Y también estaba, como todos, furiosamente celoso de su marido. Pero ahora que ella llegaba a su oficina para pedirle que se encargara de su divorcio, no sabía qué estrategia adoptar. Se sentía como un general asistiendo a la ruina imprevista del ejército enemigo, y se formulaba las mismas interrogaciones tácticas: *¿será una trampa?, ¿haré el ridículo?, ¿será honesto aprovecharse de la situación?, ¿valdrá verdaderamente la pena?*

Las cosas se complicaron aún más cuando se enteró que Eva, nombre que desde siempre le había arrancado los más profundos suspiros, ya no quería llamarse Eva sino Rosa, nombre que le parecía mucho menos evocador y pecaminoso. Ese era el segundo asunto —y el más importante— que había ido a encargarle su colega: tenía que tramitarle —y lo más rápidamente posible— su cambio de nombre. Y tenían que establecerse los hechos ante la ley tal cual eran: estaba recuperando su único y verdadero nombre. Del mismo despacho de Greenham llamaron a Elisabeth para pedirle que les enviara el test de ADN y todo el expediente de María Inmaculada Sánchez.

Elisabeth les informó entonces que ella y Jennifer también habían conseguido reunir algunas informaciones sobre el novio de la señora Sánchez, Rodrigo Gutiérrez. Incluiría ese informe en los datos adjuntos.

El nombre completo de su verdadera madre era María Inmaculada Sánchez Dahlmann. Era, en efecto, prima lejana de Diego Dahlmann, por lo cual el astronauta chileno resultó ser realmente tío de la abogada: su antepasado común era Johannes Dahlmann, aquel pastor de la iglesia evangélica que en 1871 desembarcara en Buenos Aires. Las personas que la habían conocido aseguraban que María Inmaculada había sido dulce e inocente, pero que había corrido también por sus venas la impulsiva sangre romántica alemana.

Pertenecía a las clases medias altas de izquierda. Su familia había optado por apoyar a Allende, a tal grado que su padre, don Joaquín Sánchez, llegó a ser uno de los principales consejeros del presidente y murió batiéndose junto con él durante el ataque al Palacio de la Moneda. Su madre, doña Ana Dahlmann, murió de la rotura de un aneurisma unos días más tarde.

En 1968, durante un viaje de vacaciones por Europa, la revuelta estudiantil de mayo había retenido durante dos semanas a María Inmaculada y a sus padres en París. Esta experiencia le hizo creer que la revolución era algo agradable y romántico. Una especie de *cena de gala*. En 1973, en la época en que efectuaba sus estudios en la Universidad, conoció, precisamente durante una de esas cenas de gala en el Palacio de la Moneda, a la encarnación misma de la revolución y del romanticismo. Tenía 27 años, se llamaba Rodrigo Gutiérrez. Era miembro del Grupo de Amigos Personales del presidente. En aquel tiempo de euforia y revolución no podía sino enamorarse de él. Sin embargo, sus padres le desaconsejaron firmemente toda idea de matrimonio.

El 11 de septiembre, don Gabriel, el médico de su familia la llamó con toda urgencia, no para anunciarle el levantamiento de las fuerzas armadas, que ya no era un secreto para nadie, sino para comunicarle los resultados de los análisis que ella le había mandado hacer discretamente. Le confirmó que estaba embarazada. Ella le confió la noticia a Isabel, una amiga que vivía junto a su casa. Le dijo que ya no tenía miedo. Al contrario: estaba segura de que iba a dar a luz al ser que logaría por fin acabar con la injusticia en el mundo. Si era una niña la llamaría Rosa, como Rosa Luxemburg. Si era un muchacho lo llamaría Karl, como Karl Liebknecht —y quizás también como ese otro gran alemán, Karl Marx.

Fue arrestada el 3 de marzo de 1974 en casa de la madre de Rodrigo Gutiérrez.

Murió el 16 de septiembre.

Sobre Rodrigo Gutiérrez Estrada, poco se sabía de los primeros años de su existencia. Su biografía empezaba cuando ingresó en el MIR. Durante el periodo de la Unidad Popular, formó parte del Grupo de Amigos Personales del presidente, el GAP, encargado de la

seguridad de Allende y su familia. Cuando se manifestaron algunos problemas ideológicos entre el MIR y el GAP, prefirió continuar formando parte del último.

Durante una fiesta en el Palacio de la Moneda conoció a la hija de uno de los consejeros del presidente, María Inmaculada Sánchez. No reparó un solo instante en diferencias sociales puesto que Allende había venido a abolirlas, y la sedujo, ayudado por su carisma de ángel guardián del *Salvador* de nuestros más puros ideales.

Cuando María Inmaculada se enteró que estaba encinta, él se encontraba en la residencia presidencial de la calle Tomás Moro protegiendo a doña Hortensia Bussi, la esposa de Allende, y batiéndose para poder llevarla a un lugar seguro. Una vez cumplida su misión, logró llegar a casa de María Inmaculada para trasladarla a casa de su propia madre, único lugar que consideró suficientemente seguro. Isabel, su antigua vecina, con quien estuvo en contacto telefónico durante un tiempo, confirmó que, para no crearle más preocupaciones a Rodrigo, María Inmaculada no había querido revelarle su gravidez.

Seguramente él no se enteró que la había dejado encinta sino hasta que fue confrontado con ella en el *Centro de Estudios Equus October*.

El 14 de septiembre de 1973, Rodrigo Gutiérrez fue a ver al cineasta estadounidense Charles Horman, quien había filmado ciertos hechos que probaban la participación de Estados Unidos en el golpe. Los dos fueron secuestrados por la CIA.

El cadáver de Horman fue encontrado a finales de octubre en el río Mapocho. El director de cine francogriego Costa-Gavras rodó en los años 80 una película con Jack Lemmon inspirada en el caso de aquel joven.

En cambio, los rumores que circularon por esos años sobre Rodrigo Gutiérrez no podían inspirar a nadie. Se decía que lo habían visto en el 74. Que había reintegrado la resistencia. Que había entregado a decenas de compañeros. Que había colaborado estrechamente con la DINA. Unos treinta años lograron sin embargo dulcificar relativamente tan amargo recuerdo.

Nunca más se supo de él.

Los dos abogados estaban todavía ultimando ciertos detalles de la estrategia del divorcio, cuando el señor Pancrazi entró sin anunciarse en el despacho de Jack Greenham y saludó con entusiasmo a su *queridísima Evita*, dándole un fuerte abrazo. La reprendió luego como a un niño por no haber aceptado recibir visitas durante su estancia en el hospital, terminó amenazándola con las peores desgracias si no aceptaba ir a cenar con Enrique esa misma noche en su casa. Morisui estaría como de costumbre ahí, y Amparito les estaba preparando su platillo favorito: chiles en nogada.

Pancrazi sabía muy bien que acababa de hacerle una proposición que no podía rechazar, y en efecto la respuesta fue:

—Muchísimas gracias, iré con gusto, usted sabe muy bien que nunca podré rechazar una verdadera comida mexicana. De todas maneras no tenía planes para esta noche.

Después agregó, con más sequedad aún: *Pero iré sola. Y me llamo Rosa, Rosa Gutiérrez Sánchez, no deje de decírselo a los vigilantes de su residencia.*

2. Del pasado hay que hacer añicos

וַיֹּאמֶר אֶלְיוֹן, מֵהַ שָׁמֶךָ; וַיֹּאמֶר, יַעֲקֹב.

וַיֹּאמֶר, לَا יַעֲקֹב יִאֱמֹר עוֹד שָׁמֶךָ—כִּי, אָם-

יִשְׂרָאֵל: כִּי-שְׁרִית עַמּוֹן-אֱלֹהִים וְעַמּוֹן-אֲנָשִׁים, וְתוּכָל.

εἶπε δὲ αὐτῷ· τί τὸ ὄνομά σου ἐστίν, ὃ δὲ εἶπεν· Ἰακώβ.

καὶ εἶπεν αὐτῷ· οὐ κληθήσεται ἔτι τὸ ὄνομά σου Ἰακώβ, ἀλλ' Ἰσραὴλ ἐσται τὸ ὄνομά σου, ὅτι ἐνίσχυσας μετὰ Θεοῦ, καὶ μετ' ἀνθρώπων δυνατὸς ἐσῃ.

Dijo el otro: «¿Cuál es tu nombre?» — «Jacob.»

*— «En adelante no te llamarás Jacob sino Israel;
porque has sido fuerte contra Dios y vencerás a los hombres.»*

Gn 32: 28-29.

Rosa comió como una loba. Había vivido en carne propia las manifestaciones más ruines del ser humano, pero aquella vez sintió que el suplicio más cruel al que había sido sometida durante todos esos años, había consistido en ser privada durante tanto tiempo de chiles en nogada —y de los papadzules que los precedieron. Doña Amparo le agradeció a la Virgen de Guadalupe por haberla inspirado haciendo ver que no debía suprimir la porción de Enrique. De esta manera, su insaciable comensal pudo tomar doble y hasta triple ración (doña Amparo siempre preveía un poco más de la cuenta), quedándose al final completamente satisfecha.

Rosa apenas pudo desplazarse al saloncito para tomar coñac y café. Fue sin embargo esa misma presión que sentía en el vientre lo que la puso de buen humor y le dio ánimos para escuchar con sincero placer el inevitable relato que Morisui se disponía a contar.

Esta vez no estoy para cuentos, comenzó Morisui, quisiera relatarles hoy algo que me sucedió de verdad. Es la primera vez que lo cuento porque me pasó hace no mucho, durante la última conferencia cumbre de los países árabes en Beirut, para la que me habían pedido que les echara una mano como asesor jurídico. Como Eva ya estaba en el hospital, decidí no contárselo a nadie para reservarle a ella la exclusividad de mi relato.

En la conferencia me encontré con un viejísimo amigo, el jeque Ahmed Zaki Yamāni, ya saben, ése que fue ministro del Petróleo de Arabia Saudita en la época de las primeras crisis de los años setenta. Andaba rondando por ahí, como perdido por los pasillos. Tanto nos alegramos de vernos, que logró obligarme a anular todos mis compromisos para que me fuera a cenar con él a la residencia que le habían alquilado cerca de Biblos, frente al Mediterráneo.

*Comimos solos, cosa que me extrañó bastante: era la primera vez que cenaba en estas condiciones con él o con cualquier otro de mis amigos árabes, que son más bien dados a los agasajos concursados. Se veía algo preocupado, pero eso sí no me extrañó, a causa de la guerra de tanques y aviones contra fusiles y pedradas que tenía lugar en aquel mismo momento en el vecino país del sur. Comprendí entonces que estaba solicitando (extraoficialmente *iy gratis!*) mi asesoría en esa delicada cuestión. Le dije que desgraciadamente toda mi larga experiencia no le iba a servir de nada: no era yo quien iba a convencer al general Colin Powell para que bombardeara quirúrgicamente Tel Aviv, Haifa o Jerusalén oeste como había bombardeado Irak unos diez años antes cuando era jefe de Estado Mayor General. Esa era, a mi modesto parecer, la única solución en ese tipo de asuntos. La reciente campaña de bombardeos en Afganistán —que había arrasado el país arrasando de paso a sus malos gobernantes— había mostrado sin ambigüedad que la justicia y la libertad funcionan bastante bien cuando están apoyadas por una fuerza aérea eficaz.*

—Lo siento —concluí, tratando de reprimir la sonrisa que se me venía cuando me acordé que en algunas cancillerías occidentales lo habían llegado a llamar el “milk-sheik”—, aquí lo que usted necesita es un auténtico y buen milagro. La proposición del príncipe Abdalah no servirá para nada, usted lo sabe mejor que yo: recordará que ya en 1973 el actual rey Fahad había hecho una proposición parecida y ni quien le hiciera caso. Rece. Por lo menos eso le ayudará a pasar el tiempo. Ningún imperio es eterno. Ninguna opresión infinita.

—Sí —me contestó—, pero la felicidad es todavía más efímera.

No lo contradije. Francamente, los árabes tienen el gran talento de lanzar frases como ésa sin hacer el ridículo.

Luego se puso a mirar el mar, que en aquella hora era una inmensidad negra sin estrellas. Sin volverse para verme, me contó lo siguiente:

«Hace muchísimos años, en aquella remotísima época en que todavía me encargaba yo del Ministerio, me ocurrió algo que no quise relatar sino a muy pocas personas.

»Alrededor de las dos de la tarde del sábado 6 de octubre de 1973, las tropas y la aviación egipcias, actuando conforme a un plan elaborado junto con Siria, cruzaron el Canal de Suez, para tratar de recuperar los territorios perdidos seis años antes. Por el lado opuesto, en el Golán, la ofensiva siria fue tan masiva en uno de sus valles que el enemigo lo llamó הבקעה 'Emeq HaBakhā, El valle de lágrimas. El presidente Anuar as-Sadat se puso luego a decir que los árabes habían quizás sido derrotados durante la Guerra de los Seis Días, pero que habían triunfado en la de las Seis Horas.

»Yo acababa de llegar a Viena, para participar en una de esas negociaciones que por esa época todavía solían tener lugar entre la Organización de Países Exportadores de Petróleo y las compañías petroleras. Al día siguiente, a pesar de que era un domingo, los delegados árabes pedimos que nos abrieran la sede de la OPEP para discutir extraoficialmente. Sabíamos que podíamos usar el petróleo como arma para ayudar a nuestros hermanos en guerra, pero no sabíamos muy bien cómo. Y el tiempo apremiaba.

»El lunes nos reunimos con George Piercy de la Exxon y André Bénard de la Shell, y todo se discutió de la manera más civilizada del mundo, no se habló de embargo, ni siquiera de reducción de la producción. Sólo se evocó un alza: de 3 se pasaría a 5 dólares por barril.

»Se puede decir que no se lo tomaron muy bien: no podían interpretar ese aumento de casi 70% más que como un acto de guerra. Pero recuerde bien cómo eran las cosas en la época: las compañías petroleras no eran realmente hostiles a un aumento de los precios, al contrario, un aumento les permitiría multiplicar

considerablemente sus ganancias (el año siguiente, en efecto, Exxon destronó a la General Motors del primer lugar del volumen de ventas en el mundo). El problema era que tenían miedo de que se descompusiera el sistema económico internacional que estaba basado en el petróleo barato, sistema que había funcionado de maravilla en los países occidentales por más de una década.

»Durante toda la semana, mientras en el Sinaí y el Golán las tropas aliadas empezaban a darse cuenta de que no alcanzarían la victoria ni en seis horas ni en seis días, ni en seis semanas, las negociaciones en Viena también se atascaban, y el viernes 12 no se pudo llegar a ningún acuerdo.

»Esa noche, unos radares de la OTAN situados en Chipre detectaron hasta sesenta aviones soviéticos volando hacia Siria o Egipto. Se supuso inmediatamente que estaban cargados de pertrechos, particularmente de proyectiles antiaéreos SAM 6.

»Esa misma noche del 12, como a las doce, Piercy y Bénard me fueron a ver a mi suite del Hotel Intercontinental. Piercy se puso a explicarme que sus gobiernos jamás aceptarían un alza unilateral de los precios del petróleo que pudiera poner en peligro la manera de vivir del mundo libre (estaba refiriéndose al famoso dios Way Of Life que es, como sabe, copiosamente adorado en Occidente).

»Cuando terminó su explicación, yo no sabía qué contestarle al bueno de George Piercy. Él sabía que estábamos planeando usar nuestro petróleo como arma, y yo sabía que él lo sabía. Además todos sabíamos que mi país era bastante moderado, lo que no era el caso de otras naciones como Libia o Irak, por eso entendía perfectamente que vinieran a verme a mí primero para reconocer el terreno, pero me parecía que exageraban un poco. Lo único que se me ocurrió decirles fue: "No les va a gustar nada todo esto". Luego tomé el teléfono para tratar de localizar en el hotel a algún miembro de otra delegación árabe. Poco después un delegado kuwaití apareció en pijama, y mientras discutían yo me puse a mirar los horarios de los aviones para Riadh.

»De esta manera tan peculiar tuvo lugar la última junta de la Historia entre la OPEP y las compañías petroleras para discutir precios.

»Al día siguiente, al atardecer, iba ya rumbo al aeropuerto cuando recibí una llamada en el teléfono de mi coche. Era de nuevo George Piercy. En pocas palabras me preguntaba si tenía informaciones recientes y si sabía qué era lo que iba a pasar. Yo, lo más amablemente que pude, le respondí que se enteraría en los periódicos.

»No habían pasado, creo, más de tres minutos después de haber colgado, cuando tres vehículos negros acorralaron mi coche y nos obligaron a detenernos. En aquella remotísima época los atentados espectaculares todavía no se habían puesto francamente de moda, así que no estábamos preparados para reaccionar a este tipo de actos. El único guardaespaldas presente en el coche iba armado con una simple Beretta, como James Bond.

»Nuestros asaltantes hablaban inglés y se disculparon por la torpe maniobra que habían hecho, atribuyéndola a la poca costumbre que tenían del tráfico vienesés y a su prisa por comunicarme el mensaje que llevaban de parte de su excelencia, el señor Robert Dahlbeck, embajador de los Estados Unidos de América. Necesitaba verme inmediatamente, dijeron. Me esperaba delante de la gran rueda de la fortuna del Prater, el célebre parque de atracciones de la ciudad. Luego me dijeron que no podría perderme ya que ellos se encargarían de escoltarme hasta allá.

»Naturalmente durante el trayecto traté de llamar a la policía, pero el teléfono estaba interferido. Para pasar el tiempo y calmarme un poco los nervios, verifiqué el horario de mi avión y vi que todavía tenía bastante tiempo, aunque quizás no lo suficiente como para darse una vuelta por un parque de atracciones.

»Al llegar al Prater, cuatro gorilas me escoltaron hasta la rueda de la fortuna, pero cuando vi al embajador desaparecieron como por encanto.

»Yo lo llamaba Bob y él me decía Zak. Lo conocía desde que estudiábamos leyes en Nueva York, y mis frecuentes viajes a Viena habían contribuido a estrechar nuestra relación amistosa. Pero esa vez me había costado trabajo reconocerlo. No llevaba el terno habitual con que siempre lo había visto vestido desde que era

embajador en Austria, sino que estaba vestido con el atuendo del más estereotipado turista norteamericano. Lo que más me dificultó su identificación, sin embargo, fue el hecho de que estaba haciendo pacientemente la cola como una persona ordinaria, cosa que ni él ni yo éramos.

»Ni siquiera me vio llegar; estaba ahí, viviendo en la actualidad, en la eternidad del instante, como un mágico animal. Tuve que tocarle ligeramente el hombro para atraer su atención. Al verme, me dio uno de esos calurosos abrazos que la familia hispana de su madre le había enseñado a dar. Le pregunté por qué me había mandado llamar tan precipitadamente, y me contestó que se había enterado de que yo me disponía a irme de Viena y que le habían entrado unas ganas irresistibles de despedirse de mí.

»Cuando llegó por fin nuestro turno de subir a la rueda, ya estaba empezando a anochecer. »

En ese momento, el jeque hizo un pequeño paréntesis en su relato, como si quisiera a toda costa que yo visualizara bien el escenario.

»No sé si usted ya ha estado en el Prater, señor Morimizu. Su rueda de la fortuna es distinta de las demás. En primer lugar es muy grande (no tanto como la que acaban de construir en Londres, pero la de Viena tiene ya más de cien años). Además la gente se sube en una especie de grandes cabinas en lugar de las cestas habituales de las otras ruedas. Cabinas que parecen cabinas de funicular, cosa que a final de cuentas no es sorprendente si se piensa que Austria es un país bastante montañoso —bastante más que Japón.

»Subimos solos, a pesar de que la cabina era muy grande y quedaba muchísimo espacio.

»Durante la lenta ascensión, Bob se puso a señalarme todas las maravillas de aquella ciudad. La catedral San Esteban, la Universidad, la iglesia de los Hermanos Menores o la de los Agustinos, el castillo de Schönbrunn, el Parlamento, el Burgtheater, la Konzerthaus, la Musikverein, el Kunsthistorisches Museum, el número 10 del Doktor Karl Lueger Ring, sede de nuestra OPEP. El horizonte se había puesto rojo, pero el azul del

cielo conservaba todavía un resplandor que permitía admirar perfectamente todos esos monumentos y la ciudad entera.

»—*Bella ciudad* —me dijo.

»—*La más bella* —le respondí—, junto con París y Roma.

»—*¿Más que Bagdad?* —me repuso— *¿Más que Damasco?* —y subrayó— *¿Más que Córdoba?...*

»Como no pude contestar a tan extrañas y agresivas preguntas, Bob se puso a contarme que en 1529 el sultán otomano Solimán I El Magnífico (o el Kauni, el Legislador, como lo llaman los turcos) había llegado hasta las murallas de Viena. Luego, más de un siglo después, en 1683, los turcos la sitiaron otra vez e incendiaron sus afueras hasta que el 13 de septiembre las fuerzas aliadas de Carlos de Lorena y Juan III Sobieski, rey de Polonia, fueran a liberarla. Finalmente, después de haber reconquistado parte de sus territorios, los emperadores austriacos instalaron a los refugiados serbios en las marcas fronterizas (las famosas krajinas de donde los croatas expulsaron a 300 000 serbios en 1995) para vigilarlas. La solidaridad internacional, concluyó Bob, no es un invento reciente...

»Acto seguido, como recordando algo, pronunció la frase siguiente: “*Las calles de Córdoba y Bagdad tenían tres kilómetros de alumbrado público cuando Londres no era más que un poblado insignificante...*”

»Tal frase, oscura sin duda alguna, no podía ser más pertinente en ese preciso momento: al llegar a la cumbre de la rueda veíamos cómo la espléndida ciudad de Viena se sumergía irremisiblemente en las tinieblas ya que ninguna luz del alumbrado público se había encendido. Todo, aun las luces de la feria, permanecía apagado.

»De repente Bob avanzó un paso, abrió los brazos con un gesto amplio y solemne, y todo se iluminó en el mismo instante. Mentiría si dijera que no quedé muy impresionado.

»—*Zak* —me dijo, con cierta solemnidad—, esto es un milagro. Un milagro al cual todos estamos tan acostumbrados que parece baladí. Cada día debe repetirse. Cada día sin excepción. Los Estados Unidos de América no podrían tolerar que no fuera así.

»No sé cómo pude reponerme tan pronto de la sorpresa que me había causado la puesta en escena de Bob. Dios me ayudó seguramente y puso en mi boca las palabras justas. Bob, you're nuts, le dije lo más despreocupadamente que pude: Estás loco, Bob: esta joya de luz nos es por lo menos tan preciosa a nosotros como a ti. Bagdad, Damasco, Córdoba, ya perdieron el esplendor que tuvieron en otros tiempos; ya no tienen el encanto que tenemos que venir ahora a buscar aquí, o a París o a Londres. ¿De qué nos servirían todas nuestras riquezas si estas ciudades no existieran?

»—Ténganlo siempre presente —me contestó sin parecer haber apreciado el desenfado de mis palabras—. No vaya a ser que deban tragarse un día su propio petróleo; y el petróleo, me han dicho, es muy amargo.

»No perdí mi avión a pesar de que llegué con más de una hora de retraso al aeropuerto.

»Al día siguiente me enteré que los sirios empezaban ya a perder terreno, y que, como los egipcios todavía progresaban razonablemente en el Sinaí, los Estados Unidos comenzaban a enviar directamente por avión ayuda al enemigo. A pesar de todo, su majestad el rey Faisal quiso darles todavía una oportunidad, así que decidimos reducir solamente la producción un 5% al mes durante toda la duración del conflicto. Recurriríamos únicamente a un embargo total en caso de que la situación se volviera absolutamente desesperada.

»Para mí, en cambio, la situación ya era bastante desesperada. No sabía si debía relatarle el episodio del Prater al rey; estaba seguro de que la arrogancia de Bob, sobre todo su frase sobre eso de tragarnos nuestro petróleo, lo hubiera sacado de quicio —y razón hubiera tenido. Con esa incertidumbre partí el martes 16 para Kuwait, en donde se había convocado una nueva reunión de la OPEP en el Hotel Sheraton.

»Ahí no se obtuvo en realidad nada. La representación de la Organización de la Liberación de Palestina en Kuwait se enteró a última hora de la reunión y envió a toda prisa unos delegados en taxi que lograron obtener que se inscribieran en el margen de la declaración final “los derechos legítimos del pueblo palestino” —

derechos legítimos que, como sabe usted muy bien, son más bien (hasta la fecha) torcidos ilegítimos. Al final del día, ese mismo martes 16 de octubre, diez días después del inicio de la guerra, nos enteramos de que el ejército enemigo se había atrincherado en la orilla occidental del Canal de Suez y que por el otro frente se acercaba ya a los suburbios de Damasco. No soporté más y abordé tan pronto como pude mi avión privado.

»Le pedí al piloto que no nos detuviéramos en Riyadh, sino que siguiéramos hasta Layla, en los confines del desierto del Rub' al-Jālī. Ahí pusieron a mi disposición un buen Mitsubishi y me adentré solo en aquella inmensidad vacía donde, por ahí por el año 1891, la familia del futuro rey 'Abd al-'Azīz, padre de mi rey Faisal (y de Jaled y de Fahad y de Abdalah) se había refugiado, expulsada de Riyadh por los Beni Rashīd. Las razones de mi exilio eran muy distintas esa vez: no buscaba el auxilio de los hombres sino el de Dios.

»Conduje toda la noche, y al despuntar el alba me detuve a rezar mis oraciones.

»Al levantar la cabeza, después de haberme prosternado ante El Eterno, la naciente luz del día me permitió ver un campamento a lo lejos.

»Yo nací en La Meca y siempre he sido un hombre de la ciudad, un sedentario, un حضر hadhar, como nos llaman con cierto desprecio los beduinos. No soportan nuestra ignorancia de la vida del desierto. Y en ese momento sentí hasta qué punto los beduinos tienen razón: mi ignorancia y mi fragilidad eran bien reales en esa inmensidad, y sentí la apremiante necesidad de dirigirme hacia el campamento.

»Al verme a lo lejos, el jeque de la tribu salió de su tienda a recibirmee. Cuando lo reconocí pensé que en verdad Dios me había guiado: era el viejo beduíno Dhaifalah, un hombre cuya sabiduría era conocida en los cuatro puntos cardinales de Arabia.

»Después de haber intercambiado nuestros deseos de paz, me invitó a su tienda y yo le agradecí su hospitalidad. "El desierto es de todos", me contestó, y le dimos gracias a la munificencia de Dios, que todo nos da.

»Cuando entramos ordenó que se preparara el café.

»Un frágil pero alto muchacho de unos quince años (luego me enteré que pertenecía al rico clan hadramautí de los Beni Laden y que estaba ahí para conocer la ruda vida del desierto) agregó algo de leña al fuego y luego se acercó a la cortina que separaba la sección de las mujeres para pedir agua y granos de café. Una mano se los dio.

»Mientras el agua se calentaba, el muchacho tostaba los granos en un sartén. Cuando se empezó a percibir el aroma, y que de verduzcos los granos se transformaron en marrón claro, el muchacho los echó en un mortero de latón para molerlos produciendo un ruido como de campana.

»Luego pidió semillas de cardamomo, la mano del otro lado de la cortina se las pasó, y él se puso a molerlas en el mismo mortero. Cuando la bebida estuvo lista, nos sirvió.

»Nuestras tazas tradicionales son muy pequeñas, casi como un dedal, así que le pedí varias veces al muchacho que me sirviera simplemente tendiendo mi brazo. Pero ni el viejo sabio ni yo nos decidimos a hablar. Aquel día me la pasé esencialmente durmiendo y paseando por el campamento al atardecer. Al caer la noche se sacrificó un cordero para festejarme, como se hubiera hecho en honor de cualquier otro peregrino.

»A la mañana siguiente se repitió el mismo silencioso ritual del café. Luego el jeque me organizó una pequeña expedición en camello hacia las dunas infinitas. Fue una experiencia nueva para mí, y a veces atroz, pero ya estaba en mi sangre, porque lo mismo que los hombres de otras naciones veneran y presienten el mar, así nosotros (también el hombre que le cuenta a usted esta historia) ansiamos la inmensidad inagotable del desierto silencioso. Entendí entonces por qué nosotros, hombres de Riyad y de La Meca y Dyeddah, hombres de Londres y Nueva York, hombres del avión y de los petrodólares, nos aferramos todavía a imágenes pastoriles y a un vocabulario beduino, y por qué poetas que han visto el Tigris y el Guadalquivir celebran aún el agua de un pozo.

»A la mañana siguiente, después de la ceremonia del café, el viejo Dhaifalah me preguntó cortésmente a dónde me dirigía y en

qué me podía ayudar para que alcanzara felizmente mi destino. Yo sabía que esa es la manera con que los beduinos, después de haber cumplido con la obligación de acoger a los viajeros durante tres días, les dan a entender que ya deben empezar a pensar retirarse.

»—Oh Dhaifalah —le dije entonces—, tu generosidad es conocida a lo ancho de toda Arabia, tanto como tu sabiduría. Ya que me permitiste abusar de tu hospitalidad, permíteme ahora pedirte un consejo.

»—Tú bien sabes oh noble Ahmed —me respondió—, que soy el más indigno siervo de Dios.

»—Dios —comencé a explicar—, cuya sabiduría y generosidad son infinitas, nos bendijo con mil riquezas. Nos dio poder. Nos dio Su luz. Hoy, sin embargo, los infieles más poderosos codician nuestros tesoros...

»A medida que hablaba, el beduino parecía cada vez más molesto. En un momento frunció francamente el ceño, ocultando sus negros ojos tras sus espesas cejas blancas, y me interrumpió.

»—¿Qué tesoros? —dijo con evidente desagrado.

»Luego hizo un gesto con sus brazos para señalar su tienda.

»—Éste es mi tesoro.

»Se quitó después su turbante y me lo mostró. Con el tiempo y el sudor se había puesto del color y de la consistencia del plomo.

»—Ésta es mi riqueza. Era de mi bisabuelo. Lo compró por la época en que Ibrāhīm Pashá trajo a sus turcos a Arabia.

»—Pero Arabia...

»El viejo beduino me interrumpió dándose orgullosamente de golpes en el pecho:

»—¡Yo! ¡Yo soy Arabia!

»Tomó entonces su taza de café y me la acercó a la nariz.

»—Huele. Huele bien, ¿eh?

»Luego llamó al muchacho y le pidió que le llevara los perfumes. Unas manos le pasaron a través de la cortina una bandeja con varios frascos y bolsitas de tela.

»—Huele —me dijo—: jazmín... violeta... rosa... mirra... incienso... Excelentes.

»Me puso unas gotas de perfume en las manos, como es la costumbre. Luego se levantó y me pidió que lo siguiera.

»Salimos entonces de su tienda y caminamos unos pasos. La aurora estaba apenas despuntando, y algunas estrellas todavía brillaban a través de un azul incierto. Nos detuvimos ahí, en medio de nada, y respiramos el aliento del الربيع الخالي ar-Rub' al-Jālī, La Comarca Vacía.

»—Huele —me dijo Dhaifalah, sonriente y satisfecho—. No hay nada mejor en el mundo: no sabe a nada... ¿Quién nos lo podría quitar?

»Durante mi camino de regreso, un cable del presidente Nixon llegó a Riad: los Estados Unidos se disponían a reforzar masivamente al enemigo.

»Esa misma noche el rey Faisal me convocó al palacio de Riyassa. “Escriba lo siguiente, me dijo: el reino de Arabia Saudí declara la دعوة Dyihād, la Guerra Santa. Todos los envíos de petróleo a los Estados Unidos de América serán suspendidos en el acto”.

»Seis días más tarde el presidente Nixon puso a todas las fuerzas armadas norteamericanas en alerta nuclear DEFCON III.»

—Precioso cuento, señor Morisui —dijo Rosa, después del largo silencio que se produjo al final.

—No es un cuento, le dije que...

—¿De quién es? —interrumpió Rosa sin hacer caso— ¿De usted o de Yamāni?

Morisui sonrió con malicia, reconociendo que lo habían descubierto, pero no reveló nada.

Si mi memoria no me falla, empezó a explicar Rosa a la manera de Sherlock Holmes al desenlace de un caso, los hechos históricos son bastante precisos, pero las cosas no terminaron ahí: los árabes perdieron otra vez la guerra, y el “terrible” embargo del rey Faisal no sirvió para nada, aparte de convertirlo, a él y luego también al shah de Irán, en los dos más grandes ecologistas del siglo XX por ser los primeros en conseguir la primera verdadera reducción del consumo mundial de petróleo. Pero la escena del Prater, con la

conversación en la rueda de la fortuna, parece sacada de El tercer hombre, y el único detalle original, el encendido de Viena, es bastante inverosímil, ¿no les parece?, concluyó, dirigiéndose a sus anfitriones. Pero digamos que es posible: Los Caminos de los Estados Unidos son Insondables, usted debe saberlo mejor que yo, ¿verdad? Lo que sí no puede haber ocurrido porque es casi un plagio —o un “homenaje”, si prefiere ese término—, es la parte más bella y más poética del relato, la de los aromas y el sabor a nada. Para la desgracia de nuestro gran cuentista, Runeberg (todos notaron el desagrado con que Rosa pronunció aquel nombre) era un gran admirador de T. E. Lawrence y me hacía aprenderme de memoria ciertos pasajes —preciosos, por cierto— de Los Siete Pilares de la Sabiduría para perfeccionar mi inglés. Su pasaje favorito era precisamente éste:

“...we had ridden far out over the rolling plains of North Syria to a ruin of the Roman period which the Arabs believed was made by a prince of the border as a desert-palace for his queen. The clay of its building was said to have been kneaded for greater richness, not with water, but with the precious essential oils of flowers. My guides, sniffing the air like dogs, led me from crumbling room to room, saying, ‘This is jessamine, this violet, this rose’.

“But at last Dahoum drew me: ‘Come and smell the very sweetest scent of all’, and we went into the main lodging, to the gaping window sockets of its eastern face, and there drank with open mouths of the effortless, empty, eddyless wind of the desert, throbbing past. That slow breath had been born somewhere beyond the distant Euphrates and had dragged its way across many days and nights of dead grass, to its first obstacle, the man-made walls of our broken palace. About them it seemed to fret and linger, murmuring in baby-speech. ‘This,’ they told me, ‘is the best: it has no taste.’”²³

²³ ...después de un largo recorrido a través de las cambiantes llanuras del norte de Siria, dimos con unas ruinas romanas que según los árabes eran los restos de un recóndito palacio construido por un extremeño señor para su reina. Se decía que la arcilla del edificio, para mayor riqueza, había sido amasada, no con agua, sino

La música del perfecto inglés británico de Rosa (muy superior al del doctor Kouchner) dejó a doña Amparo perfectamente dormida, y a sus antiguos jefes sinceramente impresionados.

No notaron así pues que Rosa también estaba impresionada, aunque por razones completamente distintas. Había apreciado el relato de Morisui por su poesía, por su armonía, pero sobre todo porque le había dado a entender que no sería completamente descabellado exponer en ese momento el plan de ataque que había pacientemente elaborado en su complejo cerebro desde que había recuperado la razón.

Les dijo en primer lugar que tenía la intención de regresar pronto al trabajo, declaración que fue inmediatamente aprobada con entusiasmo. Les dijo también que iban a descubrir a una colaboradora totalmente diferente. Y les predijo que la firma *Pancrazi, Morisui y Asociados* pasaría a la historia por haber llevado a juicio a todos los militares asesinos.

Luego les expuso someramente cómo irían constituyendo los expedientes, y hasta de qué manera irían encontrando —esencialmente en Europa, Estados Unidos y Canadá— el financiamiento que requería una labor de ese tipo que iba a ser, lo sabía muy bien, bastante onerosa.

Pancrazi se puso ligeramente pálido. Se le quedaba mirando con angustia a su esposa, como si hubiera querido encontrar en esas facciones entregadas al olvido del sueño la solución al embarazoso problema que se le estaba presentando. Morisui sonreía

con preciosos aceites esenciales de flores. Mis guías, husmeando el aire como perros, me llevaban de un decrepito recinto a otro diciendo, 'Esto es jazmín, esto violeta, aquí rosa'.

Finalmente Dahoum tiró de mí: 'Ven a oler la fragancia más fina de todas', y me llevó a la pieza principal y ahí, frente al vano vacío de los ventanales de oriente, bebimos boquibiertos el perezoso vacuo y apacible viento del desierto vibrante de pasado. Ese cansino aliento había nacido en algún lugar más allá del lejano Éufrates, y se había arrastrado a través de días y noches de yerba muerta hasta encontrar su primer obstáculo, los humanos muros de nuestro palacio en ruinas. Entre aquellas paredes parecía retozar y murmurar con pueril balbuceo. 'Esto,' me confiaron mis guías, 'es lo mejor: no sabe a nada.'

maliciosamente diciéndole a *Eva* —como él seguía llamándola— que no fuera malita, que el pobre Pancrazi había tenido algunos problemas cardiacos bastante serios durante su ausencia y no estaba para bromas de ese tipo.

Pancrazi logró finalmente recuperar una cierta compostura para sugerir lo que generalmente se sugiere en esos casos: Ev... Rosa debía tomarse unas buenas vacaciones, bien se las había merecido.

Rosa, que a pesar de todo lo que había vivido no estaba loca, y que conservaba íntegramente toda su inteligencia, les pidió que la perdonaran. Les dijo — desabrochándose por fin un botón que la había atormentado durante toda la sobremesa— que el arte de doña Amparo la había transportado a otro mundo, un mundo en el que Eduardo Pancrazi no era el testaferro de Kenichi Morisui y en el que éste no se había aprovechado del ultroliberalismo organizado por los hombres de Pinochet (entre los cuales se encontraba un tal Enrique Valenzuela) para instalar en Chile una sucursal de la firma *Marley & Marley*. Sabía muy bien que en la realidad esos hombres no se iban a poner a luchar contra aquéllos que les daban de comer. *Como decía Jrushchyev*, concluyó, «*no se caga donde se come.*»

Tienen razón señores, agregó después de haberse desabrochado un segundo botón, *mis aptitudes ya no corresponden a sus necesidades. Todo el relato que acabamos de oír revela perfectamente la sutileza de mi predecesor en Harvard, el ilustre Morisui, alumno de Huntington, condiscípulo de Fukuyama, premio de honor de la generación del 69, autor de la tesis llamada Los Caminos de los Estados Unidos son Insondables, presentada el mismo día de la ofensiva del Têt en Vietnam. Mi enfermedad me abrió ya parcialmente los ojos. Ustedes acaban de abrirmelos completamente, señores, muchas gracias.*

Después de haber pronunciado tal parlamento, Rosa no podía sino levantarse con aire ofendido y marcharse, y fue precisamente lo que hizo, pero no sin que le costara algún trabajo y uno o dos botones más. El régimen espartano al que la habían condenado en el hospital había desacostumbrado su aparato digestivo a soportar la presión interna a la que en esos momentos estaba siendo sometido, y su cuerpo, al haber experimentado un desplazamiento de su centro

de gravedad, no le respondía adecuadamente. Se levantó lenta, casi dolorosamente. Mostraba una buena parte del costado derecho desabrochado. Cuando el señor Morisui se precipitó para ayudarla, ella lo rechazó, si no con violencia, sí con evidente enojo. Un sexto sentido le anunció a la señora Pancrazi que uno de sus invitados se iba, se despertó, y la acompañó a la puerta con toda inocencia ante la mirada desconsolada de Pancrazi. Ya afuera, antes de que Rosa cerrara la portezuela de su coche, Morisui le dijo que las puertas de sus oficinas siempre estarían abiertas para ella.

No tardó mucho en ir a ver al juez Jodorow para proponerle su colaboración.

Pero don Jacobo no podía aceptar. Conocía perfectamente su brillante carrera, y reconocía también que estaba dispuesta a desembarazarse de su legendaria ambición para consagrarse desde ese mismo instante a la búsqueda de la verdad verdadera y de la justicia justamente justa. Sin embargo, le era técnicamente imposible incorporar en su equipo a alguien tan íntimamente ligado a los expedientes que estaba instruyendo.

Aquella misma noche Rosa se tomó un baño en el pequeño apartamento en que se acababa de instalar, y se abrió las venas.

3. El género humano

—Los judíos de Europa sufrieron atrocmente a manos de Hitler: destierro, tortura, matanzas. Me he comprometido a encontrar una solución para sus problemas. ¿Tendría Su Majestad una sugerencia al respecto?

—Denles, a ellos y a sus descendientes, las mejores tierras y las casas de los alemanes que los oprimieron.

—Pero Su Majestad, los judíos supervivientes del holocausto tienen un comprensible horror de quedarse en Alemania, donde podrían sufrir otra vez; además abrigan la aspiración sentimental de instalarse en Palestina.

—Me imagino, Excelentísimo Señor, que Inglaterra y América desean acabar completamente con el poder nazi. No veo a qué le podrían temer los judíos si los Aliados están haciendo una guerra seria. No puedo concebir la idea de que se le deje al enemigo la posibilidad de seguir causando daño después de haber sido derrotado.

—Su Majestad, yo había contado con la legendaria hospitalidad árabe para que me ayudara a resolver el problema del sionismo...

—Que el enemigo y el opresor pague, así es como los árabes entendemos la guerra. Que el criminal sea castigado, no el inocente. ¿Qué daño le hicieron los árabes a los judíos? Fueron los alemanes cristianos quienes les arrebataron sus bienes y sus vidas, son ellos los que deben pagar, y el ignorante beduino que soy no logra entender por qué, Excelentísimo Presidente, parece usted tan deseoso de eximir a Alemania de las consecuencias de sus crímenes. El beduino les reserva las bondades a sus amigos, no a sus enemigos. Según nuestras costumbres debemos, en efecto, repartir a las víctimas de una guerra entre las tribus victoriosas de acuerdo a sus recursos en agua y víveres, ahora bien, en el campo de los Aliados hay cuarenta países, entre los cuales Palestina es pequeña y pobre y ya a acogido más de la parte de refugiados europeos que le tocaba.

—Franklin D. Roosevelt, presidente de Estados Unidos.
—العربيّة السعُوديّة، الملك عبد العزيز آل سعود

**البحيرة المرة الكبرى، Gran Lago Amargo،
قناة السويس، Canal de Suez.**

Eva Runeberg (todos seguían llamándola así), no se quedó mucho tiempo en el hospital adonde la habían llevado los primeros auxilios. En relativamente pocos años, las dinámicas reformas estructurales instauradas por la Junta de Gobierno y sus no menos dinámicos y jóvenes asesores de Chicago habían carcomido con gran eficacia el sistema de seguridad social chileno que pacientemente se había ido construyendo a partir de los años treinta. El resultado había sido que hacia finales del siglo XX toda persona que no se encontrara en un estado de dificultad económica avanzada le tenía un santo pavor a todo lo que tuviera que ver (aun de lejos) con la medicina de estado (los que se encontraban en estado de dificultad económica avanzada sentían también el mismo pavor, pero tenían que resignarse). Un médico amigo del clan Sotomayor, católico ferviente, y cirujano de reputación mundial, contó alguna vez en una tertulia familiar que había ofrecido gratuitamente y con regularidad su talento a un hospital del estado hasta el día en que, a mediados de los años noventa, la lámpara del quirófano se desplomó sobre la mesa de operaciones, arruinando su trabajo —y de paso al paciente pobre (metamorfoseado ahí en pobre paciente) que se encontraba sobre la susodicha mesa.

Eva fue así pues transferida a una clínica no lejos de La Dehesa, su antiguo barrio. Poco a poco la doctora Bermejo, la psiquiatra, se convirtió en uno de los apoyos más sólidos de su paciente y amiga. La respaldó firmemente en todas sus decisiones, sobre todo cuando se negó a regresar al san Juan de la Cruz. Sólo le objetó un detalle: el nombre de Rosa Gutiérrez Sánchez podía volverse para ella un peso demasiado difícil de soportar. Le sugirió primero que nada que adoptara un apellido de compromiso, el apellido de la persona que por lo menos alguna vez había amado: Valenzuela. Además tenía la ventaja de ser uno de sus apellidos legales. Por otra parte le propuso aceptar el nombre de Eva, ya que todo mundo la llamaba así. Su nuevo nombre podría ser *Eva Rosa Valenzuela*.

La doctora Bermejo todavía se encontraba en el cuarto de la clínica cuando Jennifer y Elisabeth entraron con un espectacular ramo de flores. Al verlas, Eva Rosa saltó de la cama como impulsada por un resorte y las saludó de manera tan efusiva que casi

desparraman las flores por toda la pieza. Ante la sorpresa de las tres mujeres que no estaban acostumbradas a verla reaccionar así, Eva Rosa les dijo que ella misma estaba sorprendida, pero que sentía que ahora sí, de verdad, las cosas habían cambiado. O por lo menos que ella había cambiado.

Quizás para demostrar la veracidad de esa última afirmación, les preguntó a sus antiguas colaboradoras dónde se encontraban los restos de su verdadera madre.

La doctora Bermejo no hizo ningún comentario al respecto.

Unos días más tarde los miembros del ilustre Colegio de Abogados que se cruzaron con su colega por los pasillos del Servicio Médico Legal, se preguntaron qué relación debía tener la medicina forense con los asuntos a los que *Eva Runeberg* se dedicaba habitualmente. Ninguno de ellos podía ni siquiera imaginarse la verdadera razón de su presencia en ese lugar.

Las doctoras Francisca Soto y Laura Infante eran las únicas en saberlo, el juez Jodorow las había puesto al tanto.

Cuando Eva Rosa entró en la pieza donde trabajaban, estaban terminando un macabro rompecabezas. Era un esqueleto humano, en posición horizontal. Eva Rosa sabía a quién pertenecía y les pidió a las doctoras que le contaran su historia. Ellas le contestaron que no sabían qué era lo que ella quería saber. Eva Rosa les replicó que necesitaba que le dijeran todo lo que pudieran saber sobre ese cuerpo. Ellas le respondieron que no sabían nada que le pudiera servir; lo único que ellas poseían eran datos técnicos destinados a los instructores del expediente. Eva Rosa les suplicó que algo le tenían que decir, algo concreto sobre esos huesos rotos, algo que le hablaría de aquella carne, de esa piel que lo envolvió, de ese ser cuyo suplicio ella ya había vivido en lo más profundo de sí. Durante meses había compartido la existencia de ese fantasma torturado, había sido realmente su cuerpo, y ahora ellas podían darle forma a esos tormentos, convencerla de que se trataba de otra persona, de que no había sido ella la que había vivido aquella experiencia atroz. Tenían que ayudarla. Era su deber.

Al principio Eva Rosa había logrado contener el tono de su voz, pero su última frase llegó a quebrarse y estuvo a punto de parecer casi un sollozo. Recurrió entonces a la amenaza, evocando el nombre de algún poderoso fiscal.

Nunca se supo si fue por compasión o por temor que las dos doctoras se decidieron al fin a confiarle sus análisis.

Fue una descripción técnica y profesional desprovista de la más mínima carga emocional que Eva Rosa escuchó como si se encontrara en un curso de anatomía.

Pero el horror no necesita muletillas para desempeñar sus obras.

El cráneo presentaba siete fracturas, ninguna de ellas era empero lo suficientemente profunda para explicar el fallecimiento. La órbita del ojo derecho y el correspondiente pómulo mostraban fracturas relativamente importantes. Por lo menos siete dientes habían sido parcialmente triturados por un instrumento metálico, sin duda unas tenazas.

La reconstitución de la caja torácica fue difícil, ya que las costillas habían sido fracturadas en su mayor parte, y algunas faltaban, como si hubieran sido arrancadas antes de la sepultura del cuerpo. El esternón presentaba tres perforaciones, una de las cuales lo atravesaba completamente y presentaba trazas de quemaduras en sus bordes.

La clavícula derecha había sido fracturada una sola vez.

Los huesos exteriores de ambas muñecas presentaban profundas trazas de abrasión, así como los de los tobillos. Aquéllas eran con toda seguridad señas de un encadenamiento combinado con un forcejeo tan violento que llegara a poner los grilletes en contacto con la materia ósea. Tal abrasión podía también ser debida a una suspensión prolongada del cuerpo por las muñecas y/o por los tobillos.

Estas extremidades presentaban sin embargo otras marcas que ninguna de las dos doctoras en su larga experiencia de peritos médico-legistas jamás había consignado: en las muñecas, los huesos exteriores del carpo y el extremo del radio presentaban una abrasión regular, casi circular, pero ligeramente más pronunciada en

dirección del escafoides, es decir, en dirección del pulgar. Era como si un objeto de metal hubiera sido introducido en el hueco formado por aquellos huesos. De manera simétrica, los huesos metatarsianos primeros y segundos de ambos pies presentaban abrasiones parecidas que formaban un semicírculo en dirección del tarso, como si también un objeto metálico hubiera sido introducido entre ellos y que después un peso considerable hubiera sido ejercido verticalmente. Todos estos indicios daban a pensar que el sujeto había probablemente sido crucificado a la usanza romana, práctica que jamás había sido atestada a lo largo de todas las investigaciones en curso. La ejecución de tal acto en un país netamente católico como Chile les parecía altamente improbable a las dos doctoras, sobre todo en un medio castrense en donde hubiera inmediatamente sido interpretado como un rito blasfemo. Sin embargo las fracturas de los huesos inferiores de las piernas, tibias y peronés, venían a reforzar esta hipótesis. En efecto, señaló la doctora Soto, los romanos acostumbraban fracturar las piernas de los ajusticiados dándoles de golpes con el asta de sus lanzas. De esta manera, al suprimirles el apoyo inferior, acortaban la agonía de los condenados puesto que la tensión ejercida por los brazos en el pecho los iba asfixiando poco a poco. Esta operación era efectuada cuando los soldados se apiadaban de sus reos, o simplemente empezaban a aburrirse y tenían ganas ya de irse a casa.

Así se dio por terminado el examen del sujeto E. O. 132, sexo femenino, alrededor 20 años de edad, 1.66 m de estatura. Causas probables de fallecimiento: asfixia, desangramiento, agotamiento, o todo tipo de herida no visible en la estructura ósea.

Antes de partir, Eva Rosa pensó que debía acercarse a aquel cuerpo, y efectivamente avanzó hacia él. Pero en verdad no sabía qué hacer.

Su educación y su profundo convencimiento la obligaban a sentir amor para con su madre. Y la ciencia, los análisis genéticos, la forzaban a creer con toda su alma que aquel conjunto de huesos era el cuerpo de su madre. Pero no podía (quizás no quería) verla en ese esqueleto maltrecho. No la había visto así, ni en las fotografías del expediente *Equus October*, ni en la surrealista interpretación

que su *irresistible imaginación* había realizado de ella. En toda esa imaginería era una mujer bella. Forzada, vejada, torturada, pero hermosa en su suplicio.

Aquel cuerpo, en cambio, era espantoso.

Es mi madre, se forzó a pensar. Quiso obligarse a creer que la había amado. *Dios es amor*, pensó después, y concluyó que aquella frase no tenía ningún sentido. Luego recordó: «*Allt slags kärlek, Minus — Toda clase de amor, Minus. El más elevado y el más bajo, el más ridículo y el más hermoso. Toda clase de amor.*»

Se forzó entonces a ejecutar un gesto que difícilmente podría entrar en el precedente catálogo de los tipos de amor: sus dedos se acercaron al cráneo, pero nadie supo (ni siquiera ella misma) si en realidad llegó a tocarlo. Lo que sentía era esencialmente repulsión. Asco ordinario.

—Vi a Dios —dijo finalmente en voz alta, sin convicción.

Alcanzó a recordar aquel versículo del Éxodo citado por Juan, «*No le quebraréis ningún hueso*», antes de precipitarse a un lavabo a devolver todo lo que había comido aquel día, y parte de su bilis y de sus jugos gástricos.

Antes de dormir, recordó que el jeque Yamāni había llamado *Morimizu* a Morisui.

Al principio todo está oscuro, sólo oímos trompetas de pasodoble y el alegre grito *Ordóñez, torero*. Vemos después capas de torero, capas de militar, brillo de estoques y de sables, dientes blancos de sonrisas infinitas, el Pacífico y el prado de Zapallar, al norte de Valparaíso. El *gloria in excelsis Deo* nos exalta, y luego asistimos a un bautismo del siglo XVIII en el que un sacerdote se aplica a realizar con poco éxito complicados exorcismos. Todos los ojos de los participantes nos miran, pero son ojos, nada más: se muestran tras máscaras de animales carnívoros, esencialmente lobos y serpientes, serpientes gigantescas, pero también hay perros, águilas y hasta búhos.

Luego volamos por los cielos hasta llegar a una selva densa y oscura —y también húmeda. Hombres blancos (y a veces negros —*hombres blancos negros*) se abren paso a través de esa espesa

jungla, o recorren sus caudalosos ríos, sufriendo y penando — físicamente, moralmente. A veces pierden la cabeza y los oímos desvariar; a veces pierden la cabeza y la vemos rodar por la maleza. Son seres humanos y nos dan lástima porque humanos son, cercanos a nosotros, no como aquellos vietnamitas cazados cual conejos, o aquellos camboyanos encerrados en jaulas y reducidos al estado de carnicería.

Llueve sin cesar. Llegamos hasta la madriguera de un blanco grande, macizo y calvo que se obstina en convencernos de que si está completamente loco es por culpa de los putos amarillos que lo pusieron cara a cara ante el verdadero rostro del horror. Vemos con él a unos buenos niños vietnamitas formándose muy aplicaditamente en cola para recibir las benéficas vacunas del hombre blanco; luego vemos a los mismos niñitos formándose con la misma aplicación para que sus salvajes compatriotas les corten los brazos donde habían recibido el veneno del hombre blanco. Casi llora el hombre blanco grande macizo y calvo, el perverso hombre blanco grande macizo y calvo, el buen hombre blanco grande macizo y calvo. Casi llora cuando nos muestra la pirámide de bracitos amarillitos. Llora de emoción, llora de odio. Llora de rabia. Estúpidos amarillos, crueles amarillos, estúpidos y crueles y salvajes amarillos. Él es un malvado y bien lo sabe, por eso viene otro hombre blanco y justo a ajusticiarlo justamente. Viene a cortarle la cabeza, a él que desde hacía mucho tiempo ya la había perdido. Aquella será su redención. Para el amarillo, en cambio, la salvación es... *más laboriosa*. El hombre amarillo, malhaya sea su existencia, es estúpido y es tan malvado que se ensaña contra su propio pueblo. *Yo sé diversificar mis presas, señora Runeberg*, nos dice el perverso hombre blanco grande macizo y calvo con cierto tono comercial que no alcanza a convencernos. *Sí señora, Rudyard Kipling lo decía muy claro: ésa es la labor del hombre blanco, tenemos que salvar a los salvajes de ellos mismos. Es una labor muy dura y abnegada. Es una carga. Algunos podrán volverse locos como yo, pero esa es una simple consecuencia colateral que tenemos que aceptar, señora*.

Entonces aparecen los aviones. Son esencialmente *fortalezas voladoras*, aquellos magníficos y fieles B-52 —a veces nos parece ver también, fugazmente, algún invisible B-2. Abren sus compuertas, sueltan su explosivo cargamento de salvación y de justicia. Olemos el dulce perfume del napalm. Vemos su fuego, vemos su luz. Perfume de libertad. Fuego de igualdad. Luz de fraternidad. Vemos el fuego y la luz reflejándose en nuestros ojos. En nuestros magníficos ojos negros que contemplan el napalm de la selva —y las antorchas vivas que danzan en él.

Cuando éramos pequeños, nos habían contado que el infierno era así. Nunca nos dijeron que era tan bello.

4. Los pobres del mundo

זה אמרה, יהונת צבאות, פקדתי, את אֲשֶׁר-עַשָּׂה עַמְלָק לִיְשָׂרָאֵל--אֲשֶׁר-שָׁם לוּ בְּדָרָה,
בְּעַלְתָּו מִמְצָרִים.

עתה לה והכיתה את-עַמְלָק, והחרמְתָם אֶת-כָּל-אֲשֶׁר-לוּ, ולא תִּחְמֹל, עַלְיוֹ; וְהַמְתָה
עַמְלָק עַש-עַמְלָק, מִשְׁוֵר עַד-עַשְׂיוֹן-יְנִיק, מַעֲלָל מִתְּמֻדָּה-דָעַה, מַעֲלָל מִתְּמֻדָּה-מִזְרָח.

תָּאֵד εἶπε Κύριος Σαβαάθ· νῦν ἐκδικήσω ἀ ἐποίησεν Ἀμαλὴκ τῷ Ἰσραὴλ, ώς ἀπήντησεν αὐτῷ ἐν τῇ ὁδῷ ἀναβαίνοντος αὐτοῦ ἐξ Αἰγύπτου· καὶ νῦν πορεύου καὶ πατάξεις τὸν Ἀμαλὴκ καὶ Ἱερὶμ καὶ πάντα τὰ αὐτοῦ καὶ οὐ περιποιήσῃ ἐξ αὐτοῦ καὶ ἔξολοθρεύσεις αὐτὸν καὶ ἀναθεματεῖς αὐτὸν καὶ πάντα τὰ αὐτοῦ καὶ οὐ φείσῃ ἀπ' αὐτοῦ καὶ ἀποκτενεῖς ἀπὸ ἀνδρὸς καὶ ἔως γυναικὸς καὶ ἀπὸ νηπίου ἔως θηλάζοντος καὶ ἀπὸ μόσχου ἔως προβάτου καὶ ἀπὸ καμήλου ἔως ὄνου.

Esto dice Yahweh Sebaot: He decidido castigar lo que Amalec hizo a Israel, cortándole el camino cuando subía de Egipto. Ahora, vete y castiga a Amalec, consagrándolo al anatema con todo lo que posee, no tengas compasión de él, mata hombres y mujeres, niños y lactantes, bueyes y ovejas, camellos y asnos.

1S 15 : 2-3

La llegada de Eva Rosa a la oficina de la Asociación de Desaparecidos y Asistencia Nacional, provocó una especie de silencioso estupor en aquel lugar en donde generalmente reinaba una especie de ruidosa y más bien alegre anarquía. La razón de esa sorpresa se debía al hecho de que la mayor parte de quienes trabajaban en esa oficina eran abogados, y Eva Runeberg cargaba consigo una onerosa reputación profesional. Varios de aquellos abogados se habían roto las narices al osar enfrentarse a ella. Todos sabían además que se encontraba en el epicentro de la tempestad provocada por el almirante Murat, algunos hasta estaban al tanto de su estancia en el San Juan de la Cruz, pero nadie de entre ellos conocía la verdadera razón. Hubo hasta quien llegara a pensar que *su paso por el manicomio* había sido la justa consecuencia de todo lo que su padre había sembrado.

Cuando dijo que quería ver al director, un hombre relativamente pequeño y con bigotes, pero sobre todo provisto de unos anteojos tan gruesos que agrandaban monstruosamente sus ojos, avanzó hacia ella diciendo *Soy yo, adelante señora Run...*

—Valenzuela —interrumpió bruscamente Eva Rosa.

Esa primera visita a la ADAN fue relativamente corta. Iba a proponerles, como lo había hecho anteriormente con el juez Jodorow, su experiencia y talento de jurista. Pero también quería saber si estaban dispuestos a constituirse en parte actora para presentar una demanda contra las personalidades civiles y militares de más alto rango responsables del golpe de estado y la dictadura. No dejó de precisarles que su principal objetivo era desenmascarar al general Nils Runeberg Ugarte.

Al escuchar esas breves palabras, sus interlocutores reaccionaron manifestando actitudes que se situaron entre la extrañeza y la más aguda desconfianza, ya que nadie era capaz de imaginarse que su proposición no llevaba alguna trampa escondida. Podían quizás suponer que estaba reaccionando a las duras revelaciones publicadas a propósito de su padre para deslindarse de todos esos miasmas, como en Music Box, pero no lograban comprender en absoluto cómo podía estar tan segura de la veracidad de aquellas acusaciones.

Cierto placer debió sentir Eva Rosa al ver la desorientación que había provocado, porque durante un buen tiempo no hizo nada para aclarar tal confusión. Finalmente, cuando comenzó a aburrirse de los malos entendimientos que había provocado, declaró con un estilo característico, no de ella, sino más bien de Eva Runeberg:

—No soy hija de ese hombre, me secuestró al nacer. Soy hija de Rodrigo Gutiérrez, que quizás alguno de ustedes haya conocido.

A partir de ese día varias veces se reunieron en alguno de aquellos cafés a la antigua que todavía sobreviven en el centro de Santiago. Entre maderas viejas y olores de un siglo anterior, trataban de encontrar la estrategia ideal para enjuiciar lo más eficazmente posible a los responsables del golpe y de la brutal represión que se desató después. Su principal enemigo era el

tiempo: muerte y enfermedad de numerosos testigos, pérdida de bastantes expedientes y, en muchos más casos de los que se hubiera podido suponer, simple olvido de detalles que parecían fundamentales e inolvidables. Aquellas reuniones casi siempre terminaban con la misma constatación: sólo lograban constituir expedientes sólidos contra sujetos de relativamente poca importancia.

Ante tan frustrante perspectiva, muchos militantes de la respetable ADAN tuvieron que modificar seriamente sus esquemas de motivación para asistir a tales reuniones. Prácticamente todos los miembros de género masculino ya no fueron ahí para intentar cambiar a Chile o al mundo, sino para tratar de atraer la atención de aquella exclusívísima presa que había tenido la osadía de irse a meter a la mismísima boca del lobo: Eva Runeberg Sotomayor. Ella, para todos ellos, había nacido bajo el signo de la belleza y del poder; y aquello era lo que todo hombre (secreta o abiertamente) más codiciaba. No faltó algún vivillo que declarara que asistía a reuniones de *caza Sotomayor*.

Pero quien poseía el mejor halcón para apresar aquella ave tan fina, se llamaba Jaime Lulio Sánchez-Mármol.

No iba con frecuencia a las reuniones de la asociación, pero cuando se enteró de la resurrección de Eva Runeberg, concibió en el acto, aun antes de presentarse, su plan de ataque. Sin embargo, en el momento en que se encontró frente a ella (sólo se había cruzado con ella alguna vez por los pasillos del Palacio de Justicia) quedó tan impresionado que tuvo que posponer por varias semanas su zarpazo.

Hasta que un día, después de una de las reuniones de café, logró acorralarla en su banca cuando los demás ya se habían levantado.

—Yo conocí a Rodrigo Gutiérrez Estrada —le dijo simplemente.

Logró así caminar unos pasos con ella a solas. Sin embargo, el hecho de haber conocido a su padre no bastaba para modificar verdaderamente la actitud fría y casi despectativa que siempre adoptaba la presa para repeler a los depredadores. Él lo sabía muy

bien. Muchos otros miembros de la ADAN habían conocido a Rodrigo Gutiérrez, tal había sido precisamente la razón por la cual ella había ido a verlos. Pero lo que Jaime (Jaime Lulio, como le gustaba que lo llamaran ya que no sabía que su segundo nombre hacía referencia a Raimundo Lulio)— lo que Jaime Lulio le reveló durante su corto paseo logró derretir todo el hielo que los separaba: él había conocido a Rodrigo Gutiérrez antes de que se interesara por la política e ingresara en cualquier organismo militante. Lo había conocido en el colegio, y habían llegado a ser amigos íntimos.

El simple hecho de revelarle un detalle tan baladí, transformó a Eva Rosa en una persona normal y hasta agradable, y ella misma propuso que entraran en otro café para conocer el resto de la historia. Jaime-Lulio abandonó a su vez su papel de cetrero para contarle cómo Rodrigo Gutiérrez y él habían llegado a ser inseparables.

Habían estado inscritos en uno de los mejores internados de Santiago, el célebre Internado Nacional Barros Arana. La familia de Jaime Lulio pertenecía, como la de María Inmaculada, a las clases medias altas. Sus padres eran de medio intelectual y liberal, más bien de izquierda, por lo que estaban relativamente mal vistos por los padres de los otros alumnos, que eran francamente conservadores. Sin embargo, la familia de Jaime Lulio parecía francamente burguesa comparada con la de Rodrigo, que todos consideraban franca e irremisiblemente comunista. Nadie había visto a su padre, pero circulaban rumores que aseguraban que era una especie de guerrillero itinerante pagado por una vaga potencia extranjera. Eso explicaba por qué su modesta madre (“modesta” era el eufemismo que usaban para decir “pobre”) podía pagar la copiosa colegiatura. Y como aquel padre era itinerante, todos pensaban que había dejado un número incalculable de hijos desperdigados por todo el universo mundo. Así pues, en un internado de esa categoría, Rodrigo estaba, por así decirlo, *como pollo en corral ajeno*. Había sin embargo que adoptar una actitud caritativa para con él, ya que ese inocente no era sino una víctima más del pecado y estaba exento de toda culpa. Así que a final de cuentas las cosas no funcionaron tan mal, y Jaime Lulio, Rodrigo y otro muchacho también tildado de

comunista pudieron desarrollar un cierto modus vivendi con sus compañeros. Tenían una personalidad lo suficientemente sólida como para que los otros no fueran a sus camas durante las noches a meterles objetos por el ano. Tampoco los obligaban a participar activamente a aquellas rituales crucifixiones de murciélagos en las que gozaban clavándolos por las alas a las vigas, quemándoles los ojos con cigarros, y obligándolos a fumar hasta asfixiarlos. El aspecto humano adquirido por esos animales al llevar un cigarro en la boca había marcado a Jaime Lulio para siempre.

Desde entonces les tomé cariño a esos animalitos, concluyó Jaime Lulio, me gusta verlos volar, ya te debes imaginar por qué. En fin... Como ves, vivíamos todos en el más feliz de los mundos.

Pero todo cambió durante el 22 de noviembre de 1963 a las doce y media con algunos segundos, hora de Dallas, Texas. Aquí eran las tres y media y estábamos mirando tranquilamente una película sobre la guerra de Corea, Men in War de Anthony Mann —te lo preciso por si eres cinéfila. Mientras mirábamos a los buenos gringos darles de pencazos a los chinitos, el santo Kennedy se recibía el chancacazo del siglo. Me imagino que viste la película en que se le salen los sesos, éno?, iguac!

Bueno, el caso es que, cuando salimos de la proyección, había un ambiente muy raro en el patio. Unos alumnos fueron a avisarnos que habían matado a Kennedy, y la mayoría de nuestros compañeros reaccionaron de una manera que me pareció algo excesiva. Aunque pensándolo bien esa actitud no tenía nada de raro: los momios de nuestra Sub-América siempre se han sentido como una especie de gringos de segunda, tú lo debes saber mucho mejor que yo, éno? Lo más raro viene ahora: poco a poco, como por oleadas, empecé a oír la palabra “comunista”. “Comunista” por aquí, “comunista” por allá, “comunista” por acullá; “los comunistas”. El rumor se iba precisando cada vez más: de “los comunistas” pasaron a “fueron los comunistas” y luego a “los comunistas lo mataron”. Los problemas comenzaron de verdad cuando esos desgraciados se dieron cuenta que no tenían —para nuestra desgracia— más que a tres comunistas con quién desahogarse: yo, Rodrigo y el otro cabro del que ya te hablé, José Luis Espinosa, no sé si hayas oído hablar de él. Fue así que

entendimos rápidamente que íbamos a tener que pagar nosotros por la muerte de aquel santo católico que había inventado la Alianza para el Progreso y que había tratado de salvar dos veces a Cuba del infierno. Lo que sí no sabíamos era cómo nos iba a tocar pagar. Yo personalmente me asusté bastante cuando ese montón de fachos nos empezó a rodear. Rodrigo, que desde cabro siempre fue muy choro, logró abrirnos una brecha en el círculo que se había formado, y pudimos correr hacia un pasillo. Pero nos topamos con una puerta cerrada, y se nos vino toda la patota como la chusma de perros color de luna de Borges. Fue así como nos repartieron, para nuestro bien y el de nuestro Chilito querido, un número indeterminado (pero, según recuerdo, bastante copioso) de patadas, charchazos y escupos que recibimos de la manera más imparcial, democrática y colateral del mundo.

En fin... lo bueno de esos pencazos fue que desde ese momento nos volvimos inseparables, y ya no hubo más secretos entre nosotros. Lo malo fue que esos mismos pencazos nos volvieron unos bolcheviques irrecuperables. Cuando se creó el MIR, ahí fuimos a parar los tres. Los tres postulamos para un entrenamiento especial en Cuba, y ahí nos fuimos también los tres. Luego el Rodri se metió de guardaespaldas de Allende, lo que no nos gustó mucho ni a José Luis ni a mí porque pensábamos que nuestro gallito presidente no se estaba yendo por el buen camino. Después razonamos que si lo que los momios querían era cortarle el pico al gallito, necesitaba que lo protegieran los mejores. A lo mejor estaba bien que el Rodri lo ayudara. Nunca logramos odiar completamente al Chicho, siempre se las arreglaba para que le viéramos algo bueno... Bueno... ya ves, los años pasan y aquí me tienes, revolucionario de pacotilla y sin chapa, vestido como un roto que no vale ni el puchero de un pésimo cigarro. Mírate tú en cambio, tú si sabes ser alguien aunque te vengas a codear con huevones de medio pelo. Agradécele por lo menos eso a los cuicos con los que te criaste. En fin, el caso es que nos volvimos tan inseparables que compartíamos todo y nos invitábamos siempre. Fue así como supe que Rodrigo era de origen muy modesto, pobre casi, y que su mamá vivía por ahí por los barrios de la Estación Central. El día del nacimiento de Rodrigo, un notario había ido a verla para presentarle un acta en la cual el niño era reconocido

por su padre, Daniel Gutiérrez. Ese mismo notario le había entregado una cuenta de ahorros que sería alimentada todos los meses con una cantidad destinada a la educación del niño. Fue así como Rodrigo pudo ser inscrito en los colegios más prestigiosos de Santiago, y eso duró hasta que terminó sus estudios universitarios. Ese papá (y no te vayas a creer que te estoy contando puras cabezas de pescado) pertenecía a una especie de organización secreta cuyo fin era neutralizar las operaciones asesinas de organismos criminales como la CIA o el MI-6. En todo caso, eso fue lo que el Rodri me dijo un poco antes del golpe de estado. No me extrañaría nada que fuera una organización de ese tipo el objetivo real de la cacería de brujas terroristas del Eje del Mal organizada por Bush II.

En fin, ya sabes cómo terminó todo. De nuestro 11 de septiembre ya casi apenas nosotros nos acordamos. A José Luis lo mataron cuando combatía a los pelados en Pancho, y Rodrigo... Rodrigo... Ya sé que esto te va a parecer pretensioso y que se puede fácilmente hacer alarde de fidelidad treinta años después de los hechos, pero de verdad yo nunca dudé de él. Fue precisamente esta fe lo que me salvó la vida a mí y a muchos de nuestros compañeros del MIR que estaban tratando de organizarse para defenderse. Cuando se escapó de la cárcel (eso fue lo que nos contó), me fue a ver para decirme que se quería reintegrar. Fue entonces cuando supe que ya no era él. Óyeme bien: siempre estuve seguro de que él no nos estaba traicionando. Y esto porque me di cuenta de que ya no era él. La intimidad que habíamos tenido me permitía solamente a mí entender eso. Y la diferencia que yo sentía en él no estaba en el pedazo de nariz que le faltaba. La diferencia estaba adentro... dentro de él. Fue gracias a esta especie de intuición que logré salvar a nuestro grupo, y ya nunca más lo volvimos a ver. Yo ya no podía más y me exilé en Francia. Era por ahí por septiembre del 74.

Siempre me pregunté de qué manera habían podido cambiarnos al Rodri. Alguna vez hasta me llegué a preguntar si detrás de todo eso no había algo más valioso que nuestras vidas o que nuestro puto movimiento de mierda.

5. Los esclavos sin pan

Spielberg, o su guionista Lawrence Kasdan, no inventaron todos los personajes de la película que tramaron juntos. Ahora sé que ese doctor en arqueología que recorría el mundo profanando y robando (salvando) las más sagradas reliquias de la humanidad existió realmente. Hoy todos pueden en la oscuridad ver su rostro y oír su voz. Yo también vi la película, varias veces (me gusta mucho), y eso me permitió reconocerlo enseguida cuando lo Vi (su presencia global y tremenda me incita aquí a poner una mayúscula) en el Aleph.

Recuerdo muy bien que hasta el sol resplandeciente de la primavera se rendía ante las ruinas que desolaban una manzana de la calle Garay, en Buenos Aires, en ese año de 1942. Estaban demoliendo el edificio contiguo al café de Zunino y Zungri y él ya sabía lo que eso implicaba. La casa más extraordinaria del mundo, pensaba, estaba condenada a desaparecer y con ella se desvanecería su inefable tesoro. Pero era domingo y las obras de destrucción respetaban generosamente esa tregua.

Naturalmente, nuestro héroe fue el primero en llegar. Llevaba todo su atrezo: su sombrero, su látigo, sus botas, su chamarra, su bolsa, parecía ignorar que se encontraba en un país más civilizado que el suyo pues hasta llevaba su pistola al cinto (la policía de Buenos Aires no debía ser nada densa durante esa bella mañana dominical). Sé que ya por ese entonces los agentes de la Abwehr comenzaban a informar a la OSS sobre ciertas investigaciones de los servicios ocultos del Tercer Reich. Aunque la cosa nunca se anunció claramente, a mí me consta que el almirante Canaris quiso fragilizar en primer lugar esas actividades ocultas, pues a su parecer eran una extravagancia más de su odiado Führer y el revelarlas al campo opuesto no podría representar una amenaza para su querida Alemania. Fue así como el doctor se enteró de que los nazis buscaban el Aleph.

Era un falso Aleph, ya lo sé, por eso lo menciono aquí sin mayores escrúpulos, pero casi nadie lo sabía en esos tiempos. Y por más falso que fuera, era óptico, así que ya puedes suponer todas

las ventajas estratégicas que proporcionaría tal fenómeno. Hasta los dirigentes de la OSS eran capaces de deducir que Alemania no debía poseer tal instrumento. El doctor fue debidamente informado por ellos, y luego fue él quien descubrió que debían buscar en la calle Garay, en Buenos Aires, Argentina (precisó el país para estar seguro de que los funcionarios de los servicios secretos norteamericanos no fueran a creer que se trataba de Buenos Aires, Texas).

No iba solo, lo habían estado siguiendo. A veces llegó a preguntarme (ya no podré saberlo a ciencia cierta) si los nazis no dejaban escapar ciertos informes confidenciales no para colaborar con el enemigo sino para que su brillante doctor les resolviera los enigmas que más dolores de cabeza les daban (recuerda por ejemplo el caso del Arca de la Alianza). Atravesó escombros atónitos, ornados con vanas escaleras que conducían al vacío y limitados una o dos veces por altos muros ajedrezados con jirones de un papel tapiz que inútilmente se empecinaba en alegrar unas habitaciones que no existían. Una aparatoso puerta se erguía casi inmaculada entre todo ese desorden desordenándolo más, como un monolito primordial (¿te acuerdas?) plantado en medio de una habitación burguesa. Pensó en las ruinas (creo que eran ruinas) de esa Ciudad tan horrible que su mera existencia y perduración, aunque en el centro de un desierto secreto, contamina el pasado y el porvenir y de algún modo compromete a los astros. Sentía un vértigo azorado y no lo culpo por ello; no podía saber que ese Aleph era falso y que al ser falso no era de ninguna manera un instrumento, sino una simple conjunción de fenómenos hiperespaciales que pierden sus propiedades al desfasarse. Era, a fin de cuentas, mucho menos transportable que el Grial.

Pero el doctor estaba convencido de que al fin su universidad iba a enriquecerse con uno de los mayores tesoros de la Historia. Y que por lo menos esta vez sí rescataría una Maravilla del implacable olvido.

No tardó mucho en dar con la empinada escalera que bajaba al sótano del comedor. El furor de la demolición la había respetado relativamente y no estaba muy obstruida por los escombros. Bajó

todos los peldaños y luego volvió a subirlos contándolos a partir del último. Se detuvo en el decimonono. Lo desempolvó y buscó alguna hendidura para hacer penetrar la pequeña piqueta que sacó de su bolsa. Antes de proseguir ese trabajo recordó que tenía que medir la distancia que separaba el Aleph del suelo. Bajó pues de nuevo e hizo sus medidas (altura del escalón, dimensión de los peldaños, ángulo de la escalera) que anotó en una pequeña libreta. Luego apartó los escombros que había en el suelo y se acostó para medir a qué distancia se situaba su cabeza con relación a la escalera.

Al encontrarse en esa posición quiso verlo. Un trémulo fervor se apoderó de él. Era un fervor puro, ya que jamás dudó que obraba por el Bien; quería simplemente comprobar que sus informes eran correctos. Pero también ansiaba verlo antes que todos.

No vio nada y no se sorprendió mayormente. Sintió sólo una tenue pero frustrante decepción: el sótano había sido expuesto al aire libre y por consiguiente a la luz, que anulaba las propiedades del Aleph, según Daneri. El tiempo apremiaba y no podía esperar la noche o construir una instalación que velara la luz. Decidió entonces ponerse a trabajar con su piqueta. Al cabo de unos minutos de minuciosa labor de arqueólogo acostumbrado a respetar la coherencia de algo que no alcanzaba a entender, separó los nueve delgados ladrillos (enteros o cortados por la mitad) que formaban el escalón. Antes de meterlos en su bolsa, los numeró con una tinta especial. Una vez bien guardados, sonrió levemente, con esa sonrisa tan característica que sólo le alegraba la mitad derecha del rostro. Fue entonces cuando oyó una voz a sus espaldas:

—Danke schön, meine liebste Doktor, creo que dijo la voz (nunca dominé el alemán).

No era de la Abwehr, ya había yo identificado bien el estilo de esos agentes que seguían al doctor desde hacía varias semanas. Éste era sin duda de la Gestapo. Casi estoy seguro de esto, aunque lo vi más bien como una silueta. De lo que sí estoy seguro es que era una silueta armada con una pistola apuntando hacia el doctor. A partir de entonces, todo se desarrolló muy rápidamente. El

alemán verificó brevemente el contenido de la bolsa, lo que le permitió al doctor arrojarle a la cara un puñado de arena que había guardado en una mano, cegándolo para empujarlo y quitarle su precioso tesoro. Al emprender su precipitada fuga, el doctor no pensó que el escalón número diecinueve ya no existía y se fue de bruces contra la escalera.

Entonces oyó otra vez la desagradable voz (auf Wiedersehen Herr Doktor... estaba diciendo); luego oyó un golpe sordo y finalmente un disparo. Durante los tres segundos siguientes pensó en el Grial, en el estruendo del Arca de la Alianza, en el rostro barbudo de su padre, y creyó recordar las facciones de su madre, y los vio juntos, con crudeza, en su lecho de amor, y no pudo sentir ternura alguna.

Una voz que reproducía extrañamente el inglés insular lo rescató de su abismo: «esos nueve ladrillos valen mucho menos que su pellejo, mi querido doctor» (recuerdo que su «my dear doctor» sonó casi cien por ciento británico, recuerdo también que por “pellejo” usó la palabra hide). Un hombre erguido al borde del sótano había pronunciado esas palabras. El nazi yacía en el fondo, inconsciente o muerto, en todo caso inofensivo. «Fuera de aquí el efecto Aleph se desvanece, dijo el hombre, éste no es más que un Aleph óptico, es falso.» Al ver la expresión interrogativa del doctor, el hombre quiso sinceramente sacarlo de dudas (a pesar de todo, lo apreciaba bastante), pero un ruido de pasos lo hizo callar y sólo pudo indicarle al doctor, a señas, que saliera rápida y sigilosamente de su sótano. Se agazaparon detrás de la puerta monolítica y vieron a tres policías que se acercaban preguntando con voz alta e inconfundiblemente argentina quién estaba ahí. El hombre tomó la pistola que el doctor llevaba en su funda y, preguntándole de paso si no sabía que esos cacharros estaban prohibidos en ese país, la lanzó lo más lejos que pudo. El ruido atrajo a los policías y la vía quedó libre (en los años cuarenta ese truco todavía no había sido gastado por las películas). Durante su huida, el doctor no pudo soportar la tentación de preguntarle al hombre cómo lo había salvado si no llevaba armas. «No perdamos más tiempo doctor, dijo el hombre sin distraer su vigilancia,

vámonos de aquí antes de que otros sicarios lleguen como una chusma rabiosa de perros color de luna.»

Ahora sé que el carácter fantasioso de esa frase pronunciada a tal hora de la mañana se justificaba por la profunda admiración que ese hombre le tenía a una novela que descubriera en Londres unos años atrás: The approach to Al-Mu'tasim. Siempre que podía sacaba a relucir alguna expresión feliz de su autor, el abogado Mir Bahadur Alí, y aquí creyó apropiado decir a lean and evil mob of mooncoloured hounds para simbolizar a las hordas enviadas por el pagano Hitler.

Ya en la calle, en las escaleras de Constitución, en el subterráneo, se despidieron. Contra los consejos del hombre, el doctor insistió en llevarse los ladrillos, sus ladrillos, como decía. Antes de partir, el doctor quiso saber el nombre de su salvador. «Gutiérrez, contestó, Daniel Gutiérrez.»

Jaime Lulio Sánchez-Mármol,
Los Redentores secretos (De hemliga Frälsarna).

Hace mucho tiempo, las casas construidas alrededor de la Estación Central de Santiago de Chile albergaron a gente relativamente acomodada. Sin embargo, a medida que el siglo XX iba avanzando, el tiempo las iba lastimando, las dificultades económicas las iban dividiendo, y luego subdividiendo, y la sociedad las iba despreciando, hasta que quedaron exclusivamente consagradas a aquellos seres que habían sido cruelmente castigados por la despiadada mano invisible del mercado libre del fin de la Historia.

Pero un día del siglo XXI las calles de aquel triste barrio fueron alegradas por los aristocráticos pies de Eva Rosa Valenzuela.

Ella y Jaime Lulio se dirigían a ver a su abuela de carne y hueso. Al llegar a un patio interior bastante descuidado, vieron a una viejita de pelo cano lavando ropa, y Eva Rosa supo enseguida que era ella. La abuela, en cambio, aunque le habían avisado que llegaban, pareció algo sorprendida, y se secó rápidamente las manos jabonosas en su falda, y luego se arregló como pudo el pelo. Se llamaba Teresa Estrada.

Jaime Lulio se encargó de presentar a las dos mujeres. No pudo, empero, lograr que salieran del azoro que las alejaba.

—Misiá Teresita —dijo, tendiendo un brazo hacia Eva Rosa—, le presento a Rosa, todos sus amigos la llamamos Eva Rosa.

Las dos mujeres se dieron un abrazo casi obligatorio, pero el muro que las separaba todavía era demasiado sólido. Lo había construido Eva Rosa. Lo había ido edificando durante todo el camino que la conducía a aquella morada. En las calles había sentido que sus finas sandalias no le protegían los pies del barro y de la basura. Había sentido el peso de las miradas que la iban persiguiendo, devorándola con envidia, desconfianza o vulgar deseo. Al llegar, había recorrido con sus ojos todo aquel universo que la alejaba para siempre de aquella viejita que se le aferraba con una avidez casi animal.

No podía tampoco dejar de pensar que había sido en esa casa miserable donde su madre había sido arrestada.

Ya en el interior de la habitación, la viejita habló brevemente del loco de su hijo. Les enseñó unas fotos. En una de ellas estaba él con María Inmaculada. Fue entonces cuando doña Teresa se sentó en un taburete para hablar del pasado.

...un día Rodri llegó con María. Me dijo que nadie, aparte de sus dos grandes amigos, Jaimito y otro muchacho que se llamaba José Luis, nadie sabía donde vivía yo, así que sería el mejor lugar para esconderla. Fue unos días después del golp... de la muerte del Allende ese. Pensándolo bien no resultó ser tan malo el escondite; nos dejaron tranquilas varios meses.

Era una niña del barrio alto, eso seguro, y muy regalona. Al principio me hostigaba bastante con sus mañas. Parece que su papá trabajaba con el mismito presidente. A quién se le iba a ocurrir venir a buscarla aquí con los chanchos...

Pero después vinieron. Fue por ahí por marzo del 74, creo pues. Fue en la noche. Llegaron unos pelados, pero también unos de civil, con metralletas. No tocaron ni nada, rompieron la puerta los maricones. Me encerraron en mi cuarto y ya nada más pude oír que le preguntaban un montón de cosas a la pobre de María Inmaculada. Luego oí cómo le gritaban garabatos y la subían a su

camión. En ese momento pude salir y le pregunté a uno de los de civil que parecía el jefe si sabía a dónde pues se la llevaban. No se preocupe, señora, me dijo, va con los carabineros a un interrogatorio de rutina; mañana vuelve.

Así empezó mi Vía Crucis. Es que ya me había acostumbrado a la Mari. Ya tenía meses sin ver a mi Rodri y ella se había vuelto como una hija... Y ya se le había puesto bien redondita la guatita. Me decía que si salía niño, le iba a poner Carlitos, y si era niña, Rosita. Saliste tú...

Todo el día siguiente me esperé, pero al otro me fui para lo de los carabineros. Luego al Estadio Nacional, luego a la cárcel de mujeres. Nada. Nadie sabía nada.

Después más o menos de una semana, al regresar del trabajo (uno tenía que seguir comiendo), me encontré a un camión militar parado delante de la casa. Un pelado salió con Mari y me llamó. Yo corrí hacia ella, pero el mismo pelado no me dejó llegar. ¿Qué pasa, Mari? le dije, ¿a dónde te llevaron? Estábamos como a dos metros de distancia, pero pude ver muy bien que tenía como dos heridas en el cuello, muy grandotas, como si le hubieran dado de navajazos. Su cara estaba como hinchada y sus pelos estaban todos pegados. Estaba muy sucia, y se veía muy mal. Andaba creo que hasta descalza.

Un hombre de civil (el mismo del día de la batida) sin bajarse del camión le dijo:

—Habla, para que acabemos ya, pues.

Nunca había visto a la Mari tan humildita, me dio tanta lástima que se me salieron las lágrimas. Contimás que ni le entendía lo que me quería decir.

—Usted sabe que yo pertenezco al MIR, ¿verdad, señora? —me preguntó.

—Yo no sé nada —le contesté— ustedes nunca me dicen nada. ¿Sabes dónde está Rodrigo?

Era la purita verdad Jaimito, yo nunca he entendido nada de sus historias de política, de cambio, de mundo mejor, y todas esas cosas. Frei, Allende, Pinochet, y ahora esta señora Bachelet, nunca he visto la diferencia. Siempre ha sido la misma miseria, la misma

mierda, si me perdonas la palabra, señora. La guata de nosotros los rotos siempre ha estado igual de vacía. A mí me tocó la suerte de haberme encontrado a mi Daniel en un baile de la Independencia. Y ya ve, no sirvió de nada, luego me quitaron a mi Rodri, y luego hasta a la Mari. Se la metieron otra vez al camión, de la misma mala manera. Cuando sintió los brazos de los pelados se puso a llorar con tanta tristeza que hasta se me revolvieron las tripas. La verdad, parecía una niñita abandonada, válgame Dios, y nada más oí que me dijo despacio, no lo olvidaré nunca, misiá Teresita, misiá Teresita, ayúdeme por favor, me van a matar.

No la volví a ver más. Tampoco a mi Rodri.

Si Eva Runeberg y hasta Eva Rosa Valenzuela desentonaban en las oficinas de la ADAN, doña Altagracia Sotomayor de Runeberg parecía ahí francamente un alienígeno de allende el espacio sideral. Al verla, Eva Rosa pensó inevitablemente en aquel pasaje del proyecto de libro de Jaime Lulio en que se evoca el monolito de 2001 colocado en aquella recámara bella época. La divirtió pensar que un efecto parecido debía haber causado ella misma el día en que se había aparecido por ahí por primera vez. No la divirtió nada, en cambio, el tener que recibir a su falsa madre.

Se aislaron en un pequeño despacho más desordenado que los demás y que más bien parecía un desván. Eva Rosa lo escogió a propósito para tratar de humillar de alguna manera a doña Altagracia. Aun si fue más bien ella la que se la pasó estornudando durante toda la conversación, notó con perverso placer cómo esta nueva desconocida miraba el desorden de aquel lugar. Los pensamientos de doña Altagracia eran casi audibles: *cómo ha sido posible que Evita haya caído en este antro de comunistas.*

Pero doña Altagracia estaba dispuesta a soportar cualquier vejación con tal de no dejar de explorar la más mínima posibilidad de salvar el honor de la familia. Le era insoportable pensar que la persona que había querido y educado como si fuera su propia hija se dedicara a ensuciar descaradamente el nombre y la reputación de su marido. Pretendía que *Eva* abandonara toda querella contra él. Lloró, sollozó, gritó como rara vez lo había hecho, y terminó

evocando los tiernos momentos que habían vivido años atrás. Recordó el día del trueno y de los temores de la infancia. Recordó la detallada recitación de la *Salve* con su niña. Recordó aquella lejana vez en que Evita había declarado que había escogido la carrera de derecho a causa del verso *Ea pues, señora, abogada nuestra; vuelve a nosotros esos tus ojos, misericordiosos.*

Doña Altagracia no podía saber que evocando tales recuerdos, tales palabras, estaba ahondando aún más el gran abismo que existía entre ellas. No podía ni siguiera trasoñar la pasión de Eva, el suplicio de María, aquel averno donde habían resonado tan clementes palabras, palabras que rugían espantablemente en aquel lugar sin esperanza. Aquella infernal experiencia había sido tan abominable para Eva Rosa, que su único corolario no podía ser más que el olvido o la locura absoluta (que en cierto modo también es olvido). Había vivido el mismo santo horror que algunos iluminados padecieron al ver el rostro de Dios. Jacob, por no citar más que a uno, después de haber soñado con el cielo (o visto el cielo), exclamó con espanto: *iQué terrible es este lugar!*

Sin embargo, Eva Rosa empezaba ya a curarse. La locura se estaba transformando en olvido. Y el olvido lo borra todo. Aun el odio, aun el rencor.

En realidad, la principal dificultad que doña Altagracia encontró para apaciguar a Eva Rosa fue simplemente el hecho de que ella era todavía, parcialmente, Eva. Eva, la implacable Eva, la inflexible, la testaruda. Eva Runeberg. Más temible y tenaz que Carla del Ponte y Madeleine Albright juntas. Todavía no se le quitaba la manía de ser monomaniática, de no abandonar una idea una vez que se le había metido entre las cejas. Así había sido educada y todavía ella y la mayor parte de sus colegas estaban convencidos de que esta característica era uno de sus más valiosos talentos. Todavía era una máquina de ganar, sólo que había sido reprogramada no ya para ganar dinero sino *el bien*.

A Jaime Lulio le encantaba evocar *Los Nibelungos* de Fritz Lang a propósito de Eva Rosa. La magnífica y negra mirada de Kriemhild le parecía idéntica a la que a veces brillaba en el fondo de los ojos de su idolatrada Eva Rosa. Kriemhild había preferido

aliarse a las hordas bárbaras de Atila para alcanzar su justicia: vengarse de su propio pueblo que traicioneramente había asesinado a Siegfried. En las últimas imágenes de *La venganza de Kriemhild*, cuando el castillo de los Nibelungos está a punto de derrumbarse bajo las llamas, la frigidez estremecedora de los ojos de Kriemhild habla con íntima elocuencia de la amargura de su victoria. Para Jaime Lulio los ojos de Eva Rosa eran iguales.

Bastante trabajo les costó a doña Teresa y Eva Rosa llegar a tutearse, pero lo lograron. Gracias a esa trivial victoria su relación pudo progresar notablemente, y el día menos pensado se encontraban ya en el taxi que las llevaba a la sede del Servicio de Investigaciones. Estaba en un viejo edificio colonial del centro. En la recepción anunciaron que tenían cita con el señor Carnéfice, el eterno director, que regenteaba el servicio desde que el mundo era mundo.

Después de haberlas hecho esperar casi dos horas, las llevaron a través de interminables pasillos oscuros y extremadamente descuidados. Doña Teresa empezaba a tener miedo, empezaba a pensar seriamente que a lo mejor ya no iban a dejarlas salir de ahí, como le hicieron a Rodri y a Mari. La firme entereza que emanaba de Eva Rosa tranquilizó un poco a doña Teresa, pero no completamente, y le tuvo que asegurar que los tiempos ya habían cambiado, que sabía muy bien lo que estaba haciendo.

Llegaron finalmente ante una gran puerta de madera. Al abrirla se presentó ante ellas una especie de universo paralelo: todo en el interior era amplio, luminoso, límpido, resplandeciente. El mobiliario era más bien clásico pero parecía recién comprado, la decoración sobria y de buen gusto, las paredes lucían aquel ocre romano que figura en varios cuadros de Balthus. Tres obras de este pintor ornaban, por cierto, aquellos muros, junto con unas dos pinturas de Sorolla y otras del siglo XIX. Varias esculturas de bronce y una de mármol, reproducciones de obras clásicas, completaban el ornamento.

Carnéfice estaba sentado en su escritorio pero se levantó inmediatamente al verlas. Las saludó con una cortesía que a las dos

les pareció algo exagerada, y les propuso un aperitivo. Eva Rosa prefirió no tomar nada, pero doña Teresa dijo que con todo gusto aceptaba *una copita*.

Cuando se sentaron, Carnéfice tomó la iniciativa en la conversación. Dijo que le parecía muy bien que hubieran ido a verlo, que siempre estaría a la orden para tratar de aclarar todos los puntos oscuros de aquellos dolorosos años 70. De Rodrigo Gutiérrez dijo no saber nada, pero reconoció sin mayor dificultad el haber supervisado la detención de María Inmaculada Sánchez. Hasta tenía un pequeño expediente sobre su reclusión que había ido a buscar a los archivos después de haber recibido su llamada telefónica. Todo constaba en aquel expediente: transcripción de los interrogatorios, lugar de encarcelamiento, fecha de su liberación. Varias veces repitió que siempre había procurado que los detenidos fueran tratados con dignidad, sobre todo las mujeres.

Doña Teresa, escandalizada, dijo que había visto a María herida, a lo cual Carnéfice respondió muy sorprendido que eso era imposible, a menos que hubiera sucedido algún desgraciado y rarísimo accidente. Luego comenzó un extenso alegato en el que describió los esfuerzos que siempre había realizado para evitar toda imprudencia, para proteger al mayor número de personas. No ignoraba que algunos militares habían cometido actos irregulares, y hasta barbaridades, y que por eso había tratado que la señorita Sánchez, así como muchas otras de las detenidas, se quedara bajo su protección el mayor tiempo posible. Pero un día había recibido la orden de liberarla.

—¿Liberarla o transferirla? —quiso precisar Eva Rosa.

Carnéfice le mostró el expediente, diciendo que ahí estaba claro que había sido liberada.

Eva Rosa notó que no estaba anotado de dónde provenía la orden, y le preguntó si él lo sabía.

Después de una larga pausa durante la cual Carnéfice pareció buscar la respuesta escrutando intensamente varios rincones de la pieza, contestó:

—Ya sé que no me va a creer, señora. Ya sé que va usted a pensar que estoy ocultando o encubriendo algo. Algunos periódicos

nacionales, y sobre todo la prensa internacional, que nos considera poco más o menos que un montón de bárbaros, se empeñan en creer que no tenemos la más mínima buena voluntad. Pero la realidad es que ese detalle que usted me pide se me olvidó. De veras. Se lo juro por Dios. Fue hace más de treinta años.

—Veremos, señor Carnéfice —concluyó serenamente Eva Rosa—, si no ya ante Dios sino ante un tribunal podrá usted jurar de la misma manera.

6. La lucha final

Finalmente, la guerra se terminó, los nazis y sus aliados fueron vencidos. Pero contrariamente a lo que se hubiera podido pensar, ya que el pueblo serbio fue uno de los pueblos de Yugoslavia que nunca colaboró colectivamente con los ocupantes, el fin de la guerra no significó el fin de los problemas de los serbios. Después de la liberación de Yugoslavia (la verdadera liberación, hay que precisarlo porque nos podemos fácilmente perder entre tantos libertadores), los serbios que habían sido expulsados no fueron autorizados a regresar a Kosovo, liberado en 1941 por los italonazis para crear su Gran Albania. El decreto de 1945 que prohibía el regreso de los serbios era teóricamente temporal, pero en los hechos se volvió permanente, ya que la mayor parte de los 60 000 serbios expulsados nunca más pudo regresar a Kosovo. Por otra parte, los 70 o 75 000 albaneses que habían sido instalados en esos territorios por el gobierno de Mussolini pudieron obtener la ciudadanía yugoslava. Era como si después de la guerra Tito se hubiera lanzado en busca del equilibrio ideal para su flamante República Federativa Socialista de Yugoslavia. Una de sus principales finalidades era el desmantelamiento de la hegemonía de la Gran Serbia puesto que esta nacionalidad tenía (aritméticamente por lo menos) un peso demográfico y político considerable dentro del Estado. Fue entonces cuando creó en 1946 las seis repúblicas federadas, separando de esta manera Macedonia, Montenegro y Bosnia-Herzegovina de lo que había sido Serbia antes de 1931. Con el mismo entusiasmo quirúrgico se trazaron dos regiones autónomas en el interior mismo de la República de Serbia: la provincia autónoma de Voivodina (al norte) y la región autónoma de Kosovo-Metohija (al sur), que la moda de las abreviaciones comunistas transformó en Kosmet, y que luego llegó a llamarse simplemente Kosovo.

Yo considero que esta división es un detalle de suma importancia. Si partimos del principio (que puede ser refutado por muchos, pero no quisiera discutir sobre este asunto) de que Tito era un hombre de más bien buena voluntad, seríamos capaces de

juzgar esa repartición como una medida de una cierta pertinencia. En efecto, el fraccionamiento de Serbia en cuatro repúblicas (Serbia, Macedonia, Bosnia-Herzegovina y Montenegro) y dos regiones autónomas (Voivodina y Kosovo-Metohija), le daba a Serbia un tamaño menos imponente con relación a los otros dos reinos fundadores de Yugoslavia (Croacia y Eslovenia), lo que contribuía a reequilibrar la nueva federación. El problema era que de esa manera se abandonaba definitivamente el equilibrio que se había tratado de obtener en 1931 cuando se había dividido el reino en nueve provincias (banovinas) puramente administrativas desligadas de todo criterio étnico. Tito se puso a organizar otra vez el país conforme a sus distintas nacionalidades, criterio que había sido reimplantado en 1941 por los ocupantes germanoitalianos. Esto acarreaba forzosamente el gran inconveniente de subrayar las particularidades étnicas, religiosas o simplemente culturales.

Sin embargo sería injusto condenar ciegamente al mariscal Tito. Hay que tratar de comprender el contexto de la época. Al final de la Segunda Guerra mundial, en los primeros tiempos del Imperio de la Igualdad, el ideal supremo era el modelo soviético, sistema que había logrado el milagro de preservar al mismo tiempo las diferencias y la unión de la gran diversidad de las poblaciones de la URSS integradas en el seno de la patria comunista gracias al firme brazo protector del camarada Stalin, el Papacito de los Pueblos, como dicen los franceses. La República Socialista Federativa de Rusia, una federación dentro de la c, constituía el ejemplo perfecto de una federación dentro de una federación de federaciones, según el modelo de las matrioshkas rusas. Era, para emplear una frase que armonice con los discursos de nuestros políticos modernos, la unidad en la diversidad, e pluribus unum. Estábamos en la edad de oro del comunismo, una época en que los grandes visionarios veían el mundo venidero como un conglomerado de grandes bloques federales o confederales que reuniría a todos los países hermanos sin suprimir sus particularidades, entusiasmo fraternal que llegó a su apogeo al crearse, a fines de 1947, la Oficina de Información de los partidos comunistas y obreros (Kominform), cuya sede fue abierta nada

menos que en Belgrado. Lejos se estaba de llegar a imaginar que todo terminaría por la atomización de la región durante los años 90 —la inexorable y trágica balcanización de los Balcanes que seguramente todavía no ha terminado. De esta manera, situándose en aquel contexto tan particular existente a mediados de los años 40, se podría concluir que la creación de la región autónoma de Kosovo-Metohija no fue en sí un acto de mala voluntad, como en el caso, verbigracia, de la creación artificial por Inglaterra de la provincia norirlandesa de Ulster en 1921, cuyo principal fin fue envenenar la independencia de la república de Irlanda.

Sin embargo, por más que quiero verle su lado bueno, esta delimitación de fronteras dentro de Yugoslavia me evoca esas otras líneas trazadas exactamente en la misma época: entre 1945 y 1947 se dibujaron en el mapa de ciertos países del mundo unos trazos que provocaron sufrimientos interminables (interminables en el sentido etimológico de la palabra) y varios millones de muertos. La línea trazada con desenfado sobre Corea en la conferencia de Yalta, conferencia que instauró (y materializó) la división del mundo entre el equipo de la Libertad y el de la Igualdad. La línea vietnamita bosquejada en Potsdam, y luego duramente negociada entre vietnamitas, franceses y estadounidenses para salvar un máximo de almas respectivamente del infierno capitalista o del infierno comunista. La línea de Pakistán (پاکستان) “el país de los puros”, deseada por los musulmanes de la India, y delineada por los ingleses con una solicitud y una felicidad sutilmente maliciosas, ya que los antiguos colonizadores eran conscientes de las vicisitudes que estaba provocando en Irlanda la línea que ellos mismos habían trazado ahí 26 años antes. Terminemos (last not least) observando la línea impuesta por la ONU en el protectorado británico de Palestina, línea que como muchas cosas impuestas por la ONU no iba a ser respetada, pero que iba a sumergir la región en una ciénaga de angustias, frustraciones y desgracias más que intensas y sin fin.

Jaime Lulio Sánchez-Mármol,
El Imperio de la Libertad

Una comisión ad hoc fue nombrada para examinar la procedencia de los cargos que se le imputaban al general Runeberg. Aunque se habían previsto varias sesiones para analizar un caso que nada tenía de sencillo, una sola fue suficiente.

Los interesados se reunieron en una gran sala del Palacio de los Tribunales de Justicia en la cual no pudo entrar ninguna persona extranjera al caso (especialmente los periodistas). El presidente de la comisión, sus auxiliares, el juez Jodorow —pesquisidor del caso—, y doña Eva Rosa Valenzuela ocuparon una mesa instalada ante una asistencia compuesta esencialmente de juristas, diputados y senadores. El general Runeberg y sus abogados se colocaron en la primera y segunda filas. La sesión se dividió en tres etapas:

a) El juez Jodorow dio lectura a unas actas que resumían el curso de sus investigaciones: la reconstitución del expediente del juez Nasar que contenía datos sobre los archivos secretos del SIN desaparecidos durante un incendio, las informaciones reveladas por el almirante Murat, y la verificación de tales informaciones por medio del expediente Nasar y de la medicina legal.

Comenzó por un informe meramente técnico. Acto seguido, al llegar a la descripción de los hechos incriminados, no necesitó ser particularmente explícito para crear una fuerte impresión en la sala. Un senador militar protestó entonces ante el presidente declarando que no se encontraban en un tribunal y que tales hechos no podían ser detallados mientras no se pudieran verificar mediante peritajes contradictorios. Jodorow no insistió y renunció a continuar su lectura.

b) La intervención de Eva Rosa Valenzuela fue completamente distinta, quizás debido a las pesadillas que la visitaban casi todos los días.

El día anterior había soñado con Prometeo. Estaba encadenada en una montaña con toda su carne expuesta a la rapiña. Una gran águila de cabeza y cola blancas se le acercó. Llevaba un gran escudo ornado con barras. En una garra tenía una rama de laurel, en la otra un haz de flechas a la usanza romana, un *fascio*. De su pico colgaba

una cinta con una concisa inscripción latina que aseguraba que de la pluralidad se obtendría la unidad. El águila soltó la cinta y comenzó a devorarle ávidamente el hígado.

Al despertar pensó que ese día no iba a asumir un papel de litigante sino de mujer.

Primero que nada les recordó a los miembros de la comisión que su nombre anterior había sido Eva Runeberg Sotomayor, personaje que todos los presentes habían conocido. Les pidió que trataran de considerarla como una persona distinta de aquel personaje que legalmente nunca había existido y que moralmente había ya dejado de existir. Por lo menos eso esperaba.

Luego resumió en pocas palabras el descubrimiento de su verdadera identidad, el choque que aquello le había provocado, la manera como los hechos la habían obligado a enfrentarse con la insoportable realidad. *Estuve a punto de morir cuando tuve la verdad frente a mí, les confesó, y ahora a todo Chile le toca encararse con ella, y es nuestro deber ayudarlo a no rechazarla y seguir viviendo.*

Después habló de Rodrigo Gutiérrez, militante del Movimiento de la Izquierda Revolucionaria y luego miembro del Grupo de Amigos Personales del presidente Salvador Allende. *El 14 de septiembre de 1973 fue a casa del cineasta estadounidense Charles Horman quien, según lo que se pudo saber, acababa de filmar algo que probaba la participación de su país en el golpe de estado. Los dos fueron raptados. El cadáver de Horman apareció a finales de octubre en las orillas del río Mapocho. Su caso atrajo tanto la atención que hasta se hizo una película con Jack Lemmon en el papel del padre del joven asesinado. En cambio, Rodrigo Gutiérrez Estrada tuvo el destino más espantoso que se pudiera imaginar. Apenas se puede relatar. Nadie se atrevería a filmarlo.*

Al final, Eva Rosa evocó a María Inmaculada Sánchez Dahlmann. Habló de sus orígenes, de su ingenuidad. De su carácter alegre e ilusionado. Había pertenecido a aquellas clases medias altas que logran darles una educación de excelencia a sus hijos sin tener que sentirse obligadas a defender sus privilegios a toda costa. Sus padres formaban parte de la izquierda allendista; su padre llegó

a ser uno de los más cercanos consejeros del presidente Allende y murió con él durante el ataque del Palacio de la Moneda. Unos días más tarde, su madre murió también, dejándola sola y desamparada. Ni siquiera pudo asistir al entierro, para no arriesgarse a ser arrestada.

Muchísimos años antes (Eva Rosa parecía estar evocando algo que hubiera ocurrido siglos atrás), en 1968, estando de vacaciones en Europa con sus padres, María Inmaculada se había quedado atascada en París durante la revuelta de mayo. Esta experiencia le hizo creer que la revolución era una especie de tertulia emocionante, agradable y romántica. Le encantaba ir a codearse con los estudiantes en las barricadas, cantar La Internacional, oír los discursos de Daniel Cohn-Bendit, Dany-el-Rojo. En 1973, en la Universidad Técnica del Estado, conoció a un militante del MIR de 27 años, Rodrigo Gutiérrez. Durante aquellos tiempos de los años Allende flotaba en el aire una exaltación aún más mágica y embriagante que la del 68 en París. Tuvo entonces que enamorarse locamente de aquel joven revolucionario. Quedó embarazada. Su hija nació el primero de mayo de 1974 y la llamó Rosa en honor a Rosa Luxemburg.

Pero esta hija nació en prisión, después de varios meses de un espantoso calvario vivido por María Inmaculada: la desaparición del hombre que amaba el 14 de septiembre de 1973; su propio arresto el 3 de marzo de 1974 seguido —estando ella encinta— de violaciones y torturas; su infamante exposición ante su amante para que él presenciara sus atroces tormentos hasta que se decidiera a traicionar a sus propios compañeros. Y los traicionó, en efecto, y de la manera más abyecta, pues aceptó atraerlos a las trampas que les tendían los militares. *Ese hombre, honorables miembros de la comisión, era mi padre; aquella mujer, mi madre. Y yo soy Rosa Gutiérrez Sánchez, su hija, nacida en prisión y luego separada definitivamente de ella. Fui secuestrada por órdenes expresas del general Runeberg, aquí presente, con el único fin de salvar mi alma del infierno comunista. Mi madre murió el 16 de septiembre de 1974 después de haber vivido el infierno más atroz, un infierno al que la precipitó el general Runeberg. Mi padre sin ninguna*

duda murió también en ese infierno. Un infierno creado por Runeberg para cada una de los cientos de personas contra las que ejerció su poder. Un infierno donde yo también me encuentro, que me asedia de día como de noche, y desde el cual les imploro, les suplico por lo que más quieran, que me vengan a ayudar.

En ese momento, algo más extraordinario que la risa de Greta Garbo ocurrió: Eva Rosa Valenzuela (aquella mujer que había sido durante tantos años condenada a llamarse Eva Runeberg) se puso a llorar.

c) El abogado principal del general Runeberg, después de haber aceptado con condescendencia el testimonio *emocionante* y *exclusivamente personal* de la señora de Valenzuela, emprendió el desmantelamiento de todas las pruebas presentadas por el juez Jodorow: 1) el expediente del juez Nasar recuperado después de su accidente tenía demasiadas lagunas para poder constituir un conjunto coherente; 2) el “descubrimiento” —si descubrimiento había habido, ya que todo tendía a probar que aquello no era más que una torpe falsificación— de los archivos “secretos” (tan secretos que jamás habían existido) del SIN fue realizado (según la propia versión del ministerio público) por medio de un *allanamiento*, método que deja la puerta abierta a nuevos fraudes y falsificaciones; 3) *nos parece que todo comentario es superfluo a propósito de la veracidad de unos datos enviados por un ex-almirante que mancilló el honor de nuestra armada huyendo del país de la manera más cobarde después de haber efectuado una transferencia ilegal de fondos por una suma cercana a los 60 millones de dólares.* 4) Finalmente —y no queremos comentar detalladamente este tema por respeto a la señora de Valenzuela— agregaremos que nada excluye que el expediente “tan comprometedor” que “tan generosamente” nos proporcionó el ex-almirante Murat no haya sido urdido a posteriori basándose en el historial de los restos de un sujeto que reposa en el anexo especial del Servicio Médico-Legal. El test ADN confirma en efecto la filiación entre la señora de Valenzuela y aquel sujeto. Reconocemos la posibilidad que haya sido objeto de violencia

durante aquel duro periodo que tuvo que atravesar nuestro país. Sea cual fuese la razón de aquellos sufrimientos, lo lamentamos de todo corazón. Los restos permanecen mudos, empero, a propósito del causante de aquella violencia. La tesis de la existencia de un misterioso Centro de Estudios Equus October, en los subterráneos encontrados recientemente en el desierto de Atacama, es por lo menos tan descabellada como aquella que pretende que esos subterráneos fueron construidos por fuerzas especiales soviетocubanas durante el periodo de Allende. En resumidas cuentas, todas estas presuntas pruebas no reposan sino sobre mentiras, allanamientos, robos, falsificaciones y alta traición. Si algún día un juicio llegare a tener lugar (cosa que me parece completamente injustificada), podríamos demostrar, gracias a las relaciones del general Runeberg en Washington, que las supuestas "pruebas" proporcionadas de manera tan dramática y publicitaria por el ex-almirante Murat fueron fabricadas y reunidas nada menos que por los más grandes maestros del arte del engaño, la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos de América. Más de una vez aquellos magos engañaron al mundo para salvarlo, cosa que nos parece muy bien, no seremos nosotros los que les vamos a tirar la primera piedra a quienes nos libraron del caos y del comunismo, y que en estos mismos momentos libran una lucha difícil y justa contra el terrorismo. Pero aquí estamos poniendo en la balanza la vida y la reputación de un hombre completamente inocente cuyo único pecado fue el servir a la patria cumpliendo honestamente con su deber. Me parece que una buena parte de las personas presentes en esta sala están al tanto de los métodos utilizados por la CIA para desestabilizar gobiernos y desorientar opiniones públicas. Sabemos que poseen archivadas cientos de ficciones destinadas a desprestigar personajes claves de países amigos en caso de que llegaran a perder el control de éstos.

Por esta misma razón, honorables miembros de la comisión, quisiera hacerles una última reflexión:

Las mentiras del desertor Murat son descaradas y obscenas. Son delictuosas. Se puede también considerar que son criminales puesto que le crearon a la señora de Valenzuela un desequilibrio

tan profundo que la llevó al borde de la muerte. Pero vamos a suponer que tales mentiras tuvieran algo que ver con la realidad. Ustedes saben ahora de donde las sacó Murat. Si quieren continuar por ese camino deberán entonces asumir solos la responsabilidad de haber abierto la caja de Pandora. Las consecuencias de tal gesto nadie las puede prever.

7. 日休 — El reposo del sol

Lo que pasa es que los dioses escondieron lo que hace vivir a los hombres, si no, labrarías sin esfuerzo nada más un día y cosecharías lo suficiente para vivir todo el año; te la pasarías tan campante, y hasta tus bueyes y tus pacientes mulas se podrían tomar unas vacaciones. Pero Zeus te fastidió la vida aquel día en que, con olímpico enfado, se dio cuenta de que el pícaro Prometeo se había burlado de él. Desde aquel día se propuso darles verdaderamente la lata a los hombres. Les escondió el fuego. Pero otra vez el simpático hijo de Japeto volvió a las andadas y se lo robó al sabio Zeus en el interior de un tallo para regalárselo a los hombres. Rabiando, el dios que lanza el trueno le dijo: «Hijo de Japeto, sabelotodo, te ríes porque me robaste el fuego y me hiciste pasar por un imbécil. Yo te voy a regalar, a ti y a los hombres que han de nacer, la más tremenda desgracia, tan ardiente como el fuego: será un mal que todos llevarán con gozo en el fondo de sus corazones, y que cercarán con celoso amor para condenarse.»

Soltando una carcajada el padre de los dioses y de los hombres le ordena al ilustre Hefesto rociar con agua un poco de tierra y otorgarle la voz y la vitalidad de un ser humano, y la forma de las diosas inmortales: un bello y cautivante cuerpo de virgen. Atenea le enseñará cómo con su telar podrá engendrar mil colores. Afrodita implantará el oro en su frente, el oro de la gracia, del doloroso deseo, de las turbaciones que despedazan los miembros. Hermes, el Mensajero, el destructor de Argos, le otorgará una inteligencia impudente y un artificioso corazón.

Tal es la orden del señor Zeus, el hijo de Cronos, y todos obedecen. Rápidamente el ilustre Cojo modela en el barro la forma de una casta virgen. La diosa de ojos garzos, Atenea, la engalana y la ciñe. En su cuello las divinas Gracias y la augusta Persuasión colocan collares de oro; las Horas de hermosa cabellera la rodean de guirnaldas de primaverales flores. Palas Atenea le cubre el cuerpo con todas sus galas. Y en su seno, el Mensajero, el destructor de Argos, engendra ficciones, palabras de engaño, artificios, tal como Zeus, el rugiente, lo desea. Más tarde, el heraldo

de los dioses le otorga la palabra a esta mujer, y la llama Pandora(Πανδώρη), porque todos los habitantes del Olimpo a través de este regalo agasajaron con desgracias a los hombres que comen pan.

Una vez lista su imparable trampa, el padre de los dioses le confía el regalito al ilustre Destructor de Argos, eficaz mensajero, para que se lo lleve a Epimeteo. Éste pasa por alto los consejos de Prometeo, quien le había dicho mil veces que nunca aceptara ningún regalo de Zeus Olímpico, que se lo regresara si quería evitarles un mal rato a los mortales. Pero acepta, y cuando empieza a pasársela mal, entiende.

La especie humana vivía antes tranquila, apartada de las penas, del fastidioso trabajo, de la dolorosa enfermedad que acarrea la vejez, ya que los hombres que sufren envejecen prestamente. Pero la mujer, levantando con sus manos la gran tapa de la jarra, dispersó todo aquello por el mundo, augurándole al género humano muy tristes vicisitudes. Solamente la Esperanza se quedó ahí, dentro de su hermética prisión. No logró franquear la boca de la jarra, no pudo volar. Pandora ya había colocado otra vez la tapa obedeciendo a Zeus, el amo de las nubes. En cambio, las desgracias transitan libremente entre los hombres: la tierra está colmada de infortunio; el mar, rebosante. Las enfermedades, de día, de noche, cuando les place, vienen a visitar a los mortales trayéndoles dolor —en silencio, porque el sabio Zeus no les dio voz. Los designios de Zeus son ineluctables.

Hesiodo, *Los Trabajos y los Días*
trad. J. L. S.-M.

Mitsubishi Pajero es el nombre que la compañía de los Tres Rombos les dio a sus modelos de vehículos de doble tracción. Nunca se supo bien cómo llegó tal palabra a la mente del *creativo* que la concibió. Pajero se pronuncia padyero en japonés, y tal vocablo no significa nada ni se parece a nada en ese idioma. A lo único que se podría parecer vagamente es a la palabra Godzilla, la célebre lagartija atómica que en japonés se pronuncia *godyira*. Lo que sí es seguro es que aquel creativo no tenía la menor idea de qué clase de

palabra estaba creando, ya que no debía conocer todas las acepciones de la palabra “paja”, y debía pensar que con ella evocaba un contexto campirano y rústico, posible blanco del producto.

Pero naturalmente, cuando los agentes comerciales de Mitsubishi Motors comenzaron a tratar de vender su coche en los países de habla hispana, muy pronto se dieron cuenta que un pequeño problema sexual podía dificultarles el trabajo, ya que el nombre de su potente vehículo podía evocar aquella manipulación a la cual recurren los hombres (y también las mujeres, ya que la paridad de género es hoy día imperativa) faltos de amor. Por eso en aquellos subdesarrollados andurriales el mismísimo coche se llama Montero, como si fuera un esotérico homenaje a aquel almirante chileno que se negó a traicionar a su presidente Salvador.

Era precisamente un Montero lo que se acercaba a la única avioneta que parecía utilizable en el pequeño aeropuerto privado de Barrancas, al oeste de Santiago. Al llegar, el hombre que esperaba al lado de la avioneta quedó envuelto en una nube de polvo. En recompensa por haber soportado estoicamente tan ordinaria humillación, de la nube —como si hubiera salido de la nada (o, mejor aún, como si hubiera aparecido del cielo)— surgió Eva Rosa Valenzuela.

El hombre respondía al shakespeariano nombre de Yago Montesco, y representaba a los sindicatos de las minas nacionales que desde un tiempo que le parecía inmemorial negociaban duramente para que las reglas de la Organización Mundial del Comercio y los decretos del Fondo Monetario Internacional no degradaran lo poco que quedaba por degradar de las condiciones laborales. Eva Rosa ya sabía quién era y, aunque no lo conocía personalmente, admiraba sinceramente su trabajo. Yago, en cambio, que también sabía quién era ella, no sólo la admiraba sino que sentía una profunda fascinación por ella.

Estos prejuicios, empero, no les impidieron sonreír con franqueza, y hasta con cierta felicidad, cuando se encontraron frente a frente.

La avioneta despegó con rumbo a Chuquicamata.

Durante el vuelo Eva Rosa le explicó a Yago (a gritos, porque la avioneta era casi tan ruidosa como un helicóptero) que los abogados del sindicato se habían puesto en contacto con ella a través de la ADAN. *Piensan, y creo que tienen razón*, dijo sin falsa modestia, *que las negociaciones presentan ciertos problemas técnicos que quizás yo seré capaz de retorcer un poco para que se orienten a su favor. Toda mi vida me he dedicado a eso, no es tan difícil en realidad.*

En ese momento Yago se sintió en completa confianza y no pudo contener ya la curiosidad que lo atormentaba desde que se había enterado que iba a ver a Eva Rosa Valenzuela. Le preguntó si había sido ella quien había organizado la investigación contra la *red Runeberg*.

—Sí, fui yo, ya ves que ni yo soy perfecta. No ganamos ni las huinchas. Ni siquiera se tuvo que pronunciar un sobreseimiento; simplemente la instrucción se detuvo, ¡pft!, como un petardo que se chingó. Luego los periódicos y la tele se cansaron al ver que ya no le podían sacar jugo al asunto y nos desecharon como una *mierda fofa*, como dicen tan finamente los franceses. Ahí dejé a mis pobres colegas de la ADAN a ver si arreglan algo, cosa que veo muy difícil. Pero, ve tú a saber, a lo mejor algo se puede hacer. A lo mejor no abordé el asunto como se debía. A lo mejor el juez Jodorow tenía razón cuando me dijo la primera vez que lo fui a ver que yo no podría encargarme bien del asunto porque estaba demasiado implicada en él. De todas maneras el derecho penal nunca ha sido mi fuerte. Por eso precisamente vine a verlos: hasta ahora no he encontrado un rival digno de mí en derecho comercial.

Cuando llegaron a Chuquicamata, ya estaba anocheciendo. *Chuqui* se había convertido en una especie de ciudad fantasma ya que toda la población estaba siendo transferida a Calama por razones de sanidad. La mina lo iba devorando todo a su paso y ya no era ese un lugar para la especie humana. Eva Rosa sintió un ligero estremecimiento al observar toda esa desolación, pero no tardó en dominarse. Yago notó sin embargo su turbación y le propuso que fueran a cenar directamente antes de ir a instalarla en sus habitaciones. Entraron en una especie de enorme galpón bastante

tético, hijo natural de las barracas de *Metrópolis* y del castillo del conde Drácula. En ese mismo lugar fuera del mundo, los trabajadores y sus esposas e hijos le habían organizado una cena de bienvenida. Toda la sala estaba adornada con papeles y cintas de colores azul, blanco y rojo, y en las mesas había unos modestos arreglos florales. La flor predominante era, naturalmente, la rosa.

Compartió con ellos una cazuela de pava que le proporcionó un placer que nunca antes había experimentado. Ni en las más opíparas comidas de doña Amparo, ni aquella vez que, estando en México, *Takimoto-Cortina-Farell* la habían invitado a comer al restaurante *San Ángel Inn*, ni tampoco en el *Ledoyen* o en el *Lucas Carton* de París, ni siquiera en el banquete de Zapallar o en el de Lo Espejo su estómago había sentido un goce tan intenso.

Después de comer, bailó la cueca con los mineros. Finalmente tocaron tango. Yago resultó ser un excelente bailarín.

Quedó tan extenuada y alcoholizada que, cuando apagó la luz del humilde dormitorio que le habían preparado, se quedó inmediatamente dormida.

Estaba sonriendo. Y no soñó.

A la mañana siguiente, la llegada atronadora de un *Gulfstream III* la despertó. El avión no respetaba las nuevas normas antirruído ya que no era del todo nuevo —en la época de la primera guerra del Golfo ya había servido para desplazar la envoltura carnal del general Norman Schwarzkopf, hijo de aquél otro Norman Schwarzkopf agente de la CIA, gran amigo del último shah de Irán y eficaz organizador de su célebre policía política, la ساواک SAVAK.

Ese día, la misión del aeroplano era más humilde: llevar al mediador de un gobierno socialista tan exaltadamente alabado por las élites neoliberales del continente por haber olvidado que sus verdaderos clientes (sus verdaderos patrones) eran los habitantes del país de los que había recibido el mandato.

Con una orden dirigida a un punto preciso de su cerebro, Eva Rosa anuló inmediatamente la resaca que le había producido el mal guariznaqui con que la habían abrevado. Una vez lista, afiló con esmero todas sus armas y revisó sus trampas, como el sicario

experimentado que era, como el matón profesional que siempre había sido.

Jamás se planteó la más mínima duda acerca del éxito de su misión. Técnicamente, el asunto le parecía bastante fácil, numerosas veces había enredado y desenredado casos mucho más complejos, como cuando había ganado el pleito que la cooperativa agrícola *Santa María de Iquique* le había puesto a los Menéndez.

Había solamente un pequeño detalle ligeramente delicado, pero a final de cuentas insignificante. El mediador se llamaba Enrique Valenzuela O'Leary.

8. 日本 – El origen del sol

Para poder evaluar con precisión los efectos de la bomba, los objetivos no deben haber sido dañados por las incursiones aéreas. También es preferible que el primer blanco sea de un tamaño suficiente para que los daños queden circunscritos dentro de su perímetro y así permitirnos determinar más precisamente el poder de la bomba. [...] Hiroshima es el objetivo intacto más grande que no está inscrito en la lista de prioridades del 21º Bomber Command. Tener en cuenta esta ciudad.

Notas del Comité de Determinación de
Objetivos de la bomba atómica

Aunque el catolicismo apostólico romano es una religión que presenta ciertas tendencias al paganismo, Eva Rosa nunca se dejó seducir por ese aspecto. Ni siquiera cuando era Eva Runeberg. Utilizaba generalmente el otro aspecto del catolicismo, aquél que pretende que los lazos entre el mundo espiritual y el material son prácticamente inexistentes y que el libre albedrío conferido por Dios a los mortales anula toda forma de magia o de superstición. Refiriéndose a Mateo 22: 37 y 39, pensaba que era una religión muy simple, casi simplista, que descalificaba ritos, rituales y preceptos puesto que se resumía —como en una canción de los Beatles y en las telenovelas— en el amor. Así pues, Eva Rosa estaba firmemente convencida de que su madre, María Inmaculada, formaba parte desde siempre de esa inefable *gloria* en la que no quería dejar de creer. Por eso no le importaba mayormente lo que hicieran con sus restos mortales. Los podían incinerar, los podían dejar de muestra en el *Médico-Legal* para que no se olvidara la inimaginable crueldad del antiguo régimen; casi hasta hubiera tolerado que los tiraran a la basura. Jamás se le hubiera ocurrido pensar que el destino metafísico de los seres humanos se iba a modificar de acuerdo a la suerte que se les reservara a sus cuerpos fisicoquímicos.

Sin embargo pensó que no fue mala idea lo que se les había ocurrido a algunos miembros de la ADAN, que habían estado recaudando fondos para comprar una tumba para María

Inmaculada y Rodrigo. Aunque sus cuerpos no estuvieran reunidos materialmente ahí bajo tierra (no habían logrado encontrar ni un miligramo de los restos de Rodrigo Gutiérrez), ese pedacito de tierra representaría el hogar que Eva Rosa jamás tuvo de verdad. Hasta en la lápida le iban a grabar una casita. Uno de sus compañeros, marxista-leninista impenitente, arguyó sin embargo, cuando le fueron a pedir su cotización, que la propiedad era un robo. Se necesitaron otros tres compañeros para que efectuara eficazmente su autocrítica: dos le detuvieron los brazos mientras el tercero le sacaba la cartera del bolsillo para expropiarle los pocos billullos que ahí atesoraba.

Así fue como Eva Rosa se decidió a enterrar los restos de su madre. En la lápida hizo que pusieran, además de la casita, una cruz, a pesar de que ni su padre ni su madre habían sido creyentes. Pensaba que ya que estaban en esas cosas, había que hacerlas como Dios mandaba —además el nombre de Allende era Salvador, y todo mundo sabe que el verdadero nombre de Jesús, יְהוָה Yehōšū'a quiere decir “Dios salva”. Para completar el folclor, al lado de la cruz, quiso Eva Rosa que figurara también aquella arcaica cruz en la que la hoz era atravesada por un martillo. Bajo esos símbolos colocaron las fotos de sus padres. Su madre era exactamente igual a ella. Casi exactamente igual: la sonrisa de María Inmaculada parecía (pero vaya usted a saber si antes las fotos se hacían con mucho más talento) parecía mucho más alegre.

Durante la ceremonia en el cementerio, mientras el sacerdote decía aquello de *Dios dio, Dios quitó, bendito sea el nombre del Señor* (la misma frase recitada durante el entierro del hijo de *Barry Lyndon*, la idea había sido de Jaime Lulio), y también mientras sus compañeros cantaban eso de *arriba los pobres del mundo, de pie los esclavos sin pan*, versión chilena de un canto casi paleontológico, Eva Rosa recorrió la escena con la mirada y le pareció estar viendo el negativo del tedeum de Pinochet. Vio a sus antiguas asistentes y a Carlos, pero no a su marido. Vio a la doctora Bermejo y a las doctoras Soto e Infante, pero no había ningún militar. Vio a sus nuevos amigos de la ADAN, a Jaime Lulio y al juez Jacobo Jodorow. Vio a su eterno suspirante, Jack Greenham, y al

último hombre a quien le había descuartizado el corazón, Yago Montesco. Vio también al cosmonauta Diego Dahlmann, primo de la difunta y como transfigurado desde que el año 2001 había cesado de existir. Pero lo que más que nada Eva Rosa vio, fue la cabecita blanca de doña Teresa —*misiá Teresita*—, que lloraba sin cesar sobre su hombro. Ella era —lo sentía en el fondo de su alma— su abuelita de siempre.

Pero todo, aun la muerte, tiene fin. La tumba fue rellenada; cada uno de los amigos puso una rosa roja sobre la tierra fresca, le dio un beso en la frente a la doliente, y se alejó en silencio. Jaime Lulio se llevó a doña Teresa.

Así, Eva Rosa se quedó sola ante la sepultura. Pensó de nuevo que no había sido nada mala idea organizar el entierro. Sentía una extraña exaltación, como si se encontrara al inicio de una época nueva, como en los primeros tiempos del islam o del cristianismo. Pensó que eso es lo que debían haber sentido sus padres en aquellos tres apasionantes años que Salvador Allende le regaló a Chile y al mundo entero.

Después de suspirar profundamente, se empezó a alejar, primero caminando hacia atrás, con los ojos fijos en el montón de tierra y las rosas. Luego se dio media vuelta y se alejó con paso decidido por un pequeño sendero que la llevaba hacia su coche.

A la mitad del camino, se topó con una de las personas que menos hubiera deseado ver en aquel momento: Morisui.

La dulce sonrisa del japonés anuló cualquier reacción de agresividad que Eva Rosa hubiera podido manifestar. Le hizo una gran reverencia llena de dignidad, y luego la abrazó con ternura y le dio un pésame cuya sinceridad llegó a conmoverla verdaderamente.

De repente, ya que Eva Rosa había bajado la guardia, Morisui le encajó una puñalada trapera, de aquéllas de las que únicamente *se salva quien no tiene corazón*. Le dijo que era día 15, víspera de la Independencia de México, y que esa noche había mariachis en el restaurante *Recuerdos del Porvenir*. Y como ella ya sabía, él siempre tenía una mesa reservada ahí a su nombre.

Aunque Eva Rosa había cambiado mucho desde que había dejado la firma de Morisui, no había cambiado tan radicalmente

como para poder rechazar una proposición de ese tipo por más chocante que pudiera parecer en esas circunstancias. El único inconveniente que le veía a tal expedición era que no tenía la más mínima gana de cruzarse con el señor Pancrazi.

—¡Nunca se para por ahí! —le aseguró Morisui— su esposa dice que ella es la única persona en todo Chile que puede preparar una comida mexicana decente. ¿Qué frase nos sacó un día?... Ah sí: *no nada más porque su país se llama Chile que van a saber cocinarlo*. Por más que quise, no pude convencerla de que el restaurante no es malo, que su dueño y sus gerentes son mexicanos, y también el chef. Esa vez dudé seriamente de mi español porque parecía que no entendía nada de lo que le estaba diciendo.

Ciertos sucesos parecen a veces sacados de alguna película. Así pareció esa vez. Todo fue demasiado perfecto, como si Morisui hubiera participado en la puesta en escena de lo que sucedió aquella noche.

Cuando entraron en el restaurante, las trompetas del huapango sonaron, tocando primero agudo, luego grave, como una elegante diana de honor interpretada exclusivamente para ellos. En el momento en que los violines atacaron su épica introducción, con las guitarras y el arpa marcando el ritmo al compás del trote de caballo, los ojos se le humedecieron a Eva Rosa. Durante unos segundos se quedó suspendida como en otro mundo hasta que la cantante lanzó su hondo grito de arriero, recordando —resucitando— a Lola la Grande, Lola Beltrán. Eva Rosa se puso entonces a llorar desahogadamente. Sollozaba de felicidad. Acababa de comprender que ése era su universo.

*Anoche soñé contigo
soñé y soñaba
que te tenía aquí en mi lecho
que me apretaba tu pecho
que tu boca me besaba.
Anoche soñé contigo
soñé y soñando
se disiparon mis penas*

*se dilataron mis venas
y me desperté llorando.*

La música cambió bruscamente de ritmo, volviéndose serena y misteriosa:

*La noche, las estrellas y la luna
son testigos de nuestra gran pasión...*

Al final, todo terminó con aquel dolor alegre tan frecuente en la música mexicana. *Ay la, la, la la, ay la la la, lay, la la*, se quejaron los músicos; y la cantante respondió, desgarrándose de felicidad: *iay lara la la la lay!*

Eva Rosa se unió a los aplausos que siguieron, pero no gritó. Lamentó no saber articular esos gritos tan particulares que dan los mexicanos cuando la alegría los atormenta.

Enseguida la orquesta atacó *El Son de la Negra*, y una china poblana con su charro subieron a una tarima improvisada para ejecutar el zapateado. Los músicos cantaron:

*Negrita de mis pesares
ojos de papel volando
a todos diles que sí
pero no les digas cuando
así me dijiste a mí
por eso vivo penando.*

Eva Rosa y Morisui fueron rescatados de aquel caos por el jefe de comedor que los condujo a su mesa.

Al sentarse, Morisui, arrebatado aún por el entusiasmo, declaró que *si una raza superior existe, se encuentra aquí, en esta América de mi corazón.*

Ya más apaciguados, devorando chapulines y escamoles, y esperando un mole oaxaqueño y un huachinango a la veracruzana, se dedicaron esencialmente a hablar de la nueva vida de Eva (Morisui seguía obstinándose en llamarla así), vida consagrada a la defensa de las organizaciones obreras y campesinas que parecía interesarle sinceramente a su antiguo jefe. Este detalle no podía dejar de intrigarla, y hasta llegó a pensar que, o bien Morisui estaba tratando de ensalzarla para seducirla (recordó que numerosos rumores de la oficina aseguraban que él estaba —como todos—

locamente enamorado de ella), o bien se estaba simplemente burlando de ella.

El dueño del restaurante llegó a tiempo para exorcizar tan malos pensamientos. Era un gordo impresionante, pero también impresionantemente ágil, refinado y culto que acababa de llegar el día anterior de París, donde pasaba casi todo el tiempo, por eso muy pocas veces había tenido la ocasión de hablar con Morisui y nunca había visto a *Eva Runeberg*, aunque mucho había oído hablar de ella. En París poseía también otro *Recuerdos del Porvenir*, el primer *Recuerdos del Porvenir*, nombre cuya traducción embelesaba mágicamente a los franceses: *Les Mémoires de l'Avenir*. Ahí, en la *Ciudad Luz*, ciudad faro del mundo como el faro de la Torre Eiffel, había comenzado su fortuna. Después del éxito de su *Recuerdos del Porvenir* parisense, había abierto otros tres restaurantes, todos con nombres de películas de Ripstein: *El Castillo de la Pureza* (*Le Château de la Pureté*), para significar que conservaba íntegramente la tradición culinaria mexicana, *El Imperio de la Fortuna* (*L'Empire de la Fortune*), para anunciar el éxito de la gastronomía mexicana, y *El Lugar sin Límites* (*Le Lieu sans Limites*), para mostrarles a todos que la cocina mexicana, como la francesa, es inagotable, infinita, y que había llegado la hora de que recorriera, como la francesa, los cuatro puntos cardinales del universo mundo. El formidable gordo tenía la teoría de que el pueblo francés era un vector excelente para este tipo de sectores refinados de la cultura, como los perfumes, la alta costura o, precisamente, la gastronomía. Pensaba que si lograba convencer a veinte millones de franceses de que la cocina mexicana es la hermana gemela de la francesa, se crearía una masa crítica que — como una esfera de plutonio o un cilindro de uranio 235 — estallaría irresistiblemente provocando una primavera gastronómica en todo el planeta. Al ver que Eva Rosa estaba comiendo saltamontes y Morisui huevos de hormiga, les aseguró que tenían en sus platos un ejemplo de la grandeza y del estrechísimo parentesco entre Francia y México. Como sus comensales no entendieron en absoluto cómo se podían reunir en una misma proposición chapulines (saltamontes), escamoles (huevos de hormiga), Francia (país

civilizado) y México (país de indios pataraiz), el espléndido gordo se sentó, pidió que le llevaran un platito de chapulincitos y otra botellita grande de Château Murat a su cuenta, y les explicó que cada vez que veía chapulines se ponía a pensar en aquellos pobres egipcios que se habían creído la broma de Moisés de que los saltamontes constituyan una plaga enviada por Dios. *Esos Amenófises y Ramseses podían sentirse todo lo machos que quisieran con sus pirámides (que por cierto en México también hay), pero no eran a fin de cuentas menos tontos que el resto del mundo. En cambio los franceses y los mexicanos, gracias a los portentosos progresos de nuestras ciencias gastronómicas, le hubiéramos agradecido a Dios muchas de las plagas con que castigó a los egipcios. Para los franceses, las aguas del Nilo transformadas en sangre no hubieran planteado mayor problema, habrían preparado un excelente boudin con ella, estoy segurísimo. Nosotros la hubiéramos transformado en moronga. De la misma manera, a los franceses no les hubiera molestado el granizo, porque se hubieran puesto a hacer sorbetes, mientras que nosotros hubiéramos hecho raspados poniéndoles jarabes de sabores. Con las ranas, los geniales gabachos hubieran preparado ancas en cassolettes, y nosotros las hubiéramos empanizado a la tabasqueña. La única diferencia sería que los franchutes no hubieran sabido qué hacer con los chapulines, mientras que yo me los estoy comiendo con guacamolito y huitlacoche y ustedes van a pagar bien caro los suyos. En fin, nada puede ser absolutamente perfecto y simétrico, y ya les estoy enseñando a los franceses a comer chapulines en mi restaurante de París. Ése es mi cuartel general de donde tengo pensado iniciar la ofensiva decisiva para conquistar el mundo. No saben cómo me identifico a veces con los malos de las películas de James Bond que quieren apoderarse del planeta.*

Eva Rosa y Morisui terminaron sus entradas, e inmediatamente llegaron el mole oaxaqueño para ella y el huachinango para él. El gordo fantástico no pudo soportar tal espectáculo y pidió que le llevaran a él también un platito de molito con otra botellita más para pasar el tiempo mientras les explicaba a sus comensales que, como

París era un punto estratégico de su proyecto mundial, casi siempre se pasaba ahí los festejos del día de la Independencia. Acababa de abrir ahí su quinto restaurante, y había estado a punto de pasarse las fiestas del 15 en él para promoverlo. Había comprado el *Chicago Meatpackers*, un restaurante gringo al lado del célebre *Pied de Cochon* (*Pata de Cerdo*). Siguiendo la costumbre de darles nombres de películas de Ripstein a sus restaurantes, lo había llamado *La Mujer del Puerto* (*La Femme du Port*), y como estaba al lado del *Pied de Cochon*, había mandado que escribieran primero una C en lugar de la T, y que luego borraran mal la C para que se viera un poco cuando le encimaran finalmente la T. Se le había ocurrido también que, como las manijas de las puertas del *Pied de Cochon* tenían forma de pata de cerdo, las de *La Mujer del Puerto* tendrían forma de Petunia Pig. Ahí todo el menú orbitaba, naturalmente, alrededor del cerdo, desde el pozole y los frijoles de cerdo a la tabasqueña, hasta la cautivante e inevitable cochinita pibil yucateca que también estaba en el menú del restaurante chileno. Para culminar todo, como el *Pied de Cochon* a veces instalaba junto a su vitrina un chiquerito muy limpito donde retozaba un cerdito de verdad completamente cubierto de bellas cerdas negras llamado Oscar (con acento en la a), al genial gordo se le había ocurrido instalar una pocilguita también muy limpita para que retozara ahí una cerdita toda rosita con algunas cerdas bien blancas. Con lógica implacable la llamó Arielle (sin pronunciar la última e), esposa mexicana del Óscar. También en París tenía unos bares un poco sombríos (*destroy*, en franglés) que se llamaban (siempre con nombres ripsteinianos) *La Viuda Negra*, *Cadena Perpetua* y el último, el más *destroy* de todos, con porteros vestidos de verdugo con sus capuchas puntiagudas y alguna que otra inquietante utilería, se llamaba *El Santo Oficio*.

Les contaba todo eso para subrayarles que ese año era muy especial porque su instinto le había aconsejado pasarse el día de la Independencia en Santiago en lugar de París, la ciudad que hubiera parecido más adecuada para tal evento. El hecho de que la señora Runeberg y el señor Morisui lo honraran con su presencia le confirmaba que no se había equivocado en lo más mínimo al elegir a

Chile. Elogió la inteligencia del pueblo japonés, pero lamentó que ese país todavía no estuviera preparado para acoger dignamente la cocina mexicana. Tenía planeado abrir pronto una sucursal en Calcuta y otra en Chicago, pero ni Tōkyō ni Kyōto ni Oosaka estaban todavía en su lista. Había desdichadamente que reconocer que el señor Morisui era una excepción, y éste no lo contradijo. En cambio, un día había comprendido que el pueblo chileno estaba ya preparado para emprender aquella aventura. Lo supo un lejanísimo día en que (antes de abrir su restaurante pero ya viviendo en París) un amigo suyo lo invitó a una cena que iba a preparar el cineasta chileno Raúl Ruiz. *Yo encontraba esa invitación un tanto descarada puesto que Raúl Ruiz y yo no nos conocíamos (no nos conocíamos personalmente —yo ya sabía quién era, y hasta había visto algunas de sus películas, que por cierto me parecían bastante aburridas). Le dije a mi amigo que por lo menos le preguntara a Raúl Ruiz si yo podía ir.* «Sí, sí, me respondió enseguida, ven, además (agregó, creyendo que así me iba a convencer más fácilmente) va a hacer comida mexicana.»

Tengo que precisarles que mi amigo es suizo, así que sabe tanto de cocina mexicana como yo de vigilancia de la ciudad del Vaticano. Además no puede ni siquiera imaginarse el santo horror que sentimos cuando un extranjero nos dice que nos va a preparar un platillo mexicano. Él creía que estaba usando su mejor argumento para convencerme, no se imaginaba ni un segundo que era la mejor manera de ahuyentarme. Yo emppecé a repasar mentalmente mi catálogo de pretextos para no ir. Pero el pobre estaba tan entusiasmado que me dio lástima y le dije que iría, pero únicamente con la condición de que le avisara a Raúl Ruiz, y que luego me lo confirmara, me parecía más que obvio que las cosas no se podían hacer de otra manera.

Unos días más tarde, siguió contando el sublime gordo, *mi amigo me llamó para decirme que todo estaba arreglado, y me dio la dirección de Raúl Ruiz. Vivía por ahí por el bulevar de Belleville. Llegué el día indicado (el edificio estaba más bien viejo y descuidado, pero eso es normal en París), y toqué en la fatídica puerta pensando intensa y dolorosamente cómo me las podría*

arreglar para inventar unos cumplidos que le hicieran creer que su desabrida, infecta, falsa, absurda, insultante, texmexsudaca comida me había parecido sublime. Me abrió un gordo menos gordo que yo y de mayor edad. Supe instintivamente que era él y le pedí que me lo confirmara. Cuando me contestó que sí, le comenté, tratando hipócritamente de halagarlo (y usando el tono más despreocupadamente amable que encontré), que sabía que él nos había preparado una cena mexicana.

Su respuesta me llegó como una iluminación divina. Moisés recibiendo los diez mandamientos debe haber sentido algo parecido: escuchaba algo que debía haberle parecido infinitamente obvio, pero que hasta la fecha a nadie se le había ocurrido formular.

—Sí —me dijo Raúl Ruiz con voz grave (precisamente como la de Dios en la película de Cecil B. de Mille)—, iba a hacer una comida mexicana, pero cuando supe que un mexicano venía, cambié de programa y preparé cazuela de pava.

En ese instante comprendí que si Argentina había engendrado en 1899 al más sublime escritor del siglo XX, que si Colombia era el pueblo más inteligente de Sudamérica por haber sabido apreciar y reproducir tan bien algunas de las mejores tradiciones mexicanas (la mayor parte de los mariachis que están aquí son colombianos), Chile (a pesar de todos sus enormes defectos) poseía un sutil talento que podría conducirlo a entender y a redimir el mundo.

Intrigadísima, Eva Rosa ávidamente le preguntó:

—¿Qué sutil talento?

De repente el jefe de comedor llegó preocupadísimo, diciéndole al etéreo gordo que el embajador estaba muy enojado, que ya eran casi las doce y que si no iba a verlo inmediatamente se iría sin dar El Grito.

Sinceramente espantado, el excenso gordo saltó como un gato y desapareció entre la muchedumbre, abandonando cobardemente su plato de mole sin haberlo rematado por completo.

Morisui miró su reloj y consideró que todavía les quedaba tiempo suficiente para pedir una botella de champaña para festejar dignamente El Grito.

La sonoridad de la locución “el grito” le repugnaba sensiblemente a Eva Rosa. Revolvía asquerosos miasmas que aún andaban rondando por el fondo de su memoria. Pero no pudo no preguntar qué diablos era ese “Grito”.

—Espere —contestó lacónicamente Morisui— ahora verá.

Faltando cinco minutos para las doce, el celeste gordo saltó como un tigre sobre la tarima del zapateado y, después de haber pedido la atención del respetable a la manera de un presentador de box, anunció al señor embajador Matamoros, quien subió al escenario y brevemente agradeció la hospitalidad que le había brindado Chile, país hermano, como todos los países de la América viva, aquella que se extendía del río Bravo hasta la Tierra de Fuego. *México ayudó a Chile lo mejor que pudo durante aquellas horas trágicas que afortunadamente ya se encuentran en un pasado muy lejano, pero ahí queda ese brazo tendido entre nuestros dos países en caso de que algún día el uno o el otro necesitare de nuevo con quién contar.*

Después de tal discurso, que afortunadamente fue breve, un edecán le pasó una bandera mexicana. No sin trabajos, pero sí con bastante torpeza, el embajador se puso a mover la bandera de un lado para otro hasta hacerla ondear. Al mismo tiempo, con voz ronca pero muy digna gritó: *¡Viva Hidalgo!, ¡viva Morelos!, ¡viva Allende!* Morisui tuvo que explicarle aquí a Eva Rosa que no se trataba del mismo Allende, sino de uno de los héroes de la independencia mexicana, mientras la asistencia repetía a gritos *¡viva!* Cuando de esta manera fueron ensalzados los principales nombres y principios de aquél país oficialmente llamado *Estados Unidos Mexicanos*, un altoparlante comenzó a difundir el himno nacional y algunos de los presentes se levantaron y se pusieron a cantar. Por respeto, todos los demás clientes se levantaron. Eva Rosa, a la vez divertida y profundamente conmovida, le agradeció al señor Morisui por todo lo que le había hecho conocer y sentir aquella noche. Él, conmovido también, le comentó: *Sabía que le iba a gustar la fiesta del 16 de septiembre.*

Al oír tal comentario, Eva Rosa comenzó a ponerse pálida y a sentir que sus piernas ya no la sostenían. Tuvo que apoyarse con las

dos manos en la mesa. De repente se puso a correr hacia el jardín, y Morisui acudió presurosamente tras ella. Alcanzó a llegar cerca de un árbol y se puso a vomitar.

Preocupado, aunque ya menos angustiado, Morisui le preguntó qué era lo que le pasaba, si algo de lo que había comido o bebido le había caído mal.

—No... —dijo con voz ronca, escupiendo pedazos de pavo ennegrecidos por el mole— el 16 de septiembre es el día de la muerte de mi madre.

9. 長崎、我が愛 — Nagasaki mi amor

Evitar una vasta e interminable carnicería, ponerle punto final a la guerra, otorgarle la paz al mundo, posar manos compasivas sobre tantos pueblos atormentados aun a costa del desencadenamiento de una fuerza arrolladora por medio de unas cuantas explosiones, nos parecía, después de tantos sacrificios y amenazas, un milagro redentor.

Winston Churchill, La Segunda Guerra Mundial.

Emprendieron un último viaje en coche a través de las calles de Santiago. Sólo él hablaba. Eva Rosa no lo miraba, veía fijamente un punto más allá del infinito.

Nací el 9 de agosto de 1945 en un convento franciscano de Nagasaki que tenía un nombre casi tan poético como el de los Recuerdos del Porvenir: se llamaba (o a lo mejor todavía se llama) 無原罪の園 Mugenzai no Sono, El Jardín de la Inmaculada. No me llamo Morisui, mi verdadero nombre es 山人 Yamahito. Mi familia era de Kobe, pero después de la desaparición de la ciudad bajo las bombas incendiarias, mi madre, que estaba embarazada, no encontró más refugio que ese monasterio. Cuando yo estaba naciendo, El Gordo, así se llamaba la segunda bomba atómica, nos cayó encima. Sus 22 kilotonnes desintegraron la ciudad, pero respetaron casi completamente el monasterio. Una colina lo protegió y sólo se le rompieron unas ventanas, pero nadie murió. Quiero decir, nadie se murió enseguida. Mi madre se murió unos meses más tarde, envenenada por las radiaciones. Me contaron que sus sufrimientos fueron particularmente atroces. Yo sobreviví. De milagro, como se dice vulgarmente. Solamente me tuvieron que quitar la tiroides hace algunos años.

Aunque fui naturalmente educado en la religión sintoísta, siempre me hablaron muy bien de la manera como los franciscanos del padre Kolbe habían recibido a mi mamá en el monasterio de Nagasaki, lo que despertó en mí bastante simpatía por la religión católica. Un día hasta fui a Lourdes para tratar de

meditar sobre el sentido de mi existencia en nuestro mundo. No sé si obtuve las buenas respuestas.

Mi papá era capitán de navío de la armada imperial. Como la mayor parte de los japoneses, tuvo que aprender después de la guerra a rendir pleitesía al otro imperio, al vencedor. A mí me educaron de esa manera, pero tampoco me ocultaron (y eso desde muy chico) la manera como nací, y la muerte atroz de mi mamá y de las otras doscientas mil personas que se encontraban en Nagasaki cuando yo llegaba al mundo. Un día, preparando mis exámenes para entrar en la facultad de física, di con unas notas de un comité del Pentágono encargado de determinar los blancos de las bombas atómicas. Decía más o menos que había que buscar una ciudad intacta y lo suficientemente grande para ver qué pasaba. No se trataba de buscar un objetivo militar o estratégico, se trataba de aprovechar la ocasión para hacer un experimento científico. Por eso había que lanzar dos bombas, una de uranio 235 y otra de plutonio y luego comparar los efectos de las dos.

Nos habíamos vuelto sus conejillos de indias. Pero, a fin de cuentas, nos lo merecíamos...

A veces, cuando mi papá embebido de alcohol se encerraba en su despachito para ponerse a oír y cantar a voces durante horas y horas las marchas de la marina japonesa, yo llegaba a sentirme irremediablemente perdido. En un momento de mi adolescencia llegué a pensar con certeza —con una certeza concreta, como se cree en la existencia de algo sólido, como esta palanca de velocidades— que me iba a volver loco. Fue entonces cuando descubrí, como de milagro (ése iba a ser mi segundo milagro), una disciplina fantástica que me podría salvar de un mundo demasiado real: el derecho. El derecho en su versión más metafísica: el derecho internacional. Así aprendí, algunos años antes que los Beatles, que nada es real y que no hay ningún motivo para que te cuelguen.

Morisui-Yamahito se puso entonces a cantar muy desentonada, y también exageradamente fuerte, la canción de los Beatles, repitiendo más veces de la cuenta el refrán *strawberry fields*

forever, strawberry fields forever. Parecía un loco. O un borracho. *Ebriedad del bosque* había sido su más falso nombre.

A lo lejos se empezaba a ver la magnífica torre *Pancrazi, Morisui y Asociados*, una de las obras maestras del verdaderamente divino Ricardo Legorreta. Al llegar, las puertas del estacionamiento subterráneo se abrieron automáticamente.

De la misma mágica manera, las puertas se cerraron cuando el coche entró. Eva Rosa sintió que había caído en una trampa. No se equivocaba.

Cuando el coche se detuvo, Yamahito se bajó para abrirle la puerta, pero ella no quiso salir. Sacó rápidamente su teléfono y activó un número antes de darse cuenta de que no captaba la red bajo tierra. Yamahito se apoyó en la puerta y se inclinó para que los ojos de ambos quedaran a la misma altura.

—Mi querida Eva —le dijo, tratando de parecer lo más sincero posible—, durante toda nuestra cena no dejé de admirarte, admirar tu cambio, y la nueva lucha que estás emprendiendo.

Eva Rosa no le creyó y siguió pensando cómo lograr comunicarse con el exterior.

Yamahito no se desalentó y le siguió hablando, esa vez sin tratar de adularla.

No sé cómo reacciones a lo que te voy a decir, pero no creo que empeore la desconfianza que sientes: en parte yo soy responsable de la dura crisis que viviste, y créeme que me dolió mucho en un momento dado. Pero ya no.

Yo me encargué de convencer a Pancrazi y a la Barbera de que a pesar de tu relativa inexperiencia te dejaran toda la responsabilidad del expediente Chileminas. Yo le propuse a Runeberg una jugosa operación bursátil con una compañía telefónica en Vietnam para retenerlo en Santiago cuando te fuiste al fundo de Murat. Sabía que tú ibas a abrirnos muchas puertas, pero nunca me imaginé que ibas a reaccionar de manera tan violenta. Poco tiempo después de tus primeras crisis, cuando estabas prisionera en casa de Runeberg, comprendí que estabas viviendo algo parecido a lo que yo viví en cierto momento de mi

vida y me arrepentí sinceramente de haber contribuido a que descubrieras la verdad. Modestamente, creo haber vivido algo parecido a lo que tú experimentaste. Yo también en cierto momento de mi vida estuve al borde de la muerte. Estuve frente a mí. Vi su cara.

Pero yo sobreviví. En cambio tú, Eva, te moriste.

Por una de esas extrañas paradojas del ser humano consignadas en este relato, en lugar de reaccionar de manera negativa a esas palabras, Eva Rosa empezó a serenarse. Parecía comprender lo que Yamahito le estaba diciendo.

Nunca entendí por qué sobreviví en Nagasaki. A lo mejor mi mamá absorbió todas las radiaciones que me debían tocar a mí, ve tú a saber. Pero creo entender bastante bien cómo fui salvado de la muerte la segunda vez. Como a los diecisiete años estaba de verdad al borde del suicidio, cansado de lo que yo era, de lo que representaba mi papá, de lo que mi propio país se había vuelto. Un día me di cuenta de que la realidad se puede distorsionar simplemente hablando. Había descubierto un arma poderosísima. Luego me enteré que esa arma existía desde hacía mucho y que se llamaba retórica. La descubrí siguiendo un camino que a lo mejor te va a parecer algo extraño:

La primera parte de mi vida me la pasé cultivando el odio más profundo que se pudiera concebir. Por eso quería estudiar física, quería participar a la construcción de una bomba atómica, no porque quisiera particularmente vengar a mi país, sino porque la idea misma de la venganza, la idea abstracta en sí, era lo único que me mantenía vivo. Pero un día mis lecturas a propósito de la relatividad general me hicieron descubrir que algo tan recto y derecho como un rayo de luz podía curvarse: si se curva el espacio-tiempo por donde pasa el rayo de luz, éste (como va recto) sigue el pliegue del espacio y por lo tanto se dobla. En 1919 esa idea tan extraña había sido demostrada observando, durante un eclipse solar, la desviación angular de la luz de una estrella al pasar por el espacio que la poderosa fuerza gravitacional del Sol había torcido. Poco después ocurrió lo que yo llamo mi segundo milagro.

Recuerdo muy bien hasta en qué fecha pasó. Es muy fácil, fue el día en que mataron a Kennedy, el 22 de noviembre de 1963. Toda la gente sentía sincero dolor por aquel buen hombre a quien los yakuzas de su propio país habían matado, y yo me preguntaba cómo era posible sentir tanta compasión por un país que dieciocho años antes había tomado a nuestra gente de conejillos de indias para experimentar sus nuevas armas. La respuesta no tardó en llegar: la palabra. Me di cuenta de que reuniendo una cantidad lo suficientemente masiva de palabras, la realidad también se pliega, exactamente como la curvatura del espacio en la teoría relativista. Mientras más masa se reúna, más fuerza gravitacional se crea y más se dobla el espacio, curvando todavía más la luz. El ejemplo extremo de esto son los hoyos negros, que son tan masivos que el espacio se doblega completamente, y ya no pueden emitir luz porque la enorme cantidad de luz que producen se regresa hacia ellos mismos. Fue así como comprendí que nuestra realidad funciona de la misma manera: la realidad se dobla con el verbo, según la cantidad y los dólares que lo constituyan. No por nada ustedes los cristianos le llaman a Dios El Verbo, y los Estados Unidos escriben bien clarito en sus dólares que confían en ese dios.

Por este camino tan tortuoso llegué a darme cuenta de que si quería cambiar la realidad, mi realidad, debía mejor dedicarme a cultivar la palabra en lugar de cualquier otra cosa. Por eso a partir de entonces decidí estudiar derecho. Un poco más tarde me di cuenta de que existía dentro del derecho una disciplina que retorcía la realidad todavía más, tanto, que llegaba hasta el terreno de la metafísica: el derecho internacional.

Comprendí, a final de cuentas, que si se alteraba el medio en que se desarrollaba la vida, podía valer la pena ser vivida.

Pero tú, Eva, ya no estás viva.

Tú viviste la injusticia más absoluta, el dolor, la realidad sin misericordia, la realidad de verdad (esa que ningún abogado puede modificar). Y luego la muerte más atroz.

Por eso se me ocurrió pensar que a lo mejor tú podías destrozar todo, para que la justicia ya no sea como una imagen intocable del otro lado del espejo.

Sólo alguien como tú puede llevar las cosas hasta las últimas consecuencias. Sólo tú puedes ser verdaderamente iconoclasta, extremista, terrorista. Está muy bien que quieras destruir la imagen de tu falso padre, pero tú puedes ir mucho más allá.

Eva Rosa guardó definitivamente su teléfono y habló por primera vez, más intrigada e interesada que nunca:

—¿Qué es lo que quiere decir?

Yamahito le dio otra vez la vuelta al coche para ir a sentarse de nuevo en el puesto del conductor. Cerró su puerta y le pidió a Eva Rosa que cerrara la suya.

En 1970, cuando empezaba mi carrera de abogado en Boston, un agente de la CIA se puso en contacto conmigo para proponerme formar parte de la Agencia. Conocían perfectamente mi pasado, me dijo (luego me enteré de que no lo conocían tan bien como decía), y pensaban que podía convertirme en uno de esos extranjeros que, como el consejero de Seguridad Nacional de la época, adoptaron plenamente la causa de los Estados Unidos al darse cuenta de que era la causa de todo el mundo. Yo en esos tiempos andaba flotando por esa especie de limbo por el que pasamos todos los abogados al principio de nuestras carreras, cuando todavía creemos en los 福神 Kami de la Fortuna, o en su versión occidental, que serían los Reyes Magos o el Viejo Pascuero. Ya hasta se me había olvidado el odio que me había corroído al principio de mi adolescencia. Sentí que el destino me estaba haciendo señas y acepté casi sin pensarlo.

Pero el caso es que sí me lo pensé un poco. Ya en esa época me interesaba por Vietnam, a favor de Vietnam, aunque jamás participé en ninguna de esas manifestaciones contra la guerra, tan frecuentes en esa época, ya que me parecían completamente inútiles (a lo mejor por eso atraje la atención de los reclutadores de la CIA). Cuando el agente me hizo su propuesta, llegué a pensar (a trasoñar, ya que sabía no estaba tratando con unos angelitos) que a lo mejor estando dentro de la Agencia podía serles más útil a los vietnamitas. Además el ambiente de los entrenamientos era muy informal, casi se podría decir simpático, y la mayor parte de mis

instructores y colegas parecían más bien hippies y no futuros agentes. Los caminos de los Estados Unidos son insondables... Fue dentro del marco de ese entrenamiento que me fui enterando de la manera precisa como se desestabilizaban los régimenes perniciosos. Nuestro ejemplo práctico fue Chile. Las elecciones de 1970. La organización del secuestro del general Schneider para evitar que el Congreso Pleno confirmara la elección de Allende. La organización y financiamiento de huelgas contra el régimen. Los contactos con las fuerzas armadas. Fue entonces cuando mi interés se fue desplazando poco a poco de Vietnam a aquí.

Unos meses después del 11 de septiembre del 73, el cuartel general de Langley se puso a seleccionar a los mejores agentes nacidos en el extranjero para formar parte de una operación llamada USHER. Yo fui uno de los elegidos. Se nos informó que desde ese momento teníamos que abandonar el territorio de los Estados Unidos y recuperar nuestra nacionalidad de origen. Y el primer lugar de entrenamiento que se nos asignó fue nada menos que ese país que había sido recientemente liberado del yugo comunista, Chile. Ahí se nos informó someramente en qué consistiría nuestra misión, la más importante de la historia: infiltrarse en distintos países enemigos (y algunos amigos) para realizar una operación que acabaría definitivamente con el comunismo.

Creo que pocas personas pueden comprender lo que en aquella época sucedía en mi mente, pero estoy convencido de que tú sí. No se puede decir precisamente que me estaba infiltrando en la CIA, puesto que no pensaba transmitir la información que ahí obtuviera a otro país en el que tampoco creía. Nunca me fue particularmente simpático el régimen soviético ni el comunismo. Estaba ahí para aprender, para saber, para conocer la verdad. No es precisamente que me dejara engatusar por la frase de San Juan gravada en el mármol de la entrada de la CIA, pero pensaba sinceramente que la Agencia se encontraba lo más cerca posible de la intangible y verdadera verdad. Todavía pienso que tenía razón.

Fue así como, investigando por mi cuenta, utilizando la Agencia como fuente de la verdad, me enteré detalladamente de

qué manera Chile había obtenido su Libertad. Estuve en ese momento a punto de renunciar.

Pero cuando descubrí la existencia del Centro de Estudios Equus October pensé que había que hacer algo más. Por un momento quise actuar y denunciarlo al mundo, pero pensé que a pesar de que los horrores cometidos en Vietnam y Camboya eran más que conocidos y reconocidos desde finales de los 60, ningún ejército francés, español, sueco, mexicano u onusiano había sido capaz de ir a bombardear Estados Unidos para obligarlo a parar su guerra y sus crímenes.

Decidí entonces salir discretamente de la Agencia. Como te dije, yo no trabajaba para ninguna potencia donde me hubiera podido refugiar, yo no era un agente doble soviético. Yo no era Kim Philby, por más que lo admirara y tratara de seguir su ejemplo. Así que unos meses después mi nombre figuró en la lista de los desaparecidos de un accidente aéreo. 山人 健一 Yamahito Kenichi había muerto. Por desafío puro decidí que mi nuevo apellido llevaría el nombre de aquella frase que había captado durante los interrogatorios de Runeberg: "el agua de la selva", 森水 Morimizu. Luego, cuando planeaba el acercamiento a Runeberg, me enteré de que él sabía japonés y que el nombre de Morimizu era demasiado transparente, y conservé el ideograma del agua, mizu, pero lo pronuncié a la manera sinojaponesa, sui. Por eso durante todos estos años me he llamado Morisui.

Pero siquieres saber todo tienes que venir conmigo.

Yamahito salió por segunda vez del coche para abrirle otra vez la puerta a Eva Rosa y tenderle la mano. Ella estuvo a punto de aceptarla, pero se retractó. Yamahito no pudo más que suspirar levemente y apoyar sus dos manos sobre el techo del coche. La miró de nuevo a los ojos y se jugó el todo por el todo diciendo:

—Yo te vengué con Runeberg.

Los ojos de Eva Rosa reaccionaron violentamente mirando al japonés con una extraña mezcla de odio y curiosidad.

Runeberg murió sufriendo. De la peor manera que él se hubiera podido imaginar.

El día que me enteré que había tenido un ligero infarto cerebral, pensé que el momento había llegado. Fui por un documento al lugar adonde ahora te quiero llevar, luego fui a la biblioteca de mi casa, cogí el tomo 7 del diccionario de la Academia Sueca, metí el documento en un lugar bien preciso del diccionario (por el final de la letra D) y me fui al hospital.

Runeberg estaba solo. Altagracia ya había muerto, y habría que suponer que sus amigos también. No le quedaba nadie de todos los que habían estado en la fiesta de Zapallar. Estaban muertos o lo habían abandonado... Pero era tan orgulloso que seguramente no le importaba. Yo me encargué de que se diera cuenta de quién era. Le llevé de regalo el diccionario, como Zeus cuando creó a Pandora para los hombres, como los aqueos cuando dejaron su caballo en Troya. Era la edición de 1969, y estaba muy bien conservado, las recargadas grecas de su lomo conservaban casi todo su dorado original, y también el número y las letras que brillaban proclamando: SVENSKA AKADEMIENS ORDBOK – 7 – DISTINGERAD till EXULANT. Al recibirlo, Runeberg sonrió vagamente con la mitad de la cara a causa de su infarto, y murmuró de manera casi inaudible un oscuro arigatō gozaimasu – o dōmo arigatō gozaimasu, ya no me acuerdo. Su rostro casi se iluminó. Sé que tenía la misma edición del diccionario en su casa, pero él no sabía que yo lo sabía, y seguramente pensaba que con la primera palabra de ese tomo, “distinguido”, le estaba yo rindiendo algún esotérico homenaje –en todo caso, pareció gustarle el regalito. Pero al abrir el libro y ver el documento que yo había puesto dentro, su expresión se transmutó por completo. Su brazo derecho se puso a temblar levemente, tomó el folleto con la mano izquierda y se quedó mirándolo durante unos segundos interminables que me hicieron entender que había logrado mi propósito. Alcancé a ver la sorpresa creciente en sus ojos. Era la hoja simbólica Sju insegel, en donde el otro Nils Runeberg había publicado el poema descriptivo El agua secreta, aquél que hablaba del agua de la selva. No era el ejemplar de Runeberg, era otro que mis asistentes habían conseguido en Suecia.

Se lo dije, y luego le dije que buscara la palabra “dunge” en la página del diccionario que había abierto. Con trabajos, porque controlaba mal todo su lado derecho, consultó las columnas, y cuando encontró lo que buscaba, abrió torpe pero febrilmente el cuadernillo para ver el poema y se quedó un momento como embobado, musitando, apenas perceptiblemente, “dungen”... “dungen”... “djungeln”...

Runeberg, el sabelotodo, el erudito, el gran “especialista” de las lenguas escandinavas, no conocía la palabra “dunge”, que quiere decir “soto” o “bosquecillo”. Runeberg había oído mal la primera vez que su padre le mencionó el poema, por ahí por mediados de los años 50. Su padre había dicho “Dungens vatten känner lycka” pero, al no conocer la palabra “dunge” Runeberg oyó “Djungelns vatten”, y así lo leyó cuando el viejo Mats le dio el cuadernillo. A veces, cuando creemos que una palabra se pronuncia de una manera, la leemos así sin darnos cuenta de lo que en realidad está escrito, eso nos pasa a todos, pero Runeberg no podía soportar ser como todos. Su ignorancia había transformado en espesura tropical una modesta arboleada, y cuando lo reclutaron en el proyecto USHER, se creyó iluminado por la Providencia (como Pinochet, que creía que una “luz divina” lo iluminaba) y pensó que la tapajina era esa “agua de la selva” tan íntimamente ligada a su existencia. Y ahora un chino mañero venía a humillarlo demostrándole que conocía mal la lengua de su padre. Entre recriminación y súplica me preguntó varias veces en voz muy baja, como si se lo musitara a sí mismo “¿Quién es usted?, ¿Quién es usted?” Antes de contestarle, le quité mi diccionario y mi cuadernillo, caminé hacia la puerta y desde ahí le dije: “Usted lo sabe muy bien: El agua de la selva”.

Esa vez, cuando Yamahito le tendió la mano a Eva Rosa, ella la aceptó.

Cuando la puerta del ascensor se abrió en el séptimo piso, Eva Rosa se empezó a sentirse incómoda otra vez, y se puso a pensar que quizás no debía haber aceptado la invitación, pero esa vez no quiso

hacer el ridículo sacando de nuevo su teléfono, Yamahito se dio cuenta de ese malestar.

—“El agua de la selva” es de todas maneras una buena traducción —le dijo—. Por más defectos que tuviera, Runeberg era una persona muy interesante y todo lo que te transmitió es muy valioso, nunca lo rechaces. La palabra “selva”, en su sentido primario, sin el sentido tropical que le damos ahora, porta todo el sentido mágico escondido en la palabra “dunge” del poema, que hace referencia al bosque sagrado de los antiguos escandinavos, el *lund*. Y por eso también pienso sin falsa modestia que mi traducción al japonés, 森の水 *mori no mizu*, no es nada mala. No sé si te acuerdas de que el poema del primer Nils Runeberg habla de un día duro y difícil que termina con el descubrimiento de un estanque glacial cuya agua callada *corrige nuestra inútil violencia y de algún modo la permite y la absuelve...* Su descendiente, el general Runeberg, al enterarse de la existencia de la tapajina, no pudo no pensar en la conclusión del poema: *El agua de la selva es feliz; podemos ser malvados y dolorosos.* Su orgullo hizo que él se viera como *El Redentor secreto* a quien todo le podía ser permitido con tal de lograr la salvación del mundo. Ésa era su ficción. Ahora te toca a ti crearte con los mismos elementos, con la misma y poética *agua*, con el mismo *bosque sagrado*, tu propia ficción. A fin de cuentas, no serán más que eso: *Ficciones*.

Yamahito sonrió, esperando por fin tranquilizar completamente a Eva Rosa antes de llegar a la puerta que llevaba escrito en caracteres latinos el nombre *Morisui*. Entraron.

Pocas veces había Eva Rosa pasado por aquel umbral. Casi siempre la puerta permanecía cerrada y la oficina vacía. Se acercaron a los grandes ventanales, desde donde se veía toda la ciudad de Santiago como un océano de luz. Vista desde ahí se parecía sorprendentemente al mar de luz de la ciudad que se encontraba en el otro extremo de su América en donde era verano: México.

Una larguísima mesa elipsoidal se extendía paralela a los ventanales. Yamahito se recargó sobre ella, dándole la espalda a la ciudad y a su luz. En esta posición, Eva Rosa sólo veía su silueta.

Todo esto lo empecé a construir en Londres, comenzó a contar Yamahito, cuando me asocié con dos tristes abogados que andaban ya con un pie en el infierno. Reunir millones de libras, y luego de dólares, no es muy difícil cuando se conocen las direcciones y los nombres adecuados. Tampoco es muy difícil hacer que la cara de un chinito se parezca a la de otro chinito. Todavía más fácil fue crear un “Morimizu” en el registro civil de Kobe, donde supuestamente ese personaje nació. Como prácticamente toda la ciudad había sido destruida por las bombas explosivas e incendiarias de los Aliados, no fue nada difícil incluirlo, lo más legalmente del mundo, en el registro. Yo (mi verdadero yo, Yamahito) había sido registrado de la misma manera años antes en el registro civil de Nagasaki, ciudad que también había sufrido ciertos daños colaterales por parte de los redentores del mundo. A Morimizu-Morisui le escogí un día de nacimiento con un fuerte significado para mí después de mi experiencia chilena: el 11 de septiembre.

Como sí había estudiado en Harvard, tenía ya un diploma real de modelo para hacerle uno a Morisui. Me reí montones cuando se me ocurrió el imposible nombre de mi tesis ficticia: Los Caminos de los Estados Unidos son Insondables. Y quisiera sobre todo que supieras que cuando fui estudiante de verdad no fui tan boludo como para escoger de tutor de tesis al facho de Huntington. Me crucé, eso sí, algunas veces con el hueveta ése de Fukuyama, y me pregunté sinceramente cómo demonios había podido entrar en ese sitio en donde generalmente se requería tener una cierta inteligencia. Más tarde mi experiencia de los métodos de la CIA me hizo sospechar que trabajaba para la Agencia, pero no me molesté en comprobarlo.

Bueno, dijo para concluir, ya he hablado bastante de mí, y no te traje aquí para eso. Creo que ya podemos pasar a cosas más serias.

Se dirigió hacia una pequeña puerta casi invisible situada completamente al fondo de la oficina. A un costado de la puerta había una pequeña ventanilla. Cuando Yamahito colocó sus ojos ante ella, la puerta se abrió.

Entraron a un angosto zaguán por donde pasaba una escalera espiral que se elevaba *hacia lo remoto*.

10. La caja de Pandora

Almotasim, (namnet på den åttonde Abbasid som segrade i åtta strider och som gav upphov till åtta män och åtta kvinnor, efterlämnade åttatusen slavar och regerade under en tidsrymd av åtta år, åtta månvarv och åtta dagar) betyder etymologiskt sett Den som söker skydd²⁴.

Göran Lovis Borg,
Vägen till Almotasim

La torre *Pancrazi, Morisui y Asociados* tenía un piso más. Era una biblioteca.

No era, sin embargo, una biblioteca convencional, como la de Runeberg: era una vastísima (hay quien utilizaría el adjetivo *infinita*) cámara sin ventanas que se parecía vagamente a la gran bodega en donde guardan el Arca de la Alianza al final de *En busca del Arca perdida*. Larguísimas (y altísimas) hileras de estantes atesoraban un sinnúmero de cajas de cartón del mismo tamaño. En cada hilera había una escalera móvil que permitía el acceso a cualquier nivel de los estantes.

Yamahito se dirigió hacia la caja que estaba hasta abajo del extremo del primer estante, y en la cual estaba inscrito el número **1**. De esa primera caja sacó la primera hoja y, mirándola atentamente, dijo de manera un tanto teatral:

¿Qué tenemos aquí? Ah, mira: «Declaración unánime de los trece estados unidos de América reunidos en Congreso el 4 de julio de 1776.»... «Cuando en el transcurso de los eventos humanos, es necesario que un pueblo disuelva los lazos que lo unieron a otro y bla, bla, bla, bla...» Aquí viene lo bueno: «todos los Hombres fueron creados por igual... Derechos inalienables: la Vida... la Libertad... la búsqueda de la Felicidad.»

²⁴ Almotásim (el nombre de aquel octavo Abbasida, que fue vencedor en ocho batallas, engendró ocho varones y ocho mujeres, dejó ocho mil esclavos y reinó durante un espacio de ocho años, de ocho lunas y de ocho días) quiere decir etimológicamente *El buscador de amparo*.

Yamahito le enseñó el papel a Eva Rosa. Era un gran pliego con caracteres bastante pequeños. El texto era más bien largo. Escrito en papel ordinario hubiera ocupado dos o tres páginas.

Los gringos, “nuestros queridos primos del norte,” como dicen los mexicanos, presentan este texto, todo este texto, como una especie de obra maestra del humanismo. Se enorgullecen de él. Lo alaban. Piensan (y lo dicen) que todo el mundo debería admirarlos por haberseles ocurrido tan geniales pensamientos. Pero cuando lo citan, citan siempre esas tres mismas líneas: «todos los hombres son creados iguales; el Creador los ha dotado de ciertos derechos inalienables; el derecho de vivir, el derecho de ser libres, el derecho de alcanzar la felicidad.» Punto final. Jamás se les ocurre pasar a la línea siguiente de un texto que tiene cuarenta y cuatro largas y apretadas líneas. Y creo que a nadie se le ha ocurrido preguntarse verdaderamente por qué.

A mí sí. Y obtuve dos respuestas.

La primera respuesta es corta: nadie lee más allá de esas líneas porque el texto es muy aburrido, está mal escrito y lleno de lugares comunes.

La segunda respuesta, derivada de la primera, es más compleja. Edgar Poe me ayudó a encontrarla, y no me extrañaría nada que el loco ése de Poe se hubiera inspirado en este detalle para construir por lo menos una de sus extraordinarias historias. Se me ocurrió que la Declaración de Independencia es tan aburrida y está tan mal escrita a propósito: para que nadie se entere de su contenido, para esconderla exhibiéndola por todas partes. Es la vieja historia de La Carta Robada, expuesta a la vista de todos para que nadie la encuentre.

Eva Rosa sonrió, divertida por la ocurrencia de Yamahito, y le preguntó qué era lo que tan herméticamente exhibía esa declaración que nadie había leído y que todos creían saberse de memoria. La respuesta no pudo ser más clara:

—Instrucciones detalladas para la conquista del mundo por una raza superior elegida por dios.

Ante tal respuesta, Eva Rosa no pudo más que soltar una de sus francas y graves risotadas a la Greta Garbo. Yamahito sonrió, pero

comentó seriamente que él también se había reído al descubrirlo, pero que los que habían hecho ese descubrimiento recibiéndose una rociada de napalm, no debían haberse divertido tanto.

Mira, le dijo, acercándose de nuevo a Eva Rosa con el documento, después de varias líneas de banalidades para ahuyentar a todo eventual lector, empieza una larga e indigesta serie de reproches contra el rey de Inglaterra que constituye la mayor parte de la famosa declaración. Si alguien leyera algún día ese catálogo sin dormirse, llegaría a ver que están descritas ahí todas las técnicas utilizadas por los Estados Unidos para realizar sus conquistas durante bastante más de doscientos años. Mira.

Yamahito se puso a señalar con el dedo ciertos puntos de ese largo texto.

«...mandó a nuestro país enjambres de nuevos empleados para humillar a nuestro pueblo... ejércitos permanentes sin nuestro consentimiento... destruir nuestro comercio con el mundo... llevarnos más allá de los mares para juzgarnos... pilló nuestros mares, destrozó nuestras costas, incendió nuestras ciudades y exterminó a nuestros conciudadanos... en este mismo instante transporta grandes ejércitos de mercenarios extranjeros para perpetrar su labor de muerte, de desolación y de tiranía» etc., etc., etc., etc. Es un catálogo preciso de conquista comercial y militar.

—Pero —preguntó Eva Rosa, todavía sonriente e incrédula—, ¿con qué fin revelarían todas esas cosas? No me va a decir que era un manual didáctico para educar a los miembros de la Unión.

Todavía no sé muy bien, contestó Yamahito pensativo, pero yo no descartaría enseguida esa hipótesis. Así, de vez en cuando algún prócer de la patria falto de ideas podría ir a consultar su documento fundador y encontrar la manera ideal de solucionar tal o cual problema. Mira, por ejemplo, si no saben solucionar el problema de Noriega o de Milošević, abren su catálogo y encuentran: «llevarnos al otro lado del Mar para ser juzgados por pretendidos Delitos.» Para atacar Afganistán o Irak leen: «ha quemado nuestros Poblados y destruido la Vida de nuestra Gente.» O esto que sirvió en Irak o en Yugoslavia: «En este Momento ha dispuesto el envío de grandes Ejércitos de

Mercenarios extranjeros para culminar su Obra de Muerte, Desolación y tiranía, iniciada con incidentes de Crueldad y Perfidia difícilmente igualadas en las Épocas de mayor barbarie.» Genial, ¿no? Sigamos. Para ocupar la provincia serbia de Kosovo: «se ha unido con otros para imponernos una Jurisdicción extraña a nuestra Constitución y desconocida por nuestras leyes.» Para asfixiar a Irak hasta 2003 y a Cuba desde siempre: «bloquear nuestro Comercio con otras partes del Mundo.» Para apoderarse fácilmente de Texas, Hawái, la zona del Canal de Panamá, Afganistán, etcétera (método que, por cierto, no funcionó en Vietnam): «ha alentado insurrecciones internas en nuestra contra.» Para retener arbitrariamente a los prisioneros de la base de Guantánamo: «privarnos en muchos Casos de los Beneficios de un Juicio por Jurado.» Para ocupar indefinidamente cualquier parte del mundo (Afganistán, Balcanes, Golfo Pérsico, Japón, Filipinas, etcétera): «acuartelar numerosos Contingentes de Tropas Armadas entre nosotros; protegerlas mediante un Tribunal falso, del Castigo por cualquier asesinato que han de cometer entre los Habitantes de estos Estados.» En fin, como ves, el catálogo es todavía mucho más largo y puedes encontrar todas las variantes de los métodos que los Estados Unidos han utilizado hasta ahora y que seguramente seguirán utilizando en su conquista del mundo.

Pero ese catálogo también puede haber sido exhibido a la vista de todos por otra razón.

Recuerda que el ministro que había escondido la carta robada exhibiéndola había sido descrito por Poe como un «monstrum horrendum, —un hombre genial sin principios.» Esta frase me hizo pensar que a lo mejor a los Estados Unidos se les había ocurrido poner ese documento ante las narices de todos solamente para anunciarle al mundo que se disponían a realizar el acto surrealista por excelencia, es decir, «salir a la calle a pegarles de tiros a todos», como decía André Breton.

No se me puede ocurrir una actitud más arrogante que ésa. Es como cuando en 1999, en plena Guerra de Yugoslavia, lanzaron un misil sobre la embajada china de Belgrado, y para que todos supieran que lo habían hecho a propósito dijeron que sus servicios

de inteligencia tenían un mapa viejo de la ciudad y que por eso se habían equivocado. De esa excusa hasta mis amigos albaneses se ríen, y eso que ellos pensaban que era una guerra justa. Hasta ellos se daban cuenta de que lo que querían los gringos era probar las reacciones de los chinos. Te lo digo por haberlo vivido en carne propia: para ellos somos simples animales de laboratorio. Mira la frase que concluye el catálogo de técnicas guerreras en la Declaración de Independencia: «ha tratado de soliviantar contra los Habitantes de nuestras Fronteras a los despiadados Indios Salvajes, cuya conocida Regla de Lucha es la Destrucción sin distinción de Edad, Sexo o Condición.» Unas treinta largas líneas después de haber proclamado que todos los hombres nacen iguales, se nos revela la existencia de despiadados indios salvajes que muy probablemente no son hombres.

Yo que nací en Nagasaki el 9 de agosto de 1945 en medio de decenas de miles de conejillos de indias asados atómicamente durante un experimento científico por el bien de la humanidad, no tuve que hacer un gran esfuerzo intelectual para comprender que para ellos éramos no-hombres que podían ser exterminados sin distinción de edad, sexo ni condición. También nosotros éramos indios —conejillos de indias.

Esta última frase Yamahito la había pronunciado sin mirar a Eva Rosa ya que se había volteado y agachado para guardar la Declaración de Independencia en su caja.

Al erguirse, señaló la caja y dijo de buen humor: *Señora fiscal, ahí tiene su primera prueba contra El Imperio de la Libertad, como lo llamaba Jefferson. La segunda será la Constitución de 1787, que también contiene unos horrores imperdonables, como la legalización de la esclavitud en el país de la Libertad. A esos horrores ellos los llaman “errores”, y por eso los “enmiendan” —pero no los borran, y ahí quedan escritos, a la vista de todos y al alcance de cualquier fiscal medianamente despabilado.*

Luego Yamahito retrocedió unos pasos para tratar de abarcar una buena parte de la perspectiva de los estantes y efectuó un amplio gesto con los dos brazos hacia ellos. *Si algo te interesa, agregó, aquí encontrarás todos los documentos que quieras, todos*

los testimonios y pruebas. Tengo bastantes documentos originales y otros clasificados secreto de estado y sin censura. Es la obra de toda una vida, a eso me dedico esencialmente desde mediados de los años 70. Aquí está todo.

Empezaron entonces un larguísimo recorrido que se extendió durante más de dos siglos. Yamahito empezó mostrando las cajas donde estaban los documentos sobre la extensión de las trece colonias hasta los Apalaches apoderándose de unas tierras indígenas cuyos habitantes se aliaron inútilmente a España para tratar de defenderse. Luego pasaron por la compra ilegal de la Luisiana. Para consolarse un poco se detuvieron un rato entre los años 1812 y 1814, cuando los ingleses saquearon e incendiaron la ciudad de Washington en construcción. Luego tuvieron que zamparse la anexión de Florida y de Texas, realizadas por medio de unas inteligentísimas revoluciones teledirigidas desde Washington (Yamahito poseía los documentos que probaban definitivamente la intervención del gobierno federal). Llegaron después a la triste historia del conflicto entre México y los Estados Unidos que fue tan triste que los vencedores enviaron de signatario (Yamahito estaba casi seguro de que lo habían hecho a propósito) a un señor llamado Trist para subrayar la triste tristeza del triste tratado en el que la mitad de México cambió (tristemente) de propietario. Se detuvieron un momento ante las cajas que hablaban de la invención de la guerra humanitaria. Según Yamahito esta sutil guerra se había inventado en Cuba cuando en 1898 los Estados Unidos habían tenido que actuar al ver que las despiadadas huestes españolas estaban exterminando a la población local. Este gesto altamente desinteresado se terminó con la ocupación de Cuba y la anexión de otras dos colonias españolas, Puerto Rico y Filipinas.

En unas cajas vecinas estaban los documentos sobre los sucesos de Hawái, desde su Declaración de Independencia (en la que los hawaianos se independizaban de ellos mismos en 1839), hasta la anexión de las islas en 1898, por medio de una revolución a la texana en 1893. Como en Texas, a los autóctonos hawaianos se les había impuesto volverse minoritarios por medio de una inmigración

masiva. Luego, los inmigrados se sublevaron contra la pérvida reina Lili‘uokalani, para después pedir la anexión a los Estados Unidos. Como Texas.

De la misma carpeta Yamahito sacó una hoja fechada un siglo más tarde, el intitulado era lo suficientemente grande como para que Eva Rosa lo pudiera leer: “UNITED STATES PUBLIC LAW 103-150, 103d Congress Joint Resolution 19, Nov. 23, 1993.” *Esto sí que es formidable*, comentó Yamahito: *con motivo del centenario de la “revolución” del 93, al Congreso se le ocurrió redactar un proyecto de ley para reconocer el derrocamiento ilegal del Reino de Hawái y pedir una disculpa a los Nativos Hawaiianos. Naturalmente, al final del documento se precisa que eso no podrá dar lugar a ninguna demanda en contra de los Estados Unidos...*

Llevaban ya como una hora de su recorrido cuando entraron en el siglo XX por las compuertas del Canal de Panamá: otra guerra de Independencia, esta vez contra Colombia, que se terminó con un nuevo protectorado.

Impresionante fue la sección de la Primera Guerra Mundial. Lo que más le interesó a Eva Rosa fue que junto a las cajas que hablaban del conflicto en sí, había otras que contenían detalles precisos sobre el paulatino despojo de los territorios y de las costumbres de los indígenas en el interior de Estados Unidos. Al principio Eva Rosa no lograba entender el paralelo entre dos cosas tan distintas. Creyó comenzar a comprender cuando Yamahito le mostró unos documentos en que los comisionados de Asuntos Indios nombrados por el presidente Wilson declaraban que se estaba logrando al fin destruir el sistema comunitario indígena. Cato Sells, uno de esos comisionados, anunciaaba con entusiasmo *la aurora de una nueva era y el comienzo del fin del problema indio*. El presidente Wilson (*san Woodrow Wilson*), el inventor del *derecho de los pueblos a la autodeterminación*, derecho que aplicaba en Europa únicamente cuando le convenía, estaba liquidando ese mismo derecho en su propio país.

Pero el razonamiento de Yamahito iba todavía más lejos. Según él, *el problema indio* era la clave de la profunda aversión que los

Estados Unidos le tomaron tan rápidamente a la naciente Unión Soviética:

A los países europeos, explicó, que hubieran sido aliados o enemigos de Rusia durante la Primera Guerra Mundial, tampoco les gustaba nada ese nuevo país que se habían inventado los rusos, y también lo repudiaron y combatieron, pero por razones muy distintas a las de los gringos. La reacción europea partía esencialmente desde arriba, desde sus gobiernos más o menos burgueses, ya que una buena parte de la población europea veía con simpatía y hasta con entusiasmo el movimiento bolchevique.

El contexto de Estados Unidos era completamente distinto. Desde su creación les estuvo dando lata un enemigo interior que los combatía y no los dejaba desarrollarse como Dios mandaba: la sociedad autóctona (aquella que según la Declaración de Independencia estaba compuesta por salvajes despiadados que no sabían ni siquiera guerrear como Dios mandaba). Ahora bien, el sistema que mantenía la cohesión de la sociedad indígena era un sistema basado en la propiedad colectiva, algo que a final de cuentas estaba bastante emparentado con el sistema comunista. Años más tarde, aquellos comunistas primitivos de América fueron vencidos y concentrados dentro de regiones aisladas de los Estados Unidos. Y después los forzaron a abandonar la propiedad colectiva colocándolos ante la alternativa de convertirse en propietarios individuales o ser despojados. Y este último episodio culminó precisamente durante el mandato del presunto inventor del derecho de los pueblos a la autodeterminación. En realidad el Selbstbestimmungsrecht der Völker lo habían inventado unos años antes los socialistas alemanes, y por cierto los bolcheviques se lo piratearon mucho antes de que Wilson, en 1915, en la conferencia de Zimmerwald ya que su Manifiesto fue redactado nada menos que por Trotsky... en fin... Te acabo de enseñar el texto en que Cato Sells, el comisionado de Asuntos Indios del presidente Wilson, anunciaba la aurora de una nueva era y el comienzo del fin del problema indio. Eso quería decir que el sistema de propiedad colectiva indígena estaba ya prácticamente desmantelado, así que te podrás imaginar la frustración y la abismal angustia del

presidente y de sus blancos conciudadanos cuando vieron nacer una nueva y orgullosa nación basada en principios colectivistas asimilables a los de los Pieles Rojas que acababan de exterminar dentro de su país. Y además, como para burlarse de los gringos, ellos mismos se llamaban Rojos.

Creo que esto puede ayudarnos a entender un poco mejor por qué los Estados Unidos le tuvieron siempre al sistema soviético una aversión y un miedo mucho más viscerales y recónditos que cualquier otro país europeo. Para los gobiernos europeos la amenaza comunista era real y concreta, tan real y concreta que una parte del pueblo europeo participó en las mini-revoluciones de 1918 (en Alemania con nuestros amigos Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg, en Hungría con Béla Kun) o en las revueltas que tuvieron lugar en Francia, en Inglaterra y en Italia entre 1919 y 1920. En cambio, para los gringos, que estaban a mil años luz de cualquier levantamiento comunista o socialista o de lo que fuera, el malestar contra el comunismo fue a la vez más indefinido y más profundo. Debían sentirse un poco como Heracles ante la Hidra, acababan de cortar la cabeza de sus pieles rojas, cuando las cabezas de otros rojos aparecieron en el escenario. Debían haber pensado que se encontraban en una historia sin fin (no en el fin de la historia, como decía el estúpido de Fukuyama), por eso lo tomaron todo tan a pecho. En tales condiciones no es muy sorprendente que hayan visto detrás de todo la mano del demonio, el Imperio del Mal, como terminaría llamando Ronald Reagan a la Unión Soviética.

Eva Rosa quedó muy impresionada con esa interpretación de la relación entre el comunismo y los Estados Unidos. Más la impresionó todavía la parada que hicieron en la sección sobre la Segunda Guerra Mundial. Nunca se le había ocurrido pensar que el término más común de la expansión nazi, el famoso *Lebensraum*, era en realidad una simple variante alemana menos cínica de la frase *extending the area of freedom* utilizada el siglo anterior por el ex-presidente Jackson para describir cómo la esclavitud iba siendo introducida en Texas, violando las leyes mexicanas hasta provocar un conflicto libertador que iba a unir por siempre Texas a los

Estados Unidos. En ese caso, la esclavitud sirvió para ampliar el área de la libertad. En Alemania, las cosas se desarrollaron de otra manera.

Casi cien años antes de la creación del Segundo Reich por Bismarck en 1871, empezó a explicar Yamahito, la noción de espacio vital ya estaba bien remachada en la cabezota de los Padres Fundadores de los Estados Unidos. Thomas Jefferson (uno de los presidentes más imperialistas, inventor, ya te lo dije, de la expresión Imperio para la libertad) Thomas Jefferson, decía, se levantó un día pensando que la expansión de su país debía hacerse, no solamente hacia el Pacífico, sino también hacia el sur de América. Luego se le ocurrió que se podía de una buena vez tragarse Canadá. Nada puede ser más claro: muchísimo antes de que los europeos se pusieran a teorizar sobre la necesidad de controlar Eurasia, uno de los más insignes Padres Fundadores tenía ya bien establecido su plan para controlar toda América. El concepto alemán del Drang nach Östen (avance hacia el este), no fue más que la adaptación europea del avance hacia el oeste (y hacia el sur) de los Estados Unidos; hasta se me ocurrió que a lo mejor los pensadores alemanes le encontraron el nombre a su concepto después de haber visto, por ahí por 1925, la película de Buster Keaton Go west! (¡Ve hacia el oeste!). Además, el fin de las dos doctrinas (la del espacio vital americano y la del Lebensraum euroasiático) era (aparte, claro, de dominar al mundo) beneficiar a la humanidad. Libertarla. Jefferson quería conquistar América para otorgarle su Libertad. Incluida la Libertad de poseer esclavos, como era el caso de Jefferson.

Luego pasaron a los ejemplos concretos. Según Yamahito, la Alemania nazi no había sido más que un imitador turbulento e impaciente de la expansión de los Estados Unidos. Muchas de las recetas del Imperio de la Libertad habían sido reproducidas por los alemanes: genocidio, deportación masiva, pureza racial, esclavitud, guerra humanitaria para salvar a los pobres alemanes sojuzgados por los malvados checoslovacos y polacos, etcétera. El gran problema de Alemania (la verdadera razón de su fracaso) había sido que para ampliarse había tenido que luchar dentro de Europa

misma contra enemigos tan ambiciosos como ella y, sobre todo, tan bien armados. Los Estados Unidos, en cambio, no atacaban más que cuando disponían de una superioridad militar aplastante, tradición que han conservado hasta la fecha. La entrada a la Primera Guerra mundial en 1917, cuando ya se podía prever la derrota de las potencias centrales, es un ejemplo clásico de este tipo de actitud.

En este sentido el Japón imperial había sido un alumno mucho más aplicado y paciente que la Alemania nazi. También él se había puesto a imitar la estrategia de Estados Unidos. Omitiendo el caso de la guerra de 1905 contra Rusia, siempre había atacado a enemigos mucho menos armados que él. El ejemplo más típico de esto fue la manera como se aprovechó de la Primera Guerra Mundial para apoderarse sin esfuerzo de los territorios coloniales de Alemania en el Pacífico y China continental. El problema del Japón consistía esencialmente en que, como parte de su área de expansión se encontraba al este y el área de expansión de los Estados Unidos al oeste, fatalmente este y oeste se tenían que encontrar un día. Y ahí sí que el encuentro fue deportivo, no como las precedentes y alevosas conquistas estadounidenses o japonesas. Y ganó el mejor.

Cuando, empezó a argumentar Yamahito, a raíz del ataque sorpresa de Pearl Harbor, la armada imperial se apoderó de una buena parte del Pacífico y de Asia del sureste, los japoneses presentaron esas conquistas como una liberación de los pueblos asiáticos oprimidos por los blancos.

Claro que es evidente que estaban mintiendo descaradamente, pero esa retórica no era más hipócrita que todos los principios de libertad, igualdad y fraternidad que tan útiles les fueron a los eurogringos para conquistar esos mismos territorios. Desde el siglo XVI los europeos no dejaron de dar lata. Luego vinieron las asquerosas guerras del opio (impulsadas, ya sabes, por el banco HSBC), la política de la puerta abierta, y las visitas al Japón del comodoro Perry entre 1853 y 1854 para abrirle nuestras puertas al sacrosanto comercio occidental gracias al aspecto convincente de sus cañoneros.

A partir de entonces al gobierno japonés se le metió en la cabeza que, ya que lo habían obligado a abrir sus puertas, había que abrirse también al pensamiento occidental y a sus técnicas. Como siempre hemos sido, modestia aparte, alumnos bastante avivados, mis compatriotas de la época se dieron cuenta bastante rápidamente de que uno de los elementos capitales de la prosperidad occidental había sido la conquista imperial. Eso dio como resultado que, prácticamente al mismo tiempo en que los Estados Unidos comenzaron a salir de su coto de caza americano para agrandar su Lebensraum, el Japón también sintió la necesidad de salir de sus islas para crearse un verdadero imperio. Y como el impulso expansionista de los Estados Unidos sólo se podía dirigir hacia el oeste, ya que al este se encontraba una Europa bien pertrechada, los dos jóvenes imperios estaban condenados a enfrentarse tarde o temprano. Y se enfrentaron, con las consecuencias que ya conoces y sobre las cuales ya no quisiera hablar.

Yamahito siguió caminando hasta que llegó a la sección de Vietnam, que inmediatamente lo hizo sonreír.

La historia de la Guerra de Vietnam, empezó a decir, fue una tragedia como todo lo que hay en estas cajas, pero (y creo que por eso me interesó tanto al principio) tuvo un no sé qué muy particular. No sé si ese no sé qué tenga algo que ver con algo especial de la personalidad de los vietnamitas, o si es nada más porque fueron ellos los únicos que pudieron vencer a los gringos, lo que no es poca cosa... O a lo mejor les ganaron precisamente porque son especiales. En fin... Una de las cosas que más me divierten sobre esta guerra es la increíble manera cómo, primero los franceses, y luego los gringos, se pusieron a llorar ante sus propias desgracias. Un francés ilustre, Léon Blum, ilustra mejor que nadie este autollanto. Blum, que fue huésped del campo de concentración nazi de Buchenwald, formó un efímero gobierno socialista en Francia entre diciembre de 1946 y enero de 1947. Su gobierno fue tan corto que se hubiera podido pensar que no le había dado ni tiempo de darse cuenta de la situación en Indochina si no hubiera pronunciado, suspirando, la frase «no me merezco

esto» al ver que sus militares estaban iniciando en Haiphong la primera guerra de Vietnam, la guerra francesa. De llorar sobre su mala suerte sí le dio tiempo, pero no de echar a sus militares. Era como si los mártires de verdad hubieran sido los franceses primero, y luego los gringos.

Señalando otra caja, Yamahito continuó sin parar:

De esa caja casi chorrean las lágrimas del pobre secretario de la Defensa, Robert McNamara. Ahí describe el horrible infierno que vivió cuando unos estudiantes se pusieron a zarandearle su coche; o el calvario que sufrió cuando al estar comiendo tranquilamente en un restaurante le fueron a gritar «asesino» y a escupirle en la cara. Casi me hace llorar²⁵ cuando se pone a describir cómo la pobre viuda de Kennedy, en una pequeña velada bastante íntima, se puso a golpearle el pecho con sus puñitos exigiéndole que hiciera «algo para parar la matanza.»

Luego tenemos a la inconsolable primera dama Johnson (Señora Pájaro o Mariquita para los íntimos), que comenzaba ya a plantearse cuestiones metafísicas: «Los problemas infestan todo como miasmas pútridos», le confiaba a su diario.

El mismísimo presidente Lyndon Johnson se sentía sometido a la tortura. Se pasaba las noches en blanco tratando de imaginarse lo que él sentiría «si mi presidente me dijera que mis hijos tenían que irse a Vietnam del Sur en una compañía de infantes de marina y quizás morir ahí.»

Su predecesor, el presidente Kennedy (san John Fitzgerald Kennedy) había tenido mucha más suerte. Cuando los hermanos Ngô (Diêm, el presidente sudvietnamita, y su hermano Nhu) empezaron a dar una imagen demasiado poco presentable para el gusto de los agentes de relaciones públicas de Kennedy, se organizó un discreto golpe de estado para que dejaran de molestar. Pero el alzamiento tuvo sus efectos colaterales y los dos hermanos recibieron una cierta cantidad de balazos y navajazos. McNamara cuenta que cuando Kennedy se enteró de la muerte de sus dos ex-protégidos, se puso todo pálido. Nunca lo había visto tan

²⁵ De risa (Nota del editor).

trastornado. Otros decían que esas muertes lo habían afectado personalmente, que lo atormentaban como un problema moral y religioso (ya te dije que la metafísica empezaba ya a hacer de las suyas). El pobre no sabía ya a quién hacerle caso. Su biógrafo lo notaba «taciturno y turbado», y jamás desde lo de la bahía de Cochinos lo había visto tan deprimido. Pero gracias a Dios el suplicio del presidente Kennedy no fue largo: el 22 de noviembre de 1963, veinte días después del asesinato de los hermanos Ngô, un alma piadosa lo envió también a gozar de una vida mejor.

A partir de entonces, Johnson supo manejar mejor la situación poniendo a la cabeza de Vietnam del Sur hombres que se mantenían en relación constante con su embajador o con los agentes de la CIA. Pero eso no quería decir que apreciaran particularmente a aquellos que escogían para salvar al pueblo vietnamita de las garras del comunismo. En 1964, el embajador Max Taylor tuvo que regañar como a niños a unos generales un tanto revoltosos que andaban por ahí preparando un nuevo golpe. Como respuesta a esos regaños, los generales tuvieron que taparse la boca para no estallar a carcajadas, por lo menos eso me contó un buen amigo que andaba por ahí.

Yamahito avanzó un paso más y siguió hablando.

El último golpe en Vietnam del Sur fue el de Nguyễn Văn Thiệu y Nguyễn Cao Kỳ en 1965, cuando los bombardeos masivos de Estados Unidos sobre Vietnam del Norte ya habían comenzado. El subsecretario de Estado William Bundy decía que con esos dos cabros habían tocado fondo y que les estaban de verdad viendo las huevas. Cao Kỳ era el que más inquietaba a los puritanos gringos. Bebía, jugaba, le gustaban las minas y se vestía como los superhéroes de los cómics, con un traje de aviador de cremalleras, llevando al cinto dos pistolas gemelas de cachas incrustadas con perlas. Una vez, un periodista le preguntó a quién admiraba más, y Cao Kỳ le dijo más o menos esto: «Admiro a Hitler porque sacó a su país del quilombo en que estaba en los años 30, pero aquí las cosas andan tan mal que necesitaríamos como cuatro o cinco.»

Pero no te creas que me voy a ensañar con los fantoches de Washington en Vietnam del Sur. Sus fanfarronadas me parecen

más bien simpáticas, sus crímenes, delitos microscópicos comparados con los millones de víctimas de la cruzada por la Libertad que fue esa guerra. Ése sí que fue un verdadero crimen.

Yamahito dio un paso más y señaló otras cajas.

El verdadero crimen (el complemento contra la humanidad que está ahora muy de moda me parece un tanto pleonástico) fue eso que los Estados Unidos le ofrecieron a Vietnam para librarlo del comunismo, tú lo sabes muy bien, lo mismo de siempre: violaciones, torturas, aldeas incendiadas, ejecuciones expeditivas, tiro al blanco con niños, orejas de vietnamitas vivos o muertos canjeadas por latas de cerveza, prisioneros tirados desde helicópteros, en fin, todas esas cosas desagradables que en esa época la tele todavía no transmitía muy bien. Le podemos agregar también el napalm, los bombardeos de civiles, las ejecuciones masivas en las cárceles, los millones de muertos. Además, muchísimos años después del verdadero fin de la guerra, los 80 millones de toneladas de herbicidas desperdigados por el país (el tristemente célebre agente naranja) provocaron cánceres y deformaciones genéticas, pero si quieras, no tomemos en cuenta este último cargo.

Por eso se me ocurrió, ya que en esas andamos (y que a final de cuentas ése es nuestro trabajo), una idea mucho mejor que lo que tú te proponías en un momento dado persiguiendo a Runeberg, Pinochet, y a no sé quién más: ¿por qué ir tras el alumno si sabemos quién es el maestro? ¿Por qué querer condenar a la copia cuando sabemos por dónde anda el original? Robert McNamara, secretario de Defensa durante la guerra de Vietnam, hubiera sido un reo mucho más idóneo, y además todavía estaba bien vivito la última vez que cenamos en casa de Pancrazi. Fue él, con William Bundy, subsecretario de Estado, McGeorge Bundy, consejero de Seguridad Nacional y William Westmoreland, comandante en jefe del ejército, uno de esos «cuatro o cinco Hitler» que el señor Nguyễn Cao Kỳ deseaba para Vietnam.

Pero aquí hay cuatro nombres. Y además ya están todos muertos, ya no vale la pena ponerles pleito. Pero todavía nos queda el quinto, y éste sí, aparte de ser un vivo, creo que es

inmortal. Es aquél que, durante una gira en Jerusalén, el 21 de agosto de 1975, fue recibido por una muchedumbre hostil que lo acusaba de haber traicionado a su pueblo y de continuar la obra de Hitler. Es el más famoso, el más popular de los cinco: premio Nobel de la paz, premio Sant'Egidio, y todo lo que se te antoje. Tú sabes muy bien de quién estoy hablando. Sus consejos no sólo prolongaron el suplicio de Vietnam sino también instigaron el de Camboya y el de Laos... y el de tus padres.

Al ver que en el rostro de Eva Rosa se dibujaba cada vez más claramente una fascinada incomprendión, Yamahito le dijo inmediatamente que estaba bromeando y cambió de sección.

Aquí, anunció con voz exageradamente dramática, es donde nos damos cuenta que los caminos de Estados Unidos son insondables. En 1974, su propia Corte Suprema y su propio Congreso le dieron el golpe de gracia a su propio presidente, que por cierto ya estaba bastante maltrecho a causa de su derrota en la Guerra de Vietnam. En ese año, el presidente Nixon fue obligado a renunciar a su cargo, y hasta le hubieran podido meter un buen pleito si su sucesor no lo hubiera indultado. Un marciano que llegara a este valle de lágrimas pensaría que lo castigaban así por los crímenes que había perpetrado a lo largo de su carrera en Vietnam, Camboya, Laos, Chile o en algún otro lugar del planeta, pero en realidad la causa de su desgracia se debía solamente a un oscuro asunto de trampa electoral, monstruosamente insignificante comparado con los otros actos cometidos por ese Pinochet globalizado. El caso es que a partir de ese año los Estados Unidos entraron en un extraño período de repliegue y de recato que hubiera hecho pensar a más de un incrédulo que estaban esta vez sinceramente decididos a ya no salvar el mundo. Fue entonces cuando, durante algunos años, el mundo se convirtió en una especie de obra de Ionesco o de Beckett, y venía al caso, ya que en esa época esos autores estaban muy de moda.

Entre 1974 y 1976, la espantable CIA fue destazada. Una comisión especial del Congreso, presidida personalmente por el mismísimo vicepresidente (un Rockefeller!), se puso a exponer en público todos los trapos sucios de la Agencia. En resumidas

cuentas, los Estados Unidos no habían necesitado a ningún juez español que fuera a decirles que se habían portado mal. Lo que sí necesitarían es un juez de no sé qué nacionalidad que fuera a castigar a los ejecutantes de ese mal, y sobre todo a los consejeros, directores, secretarios y presidentes que dieron las órdenes. Porque ninguno de ellos, comenzando por Nixon, fue castigado como se lo merecía. Todo pasó como en el Chicago de Al Capone, a quien lo único que se le pudo probar fue el no haber pagado sus impuestos.

Pero de todas maneras hay que reconocer que un cierto estilo de los Estados Unidos se eclipsó durante la breve presidencia de Gerald Ford, y sobre todo durante la de Jimmy Carter. Yo estoy convencido de que durante este periodo, aunque fuera por un cortísimo instante, se propusieron de verdad dejar de sembrar el sufrimiento por el mundo. Y los resultados no se hicieron esperar. Aseveran los teólogos que si la atención del Señor se desviara un solo segundo de esta mano que aquí ves, ésta recaería en la nada, como si la fulminara un fuego sin luz. He aquí lo que se produjo durante el parpadeo de nuestro Hermano Mayor:

Etiopía, Mozambique y Angola se volvieron comunistas y nadie se molestó en ir a salvarlos. Los comunistas les ganaron a los buenos en Vietnam; y también en Camboya y en Laos. En 1979, un gobierno socialista se instaló en la isla de Granada, y poco después, Somoza, el fiel amigo de los Estados Unidos, fue definitivamente derrocado en Nicaragua por los sandinistas.

Y en realidad las cosas no estaban más que comenzando. El 16 de enero de 1979, uno de los más poderosos aliados de los Estados Unidos en Medio Oriente, محمد رضا شاه پهلوی Mohammad Rezā Chāh Pahlavī, shah de Irán por la gracia de la CIA, fue derrocado después de varios meses de levantamientos populares teledirigidos desde una aldea francesa por un clérigo entonces desconocido: el آیة الله خمینی ayatola Ruholah Jomeini. Luego, para darle un último toque al asunto, el 4 de noviembre unos estudiantes islamistas se tomaron la embajada de los Estados Unidos en Teherán, capturaron a unos sesenta rehenes y exigieron la extradición del shah.

Y eso no fue el fin de la pesadilla del pobre Jimmy Carter. El mes siguiente a la toma de la embajada de Teherán, las tropas soviéticas entraron por montones en Afganistán. La URSS justificó la legalidad de su injerencia en virtud del tratado soviético-afgano de 1978, y también invocó una noción muy práctica inscrita en el artículo 51 de la Carta de las Naciones Unidas que debes conocer: la legítima defensa colectiva. Como todas las reglas del Derecho internacional (no por nada es mágico y metafísico), ésta puede servir para todo lo que uno quiera: el mismísimo artículo 51 sirvió para legalizar el bombardeo y la invasión de Afganistán por los Estados Unidos en 2001.

Pero en 1979 los gringos no estaban viviendo ninguna odisea espacial. Al contrario, debían sentirse en una especie de “crepúsculo de los dioses”, un Ragnarök. A lo mejor por eso ese mismo año salió Apocalypse Now.

Yamahito pasó a otra sección.

Pero no hubo ni Apocalipsis ni Ragnarök. Lo único que sí pasó fue que desde esa época la geopolítica entró definitivamente en el vasto dominio de la metafísica. Recuerda que el presidente que reemplazó a Carter, Ronald Reagan, se puso a decir por todas partes que la Unión Soviética era el Imperio del Mal. A lo mejor lo había simplemente inspirado el ayatola Jomeini, que por esa época decía que Estados Unidos era el Gran Satán, pero a lo mejor había algo más profundo detrás de la frase de Reagan (y quizás también detrás de la del ayatola). Nada más tienes que recapitular los hechos: desde su toma de posesión, Reagan se puso a recuperar a toda velocidad el terreno perdido por el incorregible Carter. Todavía no se sabe muy bien cómo le hizo, pero se las arregló para que las negociaciones de Argel entre iraníes y gringos terminaran con la liberación de los rehenes de Teherán 25 minutos después del juramento presidencial. Era como si Reagan, o bien tuviera un ángel de la guarda con relaciones en las más altas esferas celestes, o bien hubiera concluido (como lo sugería el ayatola Jomeini) un pacto con el diablo: el caso es que durante su presidencia los dirigentes soviéticos empezaron a morirse como moscas (Brezhnev, Andropov, Chernenko) para dejarle libre el sitio al demoledor de la

Unión y del comunismo soviéticos, Mijaíl Serguéyevich Gorbachyev.

¿No te hace eso pensar (sobre todo porque Reagan también fue actor) en El bebé de Rosemary, en la que el personaje de John Cassavetes concluye un pacto con los brujos para que dejen ciego al actor al que le habían dado el papel que tanto quería?

El caso es que el día de Navidad de 1991 los pobres del mundo, los parias de la Tierra, descubrieron, no sin cierto estupor, que los rusos no eran demonios como durante años la propaganda les había hecho creer, sino seres humanos exactamente iguales, y tan desgraciados como ellos. Ya no les quedaba más que Dios para proteger sus almas...

Yamahito hizo una pausa, como para recuperar energías. Luego se puso a recorrer lentamente los pasillos hablando sin señalar ya hacia las cajas.

El tercer gran evento que sucedió el 9 de agosto de 1945 (el primero fue mi nacimiento y el segundo la explosión de El Gordo en Nagasaki), fue la declaración de guerra de los rusos al Japón y la invasión del protectorado japonés del Manchukuo por las tropas soviéticas de Vasilievski. Hasta esa fecha los rusos y los japoneses no estaban oficialmente en guerra y, a lo largo de las semanas que precedieron ese 9 de agosto, la embajada japonesa en Moscú les había estado dando la lata a los rusos pidiéndoles que le trataran de conseguir un rendimiento honorable con los Aliados. Los rusos siempre habían escuchado pacientemente al embajador japonés, pero nunca habían hecho nada más que servirle de carteros.

En el otro campo, los Aliados también les habían estado dando la lata a los rusos, pero esta vez para tratar de convencerlos para que se aunaran a su lucha contra el Japón. Pero los vivacetas rusos siempre les contestaban que no podían, que en 1941 habían firmado un tratado de no-agresión con los japoneses, y que no podían traicionarlos tan feo.

Después de la prueba de la primera bomba de plutonio, por allá por julio del 45, la situación se invirtió totalmente. Los Estados Unidos estaban ya seguros de que con su nuevo juguete tenían ya huevas del año que les pidieran, así que toda “ayuda”

rusa hubiera más bien interferido en su proyecto de apoderarse del Pacífico del norte para transformar a Asia del sureste en traspasio de su imperio. Pero como los rusos de huevones no tenían nada, cuando vieron que los gringos ya no los llamaban a cada rato para pedirles que les fueran a dar de palos a los japoneses, se dijeron que ése era el momento para prepararse a los pencazos, como diría Jaime Lulio. No tenían que ser adivinos para darse cuenta de que el fruto estaba ya bien madurito y que no había más que agacharse para recogerlo. Y así fue: las bombas atómicas les aportaron los despojos del imperio japonés prácticamente gratis. Tomaron posesión de las islas Kuriles y del resto de la isla Sajalin, recuperaron su Puerto Arthur perdido en 1905, y establecieron su control económico sobre el Manchukuo, que recuperó su antiguo nombre de Manchuria. Por cierto, la historia oficial soviética siempre consideró que la capitulación del Japón se debió únicamente a la intervención de los rusos.

Y tú sabes bien que las cosas no se pararon ahí. Sin tener que combatir, toda China (menos Taiwán) cayó dentro de la esfera de influencia rusa. Manipulando hábilmente entre el Kuomintang y el Partido Comunista Chino —durante y después de la guerra—, los rusos supieron seducirse a los chinitos, tanto, que llegaron a una situación parecida al final de un cuento de hadas: se casaron y vivieron felices. Por lo menos hasta 1955. Por aquellos tiempos el presidente Mao declaraba: «En estos momentos la inmensa mayoría de la humanidad vive en el dolol, y sólo la vía indicada pol Stalin, sólo la ayuda de Stalin puede libelal a la humanidad de sus males.» Creo que eso se llama estal de Estalin enamorado.

Como vio que Eva Rosa reaccionó con desagrado a esa broma de mal gusto, Yamahito se puso serio otra vez.

Los países que se encontraban en Europa dentro de la zona de influencia soviética definida en la conferencia de Yalta fueron cayendo también, uno a uno, como frutos maduros, en el regazo de la madre Rusia. De esta manera la Unión Soviética se encontró con una esfera de influencia que iba de Berlín a Shanghái —una esfera casi tan vasta como la de los Estados Unidos, y mucho más poblada. Ya sé que todo esto ya lo sabes, lo que quiero hacerte ver

(porque me parece que hasta la fecha ningún historiador lo ha notado y a lo mejor tampoco tú) es que la magistral habilidad y el perfecto autocontrol de la URSS en todo lo que se refiere a su expansión se parecen extrañamente a las técnicas utilizadas durante la expansión de los Estados Unidos. Los rusos se convirtieron así en los mejores alumnos de los gringos. Como los Estados Unidos, cuando construyeron su imperio para la libertad a lo largo del siglo XIX, la Unión Soviética jamás se lanzó en una carrera desenfrenada para acaparar lo más pronto posible la máxima extensión de territorios. No cometió los errores de esos turbulentos alumnos de los Estados Unidos que fueron los japoneses o los nazis. Practicó una técnica de acecho que Jefferson llamaba la espera paciente. Y —igual que los Estados Unidos, que siempre andaban diciendo que su destino manifiesto era llevarle la Libertad al mundo— los rusos nunca dejaron de proclamar que su propio destino manifiesto era llevarle la justicia social al mundo. La Igualdad. Un arma tan espantable como la Libertad.

Las cosas fueron evolucionando de tal manera que, treinta años después de su creación en 1945, el Imperio de la Igualdad aprovechó la brecha abierta en el Imperio de la Libertad por los presidentes Ford y Carter que andaban trabados, como decía en esa época un hombre sabio, por la superstición de la democracia. Parecía que de verdad Rusia estaba apoderándose del planeta.

Y de repente, ipuf!, llega el brujo Reagan, comienza a arreglar todo rápidamente, tres dirigentes soviéticos se le mueren uno tras otro, y diez años después la Unión Soviética ya no existe. ¿Qué pasó?

Vamos a ver.

Yamahito lleva a Eva Rosa tres hileras más lejos. Al llegar, con los brazos alzados en direcciones opuestas, señaló toda la extensión del corredor.

Aquí es USHER. Tú conoces una buena parte del mecanismo de ese proyecto que desestabilizó los aparatos directivos de los países comunistas. Permitió que los Estados Unidos ganaran la Tercera Guerra Mundial sin que murieran cientos de millones de personas. Tú misma, al principio, llegaste a admirar a Runeberg

por eso. Pero tengo aquí detalles que seguramente no conoces, como las actas sobre aquellos tres días, del 23 al 25 de febrero de 1974, en que se reunieron en Camp David los principales miembros de la CIA, y de la NSA alrededor del presidente Nixon. Fue ahí donde el funcionario que conoces bajo el nombre de Indra (su verdadero nombre es Patrick Flaherty —o O'Donnell, según otras fuentes) logró que el presidente aceptara y aprobara esa mala novela de ciencia-ficción que le contaban sobre la tapajina (la expresión mala novela de ciencia-ficción es realmente de Nixon, según el profesor Daniel Chavarría, que me comunicó informaciones inestimables). Desde ese momento se aceleraron todos los experimentos para perfeccionar los alcances de la tapajina y se le dio prioridad a Chile sobre Uruguay. Fue también en ese momento en que se aprobó la construcción inmediata del horrible Centro de Estudios Equus October. Y fue a partir de esa fecha que Nixon empezó a ver la lucha de Estados Unidos como un combate para ganar la Tercera Guerra Mundial.

Flaherty (o O'Donnell) era, no lo puedo negar, un genio. Antes de que lo relegaran (justo después de esa reunión de febrero del 74) a ocuparse únicamente de la parte cubana del proyecto USHER, previó hasta el más ínfimo detalle, como la absoluta necesidad de darle una total autonomía al proyecto para protegerlo de un posible cambio radical de gobierno (estoy seguro que preveía ya las consecuencias del Watergate). La parte más sucia del proyecto fue puesta bajo la responsabilidad directa de extranjeros dejando así a los Estados Unidos exentos de culpa en caso de que se produjera alguna falla. Así nació el triunvirato llamado, según una de las ocurrencias de Runeberg, Los Luteranos: Runeberg y Murat, supervisados por El Papa, que era un doctor de la CIA llamado Willoughby. Antes de la fatídica fecha del 9 de agosto de 1974 (día en que echaron a Nixon de la Casa Blanca), el Centro de Estudios Equus October ya había adquirido el famoso estatuto de la «denegación plausible (plausible deniability)», el mismo que el de la Zona 51, que le permitía mantenerse oculto hasta de la mirada del presidente de Estados Unidos, lo que lo convertía en una especie de sociedad secreta integrada a las estructuras del gobierno. De

esta manera el proyecto USHER quedó a salvo de las dificultades que sufrió la Agencia durante los años Ford y Carter, y pudo proseguir tranquilamente su labor: continuar sus experimentos y atrocidades, formar más agentes, obtener, entre los años 77 y 78 la tapajina sin sabor para luego servírsela en copa de oro a los más selectos apparatchiks del sistema soviético. Fue así como la casa de Rusia se desplomó, igual que la Casa Usher.

Pero eso no explica lo que pasó después. La tapajina actuaba sólo sobre individuos, modificó únicamente el comportamiento de algunas decenas de personas clave, nada más. Es verdad que sirvió para ganar la guerra contra Rusia, pero nada tuvo que ver con el cambio de mentalidades que poco a poco se fue efectuando durante los años noventa, justo después del fin de esa guerra que llamaban fría. Fue precisamente a partir de entonces —justo cuando se acababa de eliminar todo riesgo de ataque soviético— que el mundo comenzó a ver los bombardeos como un instrumento de justicia y de paz. Todo empezó discretamente en Panamá, a finales de 1989. Luego continuó en Irak. Ya en 1999, en Yugoslavia, se habló francamente de Guerra Humanitaria, y los french doctors, como tu amiguate Kouchner, aplaudían cada vez que veían despegar un avión de la OTAN. Naturalmente, fueron primero los países ricos los que empezaron a pensar que estaban ayudando a los que bombardeaban. Pero poco a poco los países bombardeados (que siempre eran pobres) comenzaron a creerse que a lo mejor esos bombardeos eran por su bien. Finalmente, en Afganistán y en Irak el pueblo bombardeado le dio francamente las gracias a sus agresores, pues al arrasar su país les habían entregado la Libertad. Así los pobres llegaron a volverse igual de Libres que los ricos.

Como no sabía cómo llamar a ese fenómeno de contaminación ideológica en los países castigados, se me ocurrió ponerle Síndrome de Rosemary, pensando en Mia Farrow en El Bebé de Rosemary, cuando finalmente acepta y se pone a arrullar al demonio que ella misma acaba de dar a luz. Todas mis reflexiones se centraron en esta actitud.

A un filósofo francés conservador sin gran importancia, Jean-François Revel, se le ocurrió una vez una idea tan brillante que creo que nunca llegó a entenderla de verdad: en la época en que parecía que el comunismo no nos iba nunca a dejar en paz, se le ocurrió que en cierta forma el comunismo era peor que el nazismo porque por lo menos Hitler no había querido engañar al mundo sobre lo que le estaba vendiendo. Gracias a esa inesperada sinceridad hitleriana, los demócratas pudieron coligarse contra él. Los rojos, en cambio, que eran tan malos pero más listos que los fachos, les garantizaban a todos el paraíso. Los países ricos, que eran tan listos como ellos, no les creyeron, pero muchos pueblos — los subdesarrollados, los pobres, esos que (como dijo Brzezinski, el consejero de Carter) son los únicos que pueden darse el lujo de hacer la guerra— cayeron redonditos en la trampa. El deber de los países ricos era (según Jean-François Revel) llevarles la luz a todos esos pobres ignorantes para salvarlos de las garras de una ideología tan falaz.

Nunca me preocupé por saber si el señor Revel llegó a pensar que los pueblos pobres alcanzaron la felicidad cuando el comunismo dejó de existir.

Siguiendo esta misma línea de pensamiento, y alentado por mi tocayo Ken el Rojo, sabes, el que fue alcalde de Londres y se atrevió a decir que el capitalismo ha hecho más víctimas que el nazismo, encontré las fuerzas que se necesitan para llevar el razonamiento jeanfrancoreveliano hasta sus últimas consecuencias, y me topé con una conclusión logiquísima que el pobre filósofo francés no podía ni siquiera imaginarse: el sistema propuesto por los Estados Unidos es todavía más perverso que el propuesto por los soviéticos. Nos engaña todavía más sobre lo que vende. Me dije que los simpáticos pueblos de los países comunistas debían ya olerse algo malo en su cocina porque nunca presumían de su nivel de vida. Además sus dirigentes, que se la pasaban escupiendo sobre los dólares, siempre andaban mendigándolos. En cambio los Estados Unidos y sus más fieles vasallos (incluyo, natural —y desgraciadamente— al Japón) cuando se miran en el espejo se dan cuenta de que viven en un mundo perfecto. O casi: en las afueras

del mundo feliz. Y cuando nos asalta una duda, encendemos nuestras teles o navegamos por internet, esas ventanas abiertas al mundo, para convencernos de que de todas maneras allá del otro lado del espejo la vida es mucho menos perfecta.

Ya quedamos pocos para ver que toda esta belleza y toda esta perfección, toda esta democracia, todo este humanismo, todo este amor por los animales y la naturaleza se alimentan con sangre y con bastante dolor. Es un poco como la historia de Dorian Gray a fin de cuentas.

Por primera vez Eva Rosa, después de ese interminable (y a veces indigesto) monólogo, se sintió directa y personalmente concernida.

—Yo vi —dijo en voz muy baja, presa de un asco tenaz— mi propia cara en la horrible cara de Carla del Ponte...

—Lo sé —replicó inmediatamente Yamahito—, y ella te vio igual de monstruosa porque ella también se vio reflejada en ti y se dio cuenta de lo que estaba haciendo. ¿Por qué crees que pocos años después renunció de su puesto de fiscal jefe para Yugoslavia? ¿Por qué crees que luego denunció el tráfico de órganos de serbios raptados organizado por altos responsables del gobierno de Kosovo? ¿Por qué crees que, yendo en contra del credo de la intangible *comunidad internacional*, declaró que los rebeldes sirios usaban gas sarin?

—...era el Mólek...

—...que llegó a posesionarse del pueblo de Israel y lo obligó a sacrificarle a sus propios hijos echándolos al fuego... A lo mejor después de todo el ayatola Jomeini no andaba tan equivocado: a lo mejor a fin de cuentas el *Gran Satán* no pudo dispensarse del *país indispensable*, como lo llamaba el señor Clinton. A lo mejor contra eso nos quería prevenir Vladimir Ilich Ulianov cuando nos hablaba, en su jerga un tanto técnica, de *la fase suprema del capitalismo*. ¿Qué otro poder sino el satánico puede hacerles creer a esos hombres que llevan la justicia y la concordia a bordo de sus misiles Tomahawk? ¿Cómo se puede explicar, si no es evocando la posesión, que hayan podido llegar a pensar que esa arma, a la que le pusieron el nombre del arma tradicional de uno de los pueblos

exterminados por los Estados Unidos, logrará obligar a los hombres a amarse y ser libres?

Yamahito hizo un vago gesto de desaliento y se puso de nuevo a caminar, cambiando de pasillo.

En fin, lo que sí es seguro es que no se le puede poner pleito a nadie por haber hecho un pacto con el diablo... Aunque...

Al llegar al final de una hilera, Yamahito se detuvo y trató de abarcar todos los archivos con una especie de ademán despectivo:

—Bueno, *voilà*, ahí está todo, ya te dije que es la obra de toda una vida. Te lo regalo.

Eva Rosa sonrió, tratando de creer que su nuevo amigo le estaba haciendo una broma de proporciones babilónicas.

—¿Y qué quiere que haga yo con todo esto?

—Haz lo que te dé la gana —contestó Yamahito tratando de parecer lo más serio posible para que Eva Rosa le creyera—. Te lo doy todo, enterito. Úsalos, regálaselos a tus pololos de la ADAN, deja pudrir los expedientes aquí, quémalos, revéndeselos a la NSA, me da igual, de todas maneras así regresaría todo a su creador, ya que la mayor parte de los documentos provienen precisamente de la NSA, de la CIA, y del Departamento de Estado. ¿Cómo crees que Murat consiguió los documentos oficiales que le mandó a Jodorow? Yo me encargué de que los encontrara sin que le costara mucho trabajo. Mira —dijo sacando un expediente al azar—, a lo mejor no se le puede poner pleito a nadie por haber hecho un pacto con el diablo, pero aquí hay pruebas suficientes para meter a la cárcel por cientos de años a cientos de funcionarios yanquis por asesinato, tortura, extorsión, envenenamiento, genocidio, destierro, rapto, y todo lo que te puedas imaginar. Naturalmente, habrá que inventarse algún mecanismo para castigarlos, porque ya sabes que los útiles ordinarios (Corte Internacional de Justicia, Tribunal Penal Internacional y todas esas tonterías) sirven nada más para castigar a los ciudadanos de los países pobres cuando les conviene a los dirigentes de los países ricos. A ver si se te ocurre algo a ti, tú que todavía dices tener tanta imaginación. Eso sí está a tu nivel, porque perseguir a militares muertos o al borde de la tumba no es digno de ti, sería demasiado fácil, tengo sobre ellos pruebas que harían

palidecer de envidia hasta al más ecuánime juez español. Cosechando detalles en ese pintoresco rinconcito de Maryland donde está el cuartel general de la NSA, comprobé que ése era el único lugar en el que se podía encontrar información interesante sobre los crímenes que cometieron los militares en Chile, ya que los consejeros de la CIA hicieron muy bien su trabajo y no dejaron ninguna traza aquí. Los archivos de Equus October que *descubriste* en Valparaíso los tuve que replantar yo, porque los gringos se los habían llevado cuando dejaron de supervisar la base. No cometieron un solo error. O sí, sólo uno: el no haberme matado con su bomba atómica. Pero aparte de eso todo fue impecable, y la asistencia que le brindaron a la *revolución* de Pinochet, perfecta. ¿Por qué crees que la mayor parte de los peces gordos de la dictadura argentina fueron a dar a la cárcel mientras que los responsables del golpe de aquí se murieron en su camita? ¿Por qué crees que el señor Straw, cuando era ministro del Interior, dejó que Pinochet se fuera de Inglaterra tan fácilmente? Argentina era un quilombo integral después de la muerte de Perón y durante la imposible presidencia de Isabelita. Los militares argentinos no necesitaban realmente ninguna ayuda para conquistar el poder. Hicieron las cosas a su manera, y luego pagaron su pecado de orgullo. En cambio en Chile, país bien disciplinado (*la Prusia de América!*) se necesitaba la asistencia activa del Hermano Mayor para que los generales y los almirantes rebeldes lograran librar la patria del espectro del comunismo.

—Pero lo que no entiendo es por qué me da todo a mí. Cuando le propuse demandar a los militares, no me hizo el menor caso. Además, ¿qué tengo yo que usted no tenga?

Yamahito sonrió de nuevo, apartó la mirada y dijo:

Te voy a contar otro cuento árabe. Unas amigas fueron al baño turco de su barrio dispuestas a pasarse el día entre abluciones, charla, masajes, chapoteo y vapor. Al llegar, el encargado de la entrada les dijo que lo lamentaba, pero que no podían entrar, ése era el día reservado a los hombres. Al oír esa palabra, todas se miraron con emoción y se dijeron «ilo queremos ver, lo queremos ver!» Finalmente una de las amigas le dijo al

encargado: «éle podría decir que saliera tan solo un momento?» El encargado no entendió, y les preguntó a quién querían ver. Las amigas se miraron sorprendidas, y finalmente todas gritaron con una sola e imponente voz: «¡Al Príncipe!» El encargado, cada vez más confuso, les dijo que estaba casi seguro de que no había ningún príncipe en el baño. «Claro, dijo otra de las amigas, no un príncipe, sino El Príncipe, el شيخ المجاهد jeque al-Muyāhid.» El encargado les dijo de nuevo que adentro no había ningún jeque. La mujer que había hablado primero agregó, ya bastante indignada: «No me diga que no sabe quién es أبو عبد الله Abu 'Abdallah, El Director.» «¿Perdón?», logró decir el encargado, ya completamente perdido. Entonces todas las mujeres unieron de nuevo sus voces: «أساميٰ Usāma!» Al borde de la crisis de nervios, el encargado preguntó: «¿Qué Usāma?» «¿Cómo se atreve?, dijo la mujer, أساميٰ بن لادن Usāma ben Laden, naturalmente.» El encargado, arrebatado por la angustia, les dijo que naturalmente Usāma ben Laden no estaba ahí. Las amigas se miraron decepcionadas, se calmaron y empezaron a resignarse. Suspirando, comenzaron a avanzar, cabizbajas, hacia el interior del baño. El encargado, histérico, se puso a gritarles que había hombres desnudos dentro, que no podían entrar. La última, antes de cruzar la puerta, se volteó y le dijo: «no mienta, por favor, usted bien sabe que Usāma ben Laden es el único hombre.»

Eva Rosa casi se muere de asfixia del ataque de risa que le dio. Entre una y otra carcajada sólo lograba decir *no es posible, no no no, por favor, no es posible, es usted malísimo, señor Morisui.*

—No me llamo Morisui, me llamo Yamahito —replicó el japonés conteniendo la risa y parodiando el acento samurái, expulsando su nombre con el diafragma.

—Tampoco... —alcanzó a decir Eva Rosa entrecortadamente antes de que le diera otro ataque de risa— ...ta-tampoco yo me llamo Eva, ni Evita, Mitsubishi huevón, me llamo Eva Rosa o Rosa.

—¿Erosa?

Estaban ya tan infestados por la risa de Eva Rosa, que esa ocurrencia de Yamahito les pareció buenísima, y se soltaron esta vez los dos a carcajadas.

Por fin, durante un corto momento de calma, Yamahito logró explicar:

—Toda esta mierda de papeles te la doy a ti porque tienes más pelotas que Manning, Assange y Snowden juntos, Erosita.

Eva Rosa ya no podía más, se estaba literalmente muriendo de risa.

—¡La guata! —se puso a gritar— ¡me duele la guata!, ¡ya pare, ya, ya-ya, Ya-majito! ¡Ya-mijito! ¡Ya- mojito!

De verdad le dolía tanto el vientre que, queriendo apoyarse en unos estantes para no caerse, se tropezó con una de las escalerillas la cual fue a dar contra los estantes de enfrente que se cayeron sobre los estantes de junto que tiraron los siguientes provocando así un efecto de dominó tan terrible como el que en los años 60 se temía que provocaría el comunismo en el sureste de Asia. La cuarta parte de los archivos de Yamahito quedó así desparramada por todas partes. Al ver esto, a Eva Rosa le dio una carcajada inversa que la lanzó hacia atrás con tanta fuerza que derrumbó el estante que estaba a sus espaldas provocando un nuevo efecto de dominó que acabó con otra cuarta parte de los archivos.

—¡El baño!, ¡el baño! —se puso a suplicar Eva Rosa—, ¡dime dónde está el baño si no quieres que tus papeles de mierda se conviertan en papeles de meado!

Ya en el baño Eva Rosa gritó que necesitaba otro pantalón, y Yamahito tuvo que bajar al vestidor de su despacho, donde afortunadamente tenía un poco de ropa. Tomó uno de sus pantalones. Antes de regresar, contempló durante unos segundos el amanecer sobre Santiago del Nuevo Extremo. La luz, el cielo, las casas, todo era color de rosa. Pensó que efectivamente Chile merecía llamarse Nikkyū, *el Reposo del Sol*.

Cuando Eva Rosa salió del baño con los pantalones de Yamahito puestos, los dos, viéndose como en espejos deformantes, se volvieron a morir de risa. Como ya estaban muy débiles, se tuvieron que tirar simétricamente al suelo a esperar a que se les pasara la crisis. Eva Rosa, revolcándose entre los documentos, alcanzó a decir: *Eres genial, Ya-majito, completamente genial.*

—Llámame Ken... si quieres—, dijo el samurái, ya más sereno. Luego se puso de costado y apoyó su cabeza en su brazo para mirar a Eva Rosa en los ojos. Un indescriptible destello de deseo brilló tanto en los ojos del guerrero como en los de la matona, pero ninguno de los dos quiso exteriorizar aquel sentimiento. Ken parecía sin embargo frágil por primera vez, sus ojos se le llegaron a humedecer levemente.

Todo lo que te acabo de contar no tiene en realidad gran importancia. Muchas cosas ya las sabías, otras las debías suponer. Pero hay algo que no está en ninguno de estos expedientes.

No sé cuáles sean tus sentimientos profundos con relación a Jaime Lulio, pero sé que no necesito decirte que es una persona formidable. Lo es todavía más de lo que parece. A principios de los noventa, cuando tú estabas en Chicago y Harvard, él regresó aquí de Francia. Como yo sabía que había estado fichado en todas las listas del SIM y de la DINA, tomé rápidamente contacto con él, aunque sin hacerme muchas ilusiones, porque pensaba que era uno más de esos ex-revolucionarios domesticados por los buenos países europeos que «tanto habían ayudado a Chile». (A lo mejor me repito, pero insisto que yo siempre me pregunté en qué demonios lo habían ayudado. Que yo sepa, ningún país europeo mandó tropas para salvar a Allende, apoyar a los militares leales y detener la injerencia de la CIA y el Pentágono). Luego mis prejuicios sobre Jaime Lulio cambiaron cuando me contó una anécdota que puede parecer banal, pero que me hizo entender todo lo que yo quería saber de él.

Una de las cosas que más nítidamente recordaba de su estancia en Europa era el abismo de estupor que se había abierto bajo sus pies al enterarse de que la terrible guerra que había asolado Vietnam durante tantos años había en realidad sido encendida por los instintos coloniales de Francia. Apenas se habían quitado a los alemanes de encima, los franceses se habían ido a reconquistar su Vietnam. Eso Jaime Lulio no lo sabía al llegar a Francia. Me contó que había llorado de emoción al tocar el suelo francés, dispuesto a olvidar el infierno que había vivido en su puto país de mierda. Como era ya un gran cinéfilo, en sus

primeros paseos por las calles de París se puso a recordar la épica música de Maurice Jarre y el exaltante ambiente de la película ¿Arde París?, que aparte de haberle amplificado su sueño romántico sobre la ciudad, le había hecho vivir, poco tiempo antes que Allende alcanzara la presidencia, la belleza trágica de aquéllos que se habían levantado contra el invasor. Y de repente, pocos meses después de haber llegado a Francia, se fue a enterar que el célebre libertador de París, el general Leclerc (el mismo señor con bigotito que salía en la película) había llegado a Saigón el 5 de octubre de 1945, (menos de dos meses después del fin de la guerra!) al mando del Cuerpo Expedicionario Francés de Extremo Oriente para restablecer la autoridad del Imperio francés en Indochina. L'Empire, como decía de Gaulle... Al principio Jaime Lulio hasta creyó que no había entendido bien. En esa época todavía no sabía todo lo que podía significar la palabra Libertad.

Cuando me contó esto, entonces sí empecé a interesarme verdaderamente en él.

Pero unos años después regresaste tú a Chile...

Además él tenía que resolver un problema muy complicado. No es que tuviera menos pelotas que tú, eso es lo de menos, no todo en la vida es cosa de cocos, pernos y picos. El problema es que llevaba (y lleva todavía) en la conciencia un peso muy difícil de soportar. Y más le pesaría si un día llegara a enterarse de toda la verdad. Me imagino que a ti no te ha dicho nada, ¿no?

—Nno... —contestó Eva Rosa, desorientada—. No sé muy bien de lo que estás hablando.

—Bien, si no sabes de qué estoy hablando, quiere decir que él no te ha tocado el tema para nada. Bueno... primero que nada debes saber que tu papá, tu papá verdadero, Rodrigo Gutiérrez, no murió encerrado en ninguna parte.

—¿No? ¿No murió en Equus October?

—No. Ni en Equus October ni en ningún otro lugar por el estilo. Y Jaime Lulio lo sabe muy bien.

—¿Quieres decir que...?

—Sí. Jaime Lulio lo conocía tan íntimamente que se dio cuenta de que no era el mismo Rodrigo Gutiérrez de siempre. Ya varias

vezes Rodrigo se había prestado (tú sabes muy bien por qué) para que arrestaran a varios de sus compañeros, pero con Jaime Lulio no funcionó la cosa.

—Eso sí me lo dijo.

Sí, pero eso no es lo importante. Cuando Jaime Lulio comprobó que Rodrigo Gutiérrez les había preparado una trampa a él y a sus compañeros, cambió los planes para que no los arrestaran, pero no quiso denunciar a su amigo de toda la vida. Eso ya lo sabías. Lo que sí estoy seguro que no te dijo, es que Jaime Lulio se dio entonces cuenta de que Rodrigo estaba al borde de la locura, aunque casi no se le notara, ya que llegaba a dominarse gracias al entrenamiento de comando que había recibido en Cuba. Rodrigo trató luego de organizar otra cita con sus compañeros, pero Jaime Lulio de nuevo la frustró. Finalmente, trató de tenderle una celada únicamente a Jaime Lulio, pero se le escapó.

Luego trató de matar él mismo a Jaime Lulio y no pudo...

Esa vez, antes de escapársele, Jaime Lulio vio en los ojos de Rodrigo, como dentro de un espejo atroz, un sufrimiento que nunca antes había trasoñado, él, que creía conocer las torturas más sádicas del ejército y de la CIA. Tomó entonces la decisión de acortar el sufrimiento de Rodrigo —tu padre— de la única manera posible.

Supo que obraba por el bien cuando lo mató. Pero ese gesto, y la eliminación de su cadáver echándolo al metal candente de una fundición de cobre, le dejó tal peso en la conciencia que perdió esa energía que necesitan todos los verdaderos guerreros. Por eso decidió irse. Por eso al llegar a Francia maldijo a su puto país de mierda.

Pero desgraciadamente eso no fue todo.

Y por suerte Jaime Lulio no lo sabe.

Antes de matarlo, Rodrigo le suplicó que no lo hiciera. Pero no le dio tiempo de decirle por qué. Una fracción de segundo después de haber disparado la bala mortal, Jaime Lulio pensó fugazmente que quizás había cometido un error, pero evacuó enseguida tal pensamiento, como le habían enseñado en Cuba.

Ese fue el fin del dolor de Rodrigo, pero no de su repugnante historia.

Rodrigo tenía órdenes precisas que obedecer. Obedecer al pie de la letra. Y de ninguna manera podía desaparecer, aun muriendo. Muriendo, él dejaría de sufrir, pero su doble sería entregada viva al insaciable Mólek.

El expediente de María Inmaculada indica que murió en septiembre de 1974, poco después de la desaparición de Rodrigo. Ése no fue su fin. Murió en realidad semanas más tarde, meses quizá. Tú debes saber algo de lo que le pasó, viste sus restos. Es el destino de los pobres del mundo. Ella era su reflejo oscuro.

Jaime Lulio no sabe nada, y así es mejor. Él no es el elegido. Lo eres tú.

Luego, para relajar un poco la tensión, Ken se levantó y fue, tropezándose sobre papeles y expedientes, hasta uno de los estantes que quedaban en pie al final del corredor. Después de quitarle la tapa a una caja, se volteó hacia Eva Rosa. Ella, que había permanecido acostada en el mismo lugar donde había caído, no pudo ver claramente la pícara sonrisa de Ken pero sí oyó perfectamente el tono malicioso de su voz:

—¿Quieres ahora que te enseñe lo que tengo sobre la muerte de Ben Laden?

Novus Ordo Seclorum

Ἐν ἀρχῇ ἦν ὁ λόγος.

はじめに言葉があり

En el principio la Palabra existía

In. I, 1

בראשית, ברא אלהים, את השמים, ואת הארץ

En el principio creó Dios los cielos y la tierra

Gn. I, 1

El quinto Hitler

וַיֹּאמֶר יְהוָה אֱלֹהִים אֶל־הַנֶּחֶשׁ, כִּי עֲשֵׂיתِ זֹאת, אָרוֹר אַתָּה מִכֶּל־
בְּבַהֲמָה, וּמִכֶּל־חַיָּת־קֶשֶׁתָּה; עַל־גַּחֲנָם תָּלֶה, וַעֲפָר תָּאכַל כָּל־יְמֵי־
זֹאת, וְאַתָּה תִּשׁוֹפְנוּ עַקְבָּךְ

Entonces Yahweh Dios dijo a la serpiente: «Por haber hecho esto, maldita seas entre todas las bestias y entre todos los animales del campo. Sobre tu vientre caminarás, y polvo comerás todos los días de tu vida.

Enemistad pondré entre ti y la mujer, y entre tu linaje y su linaje: te pisará la cabeza mientras acechas tú aquellos mismos pies.»

Gn 3: 14-15

Son las 23 horas con 56 minutos. Nos encontramos en los jardines del teatro del Drottningholm en los suburbios ricos de Estocolmo, . Los reyes y las reinas de Suecia y de Noruega forman un círculo con varias personas alrededor de un gran mástil en forma de cruz con dos aros colgando del travesaño y adornado con plantas y flores. Todos van tomados de las manos y giran alrededor del mástil al compás de violines que tocan un melancólico schottisch sueco. Están festejando la *midsommar*, la fiesta del verano, la fiesta del día más largo del año. Ya casi es medianoche, pero vemos que en un lugar del horizonte la luz del sol no ha desaparecido completamente: una línea roja y amarilla dibuja una de las más bellas sonrisas de la noche de verano.

Esta celebración es única. Los soberanos de Suecia y de Noruega decidieron reunir a todos los premios Nobel de la paz para darle una nueva oportunidad al mundo. Están presentes en esta

reunión los ex-presidentes Jimmy Carter, Михаил Сергеевич Горбачев, Lech Wałęsa, Ellen Johnson, Barack Obama, Juan Manuel Santos, los deudos de los ex-presidentes Nelson Rolihlahla Mandela, Frederik de Klerk, ياسر عرفات Yāsser 'Arafāt, טופי מונש Shimon Peres y 김대중 (金大中) Kim Dae-Jung, y hasta Valéry Giscard d'Estaing, delegado por la Unión Europea; el candidato frustrado a la presidencia Gore y el primer ministro አብይ አህመድ አል Abiy Ahmed Ali; una representante de la Congregación de las Hermanas de la Caridad de Agnese Gonxhe Bojaxhiu, mejor conocida como Nënë Tereza; el doctor Kouchner, enviado por los *french doctors*; los pacificadores del mundo محمد البرادعي Mohamed El Barādei y Martti Oiva Kalevi Ahtisaari; el banquero de los pobres شیرین عابدی Shirin Ebadi, el རිශ්නෝර්ඩ གැංචු Yishin Norbu, vulgarmente llamado རුස්ටින් བාමා Lama, y todos los demás, hasta အောင်ဆန္ဒန္တာ Aung San Suu Kyi fue autorizada a participar. Más aún: hasta la cascarrabias de Greta, con sus eternas trenzas a la Pippi Långstrump, se dignó a asistir (sonriendo!) a tan memorable ceremonia.

Cuando el rey de Suecia está haciendo un discurso de paz, fraternidad y amor, un coche llega discretamente al estacionamiento, y dos hombres y una mujer bajan de él. A la entrada del jardín esperan pacientemente que el rey termine su discurso, y cuando los aplausos irrumpen, muestran una tarjeta a los agentes de seguridad, que los dejan pasar.

Todos los invitados están felices, casi todos tienen una copa o un vaso en la mano, y de vez en cuando toman, de las mesas instaladas para tal ocasión, una rebanada de salmón, de arenque, de carne de reno, o simplemente un smörgås. Los dos hombres y la mujer avanzan con determinación, casi sin notar el alegre tumulto que los rodea. Saben muy bien qué es lo que buscan. Finalmente se detienen ante un viejito rechoncho y bonachón. La mujer, que es Eva Rosa Valenzuela, se dirige a él en inglés:

—¿Es usted el doctor Henry Kissinger consejero de Seguridad Nacional y secretario de Estado durante la administración del presidente de Estados Unidos Richard M. Nixon?

—Sí.

Uno de los hombres le muestra una tarjeta, le entrega una carta y se presenta: —Comisario Persson, Policía sueca. Tenemos una orden de arresto

internacional contra usted proveniente conjuntamente de las cortes de justicia de Santiago de Chile, Hanói, Phnom Penh y Vientián. Le rogamos nos siga.

—Pero... ¿por qué? ¿Con qué motivo?

—Está usted acusado de instigación y complicidad de crimen contra la humanidad, una demanda de extradición ha sido formulada por esas cuatro cortes de justicia. Satisfaremos la más documentada. Quedará usted detenido a domicilio hasta el fallo de la Tribunal Supremo de Suecia. Le rogamos nos siga para que efectuemos un interrogatorio preliminar.

El doctor Kissinger cree durante unos segundos que está soñando. Luego reacciona soltándose de la mano del otro policía que lo quiere hacer avanzar. Sintiendo esta resistencia, el policía le dice al oído:

—Por favor, no nos obligue a ponerle esposas como tuvieron que hacerlo con el señor Clinton.

Tal advertencia anima al doctor Kissinger a dar unos tímidos pasos. Pero se detiene enseguida y se vuelve hacia uno de sus asistentes que está como petrificado:

—¡No se quede ahí, estúpido de mierda, llame inmediatamente al embajador Dahlbeck, no me importa si lo saca de la cama!

Luego, busca con la mirada al rey de Suecia para lanzarle todo su desprecio:

—¡Se arrepentirá! ¡Se arrepentirá amargamente de esto todo el resto de su puta vida! ¡No dejaremos piedra sobre piedra en todo este podrido reino de Suecia!

Unos momentos más tarde, los invitados se apartan para dejar pasar a la esbelta figura del señor Barack Hussein Obama II seguido por el venerable James Earl Carter Jr. . Al verlos acercarse, Eva

Rosa Valenzuela avanza a su vez hacia él, sacando un papel de un bolsillo de su blusa.

—Señor Obama, llega usted en el momento más oportuno —le dice, dándole el papel—, aquí tiene una breve lista de todas las ocupaciones ilegales perpetradas por las administraciones anteriores a su gobierno que usted refrendó. Permitame subrayar el caso de la bahía de Guantánamo, cuya ocupación, agravada por el crimen de guerra de detenciones arbitrarias y torturas, podría inquietarlo personalmente durante alguno de sus próximos viajes. Las violaciones de soberanía territorial cometidas cada vez más frecuentemente por su propia administración con el fin de perpetrar asesinatos están en curso de instrucción. Aun si usted nos cae francamente bien, tendrá que encarar esas acusaciones.

Eva Rosa dirige entonces una sutil pero devastadora sonrisa al honorable Jimmy, su más reciente Santiago.

—Debería haber tomado de ejemplo a su colega Carter. Aproveche que aquí está para preguntarle cómo le hizo.

Mientras que el ex-presidente-de-Estados Unidos-premio-Nobel-de-la-paz-possible-futuro-reo-de-la-justicia se queda pasmado ante su hoja de papel, Eva Rosa Valenzuela, en compañía del comisario Persson se acerca a los reyes, que han permanecido impávidos durante toda la escena. Les hace aquella reverencia tan particular que toda joven escandinava lleva inscrita en sus genes, y les dice en sueco:

—Ursäkta oss, Ers Majestäter.

Persson está tan impresionado que llega a perder su sangre fría. Logra sin embargo inclinarse ante su soberano y, olvidando que el rey es sueco, o que el rey de Noruega entiende perfectamente el sueco, traduce tartamudeando en inglés:

—S-sorry, your Majesties.

El policía y la abogada se dan media vuelta y caminan hacia el horizonte. La sonrisa roja y amarilla de la noche parece más radiante aún sobre el azul metalizado del cielo. Es precisamente ésta la más bella sonrisa de la noche de verano. Es ahí que vislumbramos la silueta del otro policía, el joven inspector Jakobsson, apurando el

paso de su insigne prisionero para no alejarse demasiado de aquélla que acaba de destazarle el corazón.

Durante un cortísimo instante —tan breve que cualquier otra crónica no lo hubiera anotado— todo se vuelve tan milagroso como aquel *poniente en Querétaro que parecía reflejar el color de una rosa en Bengala*.

Y es entonces cuando oímos dos palabras muy nítidamente. Provienen quizás de nuestros labios, o de los labios de la noche de verano, o del autor encarnado en su obra, del creador en su criatura:

Ave Eva.

Éste es el final de la historia de los cuarenta y siete hombres leales —salvo que no tiene final, porque los otros hombres, que no somos leales tal vez, pero que nunca perderemos del todo la esperanza de serlo, seguiremos honrándolos con palabras.

Jorge Luis Borges
El incivil maestro de ceremonias Kotsuké no Suké

Índice

Emma Zunz	4
I Los hijos de Eva	
<i>Eva Runeberg de Valenzuela</i>	
1. Nuestra dama	8
2. El rey blanco	19
3. El rey negro	44
II El valle de lágrimas	
<i>Rosa Gutiérrez Sánchez</i>	
1. Fällan.	90
2. Resan	94
3. Djungeln	103
4. Misstaget.	116
5. Beröringen	130
6. Domaren.	142
7. Judas.	147
8. La hora del Lobo	165
9. El agua de la selva	187
III Abogada nuestra	
<i>Eva Rosa Valenzuela</i>	
1. De entre los muertos	206
2. Del pasado hay que hacer añicos	212
3. El género humano	228
4. Los pobres del mundo	236
5. Los esclavos sin pan	243
6. La lucha final	255
7. 日休 — El reposo del sol	264
8. 日本 — El origen del sol	270
9. 長崎、我が愛 — Nagasaki mi amor	282
10. La caja de Pandora	295
IV Novus Ordo Seclorum	
El quinto Hitler	330

The Glocal Workshop/El Taller Glocal
contact@glocalworkshop.com

Una iniciativa común de...

Ediciones workshop19, Túnez

Tlaxcala, la red internacional de traductores por la diversidad lingüística tlaxcala-int.blogspot.com

La Pluma, sitio web franco-colombiano no alineado lapluma.net/
Promosaik, Diálogo entre culturas y religiones promosaik-laph.org/
...y de muchos individuos asociados

¿Tienes un manuscrito que proponer?

drafts@glocalworkshop.com

COLECCIÓN « FICCIONES REALITARIAS »

«No había nada a su alrededor sino un vacío deslumbrante, una reverberación fulgurante que anunciaba, pensó, ese epifenómeno al que damos el nombre de "realidad"».

Philippe K. Dick, *Los tres estigmas de Palmer Eldritch*, 1969

En la vieja batalla entre la ficción y la realidad, ¿quién ganará? ¿Es esta la pregunta correcta? ¿Y si la realidad sólo fuera ficción? ¿Y si la ficción se volviera realidad? Una colección de novelas, cuentos e historias para no dormir en pie.